This is a digital copy of a book that was preserved for generations on library shelves before it was carefully scanned by Google as part of a project to make the world's books discoverable online.

It has survived long enough for the copyright to expire and the book to enter the public domain. A public domain book is one that was never subject to copyright or whose legal copyright term has expired. Whether a book is in the public domain may vary country to country. Public domain books are our gateways to the past, representing a wealth of history, culture and knowledge that's often difficult to discover.

Marks, notations and other marginalia present in the original volume will appear in this file - a reminder of this book's long journey from the publisher to a library and finally to you.

Usage guidelines

Google is proud to partner with libraries to digitize public domain materials and make them widely accessible. Public domain books belong to the public and we are merely their custodians. Nevertheless, this work is expensive, so in order to keep providing this resource, we have taken steps to prevent abuse by commercial parties, including placing technical restrictions on automated querying.

We also ask that you:

+ *Make non-commercial use of the files* We designed Google Book Search for use by individuals, and we request that you use these files for personal, non-commercial purposes.

+ *Refrain from automated querying* Do not send automated queries of any sort to Google's system: If you are conducting research on machine translation, optical character recognition or other areas where access to a large amount of text is helpful, please contact us. We encourage the use of public domain materials for these purposes and may be able to help.

+ *Maintain attribution* The Google "watermark" you see on each file is essential for informing people about this project and helping them find additional materials through Google Book Search. Please do not remove it.

+ *Keep it legal* Whatever your use, remember that you are responsible for ensuring that what you are doing is legal. Do not assume that just because we believe a book is in the public domain for users in the United States, that the work is also in the public domain for users in other countries. Whether a book is still in copyright varies from country to country, and we can't offer guidance on whether any specific use of any specific book is allowed. Please do not assume that a book's appearance in Google Book Search means it can be used in any manner anywhere in the world. Copyright infringement liability can be quite severe.

About Google Book Search

Google's mission is to organize the world's information and to make it universally accessible and useful. Google Book Search helps readers discover the world's books while helping authors and publishers reach new audiences. You can search through the full text of this book on the web at `http://books.google.com/`

Acerca de este libro

Esta es una copia digital de un libro que, durante generaciones, se ha conservado en las estanterías de una biblioteca, hasta que Google ha decidido escanearlo como parte de un proyecto que pretende que sea posible descubrir en línea libros de todo el mundo.

Ha sobrevivido tantos años como para que los derechos de autor hayan expirado y el libro pase a ser de dominio público. El que un libro sea de dominio público significa que nunca ha estado protegido por derechos de autor, o bien que el período legal de estos derechos ya ha expirado. Es posible que una misma obra sea de dominio público en unos países y, sin embargo, no lo sea en otros. Los libros de dominio público son nuestras puertas hacia el pasado, suponen un patrimonio histórico, cultural y de conocimientos que, a menudo, resulta difícil de descubrir.

Todas las anotaciones, marcas y otras señales en los márgenes que estén presentes en el volumen original aparecerán también en este archivo como testimonio del largo viaje que el libro ha recorrido desde el editor hasta la biblioteca y, finalmente, hasta usted.

Normas de uso

Google se enorgullece de poder colaborar con distintas bibliotecas para digitalizar los materiales de dominio público a fin de hacerlos accesibles a todo el mundo. Los libros de dominio público son patrimonio de todos, nosotros somos sus humildes guardianes. No obstante, se trata de un trabajo caro. Por este motivo, y para poder ofrecer este recurso, hemos tomado medidas para evitar que se produzca un abuso por parte de terceros con fines comerciales, y hemos incluido restricciones técnicas sobre las solicitudes automatizadas.

Asimismo, le pedimos que:

+ *Haga un uso exclusivamente no comercial de estos archivos* Hemos diseñado la Búsqueda de libros de Google para el uso de particulares; como tal, le pedimos que utilice estos archivos con fines personales, y no comerciales.

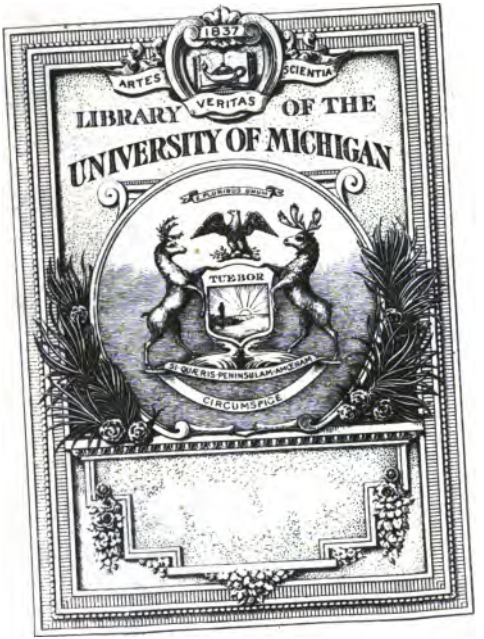
+ *No envíe solicitudes automatizadas* Por favor, no envíe solicitudes automatizadas de ningún tipo al sistema de Google. Si está llevando a cabo una investigación sobre traducción automática, reconocimiento óptico de caracteres u otros campos para los que resulte útil disfrutar de acceso a una gran cantidad de texto, por favor, envíenos un mensaje. Fomentamos el uso de materiales de dominio público con estos propósitos y seguro que podremos ayudarle.

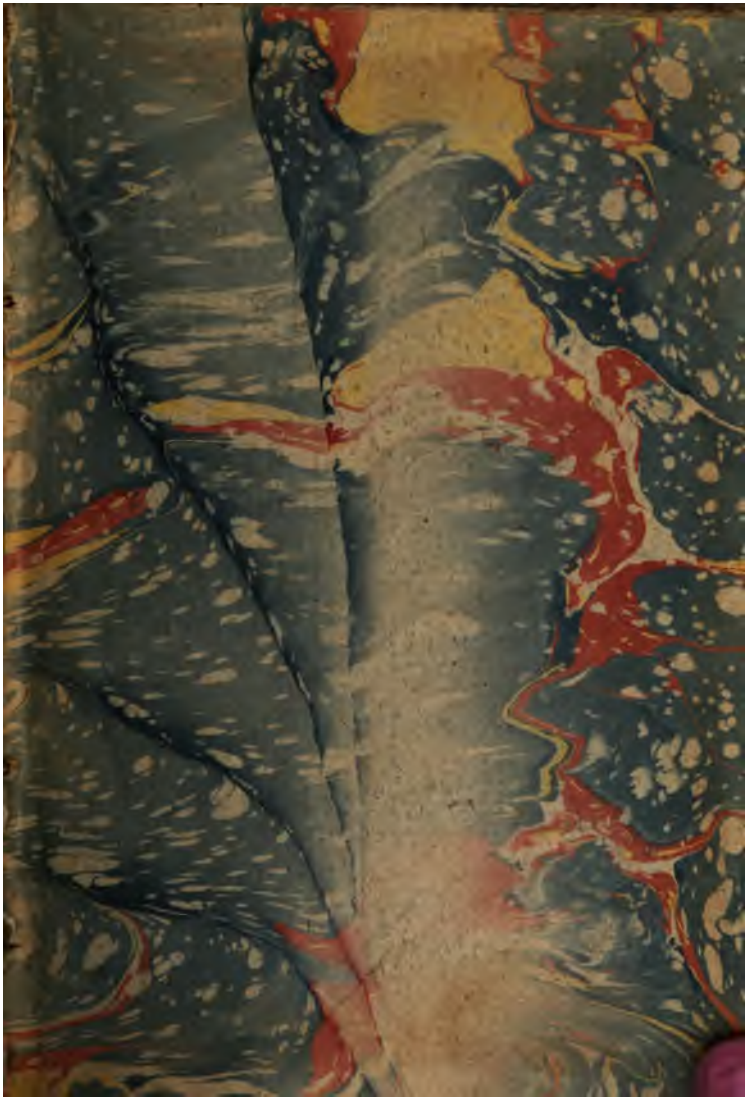
+ *Conserve la atribución* La filigrana de Google que verá en todos los archivos es fundamental para informar a los usuarios sobre este proyecto y ayudarles a encontrar materiales adicionales en la Búsqueda de libros de Google. Por favor, no la elimine.

+ *Manténgase siempre dentro de la legalidad* Sea cual sea el uso que haga de estos materiales, recuerde que es responsable de asegurarse de que todo lo que hace es legal. No dé por sentado que, por el hecho de que una obra se considere de dominio público para los usuarios de los Estados Unidos, lo será también para los usuarios de otros países. La legislación sobre derechos de autor varía de un país a otro, y no podemos facilitar información sobre si está permitido un uso específico de algún libro. Por favor, no suponga que la aparición de un libro en nuestro programa significa que se puede utilizar de igual manera en todo el mundo. La responsabilidad ante la infracción de los derechos de autor puede ser muy grave.

Acerca de la Búsqueda de libros de Google

El objetivo de Google consiste en organizar información procedente de todo el mundo y hacerla accesible y útil de forma universal. El programa de Búsqueda de libros de Google ayuda a los lectores a descubrir los libros de todo el mundo a la vez que ayuda a autores y editores a llegar a nuevas audiencias. Podrá realizar búsquedas en el texto completo de este libro en la web, en la página `http://books.google.com`


1837
ARTES
SCIENTIA
VERITAS
LIBRARY OF THE
UNIVERSITY OF MICHIGAN
TUEBOR
SI QUÆRIS PENINSULAM AMŒNAM
CIRCUMSPICE



868
V42
1826

COMEDIAS ESCOGIDAS

DE FREY LOPE FELIX

DE

VEGA CARPIO.

TOMO SEGUNDO.

CON LICENCIA.

Madrid, Imprenta de ORTEGA Y COMPAÑIA.

1828.

LA HERMOSA FEA.

LA HERMOSA FEA.

PERSONAS.

Ricardo, *Príncipe de Polonia*, galan.
Octavio, galan.
El Gobernador de Lorena.
Estela, *Duquesa de Lorena*, dama.
Celia, dama.
Belisa, criada.
Un Capitan.
El Conde.
Julio, gracioso.

La escena es en Lorena.

9-23-27
15604

ACTO PRIMERO.

ESCENA PRIMERA.

DECORACION DE CALLE.

Ricardo, Octavio, y Julio.

Octavio.

Fuera temeraria empresa,
pero muy digna de ti.

Ricardo.

Todo cuanto en Francia ví
no iguala con la Duquesa:
Julio, ¿qué te ha parecido?

Julio.

Un ángel me pareció,
que de muger se vistió,
si alguna vez se ha vestido.

Ricardo.

No he leido yo jamas
que se vistió de muger;
pero como pudo ser,
no pudiste decir mas.

Octavio.

En cuanto el sol mira, y dora,
se alaba su gallardía.

Ricardo.

¡O qué divina armonía
hacen en una señora
la magestad en el talle,
y en el rostro la hermosura!

Julio.

El oro y la nieve pura
de nuestra Alemania, calle
con su rara perfeccion.

Ricardo.

Parece que en su belleza
retrató naturaleza
mi propia imaginacion:
aquí me pienso quedar
de secreto algunos dias
para verla.

Octavio.

Bien podias
tener de hablarla lugar,
como no sepa quien eres.

Ricardo.

Tú solo sabes quien soy.

Octavio.

Pues la palabra te doy,
Príncipe, si hablarla quieres,
despues de guardar secreto,
de hacer que posible sea.

Ricardo.

Haz, Octavio, que la vea,
y ser tu esclavo prometo.

Octavio.

Si sabe que estás aquí
dificultoso ha de ser,
porque te ha de conocer.

Octavio.

Escucha un remedio.

Ricardo.

Dí.

Octavio.

Escribe á Celia su prima,

con quien tienes parentesco,
que por ir á ver á España
á la ligera, y secreto,
no pudiste visitarla:
pero que despues volviendo,
cumplirás tu obligacion,
y quedaraste con esto
escondido en la ciudad,
donde el ingenio y el tiempo
para que la veas, y hables,
darán traza á tus deseos.

Ricardo.

Dices bien, y lleva Julio
la carta; pero advirtiendo
que si la duquesa Estela
te pregunta, como pienso
si la ví, que le responda
que sí, una tarde saliendo
á caza, y si prosiguiere,
lo que dige, y lo que siento
de su persona, le digas
que volví triste, diciendo
que era su fama, su engaño
de algun pintor lisongero,
cada pincel mil mentiras,
cada color mil enredos;
que el ducado de Lorena
era tan gran casamiento,
que hacia á los pretendientes
lindo parecer lo feo;
y que á mí, que no lo era,
me pareció con estremo
fea, y de persona humilde.

Julio.

¿Pues qué pretendes con eso?

Ricardo.

Asegurar la intencion
que para servirla tengo,
como vereis adelante.

Julio.

¿Y no hallaste mensagero
mejor en cuantos te vienen
desde Polonia sirviendo?
¿A qué muger, cuando fuese
lo mas ínfimo y plebeyo,
le dijeran que era fea,
que tuviera sufrimiento
para no tomar venganza,
cuanto mas un ángel bello,
tan gran señora? ¿No miras
que entre algunos documentos,
que nos dió para el honor
de las mugeres el zelo,
y obligacion de los hombres,
no diga no fué el postrero
que es fea y vieja á ninguna;
y que del atrevimiento
seria justo castigo
salir de palacio muerto
á palos, de las cuchillas
de dos gigantes tudescos?

Ricardo.

Julio, si ella fuera fea,
era delito muy necio;
pero siendo tan hermosa
como le ha dicho su espejo
ha de enojarse conmigo,
y poner su entendimiento
en vengarse cuando vuelva;
y esto principio al deseo.

le ha de dar de enamorarme,
que es lo que voy previniendo;
y tú verás que resulta
de este agravio algun suceso
en favor de mi esperanza.

Julio.

Confieso que voy con miedo,
mas consolando el peligro,
con saber que te obedezco.

Ricardo.

¿Tanto sienten este nombre?

Julio.

Si es la hermosura el opuesto,
y esta la mayor lisonja,
¿qué término mas grosero
que quitarles la esperanza
de aquel soberano imperio
con qué rinden á los hombres?

Ricardo.

Tú verás que es fundamento
del edificio mayor
que tuvo amoroso empleo:
ven, Octavio.

Octavio.

Aun no percibo
tu pensamiento.

Ricardo.

Pretendo
obligarla á enamorarme,
lo demas te dirá el tiempo.

ESCENA II.

SALON DE PALACIO.

Estela, y Celia.

Estela.

Bien me holgára que té hubiera,
el Príncipe visitado,
y que el venir rebozado
menos disculpa le diera:
mal cumplió la obligacion
de pariente.

Celia.

Pensaria
que el secreto me daria
bastante satisfaccion,
pues parece que la tienen
para ocasiones mejores.

Estela.

El secreto en los señores,
cuando de rebozo vienen,
es mayor publicidad,
porque todos hablan de ellos.

Celia.

Es mayor grandeza en ellos.

Estela.

Pensamos que es vanidad:
¿sabes que sintió de mí?

Celia.

Pregúntáselo á la fama:
Fenix de Francia te llama,
lo mismo dirá de tí.

Estela.

Cuidado, Celia, tenia

de ver en alguna parte
este nuevo Adonis Marte,
por talle y por valentía;
pero él se guardó de suerte
que me vió sin verle yo.

Celia.

Ingrato correspondió
á la ventura de verte;
que bien pudiera pagarte
si es gentil-hombre y galan,
con dejarse ver.

Estela.

Estan
tantas culpas de su parte,
que aunque la escriba, no creo
que á satisfacerlas baste.

Celia.

De la privacion sácaste
las fuerzas de tu deseo;
porque si ver se dejara,
menos cuidados tuvieras,
que de lo que visto hubieras
ninguna idea formara
ahora la fantasía.

Estela.

El privar á una muger
de lo que desea ver,
bien sabes tú, Celia mia,
que aumenta mas su deseo.

Celia.

Así murió la romana,
por no ver por su ventana
pasar aquel monstruo feo;
¿pues cuanta es mas diferencia
la de un gallarda aleman,

mancebo, hermôso, y galán?

ESCENA III.

Dichos, Belisa y Julio que se queda al paño.

Julio.

Pedid, señora, licencia.

Belisa.

Hablarte quiere un criado *á Celia.*
del de Polonia.

Celia.

No ha sido
descortés, ni ha merecido
hasta ahora ser culpado:
licencia vendrá á pedir
para verme.

Estela.

Ya le vuelve
la honra.

Celia.

Y yo me resuelvo
en que le has de ver y oir.
Dí que entre. *á Belisa.*

Julio.

Dame los pies. (1)

Estela.

No soy yo la que buscais.

Julio.

Sin razon culpa me dais,
que este yerro acierto es;
pues me trujo el resplandor
de su divina belleza
á saber que es vuestra Alteza

(1) *Llega Julio y arrodillase á los piés de Estela.*

de dos soles el mayor:
y así me vuelvo al segundo,
á quien traigo este papel,
mirad lo que dice en él: (1)
y yo, como abrasa el mundo
el ángel, que estoy mirando
en la señora Duquesa,
donde parece que cesa
cuanto puede haber pintado
con los mas vivos colores
la diestra naturaleza:
y perdone vuestra Alteza,
que de estrellas y de flores
no haga un retrato aquí,
como suelen los poetas;
porque prendas tan perfetas
son deidades para mí.

Celia.

Ya he leido este papel.

Estela.

¿Qué escribe?

Celia.

Que se partió
á España.

Estela.

Correspodió
á aquella patria cruel
de fieras y hombres feroces.

Celia.

(1) Disculpóse con pasar
de rebozo.

Julio.

Y por guardar

(1) *Dale un papel á Celia y lee para sí.*

(así tu hermosura goces
á tu grandeza respeto.

Estela.

(*) ¿Pues á mí qué me importára,
cuando á Celia visitára?

Julio.

Esto de venir secreto
debió de ser la ocasion,
por la poca autoridad.

Estela.

¿Qué dijo de esta ciudad?

Julio.

Que las de tu estado son
la parte mejor de Francia.

Estela.

¿Vióme á mí?

Julio.

Ya te vió á tí,
que para venir aquí
fué lo de mas importancia.

Estela.

¿Qué le pareci?

Julio.

Si das
licencia, á Celia diré
lo que dijo.

Estela.

Sí daré.

Julio.

Oye, pues. (1)

Celia.

¿A mí no mas?
¿Qué puede ser que no sea

(1) *Habla con Celia aparte.*

muy conforme á su valor,
puesto que fuese de amor?

Julio.

Haber dicho que era fea.

Celia.

¿Qué dices? ¿estás en tí?

Julio.

Por eso te quise hablar
aparte.

Celia.

Estoy por pensar
que te has burlado de mí,
que me pareces de humor.

Julio.

Tentado soy del despejo,
mas siempre las burlas dejo
cuando respeto el valor.
No he visto necio á mí amo,
señora, con tanto estremo.

Celia.

¿Cómo necio?

Julio.

Y aun blasfemo
de un ángel.

Celia.

Pues yo le llamo
dichoso, aunque no discreto;
porque á parecerle bien,
quedára al mayor desden
que ha visto el mundo sujeto;
que de cuantos la han servido
ninguno agradarle puede,
y es mejor que libre quede,
que á lo imposible rendido.

¿La Duquesa fea?

Julio.

Sí.

Celia.

¿Tiene ese hombre entendimiento?

Julio.

Un mal gusto es fundamento
de que le parezca así;
fuera de ser cosa llana,
que no hay disputa en los gustos.

Celia.

Sí, pero gustos injustos
hacen la razon villana.

Julio.

Hombres hay que un dia oscuro
para salir apetecen,
y el sol hermoso aborrecen
cuando sale claro y puro;
hombres que no pueden ver
cosa dulce, y comerán
una cebolla sin pan,
que no hay mas que encarecer;
hombres en Indias casados
con blanquísimas mugeres
de estremados pareceres,
y á sus negras inclinados;
segun esto la Duquesa
no deja de ser hermosa
por un mal gusto.

Celia.

Es la cosa
mas nueva, y que mas me pesa
de cuantas pudiera oir:
ven por la carta despues.

Julio.

Dadme, señora, los pies
y de no se lo decir
palabra.

Celia.

Vete en buen hora.

Julio.

Guarde el cielo á vuestra Alteza,
en cuya hermosa cabeza,
el laurel que Apolo dora,
brille de Francia ó España.

Estela.

¿Tu nombre?

Julio.

Julio es mi nombre.

Estela.

¿Tu oficio?

Julio.

Soy gentil-hombre
que á sí mismo se acompaña;
pero en gracia de mi dueño,
que esta embajada me fija.

Estela.

¿No respondes, prima mia?

Julio.

Celia me mira con ceño.

ESCENA IV.

Estela y Celia.

Celia.

Ya le dije á ese criado
que vuelva por la respuesta,
que si al Príncipe le cuesta
su papel tanto cuidado,
no quiero escribir sin él.

Estela.

Brava plática tuvistes;
¿qué tratastes? ¿qué dijistes?
si dió materia el papel,
dirá que está enamorado
de mí el Príncipe, y que fué
perdido á España.

Celia.

No.

Estela.

¿Quién duda que le ha cohibido,
(que es ordinario en los hombres)
que en toda Francia no vió
dama, Celia, como yo?
con todos aquellos nombres
de ángel, estrella, jazmin,
rosa, perla y otras cosas
tan necias y mentirosas:
pues mí ¿qué te dijo en fin?

Celia.

No eran cosas de importancia
las que hablamos.

Estela.

¿Cómo no?

Celia.

Antes de enojo, y si yo
le volviese á hablar en Francia....

Estela.

¿Qué murmuras? ¿fué por dicha
descompostura de amor?
¿pidió necio algun favor?

Celia.

Tengo, Duquesa, á desdicha
tener tan necio pariente.

Estela.

Dime lo que es.

Celia.

No es razon.

Estela.

¡Qué confusion!

Celia.

Cosas son
de aquella bárbara gente.

Estela.

Quien quisiere á una muger
á puras ansias matar,
procuréle dilatar
lo que quisiere saber
ni fue jamas discrecion
dejar razon comenzada.

Celia.

Si puede ser escusada,
antes parece razon.

Estela.

Celia, lo que fuera sea.

Celia.

¡Qué porfiar tan prolijo!
dijo el Príncipe...

Estela.

¿Qué dijo?

Celia.

Dijo el necio que eras fea.

Estela.

Pues bien, ¿fue mucho el agravio?

Celia.

¿Cómo puede ser mayor?
pregúntale á tu color
si le importa el desagravio
pues ya se escribe el desprecio.

en la cara vergonzosa,
con letras de pura cera,
el agravio de este necio.

Estela.

Confieso, Celia, que ha sido
el repetirlo el criado,
ocasion de haber quedado
en parte mi honor corrido.
Hazme placer cuando vuelva
de decirle que se quede
conmigo.

Celia.

¿Julio que puede,
cuando á quedar se resuelva,
hacer para su venganza?

Estela.

¿Nunca has oido contar,
que aquel que se quiere ahogar
cualquiera cosa que alcanza
tiene fuertemente asida?
pues así tengo pensado,
que el asir de este criado
es asegurar mi vida.

Celia.

¿Qué dices?

Estela.

Que este ha de ser
por quien me pienso vengar,
que invencion no ha de faltar
para que me vuelva á ver
y si me vé, ten por cierto
que ha de adorar la fealdad
que dice, y que mi crueldad
le ha de ver perdido y muerto,
cómo ha de haber alma en mí,

Celia.

Con razon estás quejosa,
pero es imposible cosa
que puedas vengarte así:
mejor fuera...

Estela.

No hay mejor:
déjame, Celia, pensar
como le pueda obligar
para que me tenga amor,
que una vez enamorado,
con la risa y el desprecio
quedará de aqueste necio
mi sentimiento vengado;
que no hay venganza que sea
mas discreta y mas gustosa
que hacerle querer hermosa,
quien le ha parecido fea.
Así de aqueste enemigo
vengarse mi agravio piensa,
porque de la misma ofensa
se ha de sacar el castigo.

ESCENA V.

DECORACION DE CALLE.

Ricardo, Julio y Octavio.

Julio.

Está es la hora que sin alma queda.

Ricardo.

No hay cosa, Julio, que obligarla pueda
mas á lo que pretendo de importancia.

Julio.

Así lo entiendo yo de tu arrogancia.

Ricardo.

Y el camino que hallaste

fue mucho mas discreto; al fin, ¿dejaste
con Celia concertado
volver por la respuesta?

Julio.

Hále causado
notable novedad que la Duquesa,
cuya hermosura es la mayor empresa
de príncipes, y grandes
de Francia, de Alemania, España y Flandes,
te pareciese fea.

Ricardo.

De esta manera el cazador rodea
al animal ó al ave:
presto verás que su arrogancia grave
se rinde á mi deseo.
Octavio, amigo, en la ocasion me veo
que tu fidelidad me ha de dar vida;
de tu amistad mi confianza asida
pretende conquistar esta arrogante
hermosura francesa, que en diamante
con pinceles de nieve pintó el cielo.
La traza que fabrica mi desvelo,
es la que te he contado;
de todos mis criados he dejado
solo Julio conmigo, que me acompaña,
que los demas á España
van caminando: con el conde hoy quiero
dar principio dichoso al bien que espero.

Octavio.

Francisco, por la vida
ya vuestra alteza tiene conocida
mi lealtad, amistad; esté seguro
y por esta que al lado traigo juro
de guardarle secreto

Ricardo.

Pues para dar á lo que intento efeto
dile al Gobernador secretamente
lo que te digo, porque luego intente
prenderme, que por causa tan notable,
no dudes de que hable
con la Duquesa y que ella verme quiera,
donde mi amor en mi fortuna espera
lo que mi atrevimiento me asegura
ó á las manos morir de su hermosura.

Octavio.

Tú verás el efeto
de un noble amigo.

Ricardo.

Di tambien discreto,
en qué consiste la ventura mia.

Julio.

¿Cuando falta la dicha á la osadía?
vuelvo por el papel mientras te prenden,
y á ver como se encienden
de la Duquesa los claveles vivos,
con tantos pensamientos negativos
si á quien tanta hermosura llamó fea,
rendir, matar, ó enamorar desea.

ESCENA VI.

Octavio.

No carece de valor
de Ricardo el pensamiento,
y mas siendo el fingimiento
el primer paso de amor.
¡O fuerza de la amistad!
¿por que me pongo por tí!
pero ya lo prometí

favor, silencio y lealtad.
Prosperamente sucede:
este es el Gobernador
que hasta en esto muestra amor
lo que sabe y lo que puede;
con él viene un capitan
con la Duquesa y
con el amor, si en alguno
fortuna y amor lo están?

ESCENA VII.

Octavio, el Gobernador, el Capitan, y criados de acompañamiento.

Gobernador.

Conozco vuestro cuidado.

Capitan.

Cuando me toca la guarda
soy Argos de la ciudad,
no ha de suceder desgracia
hasta que deje la noche
la capa en manos del alba,
que aun por esto la prendiera
si la noche se quejara.

Gobernador.

Estar limpia una ciudad
de gente ociosa, es la causa
de no haber hurtos ni muertes;
en que se vé que se engañan
los que gobiernan, si piensan
que solo el castigo basta.
Prevenir que no sucedan
delitos, con que no haya
quien los haga en quien gobierna
es la prudencia mas alta;

porque castigar despues,
supuesto que es de importancia
para el egemplo, ya es fuerza,
y es mejor que se escusara.

Capitan.

¿Quién limpiará una ciudad
donde acuden gentes varias?

Gobernador.

¿Quién? el temor del castigo,
y el cuidado del que manda.

Octavio.

¡Oh qué á propósito viene
á mi intento lo que tratan!
En vuestra busca
doy al cielo infinitas gracias
de haberos hallado aquí.

Gobernador.

¿Que es, Octavio, lo que mandas,
que hallarte me agradeces?

Octavio.

Sino te ha dicho la fama
que el Príncipe de Polonia
de regreso estuvo en Francia,
sabe que entre mis provincias
vino por ver á Madrid,
á la corte de Lorena,
y fue huesped de mi casa,
donde hicimos amistad.
Partióse en efecto á España,
peregrino de su gusto;
tuve ante ayer una carta,
en que me dice que un hombre,
tan noble que le debia
por secretario (que á veces
no conforma el cuerpo al alma)

todas las joyas le hurtó,
y que si por dicha pasa
por esta ciudad le prendas,
ha sido mi dicha tanta,
que hoy le visto en una quinta
pasear con una madama;
que del hurto y del volver
fue por ventura la causa.
Fingí que no conocía
quien era, aunque él me miraba
sospechoso de mis ojos,
que el miedo en todo repara
y como ves he venido,
no permitas que se vaya
con tal delito, pues puedes
sin peligro, y aun sin guarda
hacer tan justa prision.

Gobernador.

Cuando trujera mas armas,
mas soldados, mas defensas
para las joyas hurtadas,
que tiene ahora sospechas,
(porque nunca el alma engaña)
yo solo le he de prender,
que para ladrones basta
el temor de la justicia.

Octavio.

Mi intento no es que le hagas
agravio, que es caballero;
mas que con buenas palabras
se cobren todas las joyas.

Gobernador.

El capitan de campaña
venga conmigo no mas,
y dos soldados de guardia.

ESCENA VIII.

SALON DE PALACIO.

Julio y Celia con una carta.

Celia.

Esta es la carta.

Julio.

Sospecho
que con enojo le escribas,
y del que en esto recibas
culpo mi inocente pecho;
que te parlé, sin pensar
lo que el Príncipe sintió
de madama,

Celia.

No sé yo
á quien se deba culpar,
ó á él que dijo que era fea,
ó á tí, porque fuera justo
que callaras su mal gusto;
pero no hay cosa que sea
mas peligrosa, (y perdona)
que servirse de criados
necios.

Julio.

¡Qué bien castigados
estamos los dos? pero abona
tu culpa en esto la mia.

Celia.

¿Cómo?

Julio.

Si yo te dixté
(que toda mi culpa fué)

lo que el Príncipe decia,
el tuyo fué el mayor error,
contándole á la Duquesa
lo que yo dije.

Celia.

No es esa
disculpa.

Julio.

Y aun fué mayor,
que en su ausencia me atreví,
y es como no haber hablado,
pues ausente el más honrado
no puede volver por sí.

Celia.

¿Sentiste llamarte necio?

Julio.

¿Pues no quieres que lo sienta,
si aquello que el alma afrenta,
fué siempre el mayor desprecio?

Celia.

¿Pues, qué llamas afrentar
el alma?

Julio.

Llamar á un hombre
necio.

Celia.

¿Por qué?

Julio.

Porque es nombre
que por fuerza ha de arraviar
al entendimiento, que es
potencia suya.

Celia.

El honor
te vuelvo.

Julio.

Y por el favor
yo vuelvo á besar tus pies.

Celia.

¿Tú á lo menos no has tenido
á la Duquesa por fea?

Julio.

No quiera Dios que me vea
falto de tan gran sentido,
que solo pusiera un ciego
en duda tanta hermosura.
Es ángel de nieve pura,
con dos estrellas de fuego:
es de la Venus de Fidias
retrato; y con mas primor,
hija del cristal de amor
contra el ojo de la envidia.
Es toda nacar lustrosa,
en cuya boca tambien
las bellas perlas se ven
por celosías de rosa,
cuyo dulce movimiento
enseña un rojo clavel
que es intérprete fiel
de su raro entendimiento.
Sus megillas encarnadas
de manutisas parecen,
cuando entre jazmines crecen
del alba pura esmaltadas;
y por no hacerlas agravios,
te digo que son tan bellas,
señora, que solas ellas
compitieran con sus lábios.
Cuando á las manos te inclinas,
de tanta gracia están llenas,

lo que el Príncipe decia,
el tuyo fué el mayor error,
contándole á la Duquesa
lo que yo dije.

Celia.

No es esa
disculpa.

Julio.

Y aun fué mayor,
que en su ausencia me atreví,
y es como no haber hablado,
pues ausente el más honrado
no puede volver por sí.

Celia.

¿Sentiste llamarte necio?

Julio.

¿Pues no quieres que lo sienta,
si aquello que el alma afrenta,
fué siempre el mayor desprecio?

Celia.

¿Pues, qué llamas afrentar
el alma?

Julio.

Llamar á un hombre
necio.

Celia.

¿Por qué?

Julio.

Porque es nombre
que por fuerza ha de arraviar
al entendimiento, que es
potencia suya.

Celia.

El honor
te vuelvo.

Julio.

Y por el favor
yo vuelvo á besar tus pies.

Celia.

¿Tú á lo menos no has tenido
á la Duquesa por fea?

Julio.

No quiera Dios que me vea
falto de tan gran sentido,
que solo pusiera un ciego
en duda tanta hermosura.
Es ángel de nieve pura,
con dos estrellas de fuego;
es de la Venus de Fidia
retrato; y con mas primor,
hija del cristal de amor
contra el ojo de la envidia.
Es toda nacar lustrosa,
en cuya boca tambien
las bellas perlas se ven
por celosías de coral;
cuyo dulce movimiento
enseña un rojo clavel
que es intérprete fiel
de su raro entendimiento.
Sus megillas encarnadas
de manutisas parecen,
cuando entre jazmines crecen
del alba pura esmaltadas;
y por no hacerlas agravios,
te digo que son tan bellas,
señora, que solas ellas
compitieran con sus lábios.
Cuando á las manos te inclinas,
de tanta gracia están llenas,

que con rayos de azucenas
parece un sol de jazmines.
Finalmente, su valor
es de tan alta escelencia,
que sin pedirle licencia
ni tira, ni mata amor.

Celia.

¿Pues cómo al Príncipe ha sido
Estela un demonio fiero?

Julio.

Porque es un gran majadero.

Celia.

Mira, Julio, que te ha oido
la Duquesa.

Julio.

¿Dónde?

Celia.

Estaba
detras de aquella antepuerta.

ESCENA IX.

Dichos y Estela.

Estela.

Escuchándote encubierta
de tus lisonjas gustaba,
y como de la alabanza
resulta siempre aficion,
tu ingenio y buena opinion
tanto con mi gusto alcanza
Julio, que quiero pedirte
que en mi servicio te quedes.

Julio.

Hácesme tantas mercedes
en querer de mi servirte,

que en tu nombre serafin,
pongo la boca dichosa
en la estampa venturosa
del corcho de tu chapin:
¿pero como podrá ser
sin licencia de mi dueño?

Estela.

A sacarte de ese empeño
pienso que tendré poder,
con escribir á Ricardo.
Tú, entretanto que responde,
y que á quien es corresponde,
como de su nombre aguardo,
estarás conmigo aquí,
que me has parecido bien.

Julio.

Gracias, señora, te den
tus mismas gracias por mí.
Alaben tus altas glorias,
y tus virtudes perfetas
en sus versos los poetas,
y en su prosa las historias:
los poetas en sus liras
á tus méritos divinos,
cantando mil desatinos,
las historias mil mentiras.

Estela.

¿Dónde estará tu señor
ahora?

Julio.

Aun no habrá llegado
á España. Ya su cuidado
es de venganza, ó de amor.

ESCENA X.

Dichos, el Gobernador y Octavio.

Octavio.

No es razon que le deis cuenta
(para afrentar este hidalgo)
á la Duquesa.

Gobernador.

Yo salgo
al remedio de esa afrenta.

Estela.

¿Qué es eso, Gobernador?

Gobernador.

Señora, ha escrito Ricardo,
el príncipe de Polonia,
desde Lunevilla á Octavio,
que hurtándole muchas joyas,
se le ha vuelto el secretario
á tu corte. Dióme parte
de este suceso, y buscando
los sitios de mas sospecha,
en una quinta le hallamos:
como avisarte de todo
cuanto pasa me has mandado,
aunque Octavio no quería,
á tu presencia le traigo.

Estela.

¿Octavio?

Octavio.

¿Señora?

Estela.

Muestra
la carta.

Octavio.

Esta es.

Julio.

¡Qué estraño
suceso! ¿un hombre tan noble
en tanta bajeza ha dado?

Estela.

Lee. *Señor Octavio, despues de daros cuenta de que voy con salud, aunque sintiendo vuestra ausencia, sabed que Lauro mi secretario con algunas joyas mias se ha ido esta noche, con admiracion mia y de mis criados, siendo tan gran caballero: si volviere á esa ciudad, donde entiendo que una dama le ha obligado á este desatino, haced que sin afrenta suya sepa de vos el disgusto con que quedo. Dios os guarde.* = *El Príncipe de Polonia.*

¿Conoceis esta firma,
Julio?

Julio.

¿Y cómo? aunque no creo
de Lauro el error que veo,
y que esa firma confirma.

Estela.

¿Quién le trae?

Gobernador.

El Capitan
de campaña.

Estela.

Verle quiero.

Gobernador.

Entrad.

ESCENA XI.

Dichos, el Capitan, que saca á Ricardo preso.

Estela.

¡Gentil caballero,
y por estremo galan!
¿Sois Lauro vos?

Ricardo.

Si señora.

Estela.

Despejad todos la sala;
Celia y Julio solo queden:
vos, Capitan de campaña,
volved despues por el preso.

Capitan.

¿Cuando vuestra alteza manda?

Estela.

Mas no volvais que no importa,
aquí estará en confianza.

ESCENA XII.

Estela, Celia, Ricardo y Julio.

Estela.

Di, caballero, ¿sirviendo
á tan gran señor le hurtabas
sus joyas, y fugitivo
desde el camino de España
á Lorena te volvias,
y oculto en mi corte estabas?
¿Qué ocasion pudo moverte
para tan infame hazaña,
y para venirte aquí
con obligaciones tantas

de noble, y de secretario
de un Príncipe, y con gallarda
persona, y con ser fornoso
tu ingenio, en hagena iguales
á los hombres mas nacidos?

Ricardo.

Señora, en cuya alabanza
de entendimiento y belleza,
gasta la parlera fama
trompetis de inmortal bronce,
del fenix purpúreas alas,
con los ojos del pabon,
que ya de celeste plata
clavos estantes y fijos
el zéfiro etéreo esmaltan,
yo soy Lauro de Lorena,
que fue mi padre de Francia,
y fui vasallo del tuyo,
si en el título reparas.
Casóse en Cracobia insigne
con una dama polaca,
de suerte que soy francés,
de suerte que ya te alcanza
la obligacion al favor
por vasallo de tu casa.
Supe en mis primeros años
lo que buenas letras llaman,
y díme á la astrología
despues de otras ciencias varias;
porque puesto que no obligan
las estrellas, pues la sábia
prudencia puede regirlas,
y que ellas fueron criadas
para el hombre, y no él para ellas;
es ciencia tan dulce y alta,

*

y tan digna de un ingenio,
que me precié de estudiarla.
Supe, en efecto, por ella
que en tu corte me guardaba
un grande bien la fortuna,
que fue de volverme causa
desde el camino á tu corte;
que las joyas de la cartá,
que dice el Príncipe, ha sido
invencion, porque la infamia
me obligue á volver por él.
Tanta ha sido mi privanza,
que era yo Ricardo, y él
Lauro, sin que apenas haya
diferiencia entre los dos,
sirviendo á los dos un alma:
y pues Julio está presente,
bien sabe que no se hallaba
Ricardo un punto sin mí,
y que fue nuestra crianza
una misma, siempre juntos
desde la primera infancia
hasta la presente edad:
pero si acaso te espanta
la ingratitud con que olvido,
quien con tanto amor me paga,
si amor merece disculpa,
(que en las pasiones humanas
le dan el imperio egemplos)
amor, señora, me salva.
Estando el Príncipe un dia
que salió su alteza á caza,
con poco gusto de verte,
¡mira que necia desgracia!
yo ví, no lejos de tí,

una tan hermosa dama,
que vine á creer que amor
mudó la flecha y la aljaba
en arcabuz, como dicen,
que cual la violenta bala
derriba el ave á la tierra,
que envuelto el cuello en las alas,
baja sin sangre, que toda
por el aire la derrama;
así yo sentí de un golpe
salir de mi pecho el alma,
envuelta en tristes suspiros.
Pasé la noche en mil ansias,
y antes de ver el aurora,
el Príncipe se levanta,
y me notifica ¡ay triste!
que quiere partirse á España:
fue forzoso obedecerle;
pero en aquella jornada,
traian su amor y el mio
tan espantosa batalla,
que quedó vencido el suyo;
y por la posta, Madama,
volví á tu córte, que estoy
loco de mirar su cara,
contento de estar presente,
gustoso de imaginarla,
suspenso en su perfeccion,
muerto de sus bellas armas,
aficionado á su ingenio,
rendido á sus bellas gracias,
obligado hasta la muerte;
porque la doy la palabra
de pretenderla sin vida,
de amarla sin esperanza.

Estela.

Sin tanta satisfaccion
vuestra persona abonaba,
que solo son vuestros hurtos
de voluntades honradas:
que amor á Lorena os vuelva,
es disculpa, no es desgracia:
seguid, Lauro, vuestro intento,
y si alguna cosa os falta
en mí la tendreis segura.

Ricardo.

Con mas que palabras almas,
beso mil veces la tierra
que esos jazmines esmaltan:
vendré á veros, si me dais
licencia, hermosa madama.

Estela.

Holgaréme de saber
lo que con la vuestra os pasa,
y como os va de favor.
¿Celia?

Celia.

¿Señora?

Estela.

La salva
con que ha entrado este navio
muestra que de paces trata:
¿mas si eres la dama, Celia?

Celia.

Cree que no me pesara,
que me quisiera.

Estela.

Ni á mí.

Celia.

¿Qué dices?

Estela.

Que no te iguala.

ESCENA XIII.

Ricardo y Julio.

Ricardo.

¡Ay, Julio!

Julio.

Acá estamos todos.

Ricardo.

¿Parécete que se entabla
mi pretension?

Julio.

Lindamente;
pero guarda bien las cartas,
no te conozcan el juego,
aunque es nueva la baraja.

Ricardo.

¿Qué te dijo de ser fea?

Julio.

Allá verás de tu carta
la respuesta, y lo que entiendo
es que ha quedado picada,
y que vengarse desea.

Ricardo.

Yo haré de suerte que salga
muy caro, Julio, de amor
el precio de la venganza.

ACTO SEGUNDO.

ESCENA PRIMERA.

SALON DE PALACIO.

Estela y Celia.

Estela.

Estoy contenta de ver
de Lauro el entendimiento.

Celia.

Mucho me espanta tu intento.

Estela.

Soy agraviada y ninger.

Celia.

Si miente en llamarte fea,
¿qué venganza de su error
es, para mostrarle amor,
solicitar que te vea?

Estela.

Porque tengo confianza,
que le puedo enamorar,
en que pretendo fundar
la mas discreta venganza.
Enamorado de mí,
yo te le pondré de modo
que se desdiga de todo
lo que Julio dijo aquí:
sin esto, cuando mas cierto
de mi amor Ricardo esté,
con mil desdenes le haré
vivir abrasado y muerto.

Hasta llegar á querer
un hombre, es hombre.

Celia.

Es verdad
que pierde la libertad,
que es como dejar de ser.

Estela.

Luego si ha de ser Ricardo
solo lo que yo quisiere,
de estar sujeto se infiere
que mayor venganza aguardo:
guárdese un hombre de dar
su libertad por querer,
porque entonces no hay muger
que no se sepa vengar.
Yo voy con Lauro tratando
que el Príncipe venga á verme:
si él viene, y viene á quererme,
tú le verás suspirándo,
tú le verás padeciendo;
porque en viéndole querer,
tengo de darle á entender
que estoy por Lauro muriendo.
Lauro tiene gentileza;
de zelos se ha de abrasar.

Celia.

No se puede dar pesar
á costa de la grandeza;
que donde hay tanto valor,
no sé, Estela, como quieres
imitar á las mugeres
viles en tretas de amor.

Estela.

Y aun por andar tan iguales,
Celia, á su grandeza asidas,

suelen ser menos queridas
las mugeres principales:
dejame seguir mi intento.

Celia.

¿Y Lauro háte declarado
quien es la dama que ha dado
principio á su pensamiento?

Estela.

No lo ha querido decir,
ni era justo porfiar,
secreto la quiere amar,
si no la quiere servir;
que este amor debe de ser
al tiempo antiguo.

Celia.

Aquí viene
Julio.

Estela.

Grande amor le tiene.

Celia.

El lo debe de saber.

ESCENA II.

Dichas y Julio.

Estela.

¿Qué hay, Julio?

Julio.

Venir, señora,
á ver si te sirvo en algo,
que con lo poco que valgo
mi desconfianza ignora
servicio que pueda hacerte
de mas consideracion,
que para toda ocasion

ser tu esclavo hasta la muerte.

Estela.

Hoy se ofrece en que podrás
mostrarme ese buen deseo.

Julio.

Y hoy la dicha en que me veo,
si tanto favor me das.

Estela.

¿Quién es la dama á quien ama
Lauro?

Julio.

Pésame, por Dios,
porque aunque amigos los dos
nunca me ha dicho su dama.
Lo que mas puedo decir
es que me parece dentro
de palacio, así por centro
de hermosura á quien servir,
como porque no le veo
fuera de él mirar ni hablar,
de donde pueda sacar
la causa de su deseo.
Duermo en su mismo aposento,
y de noche el pobre amante
es relox, cuyo volante
es alma del movimiento
Así parece en la cama,
y las horas los suspiros
que dan amorosos tiros
al índice de su dama;
todo con tal desconcierto
que nunca supe la hora
de esta encubierta señora.

Estela.

Pues yo tengo por muy cierto

que era tú, Celia.

Celia.

¿Yo?

Estela.

Si.

Celia.

No lo crea vnestra Alteza,
fie mas de su belleza.

Estela.

¿Qué dices? ¿quererme á mí?

Celia.

¿No se ve claro en tener
Lauro secreto su amor?

Estela.

¡Qué desatinado error!

Celia.

¿No puede un hombre querer
sin ofensa del sugeto,
con secreto, y discrecion?

Estela.

No es amor, Celia, pasion
que sabe guardar secreto:
ahora bien, quien fuere sea,
y es mucha curiosidad:
por lo menos es verdad
que no le parece fea.
Vamos de aquí.

Celia.

Siempre asiste
ese pensamiento en tí.

Estela.

Necia en ofenderme fuí
de agrávio que no consiste
en la razon, siendo el gusto
un alvedrío sin ley,

que de los sentidos rey
puede ser justo, ó injusto:
mas ya que mi confianza
dice que es ofensa mia,
no dejaré la porfia
hasta tener la venganza.

Celia.

¡Valiente resolucion!

Julio.

Esto se encamina bien,
porque el favor ó el desden
de una misma suerte son:
porque como del favor
puede nacer la mudanza,
tiene el desden esperanza
de que se mude en amor.

ESCENA III.

Julio, Ricardo, y Octavio.

Octavio.

Pues ya caminan tan bien
por la privanza de Estela
tus cosas, que á tu cautela
no hay crédito que no den;
advierte, Ricardo amigo,
no Lauro, pues para mí
no eres Lauro, pues yo fui
parte entonces, y hoy testigo
de tu secreta invencion
que es Celia la misma vida;
que tengo en el alma asida,
y que ha llegado ocasion
en que me puedas pagar
lo que te he servido en esto.

Ricardo.

En obligacion me has puesto
que es imposible pensar
humana satisfaccion:
mira en que puedo servirte.

Octavio.

Basta, Ricardo, decirte
que tengo á Celia aficion;
tú, pues, si llega ocasion,
infórmala bien de mí,
pues mejor se escucha así
una amorosa aficion:
esto has de hacer en efeto,
porque en los tratos de amor
es el concierto mejor
por un tercero discreto.

Ricardo.

Fia de mí ¿que tendré
mas cuidado que del mio.

Octavio.

De tí mi remedio fio.

Ricardo.

¿Amigo Julio?

Julio

Aguardé
que con Octavio acabases
el comenzado discurso,
para no romper el curso
de lo que con el tratases

Ricardo

¿Hablaste al Gobernador?

Julio.

Díle tu carta fingida,
de su gusto recibida
con muchas muestras de amor,

díjele que había venido
de donde el Príncipe estaba,
que si responder gustaba,
el que la había traido
mañana se partiría.

Octavio.

¿Carta le escribes?

Ricardo.

Despues
sabrás, Octavio, lo que es.

Julio.

Cuando de darla venía,
doy con Celia y con Estela,
de quien, señor, entendí,
que se han de lucir en tí
la ficcion y la cautela.
Notable examen, por Dios,
sobre saber quien ha sido
la dama que te ha traido,
hicieron en mí las dos;
porque debe de pensar
cada una que es por ella.

Ricardo.

¿Y qué digistes?

Julio.

Que de ella
solamente imaginar
que era en palacio podia;
pues fuera á nadie mirabas,
que de noche suspirabas,
y andabas triste de dia.

Ricardo.

Bien hiciste; porque es justo
ir poco á poco y á tiento;
porque de este fingimiento

no nos resulte disgusto.

Julio.

Dices bien; pero yo sé,
que nó le falta de tí.

Octavio.

La Duquesa viene aquí.

Ricardo.

Vete, Julio.

Octavio.

Y yo me iré,
con volverte á suplicar
no se te olvide mi ruego.

Ricardo.

Será, Octavio amigo, luego
que Celia me dé lugar.

ESCENA IV.

Ricardo y Estela.

Estela.

¿Lauro, estás solo?

Ricardo.

Aquí estaba
Octavio.

Estela.

¿Fuese?

Ricardo.

Ya se ha ido.

Estela.

Muchas veces he querido
(que sus cabellos me daba,
Lauro, la ocasion) fiarte
un secreto, y me ha faltado
atrevimiento: hoy me ha dado
licencia mi honor de darte

satisfacion del temor,
y cuenta de lo que espero
que tan noble caballero
hará por mi propia honor.

Ricardo

Imagine Vuestra Alteza
las fábulas ó verdades
de aquellas antigüedades
llenas de horror y estrañeza;
é imagine que Teseo,
ya é matar el Minotauro,
y presuma que de Lauro
espera el mismo trofeo;
Imagine que desea
tener las manzanas de oro,
cuyo guardado tesoro
fue perdicion de Medea;
imagine que pretende
del campo Elíseo un laurel,
y que pasando por él,
el infierno le defiende,
ó la cristalina esfera,
por quien hoy Atlante es monte,
ó como Belerofonte,
ir á matar la Quimera,
que no pondré duda alguna,
si lo intentan estorbar
la tierra, el infierno, el mar
y el poder de la fortuna.

Estilo.

Pues en esa confianza,
caballero ilustre, advierte,
que aquel dia que me vió
el Príncipe tu pariente,
ó tu ducño, si lo ha sido

(esto como tú ya sabes)
dijo (no sé como lo diga,
para tratarlo de veras,
ó con disculpa mas justa
la causa que me entristece)
que era yo en estremo fea.
Vino este Julio á traerle
á Celia una carta suya;
y como ella pretendiese
saber si yo le agradaba
(pues vino á esta corte á verme)
tan descortés como el dueño
dijo que no libremente.
Ahora quiero que veas
lo que somos las mugeres,
que mi vanidad acusa
y que mi enojo condena.
Tan grande le tuve, Laura,
que no hay cosa que no intente
por vengarme de este necio;
y asi quiero, pues tú puedes
ayudar á mi venganza,
que mi amistad recompenses
en escribir á Ricardo
que venga á Lorena á verme,
con una invencion notable:
escúchame atentamente.
Tú has de decir en la carta
que tanta privanza tienes
conmigo, que le he contado
mis pensamientos mil veces;
y que te digo que el dia
que me vió, sin que entendiese
que yo le veia, le vi
y conocí claramente

porque Cecilia me lo dijo:
y que me dejó de verle
tan perdida desde entonces,
que siendo naturalmente
alegre, vivo tan triste
que no hay cosa que me alegre,
porque de todos los hombres
me pareció diferente,
con cuya imaginacion
no hay noche que no me acueste,
ni dia que sin deseos
de volverla á ver despierte;
y que yo misma te dige
que si á la corte volviese
tendria gusto de hablarle;
novedad de mis desdenes,
castigo de mis desprecios
padecidos justamente
por haber sido con todos
ingrata y áspera siempre.
Dentro, Lauro, de la carta,
quiero tambien que le lleven
un retrato, porque vea
lo que tan mal le parece:
este es hombre, al fin, y moro,
y pienso que como piense
que una muger como yo
con tanto estremo le quiere,
vendrá sin duda á buscarme,
que tanto les desvanece
su presuncion; y está cierto
que si el necio á verme viene,
le tengo de enamorar
tan diestra y tan falsamente,
que llegue á vivir sin alma.

*

y que cuando llegue á verse
en estado que yo pueda
á la venganza atreverme,
me tengo de retirar
con zelos y con desdenes,
que le ponga en ocasion
que le parezca la muerte
mas alegre que la vida:
y si este caso sucede
como le tengo trazado,
y tú, Lauro, no me vendes,
tengo de hacer que Ricardo,
aunque no quiera, confiese
que soy lo que dicen todos,
y que en haber dicho, miente,
que soy fea, despreciando
lo que en reinos diferentes
ha parecido á sus dueños
(tan buenos como él) de suerte,
que por mil embajadores
han intentado ofrecerme
los imperios y las manos,
para que aceptase y diese
las mias á quien castiga
mi arrogancia justamente,
pues me ha despreciado un hombre
que solo el nombre me ofende,
que no merecen amor
los que son tan descorteses
que á las mugeres les quitan
lo mejor que las concede
naturaleza piadosa
para que estimadas fuesen;
y pues no estás bien con él,
permíteme que me vengue,

si vencido de tu engaño,
y desvanecido vuelve;
que no hay víbora en la Scitia,
ni tiene el Africa ajerpe,
como muger agraviada
de que el hombre la desprecie.

Ricardo.

Pésame, Duquesa ilustre,
(por la parte que me toca
Polonja) la opinion loca
de un hombre de tanto lustre;
que aunque no es justo alabar
delante de quien lo siente,
el que agravia injustamente
al que se quiere vengar,
os aseguro que es hombre
de entendimiento y valor,
y en efecto un gran señor,
que basta solo este nombre.
No sé como puede ser
que le parezca mal
un ángel tan celestial
en figura de muger;
pero en fin, hay en los gustos
tal vez tan mala eleccion,
que en la mayor discrecion
son por estremos injustos;
pero os puede consolar
que de vuestra parte estaba,
que siempre se desalaba
lo que se quiere comprar.
Justamente os vengareis,
y yo á escribirle, me ofrezco
contento de que merezco,
que estrangero me fieis,

señora, tan gran secreto;
y así pienso despachar
á Julio, que sabrá dar
como criado y discreto,
la carta en su propia mano.

Estela.

Pues esto aparte escuchad,
si en nuestra firme amistad
todo cumplimiento es vano;
cuando un músico pretende
á otro músico escuchar,
suele primero cantar,
y el otro no se defiende;
porque al fin está obligado
de lo que el otro cantó;
y así para oiros yo
mi secreto os he contado.
¿Cómo se llama la dama
á quien servís?

Ricardo.

Gran señora,
no me preguntéis ahora
como mi dama se llama,
porque siendo desigual,
notable ofensa sería.

Estela.

El favor y amistad mía
¿como puede estar tan mal;
sea quien fuere la dama,
pues yo ayudarte prometo?

Ricardo.

Por pagar vuestro secreto,
Celia, señora, se llama.

Estela.

Pésame.

el galan que se contenta
del estado de su dama,
jamas ofende á quien ama,
pues lo que es honesto intenta.

Mirando

Duquesa y señora mia,
dándome tanta licencia,
vuestra discreta prudencia,
vuestra dulce cortesía,
dirá (¡mas hay osadía
de mis fáciles antojos,
¿cómo direis mis enojos,
si podeis con menos mengua
hacer de los ojos lengua,
pues sabeis hablan los ojos?
¿Quién es el sol que me enciende,
y me yela y me acobarda,
quien la tirana gallarda
que en su dulce Argel me prende;
quien me entiende y no me entiende:
quien es mi dulce homicida,
quien mi esperanza perdida
en tanta gloria convierte,
que de tan hermosa muerte
aun se halla indigna la vida?
Ea, pues, atrevimiento,
ahora es tiempo de hablar,
pues os mandan declarar
vuestro oculto pensamiento;
mas si lo que calla y siente
se puede en los ojos ver,
presumir y conocer,
aunque me deje morir
no se lo quiero decir,
pues no lo quiere entender.

ESCENA V.

Estela.

Con razon me tuvo atenta
relacion tan bien fundada;
de oirle quedo admirada,
mas no quedo descontenta;
que cualquiera atrevimiento,
siendo amoroso, perdona
una gallarda persona,
y un discreto entendimiento.
Mucha licencia le dí,
por saber á quien queria,
mas sirva en disculpa mia
el querérme Lauro á mí;
porque enojada y corrida,
estaba desconfiada,
del Príncipe despreciada,
y de Lauro aborrecida:
que á quien ninguno procura
querer bien, y vive en calma,
ó es hermosura sin alma,
ó es alma sin hermosura.

ESCENA VI.

Estela y Celia.

Celia.

Bien despacio vuestra Alteza
ha estado con Lauro.

Estela.

Emprendo
la venganza que pretendo

de su ingenio y su nobleza,
que á los dos he conhado
el hacer que venga aquí
Ricardo.

Celia.

¿Y dice que sí?

Estela.

Esa palabra me ha dado.

Celia.

¿Pues cómo vendrá?

Estela.

Secreto
para que le pueda hablar
que hablándole, pienso dar
á mi pensamiento efecto.

Celia.

¿Y si se sabe en la corte
que Ricardo viene aquí?

Estela.

Déjame el cuidado á mí,
cuando el esconderle importe,
que le tengo de burlar,
aunque aventure en rigor
cuanto no fuese mi honor.

Celia.

No te quiero aconsejar,
conozco tu condicion
tan furiosa resistida,
que aunque aventure la vida
has de lograr tu opinion:
pero dime, ¿preguntaste
á Lauro la dama?

Estela.

Celia.

¿Y á quien ama Lauro?

Estela.

A tí.

Tú, Celia le enamoraste,
tú le trajiste á Lorena,
por tí su dueño olvidó.

Celia.

No es posible sea yo
la que lo fue de su pena.

Estela.

No me dé el cielo ventura,
si no me lo dijo así.

Celia.

¿Qué me quiere Lauro á mí?

Estela.

Bien puedes estar segura.

Celia.

¿Y agradecida tambien?

Estela.

Eso no; porque es mal caso,
cuando sabes que te caso,
querer á ninguno bien.

Celia.

Si le pesa á Vuestra Alteza,
ni le veré, ni hablaré.

Estela.

No me pesa; pero sé
que puede su gentileza
impedir la voluntad
del tratado casamiento,
si este nuevo pensamiento
te quita la voluntad.

Celia.

No pasará por el caso

querer á Lauro.

Eulalia.

Harás bien. *Vase.*

Celia.

No hay ocasion que le den
al amor, como al desvio,
mal, si cobizelos intenta
que muestre á Lauro rigor;
porque resistido amor,
con la privacion se aumenta.

ESCENA VII.

Ricardo y Julio.

Ricardo.

Ponte, Julio, de camino,
y por la posta saliendo,
á vista de la ciudad
llegarás á donde tengo
al Conde y á los criados
que de Polonia vinieron
en mi servicio, y dirás
que vuelvan todos fingiendo,
aunque con poco fruido,
que vengo tambien con ellos
esta carta me darás. *Dale una carta.*
en que le escribo, que luego
que ví la de Lauro, puse
en egecucion su intento;
y advierte, que me la des,
con atrevido despejo,
delante de la Duquesa.

Julio.

No has tenido pensamiento
de mas ingenio en tu vida.

Ricardo.

Es amor grande ingeniero:
las máquinas de Arquimedes
no son encarecimiento
para las que tiene amor.

Julio.

Ya sé que amor es tan diestro,
que fabrica laberintos
tal vez á maridos necios.

Ricardo.

Parte, Julio, con cuidado.

Julio.

Yo parto en brazos del viento,
para volver con sus alas. *Vase.*

Ricardo.

Y yo quedo satisfecho
de tu diligencia, Julio.

ESCENA VIII.

Ricardo y Celia.

Celia.

¿Lauro?

Ricardo.

¿Señora?

Celia.

¿Qué es esto?
¿dónde despachas á Julio?

Ricardo.

Al Príncipe, con deseo
de dar gusto á la Duquesa,
á quien ya tengo por dueño;
hacerle desleal engañarle
y hacerle venir, pues pienso
que aunque pretende burlando

enamorarle, el ingenio
de Ricardo tan sutil,
que por una dada sospecha
que le ha de querer de veras.

Celia.

Aquí me dijo su intento,
y que habia preguntado
quien era aquel nuevo empleo
de tus pensamientos, Lauro.

Ricardo.

¿Y qué te dijo?

Celia.

No acierto
á decirte que soy yo;
pero si no te agradezco
tanto amor, que por el mio
hayas dejado á tu dueño,
y aventurando tu honor
en ocasion te hayas puesto
de estar en pais estraño
con nombre tan bajo, y preso,
mal cumplo la obligacion
de mi noble nacimiento;
y así digo que lo estimo,
Lauro galan, como debo,
y cuanto puede mi estado
mostrar agradecimiento;
que de ser agradecida
á quien me estima me precio,
mayormente con amor
que es accion de nobles pechos.

Ricardo.

Celia, yo sé que un hombre desdichado,
Para mayor desdicha fue dichoso,
Como mi egemplo muestra que ha llegado

A romper mi silencio comedido
Tu agradecido pecho, tu cuidado,
Y el verme tan aprisa venturoso,
Siendo en tus prendas mi valor tan poco,
Fueran bastantes á volverme loco.
Díjome Octavio que eras, Celia hermosa,
Alma de sus sentidos, y que estaba
Sin la suya por tí, con amorosa
Ternura, que las piedras ablandaba;
Que, pues con la Duquesa generosa
Hallé tal gracia, que en palacio entraba
Con libertad, y en él te hablaba y vía,
Fundaba su esperanza en mi osadía.
Quererte y engañarle es imposible,
Aunque de ello muera yo, dejarte debo
La empresa á Octavio, y con dolor terrible,
Cuando puedo vivir, la muerte apruebo:
Tú, cuando fuere á tu valor posible
(Mira que engaño en el amor tan nuevo)
Que á Octavio favorezcas, sin que Octavio
Sienta mis zelos, y tu amor mi agravio.

Celia.

Si tuvieras amor, ¿quién te quitaba
Que le dijeras, Lauro, á Celia quiero,
Aunque lo que él de mí te declaraba,
En su imaginacion fuera primero?
Mas como el no tenerle te obligaba,
Sigues la ley de amigo verdadero,
Que tantos han quebrado con disculpa,
De que el agravio por amor no es culpa.
Traidor fuiste á los dos, á tí callando
Tu amor, cuando su amor te fue diciendo,
Y á mí, pues mis favores despreciando,
De tu villana ingratitud me ofendo:
Ninguno me hable, aunque se muera amando

Estela.

Responded, Gobernador,
que no fuisteis con su honor
de Lauro vos tan cruel,
y que nunca estuvo preso;
que le hablareis con cuidado
de verle tan agraviado
por aquel pasado esceso:
pero no le prometais,
que irá á verle.....

Gobernador.

A escribir voy.

Estela.

Ni, que yo avisada estoy
del mal que tiene, escribais.

ESCENA X.

Estela, Celia y Ricardo.

Ricardo.

Parecióme que trataban,
gran señora, Vuestra Alteza
y el Gobernador de mí.

Estela.

Hay una cosa muy nueva.

Ricardo.

¿Cómo?

Estela.

El Príncipe tu dueño,
mejor tu primo digera,
no veinte leguas de aquí
está enfermo en una aldea.

Ricardo.

¿Enfermo?

Estela.

Así lo escribió.

Ricardo.

¿Pues cómo estando tan cerca
no se ha sabido?

Estela.

Habrá dado
tambien en que no se sepa
como en otras necedades;
porque presumo que piensa
que estás preso.

Ricardo.

A no haber sido
por tu piedad, yo estuviera
no solo en duras prisiones
entre la gente plebeya
mas por ventura sin vida.

Estela.

Primero la vaya sea
egemplo de desdichados
y nunca á Polonia vuelva.

Celia.

¿No le dices como quiere
que Lauro vaya á la aldea?

Ricardo.

¿Pues escribe que yo vaya?

Estela.

Con el temor de tu ausencia
aun no le osaba decir
que verte, Lauro, deseo
pero sintiendo tu agravio
(como es razon que lo sientas)
no pienso que en tu vida
volverás donde te vea
peligroso.

Ricardo.

Si mi ausencia, como dice,
la ha de sentir Vuestra Alteza,
perdone esta vez Ricardo,
por mas que la sangre mueva
los deseos de su vista;
fuera de estar mi inocencia
tan sentida de su agravio.

ESCENA XI.

Dichos y Julio con unas cartas.

Julio.

Quién pensára que pudiera
volver tan presto de España.

Ricardo.

¿Es Julio?

Julio.

Con razon llegas
á dudar si Julio soy,
dando tan presto la vuelta,
que mas parece soy Marco.

Estela.

Lauro, ¿Julio estaba fuera?

Ricardo.

Fue el criado que escogí,
fiado en su diligencia,
para lo que hacer mandaste;
y pues ya lo sabe Celia,
y este loco ha entrado aquí
(que hablarme despues pudiera)
él te dirá lo que pasa,
escuchando que en la aldea,
(que dice el Gobernador,)
le ha detenido en Lorena
peligrosa enfermedad.

Julio.

Si lo saben, ¿qué me queda
para que le pida albricias?

Ricardo.

Saber si te dió respuesta.

Julio.

Esta carta, y por la tuya *Dásela.*
el porte de esta cadena;
queda loco del retrato,
y el favor de la Duquesa,
de suerte que al mismo punto
(como si tu imágen bella
fuera de milagros) pide
le den de vestir, y queda
tan alentado y brioso
que el Conde y la gente nuestra
han dado con los caballos
por varias partes carreras
alborotando el lugar,
como, al salir la sentencia
de un gran estado en las córtes,
los que van á dar las nuevas.

Estela.

¿Pues el que me tuvo en poco
y á quien parecí tan fea
con belleza y mi favor
y mi retrato se alegra?

Ricardo.

Debe de querer al cielo
dar á tu venganza fuerzas.
Leeré la carta.

Estela.

Despues,
quiero, Lauro, que la leas
cuando estemos los dos solos.

Ricardo.

¿De qué manera concertas
que venga á verte Ricardo?

Estela.

Porque no demos sospecha,
verme de noche podía.

Ricardo.

¿Y ha de entrar á tu presencia?

Estela.

No, Lauro, que no es razón.

Ricardo.

¿Pues cómo quieres que sea?

Estela.

Hablándome como amante
por alguna de las rejas
que caen á los jardines.

Ricardo.

Ya voy previniendo penas.

Estela.

¿De qué, Lauro?

Ricardo.

¿Ya, señora,
de aquel favor no te acuerdas,
con que prometiste dar
vida á mi esperanza muerta?

Estela.

Si acuerdo.

Ricardo.

¿Pues no es razon
que celos de un hombre tenga
de las prendas de Ricardo?

Estela.

Calla, Lauro, que si llega
esta venganza á su punto,
como mi agravio desea,

él tendrá zelos de tí.

Ricardo.

Beso los pies de tu Alteza.

ESCENA XII.

Ricardo, Celia y Julio.

Celia.

¿Lauro?

Ricardo.

¿Celia?

Celia.

¿No hablaría
conmigo mientras Estela
con el Príncipe?

Ricardo.

Si Octavio,
señora, me dá licencia.

Celia.

¡Qué cobarde caballero!

Ricardo.

Señora, guardar es fuerza
el decoro á la amistad.

ESCENA XIII.

Ricardo y Julio.

Ricardo.

¿Qué dices, Julio?

Julio.

Que enredas
tal máquina de invencionce,
que es imposible que puedas
si has de ser Lauro y Ricardo,
salir bien con lo que intentas.

Ricardo.

En gran peligro me veo,
pues he de hablar en la reja
á Estela, como Ricardo,
y como Octavio con Celia:
mas como voy entablando,
Julio, el amor que me muestra,
¿qué daño puedo temer
cuando el engaño se entienda?

Julio.

Pareces amante alcon
en conquistar su belleza,
que gustan de que la caza,
que han de comer, se defienda.

ACTO TERCERO.

ESCENA PRIMERA.

DECORACION DE JARDIN.

Octavio y Ricardo.

Octavio.

Notable invencion ha sido
tú mismo fingirte á tí.

Ricardo.

Mayor es, estando aquí,
ser el Conde el que ha venido.

Octavio.

¡Qué bien fingido secreto!
bien llegaron tus criados.

Ricardo.

Vienen diestros y enseñados
del Conde para este efeto;
pero el peligro mayor
es hablar á la Duquesa:
cuando esto pienso, me pesa
de haberla tenido amor.

Octavio.

En vano tienes temor,
que no te ha de conocer
por el habla, si ha de ser
en la distancia mayor;
y cuando á su pensamiento
malicia pueda llegar,

por la patria ha de pensar,
que tenemos un mismo acento.

Ricardo.

Esa razon es verdad,
y gran ventura haber sido
esta noche, en que ha venido,
un limbo de oscuridad.
Algo tiene que decir
la luna en esta ocasion
al pastor Endimion,
pues no ha querido salir:
y como son sus doncellas
las estrellas que la ven,
habrá querido tambien
recoger á las estrellas:
lluvioso el cielo se muestra,
y favorable á mi engaño.

Octavio.

El habla no te hará daño,
que no es Estela tan diestra;
y como es tan poderosa
la imaginacion, no dudes
que por poco que la mudes,
quede Estela sospechosa.

Ricardo.

Parecéme que dirás,
¿á qué efecto me he fingido
con ella el mismo que he sido,
pues no ha de quererme mas?
Mira, Octavio, esta señora,
por soberbia de hermosura,
dió en despreciar la ventura
que tiene dudosa ahora;
pues ya la tengo en estado,
que cuando llegue á saber

quien soy, no podrá tener
desprecios de mi cuidado.

Octavio.

Dichoso fuiste, mas yo
tan desdichado me veo
con Celia, y con mi deseo,
que Celia me aborrecó,
y él no me quiere dejar.

Ricardo.

Celia será tuya.

Octavio.

¿Mia?

Ricardo.

Si llegare, Octavio, á dar
que yo lo pueda mandar.

Octavio.

Quiéralo el cielo.

Ricardo.

Si hará.

Octavio.

Julio sale.

ESCENA II.

Dichos y Julio.

Ricardo.

¿Es hora?

Julio.

Si.

Ricardo.

¿Sale ya á las rejas?

Julio.

Ya.

Ricardo.

Pareces eco.

Julio.

Entendiendo
que estaba allí, me llamó,
entré, ví al sol, y él me vió
á media noche saliendo:
aquí viene la oratoria,
en su punto finalmente.
me preguntó ¿cómo tiene
Lauro la amorosa historia
de su príncipe Ricardo?
Despues que á la corte vino,
ya celoso le imagino,
que me dicen que es gallardo.
Señora, le repliqué,
toda la noche han tratado
juntos, y de él han hablado:
y en esto no la engañé,
pues que sois uno los dos.
Siente que esta noche quieras
hablarle, y si perseveras,
matas á Lauro, por Dios.
Ya no lo puedo escusar,
dijo, pues está en la calle,
y celos, sin ver su talle,
¿cómo se pueden causar?
Vete, dijo, y dí que ya
salgo al balcon. Está atento,
que en las celosías siento
que alguna persona está;
y pues te has determinado,
llega á morir ó á vencer.

Ricardo.

Dos papeles he de hacer,
que el poeta amor me ha dado:
ya he de ser Ricardo, y ya

Lauro; pero Octavio entienda,
que los mismos le encomienda,
que así concertado está:
Ricardo y Lauro he de ser.

Octavio.

Si sales con este engaño,
servirá de desengaño
de lo que amor puede hacer.

ESCENA III.

Dichos, Estela y Celia, cada una á su reja.

Octavio.

En dos partes hacen señas.

Ricardo.

Si á Celia, Octavio, conoces,
fingete Lauro, con Celia,
porque yo me fingiré
Ricardo con la Duquesa,
si es fingirme el ser quien soy:
tú, Julio, ya entiendes.

Julio.

Llega,
y entre tanto dormiré,
mientras ellos se desvelan.

Estela.

¿Es el Príncipe Ricardo?

Ricardo.

¿Es, señora, Vuestra Alteza?
Finjo la voz para que *ap.*
tenga el engaño mas fuerza.

Estela.

Yo soy.

Ricardo.

Y yo quien adora
esas hermosas estrellas.

Estela.

¡Cielos, el eco en Ricardo
á la voz de Lauro suena!
¿Qué direis de mi, osadía?
pero fuera yo muy necia
si disculpára á quien vió
vuestra rara gentileza:
no he sabido defenderme
de vos, pues con tanta ausencia
sola una vista no olvida.

Ricardo.

Si amor con su encánto piensa
hacerme tan venturoso,
¿que tengo yo que le ofrezca,
el os he dado á vos el alma?
la enfermedad de la aldea
fue de amor, fue de haber visto
vuestra divina belleza.

Celia.

¡Ah! caballero, ¿sois Lauro?

Octavio.

Lauro soy, hermosa Celia.

Celia.

¿No quereis hablar conmigo
por no dar zelos á Estela?

Octavio.

Yo, mi señora, no doy
zelos, y cuando los diera,
aventurara mi daño
por el gusto de quien reina
por alma de mi alvedrío,
donde no puede haber fuerza
mayor que la voluntad.

Celia.

¡Qué desigual competencia

hacemos mi prima y yo!

Octavio.

No puede Estela tenerla
con vos, si yo soy la causa.

Celia.

¿Con qué quereis que agradezca
tanta merced?

Octavio.

Con pagarme:
mirad que breve respuesta.

Estela.

Muriéndome estoy de ver *ap.*
que hablen juntos Lauro y Celia:
¿qué hare para dividirlos?

Ricardo.

¿Con quién habla vuestra Alteza?

Estela.

¿Es Lauro aquel?

Ricardo.

Si señora.

Estela.

Decidle que á hablarme venga,
y vos á Celia dareis
de lo que tratemos cuenta;
que es muy justo, por amiga,
por mi prima, y deuda vuestra.

Ricardo.

¡Notablemente sucede! *ap.*
¡Cuanto se engaña quien piensa,
que nadie puede engañarle!
¿Lauro?

Octavio.

¿Señor?

Ricardo.

Dad licencia

por un instante. Oye aparte.

Octavio.

¿Conociótela la Duquesa?

Ricardo.

De ninguna suerte, Octavio:
mas como de ver le pesa
que hables con Celia, que al fin
presume que hablo con ella,
me ha mandado que te llame,
y que entre tanto entretenga
á Celia.

Octavio.

¿Pues qué has de hacer?

Ricardo.

Que tú á hablar á Celia vuelvas,
y yo vuelva como Lauro,
de suerte, que vaya y venga
á ser dos, siendo uno mismo.

Octavio.

¡Estrañas cosas intentas!

Ricardo.

No puede mi desatino
volver atrás aunque quiera. (1)

Ricardo.

¿Es Vuestra Alteza?

Estela.

Yo soy.

Octavio.

Ya vuelvo, divina Celia,
á abrasarme en vuestras luces.

Celia.

Decidme, por vida vuestra,
lo que el Príncipe os queria.

(1) *Vuelven cada uno á su reja.*

Celia.

Caprichos de la Duquesa,
son de su ingrata altivez.

Ricardo.

Que me llama vuestra Alteza
me dijo el Príncipe.

Estela.

Lauro,
háme dado mucha pena,
que hables con Celia.

Ricardo.

Señora,
Dios sabe que no quisiera
ni verla, ni haber nacido,
para ser de mis ofensas
tercero, como lo soy.

Estela.

¡Hay tan notable estrañeza! *ap.*
¡que á Ricardo y Lauro un mismo
acento naturaleza
les concediese, es prodigio!
¿De que pretenda te quejas
vengarme con estas burlas?

Ricardo.

Quien llega á morir de veras,
no funda en burlas sus zelos.

Estela.

Lauro, si yo presumiera
que esto habia de cansarte
un átomo de sospecha,
ni la venganza intentára,
ni aunque me llamára necia,
(que entre personas con alma,
es mas agravio que fea)
tratára de castigarle.

Ricardo.

Que satisfaccion merezca
de esa boca mi osadia,
todos mis zelos sosiega.
¡O qué palabras tan dulces!
Bien haya quien paga en perlas
penas de zelos fingidos.
¡O quién estuviera cerca
para deshacer las hojas
de esas blancas azucenas,
poniendo en ellas la boca!

Estela.

Yo aguardára que amaneza,
por ver al Príncipe el talle;
pero porque me agradezcas,
que este deseo no cumpla
(que en mugeres es cosa nueva)
dí al Príncipe que perdone,
porque la aurora no sea
causa, que alguno en palacio
esta novedad entienda:
esto fineza parece.

Ricardo.

Si en la voluntad engendra
alma amor, sean mil almas
agradecida respuesta:
yo voy para que nos vamos,
que noches, señora, quedan
para engañarle, y como es
mozo de poca esperiencia;
y soberbio de su talle,
no dudes de que ya piensa
que estás de él enamorada.

Estela.

Bien dices; yo me voy. ¿Celia?

Celia.

¿Señora?

Estela.

Vamos de aquí.

Celia.

A Dios, Lauro.

Octavio.

¡Quién pudiera
iros siguiendo, sol mio!

ESCENA IV.

Ricardo, Octavio y Julio.

Ricardo.

¡Ah Julio, Julio, despierta!

Julio.

¿Quién llama?

Ricardo.

¿No me conoces?

Julio.

Mueran....

Ricardo.

¿A quién dices mueran?

Julio.

¿Dónde están los enemigos?

Ricardo.

Deten la locura, bestia.

Julio.

¿Qué le ha sucedido, en fin?

Ricardo.

¿Quién pensára, que tuviera
tan firme imaginacion
en mi fe, y en su grandeza,
para no ser engañada?

*

Julio.

Triste está Octavio.

Octavio.

No alegran
dichas fingidas.

Ricardo.

La aurora,
ya por la boca risueña,
cándidos rayos dilata,
flores y fuentes le besan
los coturnos de oro y nacar.

Julio.

Y yo digera en mi lengua,
que salia la mañana
en chapines ó en chinelas.

Ricardo.

¡Oh, amor! ¿qué será de mí?
A Dios, rejas. *Vanse los dos.*

Julio.

¿Quién creyera,
que no hubiera para Julio
una Inés en esta feria?
mas dícenme que se cansan
de que los amantes tengan
criado para criada,
y así no hay Inés. Paciencia

ESCENA V.

SALON DE PALACIO.

Estela y Celia.

Estela.

¿A mí me quieres hacer,

prima, tan grande disgusto?

Celia.

La que se casa sin gusto,
¿donde le piensa tener?

Estela.

Casada toda muger,
ama despues su marido:
pocas dichosas han sido,
por casarse enamoradas.

Celia.

Debieron de ser culpadas:
¿cuando amor merece olvido?

Estela.

Si Lauro no te obligára,
yo se que me obedecieras.

Celia.

Y yo que no te ofendieras,
si Lauro no te agradára;
pero, señora, repara
en que no te iguala á tí;
Reyes, y Príncipes sí:
luego no he pensado mal,
que un hombre, que no es tu igual,
será bueno para mí.

Estela.

Celia, menos bachillera;
que yo me puedo casar
con mi gusto, y puedo dar
mi estado á quien menos fuera:
¿y cuando yo á Lauro quiera,
no es Lauro primo de quien
á mi me estuviera bien?
luego aquel mismo valor
me puede obligar á amor,
como al Príncipe á desden.

Celia.

Como tu melindre ha sido
tan recatado hasta ahora
en querer buscar, señora,
entre príncipes marido,
no pensé verle rendido
á un hombre, que no lo es;
y me espanta de que des
en querer, Estela, así,
quien me quiere sola á mí,
pero á tí por interes.

Estela.

¡Qué loca te tiene amor!
¿Lauro á tí?

Celia.

Si anoche oyeras
á Lauro conmigo, hubieras
desengañado tu error.

Estela.

Del príncipe su señor,
que conmigo, Celia, hablaba,
celoso por dicha estaba;
pues cuando yo le llamé,
desengañada quedé
de que Lauro te engañaba.

Celia.

¿Cómo que te hablaba á tí?
pues nunca Lauro te habló,
si de mí no se apartó,
en cuanto estuviste aquí.

Estela.

Digo que le hablé, y le oí
tan tierno, tan dulce amante,
que se ablandára un diamante.

Celia.

No sé como pueda ser
que de Lauro pueda haber
un retrato semejante:
pero pues se ha declarado
de esta suerte, vuestra Alteza,
en mi fuera ya bajeza
darle con zelos cuidado;
y del que Lauro me ha dado
quedo tan arrepentida,
que no le hablaré en mi vida;
que prenda tan estimada
no ha de ser de mí enojada,
sino adorada y servida. *Vase.*

Estela.

¿Soy yo por dicha, pensamiento mio,
La que jamás rindió su pensamiento?
Hielos quieren vencer mi entendimiento,
Y entrar con mi valor en desafio.
Amar por la razon el alvedrio
Es dar á la disculpa fundamento,
Por celos no, que es envidioso intento,
Y ofensa del honor el desvarío.
Conciertan las estrellas de los cielos
El amor entre dos, porque por ellas
Se quieren con recíprocos desvelos.
Pues si estrellas de amor son causas bellas,
Conciértenos el cielo: que los celos,
Si son infiernos, no han de ser estrellas.

ESCENA VI.

Estela y Julio.

Julio.

Salga vuestra Alteza á ver
del Príncipe mi señor,
un presente, aunque en valor
tan desigual viene á ser
con el que hoy ha recibido
de tus manos liberales,
que en sus minas celestiales
diamantes han producido;
si bien mas que los diamantes
la ropa blanca estimó,
que nunca el sol se vistió
con auroras semejantes;
porque tan lindas camisas
parece que le dió el alba
en su azafate, con salva
de sus flores y sus risas.
Alaba olor y limpieza
de las cajas de ciprés,
y dice que todo es
retrato de tu belleza.
Finalmente, se ha esforzado
á enviarte niñerías.

Estela.

¿Qué, tan presto de las mias
el Príncipe se ha pagado?

Julio.

No son cosas de valor;
si bien son curiosidades.

Estela.

Con esto me persuades

que me tiene poco amor.

Julio.

Solo un retrato le tiene,
que está engastado en diamantes.

Estela.

¿De quién?

Julio.

Porque no te espantes,
la lengua el nombre detiene.

Estela.

Di presto.

Julio.

De Lauro es.

Estela.

¿Retrato de Lauro á mí
con tantos diamantes?

Julio.

Sí;
porque dice que despues
que te oyó decirle amores,
no te pudo hacer presente
de mas valor.

Estela.

Lauro miente
si le ha dicho mis favores.

ESCENA VII.

Dichos y Ricardo.

Ricardo.

¿Siempre he de hallar, señora, en vuestros lábios
á Lauro?

Estela.

No esta vez por gusto mio,
sino para vengar justos agravios.

Ricardo.

Mas de tu ingenio y tu valor confio.

Estela.

Nunca se alaban los amantes sábios
(porque es ingratitud y desvarío)
de los favores de sus damas.

Ricardo.

Mira
que son los zelos del amor mentira.
Díjome anoche el Príncipe, señora,
que nos oyó requiebros cuando hablaba
con Celia, en cuya plática el aurora
nos halló sin dormir, tan necio estaba:
con esto Julio habrate dicho ahora,
que mi retrato propio te enviaba,
pasándole á una caja de otro suyo.

Estela.

Mas la merced sin enojo el tuyo.

Ricardo.

Pues si esto es la verdad, los claros cielos
serene de los ojos Vuestra Alteza;
que no se han de atrever á cielos celos,
ni la sombra á la luz de la belleza.

Estela.

Lauro, ¿no me bastaban los recelos
de Celia, que me ha dado igual tristeza,
sino pensar de tí que me vendias?

Ricardo.

¿Pues qué dice de mi?

Estela.

Que la querias.

Ricardo.

¿Yo?

Estela.

Si, Lauro.

Ricardo.

Tú misma entretenella,
señora, me mandaste; y porque fuese
mas secreto mi amor, fingí querella,
no porque yo, señora, la quisiese.

Estela.

Lauro, Lauro, no mas hablar con ella,
que hablaré con Ricardo, aunque te pese:
ya no es tiempo que andemos en secretos.

Ricardo.

¿Pues no es secreto amor entre discretos?

Estela.

Llegando á declararme de esta suerte,
no quiero discreciones.

Ricardo.

Gran señora,
que está aquí Julio, y que nos oye advierte.

Estela.

Pues por eso haré yo matarle ahora.

Julio.

¿A mi, señora, á mí me das la muerte?
¿por qué delito á Julio, que te adora?
pero para la muerte, ¿qué mayores
que haber sabido faltas de señores?

Estela.

Por el donaire, Julio, te perdono.

Julio.

Ea, que no pensabas en matarme,
que tengo en tu grandeza ilustre abono,
y aquí no tienes tú que perdonarme;
pero así del mayor imperio y trono
tu casa de Lorena timbres arme,
como pienso que Lauro te parece,
y no es falta querer quien te merece.

Estela.

Lauro ¿ahora tristezas?

Ricardo.

¿Nunca oiste
que en la prosperidad ninguno es sábio
y que mejor un hombre se resiste
de la desdicha en el adverso agravio?
Estoy (¡ay Dios!) de tus favores triste,
desconfiado el pecho, mudo el lábio,
el alma sin valor, y la esperanza
temiendo la fortuna en la bonanza.
Veo celoso al príncipe Ricardo,
príncipe al fin, y á tí no mal contenta
de verle padecer: ¿pues ya, qué aguardo,
si sé el peligro, y temo la tormenta?
El de Polonia próspero y gallardo,
público, Estela, ya servirte intenta:
¿pues en saliendo en público, no miras
que en vano de tí misma te retiras?
Ni tú querrás que yo pierda la vida
A manos de Ricardo injustamente,
Que un hombre de quien tú foiste homicida
Solo le ha de matar su pena ausente:
Y no presumas que la ausencia olvida
En tu hermosura efecto diferente,
Que tiene amor para impresiones tales
Estampa de las almas inmortales.

Estela.

Lauro, si tú no supieras
mi calidad y valor,
ingrato á mi grande amor,
temer mudanza pudieras;
mas si quien soy consideras,
¿es justo qué consideres
que no todas las mugeres

á cualquier viento que corre;
como veleta de torre
mudamos de parecerea.
No he pensado declararme
tan locamente contigo,
ni es bien, si lo mas te digo,
en lo menos recatarme:
para ayudar á vengarme,
no ha de faltarte valor;
escucha, y pierde el temor,
que si amor crédito alcanza,
quien no tiene confianza
no diga que tiene amor.

Ricardo.

Señora, nunca he temido
de tu generoso pecho;
de mi poca dicha sí.

Estela.

Oye lo que digo atento,
para abreviar la venganza,
y quitarte, Lauro, el miedo.
Dile al Príncipe Ricardo,
que si como yo le quiero,
me quiere, y como me agrada,
le agrado, no nos cansemos
en calles, rejas y noches,
dilatando el casamiento;
que de la corte se vaya,
y que vuelva descubierto,
echando fama, que ha sido
resuelto por mi Consejo,
que nos casemos los dos:
y cuando juntos estemos,
y él llegue á darme la mano,
diré (gran venganza espero)

retirando yo la mia,
diré con atrevimiento:
Príncipe, no me agradais,
atrás la palabra vuelvo;
porque si os parecí fea,
vos me parecísteis necio.

Ricardo.

¡Notable imaginacion!

Estela.

Lauro, en esto me resuelvo.

Ricardo.

¿Y si se enoja Ricardo?

Estela.

Que importa, si entonces tengo
mil soldados prevenidos.

Ricardo.

¿Y yo qué figura llevo
en este discurso tuyo?

Estela.

Ser condicional concierto,
que tú vienes á casarte
con Celia, para que al tiempo,
que te quiera dar la mano,
puesto que eres tú tan bueno
como él, premie tu cariño,
y en él castigue un desprecio.

Ricardo.

La venganza, Estela mia,
conozco que es de tu ingenio,
y la merced que me haces
digna de tu heróico pecho;
¿mas si Ricardo agraviado,
previene egército luego?...

Estela.

¿Por dónde le ha de pasar?

desde Polonia su reino
al ducado de Lorena?

Ricardo.

Ahora bien; lo que has resuelto,
es para tanto honor mio,
que acertado, ó desacierto,
se ha de egecutar por mí.
Da cuenta á tu parlamento
de lo que has determinado
mientras al Príncipe vuelvo.

Estela.

Voy á prevenir á Celia,
de quien me vengo con esto,
de los zelos que me ha dado.

ESCENA VIII.

Ricardo y Julio.

Ricardo.

Siempre se vengan los zelos.

Julio.

Escuchando estas locuras
he estado atento, aunque pienso
que debo de haber soñado,
señor, lo mismo que veo.
Disculpo de la venganza
á la Duquesa, y confieso,
que haberla llamado fea,
es el último desprecio
en condicion de muger,
y que este notable enredo
es fábrica del agravio
en su raro entendimiento.
Lo que me admira y me obliga,
Ricardo, á perder el seso,

es ver que el Príncipe sea;
y que digas muy severo
que irás por él: ¿dónde, cuando,
ó quién, ó como? ¿qué es esto?
¿qué Príncipe ha de venir?
sino que estás previniendo,
que venga el Conde en tu nombre.

Ricardo.

Hoy ha de quedar deshecho,
Julio, todo este teatro
de la fortuna y el tiempo;
hoy ha de hacer fin mi engaño,
viendo que ha llegado al puerto
de mi esperanza, y vencido
este gigante soberbio,
despreciador de los hombres.

Julio.

¿Cómo?

Ricardo.

Ten, Julio, silencio;
que pintaron los antiguos
la dicha de un buen suceso,
en los pies la diligencia,
y en las manos el secreto.

ESCENA IX.

Estela, Celia, el Gobernador, y el Capitan.

Gobernador.

Albricias me darán vuestros estados.

Estela.

Solícitos cuidados
de su descanso y gusto han preferido,
Gobernador, mi condicion y olvido;
ya estamos de casarnos concertadas.

mi prima y yo.

Gobernador.

Si estais bien empleadas,
dichosos parabienes
Lorena os dá por mí.

Estela.

Si queja tienes
por haber escusado al parlamento
el conferir con él mi casamiento,
sabed, que fue forzoso
el secreto, y el nombre de mi esposo;
pero ya que ha venido,
desde hoy sabreis que el de Polonia ha sido
Príncipe generoso,
que por cartas de Lauro concertado
(que con él solamente se ha tratado)
está en Lorena y en la corte pienso.

Gobernador.

De tus vasallos el amor inmenso
esto solo pedia
por conservar en sí su monarquía.
Y á Celia, ¿en quién la empleas,
si la misma ventura la deseas?

Estela.

En su primo del Príncipe Ricardo,
que todos conoceis, Lauro gallardo.

Celia.

Hasta agora, señora, no creia
tanta ventura mia,
tus pies mil veces beso,
y ya, pues puedo, alegre te confieso
el justo, el grande amor que le he tenido.

Estela.

Importa que advertido
el Capitan, y con igual secreto,

tenga para este efeto
un tercio de soldados
no lejos de palacio.

Capitán.

¿Qué cuidados
de guerra, en tanta paz teme su Alteza?

Estela.

O sea por grandeza,
ó por temor de algun suceso estraño,
no puede el prevenirlos hacer daño.
Id vos, Gobernador, á acompañarle,
reconocerle, y darle
el parabien por todos mis estados;
y vos, para que esteis con los soldados,
Capitan, en el puesto que os parezca,
para salir, cuando ocasion se ofrezca.

Capitán.

Bien puede Vuestra Alteza estar segura.

Gobernador.

Conceda el cielo próspera ventura
á tan dichosas bodas.

ESCENA X.

Estela y Celia.

Celia.

Confusa estoy de ver que no acomodas
el aposento, que á los dos conviene,
que ya te han dicho que Ricardo viene.

Estela.

Sosiega, Celia mia,
que no de tener la noche de este dia
suceso diferente.

Celia.

Ya parece, que suena entre la gente

el regocijo.

Estela.

Es propio en los antojos
de amor anticipar el bien los ojos.

ESCENA XI.

Dichos y Julio.

Julio.

Público, pues lo has mandado,
y justa licencia tiene,
del Conde y de Lauro, viene
el Príncipe acompañado;
admírase la ciudad
del secreto que has tenido.

Celia.

Más lo estará de que, habiendo
en tu desden novedad.

Estela.

¿Viene muy galán Ricardo?

Julio.

No ha pretendido mostrar
cuidado, aunque no faltar
á lo que debe á Gallardo.

Estela.

¿Y Lauro viene contento?

Julio.

Viene contento de ver,
que llegue el tiempo de ser
de tu venganza instrumento.

Estela.

Habla, Julio, con recato,
¿cuál te parece mejor
de Lauro, ó Ricardo?

Julio.

Amor
del Príncipe, ó fuera ingrato,
no me dejarán juzgar
cual es mejor; pero advierte,
que los quiso de tal suerte
naturaleza pintar
que parece que copió
el uno del otro, tanto,
que mirarlos causa espanto,
pues no determino yo,
con tratarlos cada dia,
cual es Lauro, y cual Ricardo.

Estela.

Parece que me acobardo
de ver mi necia porfia;
casi arrepentida estoy,
que es propio de la venganza
cuando lo que espera alcanza.

Celia.

¿Viene?

Estela.

A recibirle voy.

ESCENA XII.

Dichos, Ricardo, Octavio, el Gobernador, el Capitan y el Conde.

Ricardo.

¿A donde decis que está
mi señora la Duquesa?

Gobernador.

Aquí os estan esperando
su Alteza, y su prima Celia.

*

Capitan.

Notablemente parece
á Lauro.

Estela.

Sea Vuestra Alteza
bien venido.

Ricardo.

Y no es posible,
que haya bien que mayor sea.

Estela.

Perdonad, Lauro, que os tuve
por Ricardo: ¿á donde queda
el Príncipe?

Ricardo.

Yo, señora,
soy el Príncipe.

Estela.

No fuera
posible, sin ser milagro,
haber la naturaleza
hecho en una misma estampa
dos rostros de una manera.
Lauro, decid, ¿donde está
el Príncipe?

Ricardo.

Hermosa Estela,
ya os digo que soy Ricardo.

Estela.

Vasallos, traicion es esta,
el Príncipe me ha burlado.

Ricardo.

¿Conde, soy yo?

Conde.

¿Quién pudiera
ser, sino vos?

Ricardo.

¿Son Ricardo...
Octavio?

Octavio.

¿No manifiesta
vuestro valor que sois vos?

Ricardo.

¿Julio?

Julio.

¿Señor?

Ricardo.

¿A qué esperas,
que no le dices quien soy?

Julio.

Señor, en cosa tan cierta,
¿qué importa el crédito mio?

Ricardo.

A la corte de Lorena
vine, señora, por verte,
presumiendo que pudiera
verte, sin dejarte el alma;
y como de tu belleza
hizo tan grande impresion
aquella divina fuerza
en ella y en mis sentidos,
no pude, ni me atreviera
á pasar de Francia á España:
pero la imposible empresa
de conquistar tu desden,
que á tantos reyes desprecia,
tantos príncipes descarta,
tantos amantes desdeña,
me puso tanto temor,
que intenté que te dijeran,
cuanto fue causa, señora,

de a venganza que intentas,
solicitando tu amor,
no por soberbia grandeza,
como muchos confiados,
que has despreciado por ella.
Si entendí tu condicion,
si tu estudiada aspereza,
si vencí tu libertad,
y la palabra confiesas
que me diste, siendo Lauro,
y ahora no me desechas
por Príncipe de Polonia:
tus bellas manos merezca:
que muerto, ó premiado estoy,
contento de ver que tenga
victoria amor de un desden,
que fué en belleza, y soberbia
Fenix, y Luzbel de Francia:
quedando mi nombre en ella
con mas fama, que Alejandro,
y con mayor diferencia,
pues él conquistaba el mundo,
y yo el cielo de la tierra.

Estela.

Tanto ha sido tu valor,
que me pesa que no seas
Lauro, para hacer por tí
lo que por Ricardo hiciera.
No por Lauro mereciste
castigo, ni yo quisiera
mas venganza de Ricardo,
que saber por cosa cierta,
de que estaba enamorado,
cuando él me daba sospechas
de que era fea en sus ojos.

Enojada he visto á Celia;
¿daremosla al Conde?

Ricardo.

No,
para que de Octavio sea.

Celia.

Ya sabes que siempre he estado
á tu voluntad sujeta.

Octavio.

Y yo, dichoso mil veces,
pues consigo tal belleza.

Ricardo.

¿Al fin, qué dices de mí?

Julio.

Antes que lo digas venga,
pues no hay Inés para Julio,
alguna cosa que pueda
satisfacer tantos pasos.

Estela.

Dos mil ducados de renta:
y á Lauro y Ricardo juntos
la mano y el alma á medias,
para que los dos la partan.

Ricardo.

Aquí dió fin el poeta
á la Hermosa fea, senado,
pero con esta advertencia...

Todos.

Si os agrada, será Hermosa,
y sino la Hermosa fea.

La Hermosa fea.

El pensamiento de esta comedia, parece que sirvió en parte á don Agustin Moreto para escribir el *Desden con el desden*; pues aunque el plan es distinto y los caractéres principales no son idénticos, el de Estela pudo inspirarle sin duda la idea de formar el de Diana. Ambas son desdeñosas é inconquistables; ambas desean vengarse, y ambas ceden en fin al amor que les inspiran Ricardo y Carlos; pero Estela no se presenta en la escena como enemiga del amor. Se sabe solamente que lo es porque lo dice Celia.

Julio.

No he visto necio á mi amo,
señora, con tanto estremo.

Celia.

¿Cómo necio?

Julio.

Y aun blasfemo
de un ángel.

Celia.

Pues yo le llamo
dichoso, aunque no discreto;
porque á parecerle bien,
quedára al mayor desdén,
que ha visto el mundo sugeto;
que de cuentos la han servido
ninguno agradarle puede,
y es mejor que libre quede,
que á lo imposible rendido.

Ricardo, que sabe el carácter de Estela, teme ver-

se despreciado como los otros Príncipes que la han pretendido, y para picar su vanidad é intercsarla, finge que le ha parecido fea. Este pensamiento es muy dramático, y en él se funda toda la intriga de la pieza. Al mismo tiempo se introduce Ricardo en el palacio con el nombre de Lauro, gana la confianza de la desdeñosa, enamora y dispone ingeniosamente el triunfo de su cariño. La venganza de Estela se parece á la de Diana; aunque no pretende rendir á Ricardo y despreciarle despues por un sentimiento de orgullo como Diana á Carlos, sino por vengar un ultrage que la ofende y que jamás perdona el bello sexo.

Que invencion no ha de faltar,
para que me vuelva á ver;
y si me ve ten por cierto
que ha de adorar la fealdad
que dice, y que mi crueldad
le ha de ver perdido y muerto,
ó no ha de haber alma en mí.

. . . . . .

Que una vez enamorado,
con la risa y el desprecio
quedará de aqueste necio
mi sentimiento vengado.

. . . . . .

Le tengo de enamorar
tan diestra y tan falsamente,
que llegue á vivir sin alma
y..... cuando llegue á verse
en estado que yo pueda
á la venganza atreverme,
me tengo de retirar
con zelos y con desdenes,
que le ponga en ocasion

que le parezca la muerte
mas alegre que la vida.

Estos mismos son los deseos de Diana para con Carlos, aunque producidos por distinta causa.

Polilla.

¿Y si le vieses querer
qué harás despues de tentarle?

Diana.

¿Qué? ofenderle, despreciarle,
dejarle, y darle á entender
que ha de rendir sus sosiegos
á mis ojos por despojos.

. . . . . .

aunque le viera morir,
no me pudiera vencer.

. . . . . .

Toda mi corona diera
por verle morir de amor.

. . . . . .

para abrasarle á desprecios,
á desaires, á violencias, &c.

Sin embargo de esta identidad de sentimientos hay una diferencia muy notable en los dos caracteres. El de Estela, tomado directamente de la naturaleza, no es una creacion del genio; es un retrato cuyo mérito se funda en la verdad y exactitud de la copia; el de Diana es original; no ha tenido modelo alguno, es hijo de la imaginacion y del talento del poeta. De aquí resulta, que es infinitamente mas noble, mas ideal y poético que el de Estela.

Tambien se parecen mucho Celia y Cintia: aquella se enamora de Ricardo, y esta de Carlos; ambas

esperan conseguir la mano de su amante; y ambas tienen que ceder á Estela y á Diana, cuando declaran abiertamente su pasion. Por lo demas son absolutamente distintas las dos comedias, y es inútil tratar de demostrarlo.

El plan de la Hermosa fea está bien imaginado, bien desenvuelto y es agradable é interesante. Estela es el personage principal, y está pintado con verdad y delicadeza. El sentimiento que manifiesta porque el Príncipe se ha ido sin visitarla, su curiosidad por saber que le ha parecido, el sonrojo que sufre al saberlo, y el disimulo con que quiere encubrir su sentimiento, prueban el talento de Lope y su conocimiento del arte.

Célia.

Dijo el necio que eras fea.

Estela.

Pues bien, ¿fue mucho el agravio?

Célia.

¿Cómo puede ser mayor?
pregúntale á tu color
si le importa el desagravio,
pues ya te escribe el desprecio
en la cara vergonzosa,
con letras de pura rosa,
el agravio de este necio.

Hay escenas de muy buen efecto, particularmente la III del último acto en que Ricardo habla á Estela por la reja del jardin. En esta escena y en la última evitó Lope un defecto notable en que incurrieron con frecuencia nuestros poetas antiguos. Presentan en muchas de sus comedias un personage que habla en nombre de otro diferente, sin que se conozca el engaño

en el hermoso precepto de la vera, que caracteriza individualmente al género humano tanto como la fisonomía. Esta convencion central que establecieron entonces se opone á la verosimilitud dramática. Lope supo evitarla con mucho acierto.

Estela al oir á Ricardo, dice:

¡Cielos, el eco en Ricardo
á la voz de Lauro suena!
. . . . . .
¡Hay tan notable estrañeza!
¡Qué á Ricarso y Lauro un mismo
acento naturaleza
les concediese es prodigio!

Y en la escena última cuando le vé.

Perdonad, Lauro, que os tube
por Ricardo. ¿A donde queda
el Príncipe?
Ricardo.
Yo, señora,
soy el Principe.
Estela.
No fuera
posible, sin ser milagro
haber la naturaleza
hecho en una misma estampa
dos rostros de una manera.
Lauro, decid ¿donde está
el Principe? &c.

Estos dos pasages tienen mucha verdad, y manifiestan el arte del poeta

El desenlace es natural y satiaface perfectamente

porque fué forzoso huir
para no perder la vida:
pero sola y afligida,
léjos de mi patria amada,
¿qué podré hacer, desdichada,
que nunca mujer ninguna
venció su adversa fortuna
de lo que quiso apartada?
Seguia un noble caballero,
con quien me pensé casar,
fueme forzoso dejar
la patria, que ahora espero;
fieme de un escudero
de mi casa, y no volvió
el que amaba, y se partió:
no sabe que estoy aquí;
mirád que será de mí,
él huyendo, ausente yo.
Como dió el Emperador
al Rey francés libertad,
partirse en paz y amistad
de Madrid con tanto amor,
me ha dado, huésped, temor
que no se fuese tras él
á Francia, aunque pienso que el
mejor con Carlos se irá,
donde esperan cada dia
la portuguesa Isabel.

Benito.

Dicen que á Sevilla viene,
adonde se ha de casar;
si allá le vais á esperar
mucha paciencia os conviene:
mi casa, Leonarda, tiene,
gracias á Dios, donde esteis,

mejor es que aquí esperéis,
que pasando cada dia
gente de la Andalucía,
nuevas de Don Juan tendréis.
No os vais á perder así,
porque jamas la hermosura
pudo caminar segura,
que lleva peligro en sí:
conmigo estaréis aquí,
y con mi hija, que os ama:
buena mesa, y limpia cama
no os falta; tened paciencia.

Juana.

Si no hay tan secreta ausencia
que no la sepa la fama,
temo con justa razon,
que en tan público lugar
me pueda la gente hallar,
que ha salido de Leon.

Benito.

¿Para qué, señora, son
los ejemplos que han dejado
muchos que se han disfrazado
en hábitos diferentes,
que en mayores accidentes,
vidas y honor han gozado?

Juana.

Vamos donde el tiempo baje
mi flaqueza y mi locura,
por ver si muda ventura
con la mudanza del traje;
que no hay mas cruel linaje
del mal, que abatirse en él,
pues en mi suerte cruel,
pienso que siendo Leonarda,

porque fué forzoso huir
para no perder la vida:
pero sola y afligida,
léjos de mi patria amada,
¿qué podré hacer, desdichada,
que nunca mujer ninguna
venció su adversa fortuna
de lo que quiso apartada?
Seguia un noble caballero,
con quien me pensé casar,
fueme forzoso dejar
la patria, que ahora espero;
fieme de un escudero
de mi casa, y no volvió
el que amaba, y se partió:
no sabe que estoy aquí;
mirád que será de mí,
él huyendo, ausente yo.
Como dió el Emperador
al Rey francés libertad,
partirse en paz y amistad
de Madrid con tanto amor,
me ha dado, huésped, temor
que no se fuese tras él
á Francia, aunque pienso que él
mejor con Carlos se irá,
donde esperan cada dia
la portuguesa Isabel.

Benito.

Dicen que á Sevilla viene,
adonde se ha de casar;
si allá le vais á esperar
mucha paciencia os conviene:
mi casa, Leonarda, tiene,
gracias á Dios, donde estéis,

mejor es que aquí esperéis,
que pasando cada dia,
gente de la Andalucía,
nuevas de Don Juan tendréis.
No os vais á perder así,
porque jamás la hermosura
pudo caminar segura,
que lleva peligro en sí:
conmigo estaréis aquí,
y con mi hija, que os ama:
buena mesa, y limpia cama
no os falta; tened paciencia.

Juana.

Si no hay tan secreta ausencia
que no la sepa la fama,
temo con justa razon,
que en tan público lugar
me pueda la gente hallar,
que ha salido de Leon.

Benito.

¿Para qué, señora, son
los ejemplos que han dejado
muchos que se han disfrazado
en hábitos diferentes,
que en mayores accidentes,
vidas y honor han gozado?

Juana.

Vamos donde el tiempo baje
mi flaqueza y mi locura,
por ver si mudo ventura
con la mudanza del traje:
que no hay mas cruel linaje
del mal, que abatirse en él,
pues en mi suerte cruel,
pienso que siendo Leonarda

porque fué forzoso huir
para no perder la vida;
pero sola y afligida,
léjos de mi patria amada,
¿qué podré hacer, desdichada,
que nunca muger ninguna
venció su adversa fortuna
de lo que quiso apartada?
Seguia un noble caballero,
con quien me pensé casar,
fueme forzoso dejar
la patria, que ahora espero;
fieme de un escudero
de mi casa, y no volvió
el que amaba, y se partió:
no sabe que estoy aquí;
mirád que será de mí,
él huyendo, ausente yo.
Como dió el Emperador
al Rey francés libertad,
partirse en paz y amistad
de Madrid con tanto amor,
me ha dado, huésped, temor
que no se fuese tras él
á Francia, aunque pienso que él
mejor con Carlos se irá,
donde esperan cada dia
la portuguesa Isabel.

Benito.

Dicen que á Sevilla viene,
adonde se ha de casar;
si allá le vais á esperar
mucha paciencia os conviene:
mi casa, Leonarda, tiene,
gracias á Dios, donde estéis,

mejor es que aquí esperéis,
que pasando cada dia
gente de la Andalucía,
nuevas de Don Juan tendréis.
No os vais á perder así,
porque jamás la hermosura
pudo caminar segura,
que lleva peligro en sí:
conmigo estaréis aquí,
y con mi hija, que os ama:
buena mesa, y limpia cama
no os falta; tened paciencia.

Juana.

Si no hay tan secreta ausencia
que no la sepa la fama,
temo con justa razon,
que en tan público lugar
me pueda la gente hallar,
que ha salido de Leon.

Benito.

¿Para qué, señora, son
los ejemplos que han dejado
muchos que se han disfrazado
en hábitos diferentes,
que en mayores accidentes,
vidas y honor han gozado?

Juana.

Vamos donde el tiempo baje
mi flaqueza y mi locura,
por ver si mudo ventura
con la mudanza del traje:
que no hay mas cruel linaje
del mal, que abatirse en él,
pues en mi suerte cruel,
pienso que siendo Leonarda

su mujer, no me acobarda,
y soy la misma Isabel.

ESCENA II.

SALA EN CASA DE DON FERNANDO, EN TOLEDO.

Doña Antonia y don Diego.

Diego.

Esto, mi señora, os ruego;
no tengo mas que advertiros.

Antonia.

Que se ofrezca en que serviros
estimo, señor don Diego.

Diego.

Pero sin que os cause pena.

Antonia.

¿Pues de qué tenerla puedo?

Diego.

Hoy me dicen que á Toledo
llega el Marqués de Villena,
porque ya en Sevilla queda
casado el Emperador:
hacedme aqueste favor,
de que yo servirle pueda;
que quiero servir aquí
inclinado á esta ciudad,
despues que la libertad,
patria y amistad perdí.

Antonia.

Es Toledo la mejor,
y el ser mi patria me engaña,
que bien sé yo que en España
hay otras de igual valor;
y de no poder vivir

en la propia que dejastes,
mucho en venir acertastes
en donde os podrán servir
que sabe honrar calidades,
estimar merecimientos,
conocer entendimientos,
y agradecer voluntades.
El Marqués es señor mio,
y mi hermano don Fernando
le sirve, un mozo, que cuando
conozcais su talle y brio,
le cobrareis aficion.

Diego.

¿Es mozo el Marqués tambien?

Antonia.

Mozo, galan, y de quien
se tiene satisfaccion
para la paz y la guerra.

Diego.

El apellido me ha dado
inclinacion y cuidado,
despues que dejé mi tierra.

Antonia.

¿Sois Pacheco?

Diego.

Y deudo suyo,
aunque nacido en Leon.

Antonia.

Desdichas del tiempo son;
de vuestra persona arguyo
toda virtud y valor.

Diego.

Siempre la fortuna es ciega.

Antonia.

Desde que os hablé en la vega

os cobré notable amor.

Diego.

Mil veces los pies os beso.

Antonia.

Vos merecéis aficion.

Diego.

Hareisme decir que son
mis buenas dichas esceso
de las malas que he pasado.

Antonia.

¿Qué rumor es ese, Inés?

ESCENA III.

Dichos é Inés.

Inés.

¡Ay mi señora! el Marqués
á visitarte ha llegado.

Antonia.

Salid á ese corredor,
porque cuando pase os vea.

Diego.

Temor llevo de que sea
ausencia muerte de amor.

ESCENA IV.

Doña Antonia, el Marqués, don Fernando, Estéban y criados.

Antonia.

De Príncipes tan humanos
es esta grandeza igual.

Marqués.

La hermosura celestial
rindió Césares romanos:
llegaos, Fernando, abrazad

á vuestra hermana

Fernando.

Señor,
con el vuestro no hay amor
que es de mayor calidad.

Antonia.

¿Viene Vuestra Señoría
con salud?

Marqués.

Quien llega á vuestros
muy mal podrá responderos,
porque es la vuestra la mia.

Antonia.

¿No hablais, Esteban?

Esteban.

No tengo
prosa de ausencia estudiada;
y os halla á vos bien tocada
con que muy contento vengo,
que á la muger aquel dia,
que no hay disgusto á desdeña
se lleve en tocarse bien
la salve y el alegría.
Cuando no está el frontispicio
de una muger adornado,
el moño bien asentado,
y cada cosa en su quicio;
cuando es jaspe de culebra
á las diez de la mañana,
ó anda el diablo en cantillana,
ó la semana se quiebra.

Marqués.

No le ha quitado el humor
la jornada de Sevilla.

Quién vió del Bétis la orilla,
y á Carlos emperador,
casarse con Isabel,
¿qué contento no tendrá?

Marquesa.

¿No preguntais cómo está
Fernando?

Antonia.

Yo sabré de él
mas despacio la jornada;
la vuestra quiero saber,
si lo quedo merecer
por ausente y desvelada.

Marqués.

Ya sabes, hermosa Antonia,
como fué preso el de Francia
en Pavía, y remitido
á Madrid, corte de España;
el ejército imperial
con terror, por estas batallas
de los confines del mundo,
glorioso yace en Italia;
yo, que vine á Toledo,
adonde tengo mi casa
deseaba, como quien
ha dias que de ella falta,
despues que en su santa iglesia
rendí las debidas gracias,
vine á verte, hermosa Antonia,
á quien en ausencia larga
debes oirme, así vivas
estas amorosas ansias
en palacio largos dias
tristes noches en tu cama.

y en cuidados siempre tristes
imaginaciones varias,
poco gusto con amigos,
ninguno en fiestas ni galas,
desconfianzas de ausencias;
y temores de mudanza,
faltas del bien que tenia,
que toda la ausencia es faltas,
pensamientos de tu olvido,
y memorias de tus gracias.
Con esto pretendo, Antonia,
supuesto que no me pagas,
que conozcas que me debes,
que para mis penas basta;
porque á quien el bien desea,
cualquiera breva esperanza,
mientras dura, le da vida,
y mientras vive le engaña.

Antonia.

En cuantas cosas como estas
dice Vuestra Señoría,
ninguna como este dia
mentiras tan bien dispuestas.
Ansias, fatigas, temores,
memorias y soledades,
como son nuevas verdades,
quieren parecer amores.
Mas yo los conoceré,
en que le quiero pedir
una merced, por decir
que les dí crédito y fe.
Un caballero Leonés
me pide que le reciba
en su servicio.

Marqués.

Así viva,
que puede ser el marqués
y yo su criado, el día
que sois vos quien lo ha mandado,
entre yo á ser su criado.

ESCENA V.

Dichos y don Diego.

Diego.

Don Diego Pacheco está,
gran señor, á vuestros pies.

Marqués.

Si es Pacheco, y es marqués,
yo puedo servirle ya:
alzad del suelo, no á mí,
pedid las manos á Antonia.

Antonia.

¡Jesus! esa ceremonia
no ha de permitirse aquí:
volved al mar, que es don Diego.

Diego.

Deme vuestra señoría
las manos.

Marqués.

Desde este dia,
que me recibais os ruego,
don Diego, en vuestro servicio.

Esteban.

Cuál anda el pobre criado,
vergonzoso y bazucado;
querrán que pierda el juicio.

Marqués.

Ahora bien, ya que es forzoso,

mi camarero sereis.

Diego.

En mí un esclavo tendreis.

Fernando.

Buen camarero.

Esteban.

Famoso.

Marqués.

Aunque es volverme á partir,
me voy con vuestra licencia.

Antonia.

Vengada estoy de mi ausencia;
mas quiero veros salir.

ESCENA VI.

Don Diego y Esteban.

Esteban.

¿Oye, señor camarero?

Diego.

¿Mandais algo?

Esteban.

Dar indicio
de ofrecer á su servicio
cuanto soy, y cuanto espero.
Vuesa merced ha venido
á una casa de tales grandes
de España, no habrá mas Flandes
de como será servido.

Diego.

¿Quién duda, que será gente
de grande ingenio y valor?

Esteban.

Es mayordomo mayor
un hidalgo impertinente.

Guarda su hacienda el Marqués,
y no se pierde la suya,
ni dé, ni tome, ni anguya
con él, antes ni despues.
El hermano de esta dama,
que aquí la salva le hizo,
sirve de caballerizo,
buen hijo, y de buena fama.
Y aunque ella es la discrecion,
y al Marqués de amor abrasa,
me juran que por su casa
nunca pasó Salomon.
Caballo tiene el Marqués
que me ha dicho en puridad,
que sabe mas, y es verdad;
pero es gallardo y cortés.
De lo que es el secretario,
no sé que pueda decir,
de este le conviene huir.

Diego.

Porque es discreto ordinario,
que es ordinario y discreto.

Estéban.

La gente mas enfadosa
del mundo, y mas peligrosa,
que de uno y otro concepto
son mártires todo el dia
de su mismo entendimiento,
sin discrepar un momento
de aquella filatería.
Huya de éstos, que es crueldad
sufrir su conversacion,
que matan con discrecion,
como otros con necedad.
Aunque para otros efectos

le hable; y le tenga en pie;
cuando mas seguro esté
le dirá treinta sonetos.
Sabe un poco do latin,
que de pesarlo me angustio,
con que dice que Salustio
fue sastre, y Julio rocin.
Peca en peregrinidad,
propio ingenio de español,
sabiendo que se honra el sol
de ser todo claridad.
Murióse en esta jornada
el camarero á quien hoy
sucede, y palabra doy
que era en menear la espada
la misma destreza el hombre.
Los demas oficios son
buena gente, y de opinion,
que no es bien que aquí los nombre.
Los pages, si á luz los saco,
el mejor de veintidos
yo soy, y soy vive Dios
un grandísimo bellaco.

Diego.

Señor Estéban, ya quedo
contento y agradecido,
de que me haya recibido
el de Villena en Toledo;
sabré con la informacion,
que solo he de ser amigo
de don Fernando.

Estéban.

Testigo
soy de su buena intencion;
antiguamente hubo un Dios

de la amistad.

Diego.

¡Qué discretos
pages!

Esteban.

Y este sus preceptos
redujo tambien á dos.

Diego.

¿Cuáles son? porque de hoy mas
esos dos preceptos sigo.

Esteban.

Defender siempre el amigo,
y no ofenderle jamás.

Diego.

Ahora bien, desde hoy os quiero
por maestro, á ver la casa
voy.

Esteban.

Por sus cimientos pasa,
Tajo, humilde arrimonero,
de la casa de Villena,
del gran Pacheco y Giron;
de lo que es conversacion,
no tengais, don Diego pena;
que yo soy lindo fiscal,
y os enseñaré en Toledo
gustos, que goceis sin miedo,
claros como el mismo sol.
No doncellas, que despues
dan burlas, y piden veros,
que en astucias y quimeras
engañarán á un francés.
No casadas, (de sus brazos
para siempre me despido)
donde á un [illegible]

hace la puerta pedazos.
Viudazas, viudazas, sí,
que debajo del decoro
mongil, hay diamantes y oro,
que no está el difunto allí.
Verdad es, que aquesta Inés
de doña Antonia me trae
sin seso, pero no cae
con el debido interés.
Y aunque el Marqués mi señor
gusta de mis desatinos
el gastar por los caminos,
ha menester mas favor:
juega el hombre cuando hay juego,
¿qué hacienda no se aventura?

Diego.

Aquí la tiene segura,
siendo amigo de don Diego.

Esteban.

Soy su esclavo.

Diego.

Pues conmigo
venga, y verá lo que pasa.

Esteban.

No habeis menester en casa
mas que á Esteban para amigo:
soy el alma del Marqués.

Diego.

Pues temo que se condene.

Esteban.

No hará, que Villena tiene
llena el alma de quien es.

ESCENA VII.

DECORACION DE CALLE.

Juana de labradora, y Benito.

Benito.

Esta es, señora, la imperial Toledo,
que el Tajo de cristal á sus pies viene,
y parece que en sombras se detiene.

Juana.

No sé como ese monte no se espanta
de sí mismo, y mirar grandeza tanta
en esa luna líquida que tiene
por grillos de sus pies.

Benito.

De Cuenca viene
Tajo á prenderle con cadenas de oro;
nunca su nombre ilustre mudó el moro;
es su iglesia mayor imagen viva
del cielo, que al gobierno sucesiva
de Pedro reconoce solamente.

Juana.

Sus damas, caballeros, y su gente
me han obligado el gusto de manera,
que en tan noble ciudad vivir quisiera,
aunque fuera sirviendo en este trage;
que ya no puede haber cosa que baje
mi fortuna á lugar mas abatido:
temo que un hombre bárbaro ofendido
me busque, y halle, y si escondida quedo,
Benito, en este trage, y en Toledo,
muy ajustado viene con mi intento,
teniendo con quietud, gusto y contento.

Benito.

El Regidor que en nuestra aldea tiene

hacienda, me parece que os conviene;
su hija doña Antonia es la mas bella
dama de este lugar; si estais con ella,
no os hará falta discrecion alguna:
con esto burlareis vuestra fortuna,
y vereis un ingenio soberano.

Juana.

No hubiera para mí remedio humano,
como vivir donde decís agora,
y mas si es tan discreta esa señora:
vamos, sabré, Señor, adónde vive;
que dichosa seré si me recibe.

Benito

Eso es muy fácil, porque me ha pedido
que le busque una moza labradora;
mas no podreis, porque me acuerdo agora
que habia de lavar y amasar.

Juana.

Digo,
que á lavar y amasar tambien me obligo,
si me agrada esa Antonia.

Benito.

Hay otro enredo
que un mozo de los brayos de Toledo
es su hermano tambien; mas no os dé pena,
que pienso que está ausente el de Villena,
y es su caballerizo.

Juana.

Qué esté ausente
ó presente ¿qué importa? cuando intente
algun atrevimiento, ¿soy yo boba?
¿no le sabré pegar con una escoba,
y si intenta jugarme alguna pieza,
rompelle con un plato la cabeza?

Banita.

¿Y como has de llamarte?

Juana.

¿Como? Juana.

Tú el arca y huésped, me traerás mañana,
y al Regidor dirás que soy de Olías.

Banita.

Por el secreto que á mi pecho fías
te ofrezco eterno amor.

Juana.

Vamos, que creo
que voy abriendo puerta á mi deseo,
y cuando llego á ver en tal bageza
mi valor, mi persona y mi pobleza,
pienso que no le dejo cosa alguna
que me pueda vengar de mi fortuna.

ESCENA VIII.

SALA EN CASA DE DON FERNANDO.

Doña Antonia y don Diego.

Antonia.

No entrarás con malos alientos
de servir y de mudar.

Diego.

Señor que llega á dar
amorosos pensamientos,
ya dice, que sus intentos
muestran indicios de amor,
de hacer merced y favor.

Antonia.

Vos lo tenéis merecido;
pero para mí no ha sido
sino desprecio y rigor.

Diego.

Señora, yo entré á servir
á un príncipe, que en grandeza
igualaba su nobleza;
no tengo mas que decir:
siéndome forzoso huir
de mi patria, hallé mi amparo
en vos, que fué mi reparo,
y era justo, Antonia bella,
que la luz de tal estrella
me guiase á sol tan claro.
Desde que en la vega os ví,
y atrevido llegué á hablaros,
propuso el alma adoraros,
y puso su centro allí;
que de mi patria salí,
como quien ya se destierra
para servir en la guerra
á Carlos; pero ya estoy,
donde asegurando voy
las desdichas de mi tierra.
Y luego aquel mismo dia,
que el Marqués me recibió,
al momento me habló
en el amor que os tenia;
con que así como decia
su pensamiento, iba el mio
desechando el mucho brio
con que os amaba y quería:
venció el amor, y el temor,
y dí la esperanza al viento.
Vive Dios, que en esto miento. *ap.*
Que nunca la tuve amor,
y del que tengo en rigor
me está matando en ausencia:

¡Ay mi Isabel! qué paciencia
podré pedir á los cielos,
que con amor siempre hay celos,
y con celos no hay paciencia.
Dióme las joyas que os dí,
tabies y primaveras,
que os trujese, y tan de veras
en su amor le conocí,
que de su casa salí
prometiendo la mudanza,
que desde la confianza
que hizo de mi valor,
salió dueño mi temor,
y despidió la esperanza.

Antonia.

Don Diego, desde aquel dia
que el Marqués me quiso bien,
no le traté con desden,
y su amor entretenia;
pero como presumia
de mi amor lo que es razon,
temblaba de mi opinion:
y asi del mundo me guardo,
y á un príncipe tan gallardo
no le he mostrado aficion.
Si vos me quereis, yo haré
que el Marqués no se disguste
de que os quiera, y antes guste
de que yo la mano os dé:
que de su grandeza sé
que ha de volver por mi honor:
siempre fue casto su amor,
pues son donde no se alcanza
principios de la esperanza,

pensamientos de señor.

Diego.

Vos lo decís harto bien;
pero yo lo haría muy mal
si á dueño tan principal
le fuera traidor tambien;
y aunque no lo diga bien,
tengo, Antonia, por muy cierto
que tendrá el ódio encubierto:
y señores con enojos,
mas despiden con los ojos
que con rigor descubierto.
Hacer que el Marqués lo quiera
no tengo por imposibe,
si él se promete posible
lo que por su boca espera:
quereldo, pues persevera
en amaros, que es rigor
casarle, si os tiene amor;
que no estará bien casado,
marido que fué criado
donde hubo galan señor.

ESCENA IX.

Doña Antonia, el Regidor, Juana y Benito.

Regidor.

Pienso que te ha de agradar,
que yo lo estoy por estremo,
la criada que ha traido
Antonio nuestro casero.
Llegad, no esteis temerosa,
conoced á vuestro dueño.

Juana.

Dadme, señora, las manos.

Antonia.

¡Qué linda persona! cierto
que te agrada con razón.

Benito.

En toda la Sagra creo
que no hay moza de su talle,
brio, limpieza y aseo.

Antonia.

¿Cómo os llamais?

Juana.

¿Yo, señora?

Antonia.

Vos, pues.

Juana.

A servicio vuestro,
Juana.

Benito.

Si señora, Juana,
que era mi padre su abuelo,
murió, y huérfana quedó;
á fé que viene de buenos.
Criólа el cura su tio;
está grande, y los mancebos
del lugar son con las mozas
como los tordos, que en viendo
colorear mal maduras
las guindas, andan en zelo,
hasta que las dan picadas,
si se descuidan los dueños.
Por eso la traigo acá.

Antonia.

Hicisteis como discreto,
que Juana es gallarda moza,
dispuesta, y de lindo cuerpo:
¿y el sobrenombre?

Juana.

De Illescas.

Benito.

Si señora, que su abuelo
se llamó Pedro de Illescas,
y Juan de Illescas el viejo
fue tio de Alonso Aguado:
¿qué señora, el parentesco
de los Illescas no es
la alcuña de mi abolengo?

Antonia.

¿Qué hacienda sabes hacer?

Juana.

Las que por allá sabemos,
lavar, masar, y hacer red.

Antonia.

Del buen talle me contento;
regalar quiero á Benito. *Vase.*

Regidor.

Y yo tambien darle quiero
un vestido que se ponga
las fiestas. *Vase.*

Benito.

Los pies os beso.

Juana.

¿Oye tio? traiga el arca.

Benito.

Al otro mercado vuelvo.

Juana.

Si allá viniere mi primo,
diga qué estás en Toledo.

ESCENA X.

Juana.

Sale la nave próspera y bizarra
De Flandes con inquietas banderolas,
Y sin temor de caminar á solas
Las áncoras del puerto desamarra.
Entra en el golfo, deja atras la barra;
el mar se altera, y en dos horas solas
Se deja el viento entre las pardas olas,
Como granizo helado ó verde parra.
Mas siendo entonces su furor ensayos,
Viendo que sale el sol y hay mas bonanza,
en ánimo se truecan sus desmayos.
Así viendo del cielo la mudanza,
Adoro los celages de sus rayos,
Viendo el temor alivio la esperanza.

ESCENA XI.

Juana é Inés.

Inés.

¿Sois vos la recien venida?

Juana.

¿Y vos quien sirve esta casa?

Inés.

Soy quien se huelga de veros
tan compuesta y aliñada,
que la que se fue tenia
el trage como la cara:
vos seais muy bien venida.

Juana.

Vos seais muy bien hallada.

Inés.

Vos habeis tenido dicha
y eleccion muy acertada;
á casa venís, que creo
que os hallareis bien pagada
del trabajo y del servicio.

Juana.

¿Es de condicion muy brava
la señora doña Antonia?

Inés.

Es un ángel, una santa,
á nadie en toda su vida
dijo una mala palabra:
casa en fin donde no hay
señora mayor, que basta
para que puedan vivir
pacíficas las criadas.

Juana.

Cierto que lo tengo á dicha
ya que salgo de mi casa.

ESCENA XII.

Dichas y don Fernando.

Fernando.

¿Inés?

Inés.

¿Señor?

Fernando.

Esa ropa
viene de larga jornada.

Inés.

Gracias á Dios que ya tengo
quien me ayude á jabonarla.

Fernando.

¿Quién?

Inés.

Juana, recien venida.

Fernando.

Por Dios, que es tan buena Juana,
que puede lavar al Rey.

Juana.

¿Quien es este?

Inés.

Hijo de casa.

Juana.

¿De casa, ó del Regidor?

Inés.

¡Del Regidor! ¡qué ignorancia!

Juana.

Como yo vengo de Olias
no sé de Toledo nada.
Señor, aquí, ya lo veis,
vengo á servir.

Inés.

Perdonadla,
que no sabe mas ahora.

Juana.

La ropa mandé sacarla,
que quien allá lava angeo
tendrá por guantes la holanda.

Fernando.

Si las almas se viatieran
camisas, bella aldeana,
lavar tus manos pudieran
las camisas de las almas.

Juana.

¡Ay lo que ha dicho señor!

Ola, Inés, ¿vuesa en Francia
traer las almas camisas?

Inés.

Dícelo porque le agradas;
que son encarecimientos
verte las manos blancas.

Juana.

Como yo vengo de Olias
no sé de Toledo nada.

Fernando.

A ver, Juana, esas joyas
bravos corales y santas.

Juana.

Hágase allá, ya lo entiendo;
¿piensas que soy ignorante?

Fernando.

¡Que diese naturaleza
á tal hermosura y gracia,
tan rústico entendimiento!
Oye, espera, tente, para.

Juana.

Estese quedo, señor.

Fernando.

¿Qué arisca que es la villana!

Juana.

¿Yo morisca? malos años
cristiana vieja, y muy rancia.

Fernando.

Que no digo sino arisca.

Juana.

Pregunte en toda la Sagra
quién gente son las Illescas.

Inés.

No sé quien ha entrado en casa

Sale Estéban.

¿Está don Fernando aquí?

Fernando.

¿Qué hay, Esteban?

Estéban.

Que te llama
el Marqués mi señor.

Fernando.

Voy.

ESCENA XIII.

Dichos menos don Fernando.

Estéban.

Mira que en el patio aguarda.
¿Pues Inés, no hay mas hablar?
toda la lealtad se acaba
en habiendo ausencia.

Inés.

Yo
no hablo á quien no me habla.

Estéban.

Hablar y abrazar, Inés.

Inés.

¿Qué me trae de la jornada?

Estéban.

¿Es poco traerme á mí?

Inés.

Es de la jornada nada.

Juana.

Por donde quiera que voy
hallo amor: bravo abundancia;
no pienso que hay en el mundo
otra cosa mas usada:
los retirados y graves

¿de qué se admiran y espantan?
si ignoran como nacieron,
es temeraria ignorancia;
así se conserva el mundo.

Esteban.

¿Quién es aquesta villana
de tan lindo talle y brio?

Inés.

Salga fuera noramala,
y no sea bachiller,
que es recien venida á casa.

Esteban.

Labradora de sentidos,
despuntadora de entrañas,
ojos de brillante espejo,
que mirándote retratas
lindo del cabello al pie,
honra ilustre de la Sagra,
por el delantal famosa,
y por el sayuelo hidalga;
¿labras vidas ó heredades?
que pienso que tus pestañas
son agujas de tus ojos,
pues que con sus niñas labras:
vuelve esa cara, ¡ay que linda!
vive Dios, que tiene estampas
de coger almas con queso,
como eres toda de natas.

Inés.

¡Esto sufro!

Juana.

Diga Inés,
¿es tambien hijo de casa
este señor barbipollo?

Esteban.

Esto le parece falta?
¿es mejor cuatro vigotas,
en cuyas espesas ramas
haya soto de conejos?
porque yo no sé que valgan
mas que para ser escobas,
barrer, y regar la cara.

Juana.

Como yo vengo de Olías,
no sé de Toledo nada.

Inés.

Señor viene.....

Juana.

A la cocina.

Inés.

Sube esta escalera, Juana.

Esteban.

Juana me ha muerto, señores,
reñí con ella sin armas;
¡qué latigazo me ha dado!

ESCENA XIV.

Juana é Inés.

Inés.

¡Ay traidor! ¿así me pagas
tanto amor, tanta amistad?
¿Juana, es esta buena entrada?

Juana.

No temas, Inés, que soy
un cuerpo que anda sin alma,
una cifra no entendida,
una escritura borrada,
una sombra que anda en pena,

y una pena en sombras tantas,
que solo un sol que está ausente
puede con su lumbre clara
descifrarle y darle vida,
gloria, gusto y esperanza.

Inés.

No te entiendo.

Juana.

Ni es posible.

Inés.

Loca me pareces, Juana.

Juana.

Como yo vengo de Olias,
no sé de Toledo nada.

ACTO SEGUNDO.

ESCENA PRIMERA.

SALA EN CASA DE DON FERNANDO.

Don Diego y el Marqués.

Diego.

Las fábulas de Ovidio á pensar llego
en lo que vienes refiriendo ahora.

Marqués.

Desde ese corredor miré, don Diego,
á Vénus transformada en labradora;
parece el agua entre sus manos fuego,
baña al Tajo cristal, y ella le dora;
que si á sus manos cándidas se atreve,
las doradas arenas vuelve nieve.
Muchas veces, Don Diego, entretenido,
mirando al Tajo que mi casa baña,
he visto damas, músicos he oido,
que es en Toledo la mejor de España;
pero en el instrumento referido
la labradora, que Sirena engaña,
con voz tan celestial cantó de suerte,
que estatua de sus manos me convierte.

Diego.

¿Muger de tales prendas y tal brio
lava de la manera que refieres,
con instrumento tan helado y frio?
me obliga á que presuma que la quieres.

Marqués.

El talle, el aire, el gusto, el modo, el brio

dan sangre y calidad á las mugeres;
no hay en el gusto mas razon que el gusto,
que aquello es justo con que yo me ajusto:
conviene la igualdad al casamiento,
á los estados, no á los accidentes.

Diego.

Amor es un primero movimiento,
que nace de igualar inconvenientes;
bien pueden confirmar el casamiento
dos personas de estados diferentes;
¿mas qué quieres hacer, que si te agrada,
mejor es pobre y fácil que endiosada?

Marqués.

¿Estebanillo, Esteban?

ESCENA II.

Dichos y Esteban.

Esteban.

Señor.

Marqués.

Dame
un arcabuz; salir al Tajo quiero.

Esteban.

¿Quieres, señor, que alguna gente llame? (1)

Diego.

El desengaño con la vista espero.

Marqués.

Cuando viendola cerca me desame,
mas contento tendré que considero.

Diego.

Las distancias desmienten á los ojos,
no son de tu valor claros despojos.

(1) *Vase Esteban.*

Sale Esteban.

Aquí está el arcabuz.

Marqués.

Toma, don Diego, ese arcabuz.

Diego.

Dos bandas de palomas
andan por esas peñas, aunque luego
del verde monte suben á esas lomas.

Marqués.

Vamos á ver si en tal desasosiego
se templará la llama de mi fuego.

ESCENA III.

DECORACION DE SELVA.

Juana, Inés y los músicos.

Inés.

Pon la ropa en ese suelo,
que aquí habemos de bailar.

Juana.

No me mandes alegrar,
que mas cuidado recelo.

Inés.

Deja ahora tus tristezas,
que los músicos se irán.

Juana.

Otro dia volverán

Ines.

¡Qué cansada estás si empiezas!
no te entiendo; una vez eres
entendida y cortesana,
y otras rústica villana.

Juana.

Soy de tornasol, ¿qué quieres?

Inés.

Que mudes de tornasol.

Juana.

No ha de tener mi tristeza
en ningun color firmeza,
hasta que torne mi sol.

Inés.

¿Qué sol, ni qué disparate?
ponte aquesas castañuelas.

ESCENA IV.

Dichas, el Marqués, don Diego y Esteban.

Esteban.

Quita al alcon las pigüelas,
será del viento acicate,
que de palomas fregonas
he visto una banda allí.

Marqués.

¿Quieren bailar?

Diego.

Señor, sí.

Juana.

Mira que hay muchas personas:
ola, Inés, dime quien es
el de la banda y cadena.

Inés.

Es el Marqués de Villena.

Juana.

¡Válgame Dios! ¿el Marqués?
toquen, y vaya de joya.

Marqués.

Ya no lleva aqueste rio
nieve pura y cristal frio,
sino reliquias de Troya.

Música.

Por el rio de mis ojos
nadando quiero pasar,
y las olas de mis ojos
dicen que me han de anegar.
Cuando el ausencia porfia
¿quién vencerá su aspereza?
nadando vá mi tristeza
por llegar á su alegria,
y nunca puedo alcanzar
mis deseados despojos,
y las olas de mis ojos
dicen que me ha de anegar.

Marqués.

¡Hay tal nadar, y tal rio!
¡tales olas, tal donaire!

Esteban.

Si esto nada por el aire
con tales brazos y brio,
¿qué nadará por la tierra?

Marqués.

Quedaos vosotros aquí.

Juana.

¿Ola, viene el Marqués?

Inés.

Si.

Esteban.

Si él la tira, no la yerra.

Marqués.

Por el alto corredor
de donde veo este rio,
vi, labradora, ese brio
que en dama fuera mejor;
cuanto me agradaste allá
lo confirmé aquí de suerte,

que sin seso vengo á verte.

Juana.

Inés, burlándose está.

Inés.

Claro es eso.

Marqués.

Vete, Inés,
con mis criados un poco.

Inés.

Si haré, que he visto aquel loco:
Juana, entretun al Marqués.

Marqués.

¿Juana en efecto os llamais?

Juana.

Para lo que le cumpliere.

Marqués.

Del nombre, Juana, se infiere
la gracia con que matais;
porque al revolver la luz
de esos ojos, no hay despojos
que no maten vuestros ojos.

Juana.

Aténgome al Arcabuz.

Marqués.

¿Y de donde sois?

Juana.

No sé
si se lo diga

Marqués.

Decid.

Juana.

Al gigante de David
quite vuesastéla G.

Marqués.

¿De Olias sois?

Juana.

Acertó:
¿han visto! ¿quién se lo dijo?

Marqués.

Amor, que en tus ojos fijo
luz de tu patria me dió;
puede ser que la belleza
supla un rudo entendimiento.
De que me agrade, me afrento, ap.
que es en un noble bajeza.

Juana.

Quedo, quedo, que no es tanta
la ignorancia.

Marqués.

¿De qué medra?

Juana.

Bien, señor, lo alcanzo todo,
y la corte á nadie espanta;
yo no volviera por mí
como vuestra ofensa fuera
del entendimiento á fuera;
por mi entendimiento sí.
El esterior aposento
le afrenta quien le desalma;
y así es volver por el alma,
defender mi entendimiento.

Marqués.

¿Cómo hablaste rudamente,
y agora con discrecion;
pues ya tus palabras son
en estilo diferente?

Juana.

Soy de un lugar rudo parte;
pero para juegos breves
tengo.....

Marqués.

¿Qué?

Juana.

Dos, treinta y nueves,
y el que yo quiero descarto.

Marqués.

No es mala la fullería;
de suerte, que al juego entablas
en dos lenguas, y en dos hablas.

Juana.

Como me sucede al dia,
que en cierto mal importuno,
aunque no es para villanas,
tengo el gusto con cuartanas,
huelgo dos, y calla uno.

Marqués.

No sé si puedo entender
de tu estilo, y la presencia,
que es segura tu inocencia.

Juana.

¿Pues en qué lo echais de ver?

Marqués.

Ahora bien, espera aquí.

Juana.

Esto me faltaba agora.

Marqués.

Don Diego, esa labradora
me tiene fuera de mí:
háblala, y dí que me vea,
que quiero mudarla trage:
tú, Inés, vete y ese page
viento de sus pasos sea:
esto sin réplica.

Inés.

A Dios.

Marqués.

No le digas á tu ama
palabra.

Inés.

¡Qué mala fama
tenemos!

Marqués.

Hablad los dos.

ESCENA V.

Don Diego y Juana.

Diego.

Discreta y bella serrana,
el Marqués manda que os hable.

Juana.

¿El Marqués á mí? ¿por qué?
idos con Dios, y dejadme.

Diego.

¡Cielos, qué es esto que veo!

Juana.

Ojos, sufrís que me engañe
la imaginacion: ¿qué es esto,
don Juan?

Diego.

¿Tú en aqueste traje?

Juana.

Siguiéndote, señor mio.

Diego.

Habla, pues, no te recates,
no nos vean abrazar;
que demostraciones tales
arguyen conocimientos,
dicen amistades grandes.

Julia.

Con el nombre de Leonarda
peregriné los umbrales
que hay desde Leon á Olías y
allí paré, y á buscarte
envié á Leonardo, y viendo
que en diluvios de pesares
fué cuervo, allí yo misma.

Diego.

Bien dices, la oliva traes
en esa amorosa boca;
dame, reina de las aves,
la paz en el arco hermoso
de tus divinos celages,
que en tus ojos amanece;
que yo, pues lo que tú sabes
iba por servir á Carlos,
que en Italia y Francia y Flandes
tiene guerra de envidiosos,
de sus blasones esmalte.
Serví con nombre fingido
á un Príncipe, que en la sangre
y valor nó reconoce
al macedonio Alejandre.
Don Diego Pacheco soy,
aunque soy don Juan del Valle,
como tú Leonarda ahora,
doña Isabel de Navares:
mas ¡ay de mí! que no hay dicha
segura por todas partes,
que para comprar placeres,
es la moneda pesares.
Quiere el Marqués mi señor,
que en sus amores le hable,
que su voluntad le diga,

que su tercero me llame;
señora de mi señor,
quiere que pueda llamarte;
que como el sol, aunque tenga
escuras nubes delante,
por entre pardos resquidios,
con rayos dorados sale,
así el sol de tu nobleza
por entre toscos celajes
descubre los rayos bellos
de tu generosa sangre:
no sé que habemos de hacer.

Juana.

Agravio, don Juan, me haces
en no confiar de mí,
lo que las mugeres valen
en las adversas fortunas,
que son diamantes amantes,
las entrañas de los montes
no crian tan duros jaspes:
¿que bronce como su pecho
corresponde incontrastable
á los golpes de la luna?
¿que ferocidad tan grande?
como una muger que quiere?
Veis, y dile que no trate
de vencer con intereses
Ledas firmes, no dóciles Dafnes;
que pues le sirves, y puedes
entrar á verme y hablarme,
no quiero que aquí me vean,
aunque el dejarte me mate
á Dios, mi sola verdad.

Diego.

A Dios, de estas venas sangre,

alma de este firme pecho,
vive en sus brazos constante.

ESCENA VI.

Juana y Estéban.

Estéban.

¿Fuese don Diego?

Juana.

Ya es ido.

Estéban.

No le he contado al Márquez
que te habia conocido,
Juana, temiendo despues
tu desengaño y mi olvido.
Entre los puros cristales,
que de arenas de oro el Tajo
cubren peñas desiguales,
con rostro sereno y bajo
lababa el amor peñales.
Ya riendo, ya llorando,
ya torciendo, ya contando
á Inés sus pasados cuentos,
camisas y pensamientos,
vide á Juana estar lavando.
Con mas bellesa y ánimos
que pasando el mar á Europa,
entre cancion y cancion,
acepillaba la ropa
con el dichoso jabon.
Las manos de blancas natas
de lavar y ser ingratas
no se quejaban á Inés,
viendo que estaban los pies
en el sio y sin zapatas.

El agua en cercos y enredos
se los lava, y se los besa;
y como se estaban quedos,
¡quién fuera arena traviesa
que le anduviera en los dedos!
Juana el rostro levantando,
miróme, y fuíme acercando,
de suerte que mi intencion
dije con el corazon,
y díjela suspirando:
Tú, pues, que mi muerte tratas,
con tus ojos homicidas,
con que el alma me arrebatas,
dí, Juana, ¿por qué me olvidas?
dí, Juana, ¿por qué me matas?

Juana.

Estéban, yo soy amiga
de Inés, y no es bien se diga
que le he sido desleal:
mira que le pagas mal
lo que te quiere, y te obliga.
Vete á servir á tu dueño,
que de no hacerla traicion
mi palabra y fé te empeño,
y fuera de esta ocasion,
otro amor me quita el sueño:
cojo la ropa, y á Dios.

ESCENA VII.

Estéban.

¡Juana, Juana! mala tos
te la quite: fuentes, rios,
ayudad mis desvarios,
que quiero quejarme en vos.

Ea, ninfas de Elicona y
hoy teneis nueva corona
de laurel; que en vuestro polo
muere amando un page Apolo,
por una Dafne fregona.

ESCENA VIII.

SALA EN CASA DE DON FERNANDO.

Doña Antonia y don Fernando.

Antonia.

¿De esta manera lo dices?
¿tú eres hombre de valor?

Fernando.

Prueba, Antonia, que es amor,
porque no te escandalices.

Antonia.

Sí; pero un hombre, Fernando,
de tu obligacion, es justo
que ponga en sujeto el gusto
digno de sus ojos.

Fernando.

Cuando
viene amor por accidente
no se le dá á la eleccion
voto, como en la razon,
que es calidad diferente;
y, Antonia, yo me resuelvo,
en que me muero por Juana.

Antonia.

Tienes alma tan tirana,
que las espaldas te vuelvo. *Vase.*

Fernando.

No digas tal, que es locura,

aunque ya á tan necia vienes;
que puedo pensar que tienes
envidia de su hermosura.

ESCENA IX.

Don Fernando y don Diego.

Diego.

En vuestra busca, Fernando,
vengo con grande contento.

Fernando.

Pédidme albricias á mí,
pues que mi gusto es el vuestro.

Diego.

Era un hermoso diamante,
sortija de un casamiento
que podrá ser algun dia.

Fernando.

Enseñádmele.

Diego.

No puedo;
que le he dejado á guardar;
mas enseñarle prometo:
¿qué haciais?

Fernando.

Aquí estaba,
dando esperanzas al viento;
y riñendo con mi hermana.

Diego.

Son diferentes efectos.

Fernando.

Quiero enseñaros la causa:
¿Juana?

ESCENA X.

Dichos y Juana.

Juana.

Señor.

Fernando.

Dadme luego
un jarro de agua; las manos
manché de tinta escribiendo.

Juana.

Voy por fuente, agua y tohalla.

ESCENA XI.

Don Diego y don Fernando.

Fernando.

¿Qué os dicen mis pensamientos?
¿ríñeme bien doña Antonia?
¿hareis burla de mí y de ellos?

Diego.

¡Burla! ¿por qué, si no he visto
mas airoso talle y cuerpo,
que el de aquesta labradora,
aunque perdóne Toledo?

Fernando.

Para que me deis disculpa
os la enseño, que no quiero
que la alabeis.

Diego.

Bien seguro
podeis estar de mis celos.

ESCENA XII.

Dichos, Juana con agua, toalla y fuente.

Juana.

Bien puede vuesa merced
lavarse, que viene fresco
Tajo bañado de plata,
desde el aljibe riendo:

Diego.

Mal podré tener paciencia,
pues á cuantas partes llego
hallo quien quiere á Isabel;
si en Leon, airados cielos,
por dama airosa y gallarda,
por labradora sirviendo:
¿á cual hombre dió el amor
tanta manera de zelos?

Fernando.

Echa nieve de esas manos
para que temple mi fuego.

Juana.

¡Nieve! ¿Soy yo Guadarrama
soy nube, ó helado cierzo?

Fernando.

¿Parécete que un desden
no tiene fuerza de hielo?

Juana.

Yo no, entiendo aquesas cosas.

Fernando.

Yo sí Juana, que me muero
por esas niñas hermosas:
echa mas agua.

Juana.

Estaos quedo,

pues que ya os habeis lavado;
tomad la tohalla luego,
que me aguarda á quien le pesa.

Diego.

Y de suerte, que sospecho *ap.*
que estoy rogando á mis ojos
no crean lo que estan viendo.

ESCENA XIII.

Dichos y Inés.

Inés.

Con que espacio, Juana, estás,
¿déjasme á mí?

Juana.

¿Qué te dejo?

Inés.

¡Cuánto hay que hacer hoy en casa!

Juana.

¿Piensas, Inés, que me huelgo
de estar aquí?

Fernando.

Deja, Inés,
que la conozca don Diego,
que le he dicho sus donaires.

Juana.

¿Las ignorancias que tengo
llama donaires, señor?

Inés.

Con ese entretenimiento
se hará muy bien la comida,
vendrá señor, y tendremos
pesadumbre por tu gusto.

Antonia.

Es casa tan conocida,
que no la puedes errar:
un papel le has de llevar,
Juana, que le vaya vida
á mi esperanza perdida.

Juana.

¿ A quién, señora?

Antonia.

A don Diego.

Juana.

Pensé que al Marqués.

Antonia.

Y luego
de mi parte le dirás...

Juana.

Basta, no me digas mas.

Antonia.

Esto, mi Juana, te ruego.

Juana.

Eso, mi ama, haré yo,
aunque de muy mala gana.

Antonia.

Pues entra, y daréte, Juana,
el papel.

Vase.

Juana.

Que presto halló
castigo quien se burló
paciencia para sufrirlos;
amor, ¡ay tristes suspiros!
celos, ¡no costeis tan caros!
que cuanto me agrada el daros,
me entristece el recibiros.

ESCENA XVII.

SALA EN CASA DEL MARQUES.

Marqués y don Diego.

Marqués.

Buena respuesta has traido.

Diego

No he visto tal condicion.

Marqués.

Siempre esta resolucion
gente rústica ha tenido.

Diego.

Con sus iguales se entienden,
que indignas de prendas tales
de los hombres principales
bravamente se defienden:
tus razones la cansaron,
tus promesas la ofendieron,
tus dádivas no rindieron,
ni tus dichas alcanzaron;
finalmente he sospechado
que vencer esta muger,
mas dificil ha de ser
que romper un monte helado.

Marqués.

Mira, don Diego; quien ama
no se há de cansar tan presto.

Diego.

Antes bien, un pecho honesto
obliga cuando desama.

Marqués.

Si aquesta muger me amara
al instante que me viera,

Antonia.

Es casa tan conocida
que no la puedes errar:
un papel le has de llevar,
Juana, que le vaya vida
á mi esperanza perdida.

Juana.

¿A quién, señora?

Antonia.

A don Diego.

Juana.

Pensé que al Marqués.

Antonia.

Y luego
de mi parte le dirás...

Juana.

Basta, no me digas mas.

Antonia.

Esto, mi Juana, te ruego.

Juana.

Eso, mi ama, haré yo,
aunque de muy mala gana.

Antonia.

Pues entra, y daréte, Juana,
el papel.

Vase.

Juana.

Que presto halló
castigo quien se holgó
paciencia para sufrirlos.
amor, ¡ay tristes suspiros!
celos, ¡no costeis tan caros!
que cuanto me agrada el daros,
me entristece el recibiros.

ESCENA XVII.

SALA EN CASA DEL MARQUES.

Marqués, y don Diego.

Marqués.

Buena respuesta has traido.

Diego

No he visto tal condicion.

Marqués.

Siempre esta resolucion
gente rústica ha tenido.

Diego.

Con sus iguales se entienden,
que indignas de prendas tales
de los hombres principales
bravamente se defienden:
tus razones la cansaron,
tus promesas la ofendieron,
tus dádivas no rindieron,
ni tus dichas alcanzaron;
finalmente he sospechado
que vencer esta muger,
mas dificil ha de ser
que romper un monte helado.

Marqués.

Mira, don Diego; quien ama
no se há de cansar tan presto.

Diego.

Antes bien, un pecho honesto
obliga cuando desama.

Marqués.

Si aquesta muger me amara
al instante que me viera,

por mucho que la quisiera,
por muger vil la dejara:
vuelve á hablarla, que rogando
y prometiendo ha de ser
conquistar una muger,
que no haciendo, y despreciando;
háblala de parte mia,
y no te canses de hablar;
que no se ha de conquistar
una muger en un dia.

Diego.

¡Por qué de partes me asalta *ap.*
la fortuna! ¿qué paciencia
ha de tener mi prudencia,
ó qué desdicha me falta?
Sino es dejando esta tierra,
¿como he de poder vivir?
pienso que he de proseguir
de Cárlos Quinto la guerra.
Pasarme á Italia es mejor,
pues tan mal nos va en España,
no podré si me acompaña
en cualquiera parte amor.
Pero cansado y ausente
¿quién me lo puede estorbar?

ESCENA XVIII.

Don Diego y Juana.

Juana.

Dicha he tenido en hallar
á mi enemigo presente.
¡Qué esté sólo, y en tal puesto!
mas burlóse amor conmigo:
¡que tarde se halla un amigo,

y un enemigo qué presto!

Diego.

¿Quién es?

Juana.

La que ya no es.

Diego.

¡Qué gracia!

Juana.

¿Es mucha?

Diego.

Es tanta,
que por muger no me espanta.
¿En fin, buscas al Marqués?

Juana.

¿Que Marqués?

Diego.

El que está aquí
y despreciabasle allá.

Juana.

Este papel te dirá
si vengo á buscarte á tí.

Diego.

¿Papel para mí? ¿de quién?

Juana.

De tu dama.

Diego.

Tú lo eras
antes que á buscar vinieras
á quien te obliga tan bien.

Juana.

Dejémonos de porfías;
toma el papel.

Diego.

¿Tienes seso?

Juana.

Toma y responde.

Diego.

Confieso
las obligaciones mias
pero en poniendo los pies:
á donde estás, se acabaron;
pues en efecto buscaron
livianamente al Marqués
Que puesto que te mudaste,
yo debia hacerlo así,
pues para venir aquí
á doña Antonia burlaste.
Yo aseguro que dirias
que traerias el papel,
para negociar con él
lo que para tí querrias.
Y aun le harias escribir
lo que ella no imaginaba,
porque si al Marqués amaba
pudiera tu amor decir,
que á un tiempo engañaba á tres,
y aun á cuatro, pues amando,
tú engañabas á Fernando,
á mí, á Antonia, y al Marqués.

Juana.

¿Ha dicho vuesamerced?

Diego.

Poco para tal traicion.

Juana.

Pues oiga por caridad,
pues callé mientras hablé

Diego.

¿Yo? ¿qué tengo qué escuchar?

Juana.

¡Qué malas señales son
el meter el pleito á voces!
calle, pues callaba yo.
Doña Antonia, mi señora,
me ha contado la aficion;
que vuesamercéd la olvida
por el Marqués su señor;
como la quiso en llegando
á Toledo, y que los dos
se hablaron algunas veces
en dulce conversacion:
pero que despues sirviendo,
el respeto le guardó
que debe un buen escudero,
que non sabe mentir, non.
Si es vuesamercé el Marqués,
pues por él le dejé yo,
este Marqués ha burlado,
este fue á quien tuve amor,
y este es á quien ya no quiero:
y así con gran devocion
le hago una reverencia,
dejo el papel, y me voy:
si le he dado pesadumbre
diga, dándome perdon:
¿mensagero soís amigo,
non mereceis culpa, non."

Diego.

Tente, escucha.

Juana.

¿Qué me tenga?
déjeme ir, que por Dios
es poca el agua del Tajo
para que lave su error.

Diego.

Oye, Isabél:

Juana.

¿Qué Isabél?

Diego.

La que adoro.

Juana.

Juana soy:
suélteme....

Diego.

Tente.

Juana.

El vestido
que mi desdicha me dió.

ESCENA XIX.

Dichos y el Marqués.

Marqués.

¿Qué esto?

Diego.

Que no hay remedio
que te quiera esta muger;
demonio debe de ser.

Juana.

A no estar vos de por medio
nos matabamos aquí,
como cochinos, pardiez.

Marqués.

¿Tú en mi casa?

Juana.

Alguna vez
este corredor subí,
y no he tenido advertencia
de entrar acá, hasta que agora

el mandallo mi señora
me dió ocasion y licencia.
Vengo á buscar á Fernando,
que le queremos cortar
unas camisas, y al dar
el primer paso, temblando
sale estotro escuderon,
y dice que yo he de ser
vuestra muger: ¿qué muger?
las de mi patria no son
mugeres para Girones,
ni Villenas, ni Pachecos;
son de Illescas y Mazuecos,
Toribios, Sanchos y Antones.
Quédese, señor, con Dios,
que el escudero algun dia
me pagará la porfia
que hemos tenido los dos:
yo le cogeré en mi casa.

Diego.

¿Pues yo qué ofensa te hecho?
bien sabes, Juana, mi pecho.

Juana.

Ya sé todo lo que pasa.

Marqués.

Juana, yo estimo tu honor;
si don Diego te habló en mí,
la culpa tuve, que fuí
quien le declaró mi amor.
Entra, que quiero mostrarte
mi casa, y darte un regalo.

Juana.

A fé que no fuera malo
dar celos á Durandarte:
pero soy muger de bien,

y por esto me voy luego.

Marqués.

Tente, detenla don Diego.

Diego.

Tente, escucha.

Juana.

¿Vos también?

pues por vos me voy mejor.

Diego.

Oye una palabra, Juana.

Juana.

¿Vos á mí?

Marqués.

Fuerte villana,
ya es tema lo que fue amor.

ESCENA XX.

SALA EN CASA DE DON FERNANDO.

Doña Antonia y Esteban.

Antonia.

¿Tanto olvido en el Marqués?
no debe de ser sin causa.

Esteban.

Con esta joya me envia,
así todos me olvidaran.

Antonia.

Memoria quiero, y no joyas.

Esteban.

De esa manera se llaman;
el que regala se acuerda,
el que olvida no regala.

Antonia.

¿No ver mi hablar es regalo?

Esteban.

Como á mí me regalaran,
mas que nunca me quisieran.

Antonia.

Pedir al galan la dama
algo de su gusto, es cosa
que obliga á servirla y darla.

Esteban.

Sí, que una dama á un galan
que truchas le presentaba
le pidió un trucho una vez,
diciendo que le cansaban
las truchas hembras: y el triste
anduvo cuatro semanas
buscando un trucho varon.

Antonia.

¿Y hallóle?

Esteban.

Dos trujo en agua:
y dijo que los guardasen,
porque despues en la casta
el macho conocería
viendo la trucha preñada.
¿Pero qué me quieres dar
y contaréte la causa
del descuido del Marqués?

Antonia.

Una cadena mañana.

Esteban.

¿Mañana?

Antonia.

¿Pues es muy tarde?

Esteban.

No, Antonia, mas pues aguardas
á mañana, yo tambien

quiero aguardar á mañana.

Antonia.

Lindo bellaco te has hecho,
¿Inés, Inés?

ESCENA XXI.

Doña Antonia, Inés, y después Juana.

Inés.

¿Qué me mandas?

Antonia.

¿Vino Juana?

Inés.

Ya ha venido.

Antonia.

¿Qué hay de mis sucesos, Juana?

Juana.

Malas nuevas.

Antonia.

¿Cómo así?

Juana.

Hallé aquel hombre en la sala,
dí el papel, tomó el papel,
y á las primeras palabras
cruzó la cara á las letras.

Antonia.

¿Cómo, á las letras la cara?

Juana.

Rasgándole en mil pedazos,
y diciendo: si vuestra ama
porfia, iréme á la guerra;
que favor y merced tanta
como me hace el Marqués
con traiciones no se pagan.
Hoy me ha dado mil escudos

y un caballo que envidiáran
los del sol, á no ser de oro,
que valen poco de plata.
Con esto me despedí;
pero diciéndole antes
cuando los hombres no quieren
notables achaques hallan.

Antonia.

No te escucho más.

Juana.

Espera.

Antonia.

No quiero escucharte nada:
que no escucha libertades
quien tiene sangre en el alma.

ESCENA XXII.

Juana é Inés.

Juana.

¿Qué dices de aquesto, Inés?

Inés.

¿Qué quieres que diga, Juana?

Juana.

Dichoso es este don Diego
que todas le quieren.

Inés.

Bien basta
por esemplo doña Antonia.

Juana.

¡Ay quién de ti se fiara!

Inés.

¿Tienes tú, Juana, tambien
tu poco de amor?

quiero aguardar á mañana.

Antonia.

Lindo bellacon te has hecho,
¿Inés, Inés?

ESCENA XXI.

Doña Antonia, Inés, y después Juana.

Inés.

¿Qué me mandas?

Antonia.

¿Vino Juana?

Inés.

Ya ha venido.

Antonia.

¿Qué hay de mis sucesos, Juana?

Juana.

Malas nuevas.

Antonia.

¿Cómo así?

Juana.

Hallé aquel hombre en la sala,
dí el papel, tomó el papel,
y á las primeras palabras
cruzó la cara á las letras.

Antonia.

¿Cómo, á las letras la cara?

Juana.

Rasgándole en mil pedazos,
y diciendo: si vuestra ama
porfia, iréme á la guerra;
que favor y merced tanta
como me hace el Marqués
con traiciones no se pagan.
Hoy me ha dado mil escudos

y un caballo que envidiáran
los del sol, á no ser de oro,
que vale á peso de plata.
Con esto me despedí;
pero diciéndole airada
cuando los hombres no quieren
notables achaques hallan.

Antonia.

No te escucho mas.

Juana.

Espera.

Antonia.

No quiero escucharte nada
que no escucha libertades
quien tiene sangre en el alma.

ESCENA XXII.

Juana é Inés.

Juana.

¿Qué dices de aquesto, Inés?

Inés.

¿Qué quieres que diga, Juana?

Juana.

Dichoso es este don Diego
todas le quieren.

Inés.

Bien basta
por egemplo doña Antonia.

Juana.

¡Ay quién de ti se fiara!

Inés.

¿Tienes tú, Juana, tambien
tu poco de amor?

Juana.

Estaba
segura, y dieronme celos.

Inés.

Que mala pedrada.

Juana.

Mala.
Yo tengo, Inés, de mis ojos,
dos vestidos en el arca,
y quiero que los saquemos;
porque me dicen que bajan
estas tardes á la vega
muchos galanes y damas.
Allí quiero ver mis celos,
y tú sabrás quien los causa;
sabrás tú mi pensamiento,
y yo sabré quién me mata.
Pero esto con gran secreto.

Inés.

En razon de secretaria
soy dinero de alvriento,
soy noche, bosque y montaña,
soy pobre humilde que asiste
adonde señores hablan;
soy libro que no se vende,
que es la cosa que mas calla;
y para decirlo en breve,
soy necesidad honrada.

Juana.

Pues tomarémos dos mantos
con ricas ropas y sayas,
que quiero ver un secreto,
si el que dices me acompaña.

Inés.

Está segura de mí.

Juana.

Quiero ver si un hombre bebe
con una mujer que temo.

Inés.

¿Que temes?

Juana.

Sacarle el alma.

Inés y Juana con mucos.

Inés.

¡Ay de la vega de Toledo, Juana,
que doña Juana tuvo buen marido;
que Toledo murcia, y de adamarte,
que Toledo tale, y que persona tiene.

Juana.

¡Ay Inés! ¿perlas y oro? ¿y de burlas vienes?
Hay cosa que ... mayor dolor
que ... á las mugeres;
que ... las ... y danzas ... ras
... á los hombres.

Inés.

... amor vuelve,
... no lo ...
... que en su cuello vean;
... Juana Inés,

Juana.

... lo responderé;
... señora
... ladradora.

ESCENA PRIMERA.

DESCRIBE UN DE SUYA.

ACTO TERCERO.

ESCENA PRIMERA.

DECORACION DE SELVA.

Inés y Juana con mantos.

Inés.

Esta es la vega de Toledo, Juana,
que doña Juana fuera bien llamarte;
no acabo de mirarte, y de admirarte,
que lindo talle, y que persona tienes.

Juana.

¿Cuando me muero yo, de burlas vienes?
¡Ay Inés! ¡eso hacen galas y oro!
no hay cosa que les dé mayor decoro
que vestir ricamente á las mugeres;
cuando estas graves y damanas vieres
atribuye á las galas la hermosura.

Inés.

Si ellas no tienen la primer ventura,
que es el nacer hermosas, no lo creas
por mas diamantes que en su cuello veas:
¿es posible que tú villana fuiste?

Juana.

Tú misma agora, Inés, te respondiste;
pues yo te he parecido gran señora
con las galas, naciendo labradora.

Inés.

Mi ama es esta, cúbrete.

Juana.

No acierto

que es de mis zelos la ocasion advierto.

ESCENA II.

Dichas, doña Antonia y una criada.

Antonia.

Ahí quiero sentarme, que esta tarde
hace la vega su vistoso alarde
de la hermosura y galas de Toledo.

Juana.

Inés, que nos conozcan tengo miedo.

Inés.

Pues no le tengas; porque estás de suerte
que yo me admiro cuando llego á verte.

Criada.

¡Bellas damas! parecen forasteras.

Antonia.

¿Ah, señoras hermosas?

Inés.

¿Qué te alteras?

Antonia.

¿Quieren nos dar de tanto sol un rayo?

Juana.

Vuesamerced lo pida al mes de mayo.

Antonia.

¿Son de Toledo?

Juana.

¿Para qué le importa?

Antonia.

¡Qué bravos filos! bravamente corta.

Juana.

Pues advierta que somos sevillanas.

Antonia.

Quite dos letras, y serán villanas.

Juana.

¡Sí nos han conocido!

Calla necia.

Juana.

Y ella que tanto de valor se precia
enséñenos la cara por su vida;
porque viene muy larga y mal prendida.

Antonia.

Esa culpa será de las criadas.

Juana.

¿Criadas tiene?

Antonia.

Muchas, tan hechadas
que pueden ser sus amas.

Juana.

¡No lo creas!
y mire ese galan que la pasea.

ESCENA III.

Dichas y dicho Diego.

Diego.

Al campo, saco las tristezas mias
por ver si las venciese en desafio.

Juana.

Inés, este es aquel ingrato mio.

Inés.

¿Luego Don Diego fue quien te dió celos?

Antonia.

¡Ah don Diego! llegad.

Diego.

¡Inmensa dicha!

Juana.

¿Qué inmensa dicha?

Inés.

¿Pues tú de mi señora estás celosa?

Juana.

Dí en esta necedad.

Antonia.

Menos dichosa
me prometí la tarde, pues os veo
no tengo que pedir á mi deseo,
aunque correspondais ingratamente.

Diego.

¿Cómo quereis que sin temor intente
serviros, si el Marqués os quiere tanto?

Juana.

Estoy, Inés, por descubrir el manto,
y hacer un desatino.

Inés.

Espera un poco.

Juana.

No hay celos cuerdos, si el amor es loco.

ESCENA IV.

Dichos, el Marqués y Esteban.

Marqués.

¿Es aquél don Diego?

Esteban.

El es,
y no está mal ocupado.

Inés.

Juana, el Marqués ha llegado.

Juana.

¿Qué habemos de hacer Inés?

Inés.

Que si has visto lo que quieres,

nos vamos á casa luego.

Marqués.

¿Quién hablará con don Diego?

Esteban.

No sé; pero dos mugeres
bizarras estan allí.

Antonia.

Venid don Diego, hasta el rio,
por ingrato os desafio,
ya que á la vega salí.

Diego.

¿Qué mayor satisfaccion
os puedo dar; que el Marqués?

Antonia.

No hay satisfaccion despues
que me habeis muerto á traicion,
ni es el reñir escusado.

Diego.

Si es desafio español,
¿quién ha de partir el sol,
si llevo al sol enojado?

ESCENA V.

Juana, Inés, el Marqués y Estéban.

Marqués.

Dé vuesamerced lugar,
señora espada, á ver
si tan bizarra muger
tiene mas con que matar,
que hoy tal donaire y brio.

Juana.

Estoi en buena para mi
llevándome el alma allí
aquel enemigo mio.

Esteban.

Sup[illegible]

se [illegible]

y no dé heridas en la vaina.

Inés.

Allá, page, entretened

con mugeres enfaldadas

vuestra [illegible]

Esteban.

¿Y no puede en fregona

alguna de las tapadas

Marqués.

Merezca, no por quien soy,

sino solo en cortesía

ver amanecer el dia.

Juana.

Con tanta desgracia estoy,

que no puedo responderos.

Marqués.

La quietud habeis perdido;

decid, quién os ha ofendido:

si es hombre puede valeros,

os podeis valer de mí.

Juana.

Podeis hacerme merced

de dejarme. *Hace que se va.*

Marqués.

Detened.

el paso, porque habeis de

pues matais.

Juana.

¿Tan de repente

parezcoos bien?

Marqués.

[illegible] y es justo.

Juana.

¿Qué cuánto los hombres ven,
quieran bien tan fácilmente?

Marqués.

Yo á nadie quiero.

Juana.

Mirad
que condicion es la vuestra
si bien poneis en la nuestra
antojos de livandad;
pues hoy en sola una casa
quereis bien á dos mugeres.

Marqués.

¿Muger notable, quién eres?
¿dos mugeres?

Juana.

Esto pasa,
y tan desiguales son,
que son señora y criada.

Marqués.

Por Dios que estais engañada.

Juana.

Pero teneis condicion
de señor, que harto y cansado
de la perdiz, apetece
la vaca: y así parece
que os da doña Antonia enfado,
y Juana os regala el gusto.

Marqués.

Vive Dios, que he de saber
quién eres.

Juana.

Una muger:
hacerme fuerza no es justo.

Esteban.

Oye, señora tapada,
menos desdenes.

Inés.

Atajo
la manopla, señor page,
ó habrá coz y bofetada.

Esteban.

Eres haca, que no creo
que eres muger; pero advierte
que soy page de esta suerte,
y que en señoras de empleo
no tuve sarna en mi vida,
ni he tomado punto á media.

Inés.

Bien la condicion remedia,
que desde Adán procedida
tienen sarna original.

Esteban.

Vive Dios, que te he de ver...

Inés.

Mire qué hay en una muger,
que no le ha querido mal
y no quiero que me arañe.

Esteban.

¿Qué importa si la aborrezco?

Inés.

Pues yo soy, y quien merezco. (1)
pero, que el amor me engañe.

Esteban.

¡Vive el cielo, que es Inés!
¿hay tal cosa? teme espera...

(1) *Descúbrese Inés.*

Inés.

No pienso dejarte, cara...

Marqués.

¿Qué es eso, Estéban? ¿quién es?

Estéban.

Inés, señor, disfrazada.

Marqués.

¿Y tú quien eres muger?

Juana.

Si Inés se ha dejado ver
¿de qué sirve estar tapada?
Juana soy, cátame aquí.

Marqués.

¿Qué dices? ¡hay caso igual!

Inés.

ay donaire celestial,
¿á ma[illegible]
¿tú eres [illegible]

Juana.

Pues,
anda acá, Inés, [illegible]

Marqués

¿De esta manera se hallan
villanas.

Juana.

Anda acá, Inés.

Marqués.

Espera, en mi coche irás.

Juana.

¿Qué coche, ni qué cochino?
¿quereis torcer el camino,....
ya me entendeis lo demas;
y zamparme [illegible]

Inés.

Vamos, Juana.

de mi esperanza perdida
por el engaño pasado.

Diego.

No hay amor desengañado
que quiera mas sino alcanza
á entretener la esperanza,
con que me obliga á creer
que no hay distancia en amor
del amor á la mudanza.
Pues para no ser ingrato
á la merced que me haceis,
pedid licencia al Marqués
y vereis que no dilato
el casarme, siendo ingrato
al favor que me otorgais;
que si licencia alcanzais,
al mismo punto vereis
que la posesion teneis
sin que esperanza tengais.

ESCENA VIII.

Doña Antonia y despues Juana.

Antonia.

Perdida esperanza mia,
albricias, que ya os hallé.

Juana

¿Cuándo don Diego se fué
quedas con tanta alegria?
¿Que habeis tratado los dos?

Antonia.

¡Ay Juana! mi casamiento.

Juana.

Muy justo fue tu contento;
yo se lo pediré á Dios.

Antonio.

Yo te prometo casar
con un oficial honrado.

Juana.

¿En fin, queda concertado?

Antonio.

No falta mas de tratar
mi dicha con el Marqués:
yo le voy hablar, que es justo
que esto sea con su gusto;
lo demas sabrás despues.

ESCENA IX.

Juana.

Aquí se acabó mi vida,
aquí dió fin mi tragedia,
aquí mi sombra mi esperanza
con triste luto y sangrienta
dió fin al acto postrero:
no hay que aguardar, pues ya quedo
todo abrasado el teatro,
y la campaña desierta.
Aquí fue Troya, aquí mi suerte ordena,
que tenga vida yo para mas penas.
Ó cuantas veces, amor,
te dije yo que tuvieras
mas respeto á la razon;
¿mas tú, qué razon respetas?
¿Quién dijera que don Juan
pagar ingrato pudiera
tan grandes obligaciones,
tanto amor, tantas finezas?
¡Ah! nunca yo te amara, ni tuviera
alma de mármol, corazon de piedra.

¿Qué habemos de hacer? morir,
y no aguardar, á que vean
mis ojos lo que ya saben,
pues sea mi muerte ausencia:
¿Volveremos á la patria?
no, que hay venganzas en ella
de quien trate con desprecio
por amar quien me desprecia:
¡Ah cielos! ¿quién podrá tener paciencia
que en infinito amor no hay resistencia.

ESCENA X.

Juana é Inés.

Inés.

¿De qué das voces, Juana?

Juana.

De desdichas.

Inés, á Dios te queda,
que puesto que villana
cobre tu corazon al alma de seda,
yo voy por mis vestidos
por dicha los que vos fueron fingidos.

Inés.

¿Adonde vas? detente.

Juana.

Por la puente de Alcántara á esas peñas
desesperadamente.

Inés.

Tu tristeza conozco por las señas
mas que pareces eres.

Juana.

Hay hombres deshonor de las mugeres,
¿pues cuál no fuera buena
si no nos encantaran, el oido?

Inés.

Dime, por Dios, tu pena.

Juana.

No quieras mas que de mi historia ha sido
confusa Babilonia:
Don Diego se ha casado con Antonia.

Inés.

¿Casado?

Juana.

Allá en el rio
debieron de tratarlo aquesta tarde:
voyme, voyme; no fio
de mis ojos paciencia tan cobarde:
¿qué aguardo? fuego, fuego,
Antonia se ha casado con Don Diego, *Vase.*

Inés.

Fuese desesperada.

ESCENA XI.

Inés y Doña Antonia.

Antonia.

¿Qué es esto, dime, Inés?

Inés.

Agora creo
que la villana honrada
celosa espía fue de su deseo.

Antonia.

¿Cómo celosa?

Inés.

Juana
está sin seso desde ayer mañana.
Sin duda no es grosera
con el trage que trae de labradora
que saber no pudiera

tales vestidos á no ser señora,
de que iba ayer cargada,
y anduvo por la vega disfrazada.
Celos son de Don Diego,
porque hoy en la vega le has hablado.

Antonia.

Agora si que llego
á creer el respeto mal guardado;
mil sospechas tenia,
tal vez me hablaba bien, y tal fingia
que no la detuvieras.

Ines.

Agora sale, síganla, ¿qué esperas?

Antonia.

¿Qué haré?

Inés.

Que consideres...

Antonia.

¡Qué cobardes nacimos las mugeres!
¿si se va con Don Diego?

Inés.

¿Pues qué dudas?

Antonia.

Amor es siempre ciego;
solo para engañarme
trató de casamiento, solo ha sido
con palabras burlarme.

ESCENA XII.

Dichas y Don Fernando.

Fernando.

¿Qué es esto Doña Antonia?

Antonia.

Que se ha ido

la infame labradora,
y mis vestidos se ha llevado agora.

Fernando.

¿Juana con malas manos,
teniéndolas tan bellas?

Inés.

¡Linda flema!

Fernando.

Pensamientos villanos,
que diera yo para vencer su tema
mas joyas que he llevado,
solo porque escuchase mi cuidado,
pienso que solamente
pudiera ser bastante esta bajeza
para que el fuego ardiente,
que ha encendido en mi pecho su belleza,
sus rigores templára
tan lindas manos con tan linda cara.

Antonia.

Mientras que das al viento
exclamaciones vanas y amorosas,
seguirla quiero.

Fernando.

Intento,
que se ajuste á mis penas tan forzosas;
que pienso que la lleva
un falso amigo que no sale aprueba.

Antonia.

Yo quiero acompañarte.

Inés.

Sin duda que los dos pasan la puente.

Antonia.

Daré á mi padre parte.

Fernando.

De ninguna manera; brevemente

saquen el coche, hermana.

Antonia.

¡Ay ingrato Don Diego!

Fernando.

¡Ay bella Juana!

ESCENA XIII.

DECORACION DE CAMPO A LA MARGEN DEL RIO.

Marqués, don Diego, Esteban y los Músicos.

Marqués.

Llegue la barca á la orilla.

Diego.

Ya va llegando la barca.

Marqués.

A la isla pasar quiero,
que el Tajo aprisiona en plata:
¿los músicos?

Diego.

Ya han venido:
gran gente la puente pasa;
todos son de Andalucía;
la barca toca á la playa.

Marqués.

Entren todos: buena viene; (1)
como en Sevilla la enramaan:
mas no de naranjos verdes
para pasar á Triana,
tantas damas y galanes,
viernes de entre pascua y pascua.
Quedate, Estéban, aquí,
porque si don Pedro baja,

(1) *Vese una barca muy compuesta y enramada.*

digas que pase á la isla,
y vendrá por él la barca.
Cantad por el rio vosotros,
que hace linda cosonancia
el viento por esos olmos,
por esas peñas el agua:
moved á espacio los remos:....
¿Aquella no es Juana? ¿Juana,
donde vas?

ESCENA XIV.

Dichos y Juana.

Juana.

¿Cielos, qué es esto?
Dentro de una barca pasan
don Juan y el Marqués el rio.

Marqués

Acosta, acosta, no vayas
tan á prisa, dad la vuelta:
¿Juana? ¿Juana?

Juana.

¿Quién me llama?

Marqués.

Vive Dios, que es ocasion,
don Diego, para llevarla
donde no la valgan brios,
ni condiciones villanas.
El Marqués soy; llega, llega.

Diego

¡Ay Dios, si podré avisarla! *ap.*
¿con qué ocasion la diré
el peligro que la aguarda?

Juana.

Esta es famosa ocasion

para que tome venganza
de don Diego: ha, seor Marqués,
¿quiere llevarme?

Marqués.

Entra, salta.

Diego.

Señores músicos ¿saben
la letra que ahora se canta?
Por la puente, Juana,
que no por el agua.

Músicos.

Si sabemos.

Diego.

Sepan que es
al propósito estremada.

Juana.

Muy bien entiendo á don Diego: ap.
mas soy muger y agraviada;
hoy me vengo de sus celos.
Entro.

Marqués.

Pues moved las palas,
y vosotros id cantando
eso de la puente Juana.

Música.

Por la puente Juana,
que no por el agua.

ESCENA XV.

Esteban.

Partieron; no hay blanco cisne
que con las cándidas alas
rompa el cristal como el barco,
cerco de frígida plata;

donde no hay agua, no hay fiesta.
¡Como vuelan, y se apartan
unas olas de otras olas!
fiestas aquellas se llaman:
con todo, me ha dado pena
que Juana con ellos vaya:
casta ha partido, mas creo
que no volverá tan casta.
Don Fernando, y doña Antonia,
son los que del coche bajan.
¿A donde bueno, señores?

ESCENA XVI.

Esteban, don Fernando y doña Antonia.

Fernando.

¡O Esteban! viene mi hermana
á buscar por esta puente
donde las mugeres lavan,
aquella Juana fingida,
que con sus rudas palabras,
era ladrona famosa.

Esteban.

¿Ladrona? mucho te engañas,
si por dicha no lo dices
porque lo fué de las almas.

Antonia.

¿Si me lleva mis vestidos,
será por ventura honrada?

Esteban.

No sé; pero si ella hurta,
sus ojos son llaves falsas;
con el Marqués pasa el rio,
como otra Elena robada,
que como en Marqués hay mar,

en mar de Marqués se embarca á
aquel barco con Elena
tiene al toro semejanza,
sino lo es don Diego..

Antonia.

¿Quién?

Esteban.

El que á los dos acompaña.

Antonia.

¿Pues va allí don Diego?

Esteban.

Sí;
y porque vuelve la barca
por don Pedro, y no ha venido,
dadme licencia que vaya
á ver estos desposorios.

Antonia.

No se harán, si la villana
no me vuelve mis vestidos.

Esteban.

Entrad si quereis hallarla.

Antonia.

¿Quieres, Fernando?

Fernando.

¿Pues no?
á costa que de una falsa
amistad, tengo una queja,
y pienso así averiguarla.

Esteban.

Entren, y verán la isla
mejor del Tajo, y á Juana,
que pudiendo por la puente,
quiso pasar por el agua.

ESCENA XVII.

DECORACION DE CAMPO AL OTRO LADO DEL RIO.

Don Diego y el Marqués.

Marqués.

¿No desembarca Juana?
¿cómo ha venido con tan gran tristeza?

Diego.

Volvió nieve la grana,
que esmalta de su rostro la belleza,
luego que tus amores
turbaron con el miedo sus colores.

Marqués.

¿Pues de que tiene miedo?

Diego.

De haberse puesto en tal peligro.

Marqués.

¿Y fuera
mas justo que en Toledo
de la manera que la ví sirviera?
¿no ha sido mas dichosa?

Diego.

Está de verse indigna temerosa.

Marqués.

Mira, don Diego, el dia
que un hombre á una muger la dice amores,
cesó la cortesía
y el respeto debido á los señores;
porque sujeto queda
á que tratarle mal, si quiere, pueda.
Juana será estimada
de tí, y de mí; y de todos mis criados

servida y regalada:
la primavera de estos verdes prados,
de flores guarnecidos,
envidiarán la tela á sus vestidos.
Sus joyas serán tales,
que se conozca en ellas mi deseo:
no ha de traer corales
mas que en su rostro.

Diego.

De tan alto empleo,
¿qué menos su belleza
pudo esperar, señor, de tu grandeza?

Marqués.

Entreten esa gente
mientras que voy, don Diego, á persuadilla,
que ver cuan tristemente
sale del barco á la arenosa orilla,
vergonzosa y cobarde,
muestra que se arrepiente; mas ya es tarde.

ESCENA XVIII.

Don Diego.

Desdichas, que habeis llegado
á tal estremo conmigo,
que vengo hasta ser testigo
de mi deshonra forzado,
¿á cual hombre en tal estado
habeis puesto como á mi;
pues pudiendo hablar aqui,
por el honor que me toca,
me cierra el mismo la boca,
ingrata Isabel, por tí?
Si agora al marques hablara,
y quien era le dijera,

claro está que quien es fuera,
y su nobleza mostrara,
claro está que la dejara:
pero si yo la advertí,
cuando en el puente la ví,
y ella á mi pesar entró,
bien se vé que le estimó,
y que me aborrece á mí.
Cuando, porque me entendieses,
desentendída tirana,
dije, por la puente Juana,
para que el peligro vieses,
¿era honor tuyo que fueses
por el agua á darme enojos?
Fuertes fueron tus antojos;
que los hombres advertidos
pueden disculpar oidos,
mas no lo que ven los ojos.
Perdiendo el juicio estoy,
no de verme despreciado,
sino de llegar á estado
que deje de ser quien soy.
¿Cómo mil quejas no doy
de tanto agravio á los cielos?
¡que buen pago á mis desvelos,
hasta cerrarme los labios!
mas bien es que sufra agravios,
quien tuvo paciencia en zelos.
Ya le tomará las manos,
ya le dirá amores tiernos...
¡qué de manera de infiernos!
¡qué de agravios inhumanos!
¿cuando inventaron tiranos
tormentos de mas rigores
que ver que tú la enamores,

y él te diga amores ya?
Amores dije, Ojalá,
que fuera decirla amores.
Pensamientos me han venido
de echarme desesperado,
Tajo, en ese espejo helado,
de abrasado y de corrido:
defiende, agravio, el sentido,
que como amor es furor
no sabe tener valor;
advierte que un hombre honrado
despues de estar agraviado
no es justo que tenga amor.

ESCENA XIX.

Don Diego, don Fernando, doña Antonia y Esteban.

Esteban.

Aquí está sólo don Diego.

Antonia.

¿Pues solo en esta ocasion?

Esteban.

Que le hableis con discrecion,
y no con enojo, os ruego;
que estará cerca el marques.

Fernando.

Don Diego ¿qué soledad
es esta?

Diego.

Si la amistad
para tales tiempos es,
dejad á un hombre afligido,
en lugar de acompañarme,
que estoy cerca de matarme
de una muger ofendido.

Fernando.

¡Muger! ¿aquí no sois vos
el dueño de quien decis?

Diego.

¿Pues á vengaros venís
de mis agravios los dos?
Escondeos conmigo aquí,
que viene huyendo de un hombre,
que el respeto de su nombre
me obliga á tratarla así.

Estéban.

Bien será que no nos vea,
y puesto que es el marques;
que tiempo tendrá despues
doña Antonia, si desea,
vengar sus celos.

Antonia.

Aquí
hay árboles mas espesos.

Diego.

Presto veréis mis sucesos.
¡Qué agravios pasan por mí! *Escóndense.*

ESCENA XX.

Dichos, el Marques y Juana.

Juana.

No tiene el mundo poder;
advierta Vueseñoría
que es injusta su porfia.

Marqués.

¿No eres muger?

Juana.

Soy muger.

Marqués.

¿Eres labradora?

Juana.

No.

Marqués.

¿Pues quien...?

Juana.

No quiero decirlo.

Marqués.

¿Pues que intentas?

Juana.

Encubrirlo.

Marqués.

¿Hasta cuando?

Juana.

¡Qué sé yo!

Marqués.

¿Sabes donde estás?

Juana.

Muy bien.

Marqués.

¿Quien te ha de valer?

Juana.

Mi honor.

Marqués.

Es necedad.

Juana.

Es valor.

Marqués.

Soy quien soy.

Juana.

Y yo tambien.

Marqués.

Amor me obliga.

Juana.

Y á mí.

Marqués.

¿De quién?

Juana.

De quien me burló.

Marqués.

¿Es hombre rústico?

Juana.

No.

Marqués.

¿Pues es caballero?

Juana.

Sí.

Marqués.

¿Tiene calidad?

Juana.

Y mucha.

Marqués.

¿Es mi igual?

Juana.

No es vuestro igual.

Marqués.

¿Es principal?

Juana.

Principal.

Marqués.

Declaráte mas.

Juana.

Escucha.
Señor marqués de Villena,
invictísima corona
de Girones y Pachecos,
cuyas hazañas heróicas
escribe en papel la fama,

que no hay tiempo qué las borra;
que son diamantes las letras,
y bronce eterno las hojas;
yo soy de Leon de España,
que justamente se honra
de aquellos primeros reyes,
que de la nobleza goda
quedaron para castigo
de los bárbaros, que agora
solo sirven por reliquias
de las pasadas historias:
neutrales estan mis deudos;
que quiera á don Juan me estorban;
habia llegado el mes,
que prados y campos borda,
aquellos viste de nieve,
estos de flores y rosas;
bajaban los arroyuelos
á guarnecer con las olas,
de pasamanos de plata,
las márgenes arenosas:
yo con ocasion injusta
de enfermedades que toman,
mas la ocasion que el acero,
tal vez voluntades mozas,
á hablar á don Juan salia
para escusar mi deshonra,
que quiere amor que el deseo
á la razon se anteponga.
Supo don Sancho estos dias,
y una mañana lluviosa,
que para que no saliera
parece que el alba llora,
llegó mas presto, ¡ay de mí!
que aun me matan sus congojas,

que celos madrugan mucho,
porque duermen pocas horas;
salió de unos verdes ramos;
y asiéndome de la ropa,
que no del alma, á escucharle:
mis pies turbados reporta:
oigo amorosas razones;
si puede ser que las oiga,
quien mirando á quien le habla
está pensando otra cosa:
pero cuando ya atrevido,
mas intenta que razona,
puse mi rostro en defensa
con palabras afrentosas,
que los hombres atrevidos
cuando á su gusto se arrojan,
para entrar á sus deseos
tienen por puertas la boca.
En este tiempo don Juan
con espacio libre asoma;
que á quien anda de ganancia
no le despiertan congojas;
luego que mira el suceso,
como es razon, se alborota;
pierden el color entrambos;
yo entonces el alma toda
así toros de Jarama
alzan las frentes celosas,
vierten por la boca espuma,
fuego por los ojos brotan;
así en el arena escarban,
brio enamorado cobran,
y los llama al desafio
la palestra polvorosa,
como sacan las espadas

don Juan y don Sancho, y doblan
las capas, que al brazo envuelven;
mi presencia los provoca:
por estar favorecido
(que pienso que en esto importa:
dió mas ventura á don Juan,
que olvidados tienen poca:
íbale mal á don Sancho,
yo, como algunas personas
que están viendo á los que juegan,
que del uno se aficionan,
deseaba que ganase
don Juan, esperando; ay loca!
mas desdichas de barato
que estos olmos tienen hojas.
Cayó don Sancho, y don Juan
luego la mano me toma,
y á un pueblo suyo me lleva;
no hay secreto que se esconda:
huye á la justicia un dia,
sígole yo triste y sola
luego con un escudero,
que en Olias me despoja
de joyas y de consuelos,
y con engaños me roba:
mudó el trage, y en Toledo
sirvo humilde labradora,
donde me veis y decis
que mi talle os aficiona;
decis que me hable don Diego,
á quien doña Antonia adora;
esta dama toledana,
que era entonces mi señora:
este don Diego es don Juan,
que de este nombre se adorna

por serviros, y encubrirle
tanto el peligro le exorta
de zelos desatinados,
para vengarse á mi costa.
Entré en la barca esta tarde;
confianza peligrosa,
pero justa en la nobleza
de vuestra persona heróica,
que no ha de degenerar
de sus magnánimas obras,
sino ayudarme á cobrar,
como quien es honra y gloria
de Villenas y Girones,
mi ser, mi vida y mi honra,
por título, por señor,
por grande, por hombre sobra,
pues soy amigo, y amigo
que os ha contado su historia.

Marqués.

Cuando no fuerais amigo
de tan notoria nobleza,
por el talle y la belleza
mi favor debeis tener:
yo os he de favorecer,
que os debo, y es cosa llana,
el volver por tan liviana
causa en tan noble opinion,
como tener aficion
á una rústica villana.
Bien el alma me decia
pues se ha visto en el efecto,
que habia mayor concepto
donde la vuestra vivia:
tendreis este mismo dia

*

á don Juan.... Ola, criados, gente.

Juana.

Estarán descuidados.

Estéban.

Ola, Esteban.

Sale Estéban.

Aquí estoy.

Marqués.

Llama á don Diego.

Sale don Diego.

Yo soy
dueño de tantos cuidados.

Marqués.

¿Estábades escondidos?

Estéban.

Si señor, porque obligaba
la desdicha de don Juan.

Diego.

Confiado en la palabra
que has dado á doña Isabel
llego á tus pies.

Marqués.

No te engañas.

Diego.

¿Cómo me puedo engañar
cuando ya me desengañas
con tu divino valor?

Marqués.

Estéban, testigos llama
de la palabra, y la fé
que por mas fuerza jurada
quiero que quede á Isabel. (1)

(1) *Salen don Fernando y doña Antonia.*

Fernando.

Aquí estamos yo y mi hermana,
que con otro pensamiento,
que nos dió bastante causa
pasamos sin su licencia.

Antonia.

Señor, cuanto amor engaña,
tu misma disculpa tiene;
que para mayores basta.

Marqués.

Poca si sabeis ya los dos
las historias y desgracias,
que os habrán movido el pecho,
de don Juan y de esta dama,
hasta acabarlas del todo
tendrán amparo en mi casa,
y con veinte mil ducados
de dote quiero pagarla
la confianza que tuvo.

Juana.

Fue muy justa confianza
en tan divino valor.

Diego.

Y aquí por la puente Juana
dá fin en servicio vuestro;
dadnos perdon de las faltas.

Por la Puente Juana.

El mérito de esta comedia se funda en el interés del asunto, en la sencillez del plan y en la bondad de los caractéres: no hay en ella episodios que compliquen la fábula, ni situaciones nuevas y extraordinarias, que exciten la admiracion del auditorio. Los celos de Juana y de don Diego, producidos por doña Antonia y el Marqués, llenan los tres actos de la pieza y conducen agradablemente al espectador hasta el desenlace, sin que advierta la falta de incidentes multiplicados, y otros adornos, que nuestros autores antiguos derramaban á veces con demasiada profusion en sus comedias. El Marqués de Villena se enamora de Juana y la solicita, y doña Antonia procura casarse con don Diego: estos son los únicos obstáculos que se oponen á la felicidad de los dos amantes y forman el nudo de la fábula, que camina progresivamente con un interes suave y sostenido. El carácter de Juana, la constancia de su cariño, la verdad y nobleza de sus sentimientos, y las gracias de su lenguage, siempre urbanas y decorosas, encantan y cautivan la atencion. Lope, que se complacia siempre en poner en boca del bello sexo los afectos puros y sencillos que abrigaba su corazon, era el único poeta que podia haber imaginado este carácter tan hermoso y amable. En todas las escenas sobrasale de tal modo: que ofusca á los demas personages. Para realzar mas el mérito personal de Juana no solo pinta enamorado de ella á don Diego, al Marqués y á don Fernando, sino tambien á Esteban. Los requiebros y la declaracion de este estan llenos de gracia.

Acto primero. Escena XIV.

Labradora de sentidos,
pespuntadora de entrañas,
ojos de brillante espejo,
que mirándote retratas
lindo del cabello al pie;
honra ilustre de la sagra,
por el delantal famosa,
y por el sayuelo hidalga, &c.

Acto segundo. Escena VI.

Entre los puros cristales,
que de arenas de oro al Tajo
cubren peñas desiguales,
con rostro sereno y bajo
lavaba el amor pañales.
Ya riendo, ya llorando,
ya torciendo, ya contando
á Inés sus pasados cuentos,
camisas y pensamientos
vide á Juana estar lavando &c.

Aunque todas las escenas son muy interesantes, lo son particularmente la V. del segundo Acto, en que se reconocen Juana y don Diego; la X. en que este insinua sus celos, y ella le satisface con extremada delicadeza.

¿Zelos es eso?
pues don Diego en vuestra vida
los tengais, que son de necios:
tenéd amor, y no mas;
que vuestros merecimientos
son tales, que por mi voto

no teneis de qué tenellos.

Véanse con atencion la XII del primer acto, la III. del segundo y la I. y siguientes hasta la VI. del tercero, en las que resaltan infinito el donayre y las gracias de la heroina. No son menos estimables en las que manifiesta sus celos, y especialmente la XVI. del segundo acto. ¡Con que graciosa ironia responde á don Diego en los versos que concluyen

Si le he dado pesadumbre,
diga, dandome perdon:
mensagero sois, amigo,
non mereceis culpa, non.

Todas están bien enlazadas y dialogadas: la XIII del tercer acto, en que aparece la barca, y pasa Juana el rio con el Marqués, prepara el desenlace y es sumamente interesante y teatral

Entren todos: buena viene,
como en Sevilla la enraman;
mas no de naranjos verdes
para pasar á Triana,
tantas damas y galanes,
viernes de entre Pascua y Pascua.

. . . . . .

Cantad por el rio vosotros;
que hacen linda consonancia
el viento por esos olmos,
por esas peñas el agua.

El desenlace es muy natural: se pinta en él perfectamente la firmeza de Juana y la noble generosidad del Marques de Villena; y la versificacion y el estilo tienen las buenas prendas que todos reconocen y admiran en las obras de este fecundo poeta.

Don Manuel Martinez Mazon.
Don Ambrosio María Ripoll.
Don Javier Araoz.
Escelentísima señora doña María Luisa Mateis de Quesada, *por fino.*
Don Francisco de Paula Cordoba é Ibarra.
Don Agustin Ariño de Gueyara.
Don Antonio Hernandez.
Don Juan Uriarte Caballero.
Escelentísimo señor Duque de San Carlos, Conde del Puerto, *por fino.*
Don Manuel Hernandez de Gregorio, *por 2 egemplares.*
Don Eugenio Jimenez.
Don Ramon María Alforea.
Don Policarpo Daois.
M. R. Willar Klark Wimberley.
Don Carlos Hidalgo.
Don Julian Ortiz de Lanzagorta.
Don Juan Ramon de Ubillos, presbitero en Córdoba.
Don Eusebio Rodriguez Galaz.
Don Francisco Pascual, *por fino.*
Don Felix Joaquin Lopez.
Don Federico Roncali, *por fino.*
Don Dámaso de Cerragería.
Don J. M. P.
Escelentísimo señor don José España, teniente de la Guardia real de infantería, *por fino.*
Doña Paula Ortiz de Lanzagorta.
Don Fabriciano Sinforoso Ocaso.
Don Juan Manuel Gonzalez.
Señores Ortal y compañia, *por 4 egemplares finos y 18 ordinarios.*

Don Felipe García, *por fino.*
Don Julian Sanchez Hacedo, *por fino.*
Don Telesforo José Escobar.
Don Buenaventura Carlos de Aribau.
Don Alfonso Liger, *por 2 egemplares finos.*
Señora Condesa de la Vega del Pozo, *por fino.*
Don José Fernandez, *por fino.*
Don José Bucali.
Señor Embajador de Austria, *por fino.*
Don Rafael Florez, *por 3 egemplares.*
Don José Romero de Pineda.
Don Tomás Vallejo, *por fino.*
Don Antonio Conde Gonzalez.
Don Ramon Soler.
Don Juan Mansolve.
Don Francisco Martinez de Aguilar.
Don José María Navarro, *por 4 egemplares finos y 1 ordinario.*
Don Eugenio de Isla.
Don Gabriel Ferrer.
Don Agustin Vibanco.
Don Juan Duspmet, Secretario del Serenísimo Señor Infante don Francisco de Paula.
Escelentísimo Señor Duque de Abrantes, *por fino.*
Don Pedro Juan Mallen, del comercio de libros de Valencia, *por 6 egemplares finos y 4 ordinarios.*
Don José Menendez.
Don Ambrosio de Guerra.
Señor Conde de Santa Coloma, *por fino.*
Don Nicolás de Torres.
Señor Conde de Agramonte.
Don Alejandro Rodriguez.
Señor Conde de Jeva.
Doña Fermina Ruiz de Alvarado.
Señor Conde de Komapsimark, gentil hombre de Cá-

mara de S. M. de Rusia y Secretario de su embajada en Lisboa.
Señor Marqués de Espinardo, *por fino.*
Don Manuel Rubio de Villegas.
Don Roberto Macandre.
Señor Marqués de Paredes, Conde de Illas.
Don Juan José Lanza, intendente interino de Jaen, *por fino.*
Escelentísima señora Marquesa de Villafranca, *por fino.*
El señor Secretario de la embajada de Holanda.
Don Francisco Gimenez Saavedra, Intendente de Rentas de Málaga.
Doña Vicenta Maturena.
Don Francisco Vigil de Quiñones.
Don Antonio Soliba.
Don Francisco Javier de Eguren, *por fino.*
Don Salvador Cea Bermudez, oficial de la Secretaría de estado.
Don Julian Perez.
Señor Conde de Argillo.
Don Jacinto Hernandez, *por 4 egemplares.*
Don Mariano Luajo, Secretario de la Capitanía general de Estremadura.
Don Tomás Rey.
Don Antonio Porras.
Don Blas Mendizabal.
Don Braulio Guijarro.
Don Tomás Valiente de Luna.
Don Luis Martinez.
Don Manuel Lucio Gutierrez.
Don Angel Hernandez.
Don José Quirós.
Don Pedro Gomez de Laserna.
Don Francisco de Paula Orlando, Comisario de guerra.

Don Manuel Rimbaud.
Don Ramon Pedro Hernandez.
Don Vicente García.
D. V. R. T.
Don Manuel Blando.
Don Bartolomé Miralles.
Don Juan Antonio la Plaza.
Don Manuel Fernandez.
Don José de la Riba.
Doña María Luisa Calderon.
Don Antonio Quiros.
Don José Sarriamaza.
Don Joaquin Arteaga.
Don Jose de Llano.
Don Nicolas Gallardo, *por fino.*
Don Francisco Lopez de Omaña, *por fino.*
El Excelentísimo Señor Marques de la Romana.
Don Eogenio Alvarez.
Don Manuel Carbajal.
Don Antonio Navarro.
Don Antonio Fernandez.
Don J. Severino Gomez encargado de negocios de Portugal.
El Señor Marques de Obieco.
Don Sebastian Maria de Areni.
Don Agustin de Sojo, *por fino.*
Don Mariano Baradat y Bejar.
Don Francisco Pecet, *por fino.*
Don Jose Fernandez Bilbarmarzo.
Don Ramon Gonzalez Autran, *por fino.*
Don Francisco Guiles.
Don Joaquin Sta. Maria.
Don Pedro Mendoza.
Don Jose Cano Manuel y Chacon.
Don Joaquin Marcoleta.

Don Diego Zaragoza.
Don Juan Luciano Veles.
Don Juan Manuel Calleja.
Don Bartolomé Caro Hernandez, *por 4 egemplares.*
Don Angel Calderon.
Don Manuel Chasco, *por fino.*
Señor Embajador de Olanda, *por fino.*
Don Gonzalo María de Ulloa.
Don Martin Marticorena, del comercio de Zaragoza, *por fino.*
Don Domingo del Monte, *por fino.*
Don F. A.
Don José Antonio de Arazque.
Don Tomás Marques.
Don Manuel García de la Prada.
Don José Francisco Morejon, *por fino.*
Señor Conde de Superunda, *por fino.*
Don Pedro Nolasco Fernandez.
Don Juan Caneda.
Don Felix Pinos, *por fino.*
Don José Soldevilla.
Don Valentin José Jimenez.
Don Francisco Hurt ado de Mendoza.
Don Roque de las Heras
Escelentísima señora Marquesa de Castelar, Dama de la Reyna N. S.
Don Julian Pastor.
Don Angel Villareal.
Don Nicolás Roman.
Don Etanislao Goire.
Escelentísimo señor Conde de Torrejon, *por fino.*
Don Juan Graygotia.
Don Antonio Velez.
Don Nicolás Arias, *por fino.*
Don Pedro Torner de Toner.

Don Dionisio Arteaga.
Don Jose Gonzalez.
Don Remigio Hernandez.
Doña Martina Cambrano.
Don Ramon Salas, *por fino.*
Don Jose Yrunciaga.
Don Manuel Chacon Sopranillo.
Don Jose Garcia, *por fino.*
Don Lauriano Rojo de Norzagaray.
Don Juan Esteban Yzaga.
Don Julian Lopez.
Don Angel Simon.
Don Jose Joaquin Bayllo, *par fino.*
Don Juan Vela.
Doña Joaquina Martinez.
Don Juan de Mariategi.
Doña Maria Ignacia Martinez.
Don Pablo Unano.
Don Tomas Jose de Epalza, *por fino.*
Don Alfonso de Aguila.
Don Lorenzo Gomez Haedo.
Doña Carmen Aparicio.
Don Antonio Zazo.
Don Jose Maria Soriano.
Don M. A. *Z.*
Don F V. R.
Don Luis Maria Mosguera.
Don Rafael Martinez de Arizala.
El Escelentisimo Señor Duque de Frias y Uzeda.
El Señor Conde Grassé.
Don Juan Antonio Tresérra.
Don Antonio Navalcerrada.
Don Andres Botelou.
Don Ramon Naranjo.

Don Jose Maria Zabala.
Don Jose Fernandez Guerra.
Don Luis Diez.
Don Luis Pinateli.
Don Eugenio Fernandez Soto.
Doña Francisca Alonso.
Don Jose Bibiano.
Don Manuel Ulloa.
Don Pedro Regalado Magdalena, Intendente de Policia de Santiago.
Don Manuel Cardeño, Tesorero de id.
Don Francisco Chabes y Alcalde.
Don Rafael Antonio Ruiz de Arana.
El Escelentisimo Señor Don Blas de Tournas.
El Señor Marques de Bendaña, *por 2 ejemplares*
Don Jose Alameda y Alonso.
Don M. B.
Don Isidro Pole.
Don Juan Miguel de Aránbide.
Don Vicente Garcia Diez.
Señor Conde de Florida Blanca, *por fino.*
Don Prospero Fausto Gimenez.
Don Jose de Urrutia.
Don Manuel Belascoechea.
Don R. R.
Don Pedro Gonzalez o Estefani, *por fino.*
Don José Rajas, *por fino.*
Don José de Velaunde.
Don Juan de Arizmendi
Don Juan Gabandon, *por 4 ejemplares.*
El Señor Duque de Beraguas.
Don Manuel de Agulo y Cano, *por fino.*
Don Manuel Gonzalez.
Don Jose Galdiano.
El Escelentisimo Señor Marqués de Santiago.

Don Manuel Izquierdo, *por fino.*
Don José Vibar, *por fino.*
Don Angel Garcia de Loygorri.
Don José Zarandona, *por fino.*
Don Angel Galbez, *por fino.*
Don Manuel Ruiz Crespo.
Don F. B. C., *por fino.*
Don Antonio Suarez, *por fino.*
Don Francisco Xabier Moreno.
Don T. S. Castilla, *por fino.*
Don Cayetano Pareja.
Don Miguel Witton, *por fino.*
Don Francisco de Paula Cuadrado.
Don Ramon Alfarici.
El Señor Marques de Perales.
Don Joaquin de Cubas.
Don Juan Antonio Fernandez.
Don Vicente Moratinos.
Don A. S
Don Juan Gabaldon,
Don id. *por fino*
Don Juan Francisco Piferrer.
Don Pantaleon Guzman,
Don Vicente Ventura.
Don Agustin Lopez Jirut.
Don Vicente Blanco, *por 2 ejemplares.*
Don Antonio Silvestri.
Don Francisco Rodriguez Lopez.
Don Matias Lario.
Don Ramon Pino.
Don Joaquin Caprada.
El Señor Marques de Casa Mena.
Don Carlos Ortiz de Taranco.
Don R. P. de Rojas.

Se continuara.

AL PASAR
DEL ARROYO.

PERSONAS.

Jacinta
Teresa. } Labradoras.
Dorena.

Lisarda, dama.

Isabel, criada.

Don Cárlos.

Don Luis.

Benito.

Pascual.

Laurencio.

Silvio, criado.

Mayo, criado.

Anton.

Mendo, viejo.

Guzman.

Un hortelano.

La Escena es en Madrid y Barajas.

ACTO PRIMERO.

ESCENA PRIMERA.

DECORACION DE CAMPO.

Jacinta y Teresa.

Jacinta.
En mi vida tuve amor.
Teresa.
Para ser tan entendida,
mucho admira tu rigor.
Jacinta.
Yo paso mejor mi vida.
Teresa.
La sola no es la mejor.
Jacinta.
El que dió su voluntad,
ya no goza libertad;
luego vivir en prision
no parece discrecion,
sino pura necedad.
Teresa.
Tenemos acá en la tierra
un gran bien y es el amor
que otros bienes en sí encierra.
Jacinta.
Mas antes todo el rigor,
toda la discordia y guerra,
y el mas soberbio enemigo.
Teresa.
Antes su descanso, y paz.

Jacinta.

Yo le huyo.

Teresa.

Yo le sigo;

Jacinta.

Yo pienso estar pertinaz.

Teresa.

Y yo esperar tu castigo.

ESCENA II.

Dichas, Pascual y Benito.

Benito.

Esto que digo me cuesta.

Pascual.

Tú pasas vida inhumana.

Benito.

Y con un no por respuesta,
sin sol toda la semana,
hasta que llegue la fiesta;
aunque ya el tiempo me vale,
no porque el torno solar
dias y noches iguale;
mas porque á ver vendimiar
tal vez á las viñas sale.

Pascual.

Vendrá á matar labradores,
mas siendo alegre dolor
el amor en sus rigores,
en parte es hacer favor,
Benito, el matar de amores.
¿Pero no es Jacinta aquella?

Benito.

Teresa, su graude amiga,
á la fe, viene con ella;

pero déjame que diga
que es de sus rayos estrella.

Jacinta.

¿Qué hay, Benito?

Benito.

Dafne esquiva.

Pascual.

¿Teresa?

Teresa.

¿Pascual, hermano?

Jacinta.

¿Qué se trataba?

Benito.

Asi viva
la luz de ese soberano
sol, que al sol da rayos priva,
que de un monstruo se trataba,
de cuya pintura brava,
tiembla, Jacinta, la villa;
que si hay de ellos maravilla
tú eres maravilla octava.
Monstruos son tus bellos ojos,
contradiciéndose en ellos
las paces y los enojos,
tan bellos, que al ir á vellos
llevan el alma en despojos.
¿Qué monstruos hay en el suelo
como ver sus luces puras,
dar fuego entre nieve y hielo,
con que parecer procuras?
cielo; mas airado cielo.
¿Cuándo ha de llegar el dia
que á algun dichoso himeneo
rindas tu helada porfia;
que verte de otro deseo,

si es imposible ser mia?

Jacinta.

Benito, si cada cual
sigue bien su inclinacion,
no haces bien en sentir mal
de mi esquiva condicion;
por decreto celestial,
esto quieren las estrellas,
y yo lo que quieren ellas.

Benito.

Nunca su autor las crió
para forzarnos, que yo
bien puedo librarme de ellas.

Jacinta.

¿Pues cuál es tu inclinacion?

Benito.

Quererte.

Jacinta.

O fuerte, ó padece.

Benito.

No puedo

Jacinta.

Luego ellas son
quien fuerzan al que aborrece,
como al que tiene aficion.

Benito.

No dices bien, porque yo
amo, y el amar es bien,
y al bien nadie resistió;
pues siendo mal el desden,
tú has de resistir, yo no.

Jacinta.

Forzándome á aborrecer
el cielo á todos los hombres,
resistir á su poder

fuera locura.

Benito.

¡Qué nombres
fuerza á un mismo querer!
Deja la vana aspereza,
con quien me tratas asi,
que ofende tanta belleza
como el cielo puso en tí,
tan bárbara rusticeza.
Escoge en todo Barajas
el mozo de mas ventajas,
ó algun criado del Conde,
si mas á tu humor responde
la seda, que no las pajas.
Toma ejemplo en la azucena,
que de granos de oro llena
al aurora resplandece,
y que marchita anochece
llena de tristeza y pena.
Mira los lirios al alba,
cuando al padre de Faeton
hacen los pájaros salva,
que no en valde á la ocasion
pintaron desnuda y calva.
Si cuando verte no quieras
piensas que te han de querer,
yerras loca, necia esperas,
que en bellezas de muger
pasan las horas ligeras.

Javinta.

Ya tu mucha libertad
con mi paciencia se mide,
que es dar, aunque haya amistad,
consejo á quien no le pide,
bachillera necedad,

Para lo que yo profeso
no es mi soledad esceso,
mezquina mi condicion,
pues que ya la inclinacion
de mi aspereza confieso.
Mas precio en el soto ó selva
seguir de Atalanta el paso
sin que al oro el rostro vuelva
hasta que el sol al ocaso
en oro, ó sangre se envuelva;
y en aqueste manantial,
que riega con varias venas
el prado, á un jardin igual,
ver retozar las arenas
con los golpes del cristal;
mas precio coger las flores,
de quien la naturaleza
y el cielo fueron pintores,
y que ciñan mi cabeza
las cintas de sus colores;
mas precio ver susurrando
las avejas codiciosas,
su arquitectura formando,
y en estas selvas quejosas
los ruiseñores cantando,
que tus penas y cuidados,
amores ciegos y locos,
buenos solo imaginados,
donde hay dichosos tan pocos,
y tantos son desdichados.

ESCENA III.

Benito y Pascual.

Benito.

A tanta resolucion,
y furia, yo no aconsejo,
que donde no hay obstinacion
sirve el mas cuerdo consejo
de espuela á la ejecucion.
Mucho en casarte acertaras,
que mal tu belleza empleas
si en selvas y aguas reparas,
despues que casada seas,
serán tan verdes y claras.
No hay bien que pueda llamarse
bien faltando compañía
que es fuerza comunicarse

Pascual.

Deja esa vena porfia,
que es ignorancia cansarse.
Despues en otro lugar,
podrás á Jacinta hablar
y merecer sus favores,
que no andan bien los amores
en cestos de vendimiar.
Mira como tus criados
cogen racimos opimos,
de que van carros cargados
para colgar de racimos
tantos lagares lavados;
que si no fué con ventaja
la cosecha de este agosto,
agora en todo Barajas
con la abundancia del mosto

rebosarán las tinajas:
Ea pues, vamos de aquí.

Benito.

Vamos, y plegue á los cielos,
pues no te dueles de mí,
que quieras con tantos zelos
como yo tengo de tí:
que supuesto que te vea,
como dices, no querer,
no es posible que lo crea
que es condicion de muger
negar lo que mas desea.

ESCENA IV.

Sala en casa de Don Luis.

Lisarda é Isabel.

Isabel.

Esto responde el papel.

Lisarda.

Muestra que ya estoy turbada.

Isabel.

¿Si ya estás desconfiada,
qué temes que venga en él?
Demas, que ya son escesos
tanto cuidado y temor.

Lisarda.

Desconfianzas de amor
no mejoran los sucesos.

Lee: *En mi enfermedad hice una promesa á San Diego, y así me partí á Alcalá: holgárame que hubiera en ella que traeros; pero como su trato es estudiantes, no pienso que serán á propósito para regalaros. Pasaré con el coche por vuestra puerta, para llevar mas presentes vuestros ojos en esta ausencia.*

Isabel.

Donaire tiene el papel.

Lisarda.

Y tiene tanto donaire,
que le há de llevar el aire,
y al mismo dueño con él.

Isabel.

Yo me acuerdo que algun dia
fuera reliquia colgado
del cuello.

Lisarda.

No se ha pasado
la misma nécia porfia;
pero un disgusto de amor
al mas tierno pensamiento
obliga á desabrimiento,
y el enojarse á rigor.
Vuelve á coger los papeles,
que así rotos como estan,
mis zelos estimarán
sus desengaños crueles.

Isabel.

Bien dicen, que es niño amor,
pues lo mismo que tu has hecho
suelen hacer con el pecho,
y con infante furor

que aunque pidiéndole estan,
con notable desconsuelo,
arrojan el pan al suelo,
sino les dan presto el pan.
¿Qué haré de aquestos pedazos?

Lisarda.

En esta manga los pon,
que si del alma lo son,
bien andarán con los brazos.
Espera ¿qué dice aquí?

Isabel.

Tú propia enciendes tu fuego.

Lisarda.

En esta parte. *San Diego*,
buen agüero para mí.
No miro mas, Isabel.

Isabel.

Ni hay para qué mirar mas.

Lisarda.

¿Es coche aquel?

Isabel.

Buena estás.

Lisarda.

Tengo el pensamiento en él.

Isabel.

Coche pienso que ha parado.

Lisarda.

Antes en mi pensamiento
anda mas que el mismo viento.

ESCENA V.

Dichas, Don Carlos, galan, de camino, y Mayo.

Mayo.

¿Sin licencia te has entrado?

Carlos.

Cuando la vengo á pedir,
como la puedo tomar,
y nó me vengo á mudar,
aunque me vengo á partir.

Lisarda.

¡Jesus! ¿Carlos tan galan
á cosas de devocion?
¿Y tan divina estacion
cosas tan humanas van?
¿Plumas, colores, qué es esto?
Don Carlos, nó me agradais,
á diverso intento vais
con esas galas dispuesto:
Sino que á imitar venís,
temiendo mi desconsuelo,
al arco hermoso del Cielo,
y tras las aguas salís:
que las disculpas mejores
es serenar de mis ojos,
las tempestades de enojos
vuelto en arco de colores.
Pero mas que de un abril
vuestro campo, Carlos, es,
pues en el del cielo hay tres,
y vos venís con tres mil.

Carlos

Si añadís las que me salen
al rostro, de que os quejeis,
bien decís, ni aun hallareis
otro campo á quien se igualen.
Mas como naturalmente
todas las mugeres son
quejosas, su condicion,
nunca dicen lo que siente.

Aqui no hay de que tener
zelos, yo voy á cumplir
lo que llegando á morir
despues de Dios pudo hacer,
que fué rogar á su santo,
por cuyo medio cobré
la salud.

Lisarda.

¿Niego yo que fué
justo, ni me alago tanto?
Mas pienso yo que San Diego,
sayal pardo se vistió,
y no muy nuevo, que yo
bien sé que era pobre y lego;
y como ir á visitar
á un hombre en una prision
con galas, no era razon,
ó algun muerto acompañar
con plumas hasta el entierro,
paréceme que no vais
á propósito.

Carlos.

Vos dais,
Lisarda, en un grande yerro,
pues no voy á visitar
preso ni muerto, pues vive
en Dios, á donde recibe
parabien, que no pesar,
pues quien goza tanta gloria,
con colores se ha de ver.

Lisarda.

Ya sé que habeis de vencer.

Cárlos.

Será la primer victoria,
pues no tengo cosa en mí,

de que ves no hayais triunfado.

Mayo.

Y ella, que en fin, ha callado,
¿qué es lo que dice de mí?
Si se visten los criados
lo que los amos desechan;
¿cómo tan mal se aprovechan
de esta verdad sus cuidados?
De las sobras de los zelos
que su ama gasta aquí,
¿no hay un retal para mí?

Isabel.

Comparaciones de cielos
presumia el lacayon,
sus amores son indinos,
los de Cárlos son merinos,
y los suyos burdos son;
que sus requiebros, en fin,
están por gente de plaza,
impresos con almohaza
en las ancas de un rocin.

Mayo.

Luego hay zelos de ramplon,
y requiebros de obra gruesa.

Isabel.

Los amores que él profesa
comedias de vulgo son,
de estas de grandes patrañas,
imposibles y ruido,
á quien les ha sucedido,
lo que á los juegos de cañas,
que van á ver las libreas,
y no lo que han de jugar.

Mayo.

¿Pues dí, cómo me has de hablar

si no es que no lo deseas?

Isabel.

Lisarda hablará discreto
con Cárlos, yo necio á tí.

Mayo.

Una necedad me dí.

Isabel.

Que me guardes un secreto.

Mayo.

¿Pues no le sabré guardar?

Isabel.

¿Tú, no eres criado?

Mayo.

Sí.

Isabel.

Pues basta.

Mayo.

Ahora bien, á tí
¿cómo te tengo de hablar?
que si tú en necio me hablas,
no te he de hablar en discreto.

Lisarda.

Frívolas son, te prometo,
cuantas disculpas entablas.
Pagas mi amor con rigor.

Cárlos.

Por esta Cruz de Santiago,
Lisarda, que te le pago
en cambio de mas amor.

Lisarda.

Pues así sobre ella veas
la encomienda de mas fama,
como mientes, que quien ama
no da disgustos.

Cárlos.

No creas
que te lo dé mi partida:
acabose, no me voy;
ya no me voy.

Lisarda.

Necia estoy;
mas confieso que en mi vida
cosa me ha dado temor
como es aquesta jornada.

Cárlos.

Digo que ya está acabada.

Lisarda.

No, Cárlos, no, mi señor,
que solo con que digais,
solo con verme afligir,
que ya no os quereis partir,
ya quiero yo que os partais.
Amor entre los amantes
tiene aquesta condicion.

Cárlos.

Vanos los temores son
en jornadas semejantes.
Que temais me maravilla
desde Madrid á Alcalá.
¿Qué Toledo en medio está,
qué Granada, ó qué Sevilla?

Lisarda.

Luego sin celos, quién ama,
no teme peligros fieros.

Cárlos.

¿Pues la venta de Viveros,
es el canal de Bahama?
¿la Bermuda, ó las sirenas;
dónde hay peligros tan grandes?

¿ó son los bancos de Flandes,
de Jarama las arenas?
¿He de topar de aquí allá,
mas que estudiantes y aldeas?

Lisarda.

Parte, mi bien, como creas,
que quedo sin alma ya.

Isabel.

¡Ay, señora, tu hermano!

Cárlos.

¿Qué remedio?

Lisarda.

Piénsale tú, porque esconderte, es cosa,
como mas sospechosa, peligrosa.

ESCENA VI.

Dichos, y Don Luis.

Luis.

¿Búscanme á mí, Lisarda, por ventura
aquestos caballeros?

Lisarda.

No hay en casa
otra persona á quien buscar pudieran.
Como el señor Don Cárlos es del hábito,
envíale el Consejo de las Ordenes
á cierta informacion de un caballero:
y dice, que al partir, y aun en el coche,
le dijeron que tú jurar podrias,
por conocer sus padres, y así viene
á informarse de tí, como me ha dicho.

Mayo.

¿Hase visto embeleco semejante? *ap.*

Cárlos.

Con esta informacion vine á buscaros,
que es cosa que me importa sumamente,

y á ofrecerme tambien para serviros,
que estoy aficionado á vuestro nombre.

Luis.

Besoos las manos por merced tan grande,
que yo lo estoy del vuestro, desde un dia
que en la carrera os vi con aire tanto,
que pudieran en Córdoba envidialle:
y asi os suplico, que de aqui adelante
os sirvais de esta casa como propia.

Cárlos.

Lo mismo os pido yo, que de la mia
habeis de ser de aqui adelante dueño.

Mayo.

¿Qué te parece de esta polyareda
que levantó tu ama?

Isabel.

Que se usan
mil amistades de esta misma traza,
adonde el ofendido y agraviado
queda con las ofensas obligado.

Luis.

¿Qué caballero es este que conozco,
á cuya informacion partís agora?

Cárlos.

Si digo nombre conocido, y miento, *ap.*
destruyo la invencion; mas acertado
será decir un hombre que no haya.
Yo pienso que es muy vuestro conocido:
Don Nofre de Canaria.

Luis.

Ni á mi oido
llegó jamás su nombre.

Cárlos.

Si por dicha
no le teneis por limpio ¿de qué sirve?

Luis.

Por esa Cruz, y por la de esta espada,
que os engañó, don Cárlos, quien os dijo
que conozco á Don Nofre de Canaria.

Cárlos.

Pues yo jurára, que con él un dia
os ví jugar en casa de un amigo.

Luis.

¿Qué señas tiene ese hombre?

Cárlos.

Es alto y flaco,
de color macilento, y barvirubio,
un poco calvo; pero gran soldado,
que por la guerra, el hábito le han dado.

Luis

Vuelvo á decir que no le ví en mi vida.

Cárlos

Hoy ha de ser forzosa mi partida;
dadme licencia, que volviendo, os os juro
de veniros á ver con mas espacio.

Luis

Yo acudo algunas veces á palacio,
que tengo un pleitecillo en el Consejo,
y nos podremos ver todos los dias.

Cárlos.

Señora, ¿qué mandais?

Lisarda.

Que os guarde el cielo,
y que os traiga con bien.

Cárlos

¿Qué te parece?

Mayo.

Que fue toda la traza necesaria:
¿dónde hallaste á Don Nofre de Canaria,
tan alto, descuidado y vayoundino?

Cárlos.

Bien llevo que reir todo el camino.

ESCENA VII.

Dichos y Mayo.

Luis.

Honrado caballero, por Dios vivo.

Lisarda.

Un poco hablé con él, y me parece
de buen entendimiento.

Luis.

De esta traza
quisiera, yo Lisarda....

Lisarda.

Qué?

Luis.

Un cuñado.

Lisarda.

Sin duda que te trae desecelado
este cuidado á tí.

Luis.

Pues por tu vida,
que si agora vivieran nuestros padres,
no les diera ventaja en el deseo
de tu remedio.

Lisarda.

Basta, yo lo creo.
Mándente á tí jugar á la pelota,
y de noche á las pintas, y mudarte
del hábito galan que traes de dia,
en el tavi de plata y medias blancas,
tomar sombrero con la falda vuelta,
asida del corchete de diamantes,
cadena, y otras galas semejantes:

Lisarda.

¿Tienes ventanas ya? pero no creo
que serás tan galan: allá tus damas
merecerán balcones para verla.

Luis.

Tú tienes los mejores de la Corte.

Lisarda.

Doite mis brazos.

Luis.

A comer nos vamos.

Lisarda.

Gran principio me has dado en las ventanas.

Luis.

Yo te daré los postres en casarte. *Vase.*

Lisarda.

¿Isabel?

Isabel.

¿Mi señora?

Lisarda.

Bien se ha hecho.

Isabel.

Amor es un Juanelo en artificios.

Lisarda.

Carlos se fué, yo pierdo mil juicios:
pero pues su partida no me agrada,
no ha de ser por mi bien esta jornada.

ESCENA VIII.

Decoracion de campo.

Dorena, Silvio, Pascual, Benito, Anton y músicos labradores.

Pascual.

Famoso baile se ordena;

no hay lugar que tenga igual
con Barajas.

Dorena.

¿Es Pascual?

Benito.

Acá están Silvio y Dorena.

Pascual.

Si tú vienes á cantar,
¿quién ha de faltar á oirte?

Silvio.

Pues bien puedes prevenirte.

Benito.

De la música y la mar,
oigo decir que entristecen
mucho mas los que lo estan.

Pascual.

Los ojos te alegrarán
que solo bien te parecen.

Benito.

¿Sabes tú que han de venir?

Pascual.

Al baile nunca faltaron.

Benito

Hoy mis penas inventaron,
Pascual, morir ó vivir.

Pascual.

¿Cómo?

Benito.

Con su padre hablé,
y por muger la pedí.

Pascual.

¿Mas qué te dijo, que sí?

Benito.

Hasta agora no lo sé,
porque es tan prudente el viejo,

que término me pidió.

Pascual.

El viene.

Benito.

Hablaréle yo.

Pascual.

Habrán entrado en consejo
él y su hija por dicha.

ESCENA IX.

Dichos y Laurencio.

Benito.

Laurencio, el Cielo te guarde:
¿qué hay de mi dicha esta tarde?
bien dijera mi desdicha.

Laurencio.

Benito, de tus méritos seguro,
y del valor de tus honrados padres,
no dudes de que diera á su esperanza,
con dulce posesion tan dulce efeto:
eres, para ser mozo, hombre discreto;
no te falta dinero, ni limpieza,
que no es pequeño bien limpia riqueza.
Bien quisto, liberal y generoso,
digno de ser en esta villa esposo
de la muger mas bella que la habita;
mas si Jacinta ingrata solicita
que mi memoria y sucesion se acabe,
y por ventura algun secreto sabe,
y solo de vivir sola se precia,
¿qué puedo hacer, pues todo amor desprecia?
ya está mi imperio en ruego convertido.

Benito.

Conozco su rigor, lloro su olvido:
mas como nunca el pensamiento humano

está firme, Laurencio, en un propósito,
y vemos que del cielo las mudanzas
mudan tambien las cosas de la tierra,
por si tu hija vanamente esquiva
mudare del propósito que tiene,
que en la muger no suele ser muy firme,
quiero de tu palabra prevenirme.
No son los pensamientos ríos caudales
que siguen un camino eternamente,
y van entre dos márgenes corriendo
con ley precisa al mar, que podria
volver atrás Laurencio su porfia:
lo que hoy se aborreció mañana se ama;
y quien huye, tal vez persigue y llama:
con la necesidad, lo injusto es justo,
que no tiene color ni ley el gusto.

Laurencio.

Allí, Benito, un poco te retira,
que ella viene bizarra al baile

Benito

Advierte,
que estan mis esperanzas á la muerte.

ESCENA X.

Dichos, Jacinta y Teresa.

Teresa

Aquí están los bailadores,
¿no hay lugar desocupado?

Jacinta

Los ojos me han ocupado
otras distintas colores,
que Benito estaba allí,
y con mi padre trataba
esto que hoy no le escuchaba.

Teresa.

¿Pues quieres hablarle?

Jacinta.

Sí.

Cansados te habrá dejado
este nécio los oidos,
que amantes aborrecidos
cansarán un monte helado.
Son como enfermos, que cuentan
á todos su enfermedad,
que es peso la voluntad
de quien descansar intentan.
¿Qué te habrá dicho de mí?

Laurencio.

Hija, los estremos son
una incierta imperfeccion,
como la que miro en tí.
No te quisiera, si digo
verdad, que debo estimar
de ingénio tan singular,
y de su consejo amigo.
Si muchas hijas tuviera
amára tu condicion,
mas si en tí la sucesion
de mi sangre aumento espera,
pierde la injusta porfia
de tu vano entendimiento,
darás con tu casamiento
aumento á la sangre mia.
Elije en toda Barajas
el mas rico labrador,
que el negar tiempo al amor
no son discretas ventajas.
En la edad, dispuso el cielo,
hija, tiempo para amar;

quien no le ha dado lugar,
el alma tiene de hielo.
Tú lo mirarás mejor,
tambo de tu ingénio fio,
así por ser gusto mio,
como por pagar á amor
el censo que los mortales
le deben, y hasta las fieras,
porque como amar no quieras
serán á tu pecho iguales.

Jacinta.

No es fiereza, padre mio,
no dar al amor lugar.

Laurencio.

Es condicion singular,
y aunque labrador, me rio
de todos cuantos lo son,
que las singularidades,
cuando no por vanidades
arguyen imperfeccion.

Jacinta.

Yo te oí mas de una vez
decir, que no me podias
casar, pues si esto decias,
yo te establezco juez
de la causa de los dos.

Laurencio.

Tuve una esperanza incierta,
que ya presumo que es muerta.

Jacinta

Pues, bien, perdónela Dios.
Pero dime ¿qué secreto
en aquesto puede haber?

Laurencio.

En no decirle á muger

quiero parecer discreto.
De casamiento naciste,
no eres parto de la tierra,
alma que ese cuerpo encierra
de carne y sangre se viste.
Jacinta, casados son
todos los mas animales,
en las palmas orientales
dicen que hay hembra y varon;
no dan dátiles opimos,
sino es que los dos se ven;
pero como cerca esten,
nacen dorados racimos.
Aquellas palomas van
casadas á hacer sus nidos,
los peces mas escondidos
casados tambien estan.
Mira la salvage cierva
seguir alegre su esposo,
mira el novillo zeloso
peinar con los pies la yerba.
Todo ama, no es razon
que no quieras bien lo que eres;
pero mientras no quisieres
no hay de tener perfeccion.

ESCENA XI.

Dichos menos Laurencio.

Teresa.

Enojado va contigo.

Jacinta.

Valiente sermon me ha hecho.

Teresa.

¿Y habrá sido de provecho?
que el pretensor es mi amigo.

Jacinta.

Mientras cosas tan discretas
me decia, yo pensé
si por dicha me dejé
en casa las castañetas.
aquí las traigo; ea, Gil,
toquen y de baile vaya.

Teresa.

Hoy he perdido una saya.

Silvio.

¿Qué vá?

Jacinta.

La del tamboril.

Música.

O que bien que baila Gil
con los mozos de Barajas,
la chacona á las sonajas
y el villano al tamboril.
O que bien, cierto y galan,
baila Gil, tañendo Andrés,
ó pone fuego en los pies,
ó al aire volando van
No hay mozo que tan gentil
agora baile en Barajas,
la chacona á las sonajas
y el villano al tamboril.
Qué moza desecharia
un mozo de tal donaire,
que dá de coces al aire,
y á bolar le desafia.
A lo menos mas sutil,
cuando baila se hace rajas,
la chacona á las sonajas,
y el villano al tamboril.

Benito.

Pudiérate ver bailar
la misma hermosa princesa.

Jacinta.

De haber bailado me pesa,
si es que te pude agradar.

Benito.

Esto llamáras favor
cuando mas discreta fueras.

Jacinta.

Mejor, Benito, dijeras
la que te tuviere amor;
pero si gusto te dí
yo me quiero despicar
con darte aqueste pesar.

Benito.

No lo será para mí:
ya es noria mi pensamiento,
mas tales vasos alcanza,
los vacíos de esperanza,
y los llenos de tormento.
Pues en tal desconfiar,
y luego en tal padecer.
¿qué males puedo temer?
¿qué bienes puedo esperar?

Jacinta.

Teresa, escucha.

Teresa.

Crueldad
usas con aqueste mozo.

Jacinta.

De esas crueldades me gozo,
yo nací sin voluntad.

Teresa.

Guardate del refrancillo
del agua no beberé.

Jacinta.

Esta mañana pensé
(ahora bien, quiero decillo)
ir á Madrid para ver
la entrada de la Princesa.
¿No irás conmigo, Teresa?

Teresa.

Si, ¿pero cómo ha de ser?
mas ya sé lindo remedio.
¿Benito?

Benito.

¿Hay algo en mi bien?

Teresa.

Asi los cielos te den
para tu desdicha un medio,
que pongas un repostero
en tu carro, y que nos lleves
á Madrid.

Benito.

Como tú apruebes
lo que esta dice...

Jacinta

No quiero.

Benito.

Haz, Jacinta, tan felíz
mi dicha, á mi amor responde,
que al mayordomo del Conde
pediré un rico tapiz;
y á las mulas las pondré
jaquimas de mil colores,
y de alfombras de labores
las estacas cubriré.

En almohadas labradas
de seda sentada irás,
desde allí me abrasarás,
si de abrasarme te agradas.
Haz esto, Jacinta mia,
seré en tu fuego crisol,
llevaré á Madrid el sol,
por si hiciere pardo el dia.
Yo sé que su regimiento
me lo sabrá agradecer,
porque máscara y llover
¿cómo puede dar contento?
Iré, como sobre apuesta,
diciendo en mi carro nuevo;
fuera, apártense, que llevo....
ea, voy á uncir.

Jacinta.

Teresa,
en dos pollinos iremos,
que mas á placer veremos
á la divina Princesa.
Sombreros con plumas bellas
en tocas de argenteria,
manteos con bizarría
sartas, perlas como estrellas.
Ea, vamos.

Teresa.

¡Qué porfia!

Benito.

Oyeme, Jacinta, aguarda.

Jacinta.

Alfombrita sobre albarda,
famosa caballería.

Música.

O que bien que baila Gil,

con las mozas de Barajas,
la chacona á las sonajas,
y el villano al tamboril.

ESCENA XII.

Don Cárlos y Mayo.

Cárlos.

Milagro de Dios ha sido.

Mayo.

Todas las piernas me he roto.

Cárlos

No hay duda, él iba borracho.

Mayo.

Tal es el año de zorros;
rogamos á Dios por santos,
á los viejos decir oigo,
mas no por tantos, que ya
valga el vino á diez y ocho
Brañigal es nombre antiguo
de este endemoniado arroyo:
de hoy mas, le llamo braguero
en llegando, me le ponga.

Cárlos.

¡Jesus mil veces! ¿tenia,
seso, Mayo, este demonio?
¡hay tal cochero en el mundo!
¿dónde llevaba los ojos?
¿volcar el coche en el agua?

Mayo.

Bajó la cuesta furioso,
y tropezando en las piedras,
volvióse á un lado, y, vacionos.

Cárlos

Vive Dios, que fue milagro

mi paciencia en tanto enojo,
que el darle una cuchillada
fue saliendo mi propósito.

Mayo

A lo menos, de San Diego,
de quien eres tan devoto,
que caer sobre las piedras,
era peligro notorio:
yo en el agua parecia
tortuga echada en remojo,
á lo ménos bacallao,
pardo atun, ó vayo tollo;
no en valde temió Lisarda.

Cárlos.

Un corazon amoroso
es adivino del daño,
Mayo, que padece el otro.

Mayo.

¿Para qué me llamas mayo?

Cárlos.

¿Pues qué nombre?

Mayo.

Abril lluvioso;
tal como yo estoy en agua
tomára en vino un vizcocho.

Cárlos

Mira si ha sacado el coche.

Mayo.

Allí le ayudaban todos;
pero entienden poco de agua
y todos se ayudan poco.

Cárlos.

Mojáronseme las cajas.

Mayo.

Sembrado está el campo en torno

de alcorzas y peladillas,
y todos hacen su agosto.

Cárlos.

¡Media legua de Madrid
tal desgracia!

Mayo.

Es fiero monstruo
este arroyito que miras;
y pasar tan peligroso,
que cuentan de él mil desgracias,
traiciones, muertes y robos.

Cárlos.

Alto, saquemos la ropa:
esta vez no cumplo el voto,
que ya con tantos asares
me da la jornada asombro.
Alcalá de noche ha sido
siempre lugar temeroso:
á Madrid me vuelvo, Mayo. (*Silba y grita.*)
¿Qué grita es esta?

ESCENA XIII.

Dichos y un Hortelano.

Mayo.

Esos mozos
que deben de haber sacado
el coche del agua en hombros.

Hortelano.

Guarda el toro, apaста, aguarda.

Cárlos.

¿Qué dicen de toro?

Mayo.

¿Cómo?

Carlos.

De un toro.

Mayo.

¿Pues toro aqui?

Hortelano.

¿Qué hiciera mas en el coso?
Apártense, caballeros,
que viene por esos olmos
un toro, que han perseguido,
de Madrid algunos mozos,
en la vacada que tiene
la villa en aquestos sotos,
para las fiestas que agora,
hace de cañas y toros
á la Princesa de España.

Carlos.

¿Toro agora tan furioso?

Hortelano.

¿Cómo furioso? Por Dios,
que los hortelanos somos,
de aqueste arroyo en las huertas
bastantemente animosos,
y que ha dado por silvarles
con algunos de nosotros
muy lindas vueltas agora.

Mayo.

¿Por silvar? ¿Por eso poco?
cual era para comédias
ese toro valeroso,
que hay pícaro que de un silvo
deja un compañero tonto.

Hortelano

Aqui estareis mas guardados,
porque es un toruillo hosco,
cual suele un recien casado

á pocas noches de novio,
herrado de las dos puntas,
arrugado, y negro el rostro,
corto de cuello y de pies,
ancho y hundido de lomo,
despues de mil rejonazos
con que da bramidos roncos.
Un reguilero de plumas
le ofende el hocico romo:
del jardin del Condestable
estos hidalgos briosos
salieron hoy á caballo,
como galeras en corso:
bien lo ha hecho; mas de seis
vuelven tres caballos solos;
y aun algunos gorgueranos
se han guarnecido de lodo.
O, ele allí.

Mayo.

Pesia tal,
levantando viene el polvo
con los pies hasta las nubes,
y á testeradas los chopos.

Cárlos.

Espera, por Dios, que vienen
pasando agora el arroyo
dos labradoras.

Mayo.

Y á fé
que no son de malos rostros.
El parte á los dos polinos;
San Diego, San Blas apóstol.

Carlos.

Con una ha dado en el suelo.

Mayo.

Y aun por eso dijo el otro,
que la que bien hila y tuerce
bien se le parece.

Cárlos.

¿Cómo
dejaré que muera allí?
espérame infame toro. (*Saca la espada*).

ESCENA XIV.

Dichos, menos Don Cárlos.

Mayo.

A mí no hay que me esperar.

Hortelano.

Discreto sois.

Mayo.

No sois bobo.

Hortelano.

¿Qué cuchillada le ha dado!
¿no le ayudais vos?

Mayo.

No oso.
que tengo tan poco pulso,
que no sé partir un hongo.

Hortelano.

Las dos piernas le ha cortado.

Mayo

Debian de ser de corcho.

Hortelano.

La muger en brazos saca.

Mayo.

Pensé que sacaba el toro.

Hortelano.

¿Quién es este caballero,
que pienso que le conozco?

Mayo

Yo os lo escribiré mañana,
que andamos de prisa todos.

ESCENA XV.

Dichos, y Don Cárlos con Doña Jacinta en los brazos.

Cárlos.

Animo, bella aldeana.

Hortelano.

Desmayóla el alboroto.

Mayo.

Y no habrá menester agua,
que ha rato que está en remojo.

Cárlos.

Al coche quiero llevarla.

Teresa.

Hareis un hecho famoso,
señor, en darla la vida.

Mayo.

¿Eso llevas?

Cárlos.

Calla, loco,
que algo á mis ojos les debo.

Mayo.

¿Cuándo?

Cárlos.

Al pasar del arroyo.

ACTO SEGUNDO.

ESCENA PRIMERA.

DECORACION DE CAMPO.

Benito, Pascual y Anton.

Pascual.

Que por tan breve jornada,
tan ignorante haya sido.

Benito.

¡Oh! lo que os habeis perdido
por no haber visto la entrada
de la divina Isabel,
Princesa de España hermosa,
del cuarto Felipe esposa,
digna de engastarse en él.
Soy hombre, al fin, de labranza;
voto á mi sayo, Pascual,
que estoy, aunque hablando mal,
por hablar en su alabanza.
Mas lo que entiendo, advertid,
para mas grandeza suya.

Anton.

Cuéntanos por vida tuya,
lo que ha pasado en Madrid.

Benito.

San Gerónimo del Prado,
que cansado del desierto,
á ser Palacio de Reyes
subió su merecimiento;

vestido de luminarias,
como de estrellas el cielo,
que por sus torres antiguas
lugar sus almenas dieron,
dió, Pascual y Anton, la noche,
antes de entrar en su centro
este planeta divino
á su grandeza aposento.
El sol, viendo que en Madrid
entraba Isabel, corriendo
cortinas de varias nubes
á su rostro y rayos bellos,
dejó todo el pardo dia,
pues entra Isabel, diciendo:
no he menester salir yo,
porque dos soles daremos,
tanta luz, que por ventura
piense el concertado tiempo,
ó que ella viene á ser sol,
ó que de ella envidia tengo.
Bajó, en fin, acompañada
este divino lucero,
hasta las casas del Duque,
como al occidente vemos
la luna en serena noche,
del espléndido ornamento
de sus brilladoras luces
del norte á su lumbre opuesto;
las hélices, las dos osas,
el carro, y la blanca Venus.
Allí la villa aguardaba,
cerca de un arco del cielo,
porque allí se apareció,
y estuvo en dos horas hecho.
De un pálio de blanca tela

diez y seis varas abrieron
una generosa calle
al sol, porque fuese dentro.
Los vestidos que llevaba
el ilustre regimiento
eran conformes al dia
que no hay mas embarecerlos;
y ya sabeis que en Madrid
escede, como en el zelo,
á muchas grandes ciudades
en riquezas y deseos.
Formaron por dos hileras
las dos guardas, paralelos
al planeta que traia
luz á nuestro esperio suelo.
Los bizarros españoles,
y los gallardos tudescos
llevaban sobre amarillo,
blanco y rojo terciopelo:
alli sus dos capitanes
y sus tenientes hicieron
el lugar, órden y plaza
que se fue siempre siguiendo.
Atabales y trompetas,
del mismo color cubiertos,
parece, que quien venia,
iban delante diciendo.
¿Cómo sabré yo pintaros
tan grande acompañamiento,
ignorante labrador
que de solo el campo entiendo?
No sé quién eran los grandes:
solamente decir puedo,
que nadie en tan gran lugar,
puede llamarse pequeño.

Verdad es que conocí,
Pascual, al Conde mi dueño,
con vestido regidor,
entre muchos caballeros:
aquel insigne Zapata,
cuyos blasones escelsos,
tomó de los pies del sol,
aunque son blancos y negros:
el Conde, en fin, de Barajas,
como señor conociendo,
me divirtió de los otros.

Pascual.

De que le alabes me alegro,
que al fin es nuestro señor,
é hijo de padre tan bueno,
que su famosa memoria
vivirá siglos eternos.

Benito.

Tambien conocí al Mendoza,
ilustrísimo sugeto,
para versos de Virgilio,
para escelencias de Homero.

Antonio.

El Duque del Infantado,
Benito, á los estrangeros
está diciendo quién es.

Benito.

Pues con él amanecieron
los rayos de un alba clara
por sus heróicos abuelos,
por sus generosos padres,
cuyas grandezas hicieron,
que en las de Alejandro y César,
callen el latino y griego.
Hablando en el Duque de Alba,

volví la cara á un mancebo,
que estaba alabando al Duque
de Sesa y Soma, diciendo:
«Aquí se cifró la gloria
»de los Córdovas, que dieron
»honra á España, fama al mundo,
»y al Rey Católico reinos.»
Pero dejé de escucharle,
Pascual y Anton, os prometo,
por ver un Príncipe, en quien
puso las partes el cielo
de mas grandeza y valor,
que en muchos siglos se vieron.
Ya sabeis que yo no soy
pretendiente lisonjero;
porque mas precio una flor
de un huertecillo que tengo,
que cuantas riquezas cubren
los doseles de sus techos.
No daré tan solo un paso,
por cuantos diamantes bellos
fueron pedazos del sol,
que de sus rayos cayeron;
pero dar justa alabanza
á grandes merecimientos,
mi natural condicion
me obliga, sin otro premio.
Que ví, pues, tan gran señor,
otra vez á decir vuelvo,
el de Lerma y Denia, digo,
porque digo cuanto puedo:
ellas porque ofenderse puede,
que villano tan grosero,
ose el tomarle en la boca;
la sello con el silencio.

Y porque despues de ver
reyes de armas y maceros,
uso de Castilla antiguo,
con reales instrumentos:
vi debajo de aquel pálio
la flor de Lis de los cielos,
por quien dimos igual peso
de estrellas, de sol, de perlas,
que con Isabel nos dieron.
Pintaros de qué manera
iba aquel ángel haciendo
cielo el pálio, es dar á un vidrio
todo el resplandor de Febo:
si os pintára su vestido
pudiera cualquier discreto
decirme: ¿en eso ocupaste
los ojos tan breve tiempo?
¿No era mejor ocuparle
en ver el rostro, el cabello,
las manos, la compostura,
el aire gentil del cuerpo?
Pues á la fé, que paré
mas en su belleza atenta,
que en vestidos y diamantes,
y en el palafren soberbio,
de verse con tanta dicha;
porque á tenerle, sóspecho
que desvanecido y loco,
perdiera el entendimiento.
Sus damas iban despues
con galanes, que quisieron
ver hablar francés á amor,
y castellano al deseo.
La calle Mayor pasaron,
la Princesa bendiciendo

volví la cara á un mancebo,
que estaba alabando al Duque
de Sesa y Soma, diciendo:
«Aquí se cifró la gloria
»de los Córdovas, que dieron
»honra á España, fama al mundo,
»y al Rey Católico reinos.»
Pero dejé de escucharle;
Pascual y Anton, os prometo,
por ver un Príncipe, en quien
puso las partes el cielo
de mas grandeza y valor,
que en muchos siglos se vieron.
Ya sabeis que yo no soy
pretendiente lisonjero;
porque mas precio una flor
de un huertecillo que tengo,
que cuantas riquezas cubren
los doseles de sus techos.
No daré tan solo un paso,
por cuantos diamantes bellos
fueron pedazos del sol,
que de sus rayos cayeron;
pero dar justa alabanza
á grandes merecimientos,
mi natural condicion
me obliga, sin otro premio.
Que ví, pues, tan gran señor,
otra vez á decir vuelvo,
el de Lerma y Denia, digo,
porque digo cuanto puedo:
ellas porque ofenderse puede,
que villano tan grosero,
ose el tomarle en la boca;
la sello con el silencio.

Y porque despues de ver
reyes de armas y maceros,
uso de Castilla antiguo,
con reales instrumentos:
vi debajo de aquel pálio
la flor de Lis de los cielos,
por quien dimos igual peso
de estrellas, de sol, de perlas,
que con Isabel nos dieron.
Pintaros de qué manera
iba aquel ángel haciendo
cielo el pálio, es dar á un vidrio
todo el resplandor de Febo:
si os pintára su vestido
pudiera cualquier discreto
decirme: ¿en eso ocupaste
los ojos tan breve tiempo?
¿No era mejor ocuparle
en ver el rostro, el cabello,
las manos, la compostura,
el aire gentil del cuerpo?
Pues á la fé, que paré
mas en su belleza atenta,
que en vestidos y diamantes,
y en el palafren soberbio,
de verse con tanta dicha;
porque á tenerle, sospecho
que desvanecido y loco,
perdiera el entendimiento.
Sus damas iban despues
con galanes, que quisieron
ver hablar francés á amor,
y castellano al deseo.
La calle Mayor pasaron,
la Princesa bendiciendo.

de ventanas y balcones,
cuantos verla merecieron;
porque pienso que llevó,
mas que perlas y cabellos,
almas y ojos aquel dia,
en sus muchas gracias puestos.

Pascual.

¿No nos dices de la puerta
de Guadalajara?

Benito.

Hicieron
en ella un arco de seda,
y los insignes plateros,
una calle toda de oro,
ostentacion de sus pechos.
Y advertid, que esta pintura
es solamente bosquejo;
que nadie gasta colores,
sino hay agradecimiento.

ESCENA II.

Dichos, Lisarda, Don Luis y Laurencio con una carta.

Laurencio.

Cuanto decís es verdad,
y conocida esta letra,
hasta el alma me penetra
el pensar mi soledad.
Lo que hasta ahora encubrí,
es fuerza que se descubra.

Luis.

Si, pero no que se encubra
la prenda que vive aquí.
Ya no hay que disimular,

el Conde quiere su hija.

Laurencio.

¿Pues no quereis que me aflija
de que falte del lugar?
A Madrid fué á ver la entrada
de la señora Princesa;
si su tardanza me pesa,
será disculpa escusada.
Demas, que dicen que un toro
de unos mozos perseguido,
vengado, puesto que herido,
en romper capas con oro,
trató mi Jacinta mal,
hasta derribarla al suelo,
al pasar el arroyuelo
que llamán de Braniigal.
¡Ay de mí!

Lisarda.

Si por amor,
la habeis buen hombre escondido,
justa disculpa habrá sido,
mas no carece de error.
Considerad que mi hermano
no se irá de aquí sin ella.

Laurencio.

Puesto que será el perdella
mi muerte, tened por llano,
que os he tratado verdad:
aquí hallareis labradores
de esta villa, labradores
que os dirán mi calidad.
¿Benito, Pascual, Anton,
soy hombre yo de invenciones?

Benito.

¿Pues tú das satisfaciones,

Laurencio de tu opinion?
Señores, de aquí partió
Jacinta á Madrid, no ha vuelto;
de buscarla estoy resuelto,
que he de ser su esposo yo.
Esto del arroyo y Toro
averiguaré lo que es,
porque ha dos años, y aun tres,
que sus desdenes adoro.
¿Mas para qué la quereis?

Luis.

Buen hombre, cesad de hablar,
que no os habeis de casar
con Jacinta, ni podeis.
Jacinta es hija de un hombre
noble, que por ella envia.

Benito.

Aunque la bajeza mia
no tenga de noble el nombre,
bien la puedo merecer.

Lisarda.

Dejad eso, labrador,
que ni entendeis su valor,
ni le podreis entender.

Laurencio.

Benito, cesa de hablar,
que estas son cosas tan altas,
que será descubrir faltas
el pretenderla igualar.
Señores, la relacion
vuestra, y las cartas son ciertas;
un coche llegó á mis puertas,
años ha pasados son.
Aquesta niña traia,
mi muger la recibió,

y el dueño me refirió
que por bautizar venia.
Dejáronme buen dinero,
porque á Italia se ausentaba,
y supuesto que tardaba,
fué en efecto caballero.
Siempre acudió por Madrid
con lo que fué menester,
mas en fin, por no saber
nombre que darle, advertid,
que porque al cuello traia
un San Jacinto de oro
y diamantes, el decoro
le guardé que le debia;
y Jacinta la llamé.

Luis.

Pues esa misma Jacinta
que nuestra piedad me pinta,
y en esta carta se vé,
me habeis de dar.

Benito.

¿Qué, Jacinta es gran señora?

Laurencio

¿Cómo he de poder, si agora
no ha venido á su lugar?

Pascual.

Vaya Benito á buscalla.

Benito.

Presto pienso que os la diera,
si del corazon pudiera
como la tengo, sacalla.

ESCENA III.

Dichos, Jacinta y Teresa.

Jacinta.

¿Gente de la Corte á mí?

Teresa.

Y un caballero y su hermana.

Anton

Perdida que hoy tanto gana,
mirad que os buscan aquí.

Laurencio.

Hija, á quien yo no podré
dar ese nombre, pues tienes
otro padre, ¿cómo vienes
de aquesta suerte?

Jacinta.

No sé,
que segun ha sido el mal,
bien puedo decirlo así.

Luis.

¿Es esta?

Laurencio.

Señores, sí.

Luis

Muestra á su nobleza igual
su hermosura y gentileza.

Lisarda.

Dad los brazos á los dos,
y guarde mil años Dios
tan estremada belleza,
señora doña Jacinta.

Jacinta.

Cual diablo de don, ¿qué es esto?
á la fé, que me le han puesto

con alfiler, ó con cinta.
¿Tan en buena hora fuimos
las dos á Madrid, Teresa?

Luis.

¿De esto os pesa?

Jacinta.

Mas me pesa
del peligro en que nos vimos.

Laurencio.

Hija, mas no lo sois mia;
mirad que vienen por vos,
de dividirnos los dos
llegó de mi muerte el dia.
Lágrimas son, estoy viejo,
bien me pagan la crianza
con mi muerte.

Jacinta.

¿Qué mudanza
es esta?

Laurencio.

Ser vos mi espejo,
y haberos quebrado aquí.

Jacinta.

¿Otro padre tengo yo?

Laurencio.

Si, hija, el que os engendró,
que yo solamente fuí
el que con vos ha pasado
los trabajos que sabeis:
allá en Italia teneis
quien me dejó su cuidado;
que estos caballeros vienen
por vos, á Madrid ireis,
con ellos, donde tendreis
los vestidos que convienen

á muger tan principal:
padres teneis señoría,
que yo era vos, hija mia,
y vos envuelto en sayal.
Tierno estoy, tengo razon,
Dios os haga venturosa.

ESCENA IV.

Dichos menos Laurencio.

Lisarda.

No lloreis, Jacinta hermosa,
aunque es justa obligacion,
que aquí estaremos los dos
el tiempo que vos gusteis,
y cuando vais, si quereis,
irá Laurencio con vos.

Luis.

No se ha de hacer cosa aquí
que vuestro gusto no sea.

Jacinta.

Así es justo que lo crea,
y esto habeis de hacer por mí
que es estar algunos dias
en Barajas, por el llanto
de mi padre, y hasta tanto
que dispongo cosas mias.
Entrad porque descanseis,
y contareisme quien soy.

Luis.

Palabra, Jacinta, os doy
de que ireis cuando querreis.

Lisarda.

Un coche teneis aquí.

Jacinta.

No me lo nombreis, señora,
que pienso que pasó agora
el peligro en que me ví;
aunque por cierto que debo
á un caballero la vida.

Teresa.

Calla, que vienes perdida.

Jacinta.

No puedo amiga, aunque pruebo.

ESCENA V.

Don Luis y Lisarda.

Lisarda.

¿No tiene buen parecer
nuestra bella labradora?

Luis

No vé el sol en cuanto dora
tan peregrina muger.

ESCENA VI.

Pascual y Benito.

Pascual.

¿Qué tenemos de amor?

Benito.

Pierdo el sentido.

Pascual.

¿Pues qué hay de tu esperanza?

Benito.

Que ya es muerta.

Pascual

¿No queda alguna luz?

Benito

Cerró la puerta.

Pascual.

Quien viviere espere bien.

Benito.

Ya el bien es ido.

Pascual.

¿Qué puedes tú perder?

Benito.

Lo que he sufrido.

Pascual.

¿Qué puedes tú ganar?

Benito.

Pena tan cierta.

Pascual.

¿Nunca tú viste alguna gloria?

Benito.

Incierta.

Pascual.

Alienta el corazon.

Benito.

Estoy perdido.

Pascual.

El sufrir es valor.

Benito.

No hay resistirme.

Pascual.

Los males tienen fin.

Benito.

Son inmortales.

Pascual.

Con ellos has de amar.

Benito.

Soy roca firme.

Pascual.

Pretende, pues.

Benito.

¡No hay méritos iguales.

Pascual

¿Pues qué piensas hacer?

Benito.

Pascual, morirme.

Pascual.

¿Pues qué cura el morir?

Benito.

Todos los males.

ESCENA VII.

Dichos, Don Carlos y Mayo.

Mayo.

Este es aquel labrador,
ya que no te has escusado
de venir mal disfrazado,
hablale luego, señor.

Carlos.

Mayo, si Jacinta bella
me trajo el alma tras sí,
¿cómo puedo estar en mí,
mientras que no vuelvo á vella?
Pasaba Leandro un mar,
rompiendole con sus brazos,
por llegar á los abrazos
de quien le pudo obligar.
Ya en olas altas, ya en bajas,
una y muchas veces fué,
¿pues porqué no pasaré
desde Madrid á Barajas?
Dos leguas son, todo es calle,
¿hay mar, hay montes de hielo?

Benito.

Ya lo entiendo;
no hay mas que decirme á mí.

Cárlos.

Soy Zapata, y soy pariente
del Conde; sé que teneis
una huerta....

Benito.

Y vos podeis
defenderos facilmente
en la casa que allí tengo.

Cárlos.

Pienso que me han de buscar.

Benito.

Será solo en el lugar.

Cárlos.

Del Conde informado vengo,
que sois hombre de valor,
y que ayudarme podeis.

Benito.

No se engaña, y lo vereis
presto, el Conde mi señor.

Cárlos.

¿Si me visto de hortelano,
podré estar en esa huerta?

Benito.

Y seguro, que á su puerta
no ha de llegar hombre humano.

Cárlos.

¿Tendreis vestidos, por dicha,
para mí, y este criado?

Benito.

No soy pobre, y soy honrado,
con pension de una desdicha.

Cárlos.

¿Cuál es la huerta?

Benito.

Esa es;
en ella entrad, mientras voy.

Cárlos.

Mayo de ventura soy.

Benito.

¿Quién es Mayo?

Mayo.

Cierto mes.

Benito.

Pensé que era vuestro nombre.

Mayo.

No, hermano.

Cárlos.

Si fuera ingrato
jamás á tan noble trato...

Benito.

No prosigais, que no hay hombre
que tenga vuestro apellido,
que no pueda ser dechado
de nobleza.

Cárlos.

Este cuidado
me quiere mas escondido.
A la huerta voy, á Dios,
despacio hablaremos luego.

Mayo.

No se entabla mal el juego, (*ap. á los dos*):
pues disfrazados los dos
no hay que temer al lugar.

Cárlos.

De noche salir podremos
á donde á Jacinta hablemos.

Mayo.

Por tí se podrá cantar
hortelano eres, Velardo,
de las huertas de Valencia,
si ha de haber hambre, paciencia;
embutir lechuga y cardo.

ESCENA IX.

Benito y Mendo.

Mendo.

Pascual me ha dicho que estás
con una tristeza estraña.

Benito.

Pascual, padre, no te engaña;
y en mí verás lo demás.

Mendo.

¿Qué te importa el casamiento
de Jacinta?

Benito.

En esa edad,
no reina la voluntad,
mas puede el entendimiento.
Pero, padre, en esta mia,
¿qué consuelo puede haber
para dejar de querer
lo que Jacinta querria?
Dicen que es hija...

Mendo.

¿De quién?

Benito.

De un Conde napolitano;
yo soy un pobre villano.

Mendo.

Tú eres mas noble tambien;
y llegada esta ocasion,

estoy, Benito, en efeto,
por romper para un secreto
las puertas del corazon,
que no es mayor calidad
la suya.

Benito.

Padre, no creas
por lo bien que me deseas,
engañar mi voluntad:
que si piensas remediarme
y con mentiras valerme,
será por dicha encenderme,
con lo que piensas helarme.

Mendo.

Hijo, buen padre te dió
tu fortuna, y no estrangero,
sino español caballero,
que no soy tu padre yo.
Deudo en esa casa tiene
las armas de su blason,
no perdieron opinion
por lo que á tocarlas viene.
Esto bastá para tí,
y no me preguntes mas.

Benito

La vida me quitarás,
ó padre, en dejarme asi.

Mendo

No soy tu padre, que yace
en Madrid en la capilla
del Conde.

Benito.

No es maravilla
que mientras de tu amor nace:
oye, padre, dime el nombre.

Mendo:

Déjame, que ya me pesa
de haber hablado. *Vase.*

Benito.

Aquí cesa
mi ser, pues que soy mas hombre.
Animo pues, pensamientos,
que si es aquesto verdad,
amor en mi calidad
hará menos fundamentos.
Demás, que si al caballero
que hoy á mi huerta ha venido,
favor y consejo pido,
consejo y favor espero.
Si en calidad no hay ventajas,
y mi loco amor porfia,
ó Jacinta será mia,
ó se ha de perder Barajas.

ESCENA X.

Don Luis. Lisarda é Isabel.

Luis.

Yo he dado en esta locura.

Lisarda.

Desde Madrid lo temí,

Luis.

Lisarda, en mi vida ví
tan estremada hermosura.

Lisarda.

Tú eres lindo galaor,
no ves muger que no quieras;
mas, dime, hermano, ¿es de veras
tener á Jacinta amor?

Luis.

Si es hija del Conde Fabio,
y ya por fuerza heredera
será justo que la quiera,
seré en pretendella sábio.
Si la tengo de llevar
á mi casa, estando allí,
¿no es mejor que para mí
la intente solicitar?
Háblala, hermana, y dirás
que por ella estoy perdido,
cosa tan justa te pido
que negarla no podrás.
Yo me retiro á esa huerta,
llévamela sola allá,
quizá el amor me dará
para estos principios puerta.
No examines aficiones,
porque es una ley amor
tan bárbara, que en rigor
no le averiguan razones.
Yo veré si tengo en tí
tanta sangre como pienso.

Lisarda.

Yo lo haré.

Luis.

Pondrás un censo
perpetuo, Lisarda, en mí.

ESCENA XI.

Lisarda é Isabel.

Lisarda.

Para mis cuidados, es
el de mi hermano estremado.

Isabel.

De haber Don Cárlos tardado,
es bien que con él estés:
pues ya pasó de novena
la jornada de Alcalá.

Lisarda.

Si en ella, Isabel está,
no á lo menos con mi pena.
Esta es Jacinta.

ESCENA XII.

Dichas, Jacinta y Teresa.

Jacinta.

Ya estoy
con humos de cortesana.

Lisarda.

Oigo decir que Diana,
que á Ovidio inclinada soy,
es Luna, y es Proserpina;
vos tambien sereis agora
cortesana y labradora,
y si Venus, sereis trina.

Jacinta.

No me hableis de esa manera,
que no lo entiendo, por Dios;
bajaos á mi campo vos,
pues no subo á vuestra esfera.

Lisarda

Yo tengo un poco que hablaros,
y en una huerta ha de ser.

Jacinta.

Yo os tengo de obedecer,
y como á mi dueño amaros.

Lisarda.

Pienso que mi hermano intenta
haceros vuestra cuñada.

Jacinta.

Si es burla será estremada.

Lisarda.

Esa humildad me contenta.
Ya deseo que os vistais,
para que soberbia esteís.

Jacinta

Siempre humilde me hallareis,
y mas si vos me mandais.

Lisarda.

Voy á hacer que allá nos lleven
algo con que regalaros.

Jacinta.

¿Qué mas que veros y hablaros,
aunque con las fenix prueben?

ESCENA XIII.

Jacinta y Teresa.

Jacinta.

¿Qué te dice el casamiento?

Teresa.

Que no te estuviera mal
con hombre tan principal,
si aquel nuevo pensamiento
no te tuviera tan loca.

Jacinta.

Teresa, en mi vida amé,
castigo, y muy justo fue;
que amor por agrávio toca.
¡O qué bien me lo decias!
mas dime, ¿á quién no obligará

hazaña tan noble y rara
en tantas desdichas mias?
¿Pues sacarme desmayada
y dejar de ir á Alcalá;
por llevarme donde ya
fui curada y regalada
de sus hermanas hermosas,
á quien no pudo obligar?

Teresa.

Cárlos es digno de amar,
por sus prendas generosas.
Mas ya que has de ir á su casa
de Don Luis, no habrá remedio
de verle.

Jacinta.

Siempre halla un medio
quien de ciego amor se abrasa.

ESCENA XIV.

Dichas, y Mayo de Buñonero.

Mayo.

¿Hay quien compre lindas cosas,
joyas y curiosidades?

Teresa.

Creciendo las calidades,
serán las galas forzosas.
Compra de aquí niñerías.

Jacinta.

Buen hombre, llegaos acá.

Mayo.

Sola con Teresa está.

Jacinta.

¿Qué vendeis?

Mayo.

Locas porfías
de un ciego amante abrasado.

Jacinta.

¿Mayo, eres tú?

Mayo.

Y tan florido,
que una huerta me ha tenido,
en almendro transformado.
Yo vengo, como me ves,
á decirte que está aquí
Don Cárlos.

Jacinta.

¿Es cierto?

Mayo.

Sí.

Jacinta.

Amante bizarro es,
y pega al justo mi amor.

Mayo.

En la huerta de Benito
me ha dado por sobre escrito
que está vuelto en labrador;
porque le ha dado á entender
que fugitivo ha venido
de la Corte, y se ha querido
de su persona valer.
Dice que es deudo del Conde,
y en esto dice verdad;
Benito, por amistad,
en su enramada le esconde.
Vele á ver con un gaban,
y un escardillo en la mano,
porque en forma de hortelano
no le conozca Galvan.

Jacinta.

Iré sin duda esta tarde.

ESCENA XV.

Dichos, Lisarda é Isabel.

Lisarda.

¿Y qué compró?

Isabel.

No lo sé.

Lisarda.

Lo que fuere pagaré,
no esteis, Jacinta, cobarde.
¿Qué traeis?

Mayo.

Tocas famosas,
y cintas de mil maneras:
¡Cielos, qué es esto! Por Dios
que ó tengo el mosto en la cesta,
ó que es aquesta Lisarda.
Señora, aquí un poco espera,
que voy hasta la posada;
verás unas cajas llenas
de varias curiosidades,
el escarramán, la venta,
y hasta el pasar del arroyo.

Jacinta.

¡Ay Dios! si de eso me acuerdas,
cuéntame por desmayada.

Lisarda.

Buen hombre, escucha á la oreja.

Mayo.

Mas quisiera que un alano
del rastro me la mordiera.

Lisarda.

¿Mayo, eres tú?

Mayo.

Yo soy Mayo;
mas tantas mayas me cercan
que he de mayar como gato.

Lisarda.

¿Cómo estás de esa manera?

Mayo.

Cárlos supo que aquí estabas
y con este hábito y cesta,
me mandó venirte á hablar.

Lisarda.

¿Ya está en Madrid?

Mayo.

Allá queda
triste de no haberte hablado.

Lisarda.

Porque aquestos no lo entiendan,
ven aquesta noche á hablarme,
aguardarete á la puerta;
que de todo lo que pasa
le quiéro dar larga cuenta:
¿traesme carta?

Mayo.

En la posada
la dejo, pero traerela
esta noche, á Dios señora.

Isabel.

Mayo, escucha.

Mayo.

Cuando vuelva. *Vase.*

Lisarda.

Ya nos podemos partir,
prevenida está merienda,

y algun entretenimiento. *Vanse.*

Jacinta.

Teresa, cuando esta sepa
que quiero bien á Don Cárlos,
¿que importa?

Teresa.

Solo que tenga
envidia de tu buen gusto.

Lisarda.

Isabel, braba fineza:
Carlos á Mayo me envia.

Isabel

Habrá sentido tu ausencia.

Jacinta.

¡Ay Carlos!

Lisarda.

¡Ay Carlos mio!
ya estoy besando tus letras.

ESCENA XVI.

Don Carlos de Hortelano.

Cárlos.

Amor que siempre barajas
los bienes y males ciego,
ya tienes casa de juego,
ya das naipes en Barajas:
jugadoras de ventajas
son tus manos, que estos dias
ganan las potencias mias,
pues en efecto te vales,
amor, de Barajas tales
para tales fullerías.
Amor, de quien te acompañas
para perder y ganar,

pues sólo en abarajar
hecho de ver que me engañas;
no son bizarras hazañas
ver de Lisarda la suerte,
y barajarla de suerte
que llegue la de Jacinta,
figura que con su pinta
pudiese darme la muerte.
Porque tomas mis cuidados
en Barajas con á pechos,
pues jugar con naipes hechos,
no es ánimo de hombres honrados,
si así los tienen cortados
en Barajas de pesares
ganarás cuanto repares,
pues en ellas juntos vi
los encuentros para mí,
y para mí los azares.
Barajas y alzo la mano,
puesto en Madrid la mitad,
pero con tu habilidad
ha sido remedio en vano.
poco en tus barajas gano,
pues juego temiendo ausencia
en Barajas sin licencia,
á donde vengo á probar
la mano para ganar,
y si perdiere paciencia

ESCENA XVII.

Don Carlos y Don Luis.

Luis. Buen hombre, que Dios te guarde,
y en verde hortaliza aumente,

y algun entretenimiento. *Vanse.*

Jacinta.

Teresa, cuando esta sepa
que quiero bien á Don Cárlos,
¿que importa?

Teresa.

Solo que tenga
envidia de tu buen gusto.

Lisarda.

Isabel, braba fineza:
Carlos á Mayo me envia.

Isabel

Habrá sentido tu ausencia.

Jacinta.

¡Ay Carlos!

Lisarda.

¡Ay Carlos mio!
ya estoy besando tus letras.

ESCENA XVI.

Don Carlos de Hortelano.

Cárlos.

Amor que siempre barajas
los bienes y males ciego,
ya tienes casa de juego,
ya das naipes en Barajas:
jugadoras de ventajas
son tus manos, que estos dias
ganan las potencias mias,
pues en efecto te vales,
amor, de Barajas tales
para tales fullerías.
Amor, de quien te acompañas
para perder y ganar,

pues sólo en el barajar
hecho de ver que me engañas;
no son honradas hazañas
ver de Lisarda la suerte,
y barajarla de suerte
que llegue la de Jacinta,
figura que con su pinta
pudiese darme la muerte.
Porque tomas mis cuidados
en Barajas tan á pechos,
pues jugar con naipes hechos,
no es amor de hombres honrados,
si asi los tienen cortados
en Barajas de pesares
ganarás cuanto repares,
pues en ellas juntos ví
los encuentros para tí,
y para mí los azares.
Barajas y alzo la mano,
puesta en Madrid la mitad;
pero con tu habilidad
ha sido remedio en vano.
poco en tus barajas gano,
pues juego temiendo ausencia
en Barajas sin licencia,
á donde vengo á probar
la mano para ganar,
y si perdiere paciencia

ESCENA XVII.

Don Carlos y Don Luis.

Luis.

Buen hombre, que Dios te guarde,
y en verde hortaliza aumente,

ESCENA XVIII.

Dichos y Benito.

Benito.

Sabed, Flores,
que os traigo una nueva cierta.
La primavera ha llegado
anticipada en Jacinta,
de la que esperais distinta,
pues de huerta os vuelve en prado.
Creced los verdes cogollos,
porque al pasar de sus plantas
esmalten colores tantas.

Carlos.

Que buen año de repollos,
pues que digo, el perejil
picará como mostaza,
mayo tarda con la traza
primero ha llegado abril.

Luis.

¿Sois el dueño de esta huerta?

Benito.

Y muy vuestro servidor,
aunque el trage labrador
mal con el vuestro concierta.
Por Jacinta os vi venir,
y aunque lo tuve á pesar,
como el señor del lugar
os quiero, y debo servir.
Estoy ya medio casado
con ella, que si hay ventajas
del uno al otro en Barajas,
mi hacienda las ha ganado.
Suplicoos humildemente
nuestra boda concertéis

y á Jacinta la roguéis
que me trate blandamente:
que no habrá mes en el año
que os falte mi obligacion,
desde la fruta al lechon
mejor que la seda y paño.
Desde aquí sois mi padrino,
desde aquí sois mi señor.

Luis.

Hablad bajo labrador,
que aun sois de nombrarla indigno;
es muy principal señora,
y espera mejor marido.

Benito.

Es engaño conocido,
que Jacinta es labradora,
y como tal se crió;
y en su bautismo mi padre,
si es mi padre, fué el compadre
que de pila la sacó.
Esta ha de ser mi muger;
mirad si aquesto es verdad;
y sino, el libro mirad.

Carlos.

O lo que este año ha de haber
de pepinos y borrajas.

Luis.

Buen hombre, cierto señor,
con secreto y con temor
la trajo niña á Barajas.
En fé de esto la veréis,
vestida, hermosa y gallarda,
ir con mi hermana Lisarda,
si duda en esto poneis,
donde en Madrid vivirá

conforme á quien es, casada.

Benito.

Ya entiendo, no ignoro nada
á buenas deshonras va.
Ya sé que hay ciertas mugeres
que en riendo una moza hermosa,
con su maña cautelosa
la prenden con alfileres.
Un Doña Tal de Guzman,
de Tcleda, ó de Mendoza,
haciendo á una humilde moza
bastarda del Preste Juan,
dan en la Corte con ella,
donde por la novedad
no hay Colmena, esto es verdad,
con mas abispas en ella.
Luego la cobren diamantes
fiados á buen pagar,
que son despues al cobrar
mas duros que fueron antes.
Luego hay casa con balcones,
luego hay destierros y vueltas;
pero en vueltas y revueltas
cogen muy lindos doblones.
Asi será la muger
que vuestra hermana llamais,
con que á Jacinta engañais,
que era labradora ayer;
y vos que ayudais al caso,
sereis el galan primero.

Luis.

No sé, villano y grosero,
como el alma no te paso.
¡Hay malicia semejante!
¡Vive Dios que estoy!...

Benito.

Teneos,
y en la huerta entreteneos,
pues sois de Jacinta amantes,
que agora habrais con ventajas,
traer mi espada es razon,
y conocereis quien son
los mancebos de Barajas.

ESCENA XIX.

Dichos menos Benito.

Luis.

Sin duda alguna está loco
Del amor de Jacinta [illegible]
mas qué mucho, [illegible]
es ya mi [illegible] poco.
Ola tú, que cabizbajo
limpias tu verde hortaliza,
oye.

Carlos.

El diablo [illegible] atiza,
dejadme con mi trabajo
que no me entiendo de amor.

ESCENA XX.

Dichos y Mayo.

Mayo.

Allí mi señor están.

Carlos.

Mayo viene; pero [illegible]
se ha llevado abril la flor.
¿Que hay compañero, tenemos
de lo dicho alguna traza?

¿ concertaráse la fruta?
¿ irán á Madrid á descargar?
que hay otro marchante acá
que dis que viene á comprarla.

Mayo.

Hortelano era Velardo
de las huertas de [illegible];
que los trabajos obligan
á lo que el hombre no basta:
pasado el hebrero todo,
siembra para mayo [illegible]
mas [illegible]
aires de Madrid lo causan.
Todos [illegible]
no hay sino [illegible] cara,
mientras [illegible]
que vienen [illegible]

[illegible]

Ya lo [illegible] compañero,
y que engañó la esperanza,
porque quien la pone en suertes
ó le falta [illegible]
No sé qué habemos de hacer,
si tantos marchantes [illegible]
para tan poca hortaliza.

Mayo.

Volveré á Madrid mañana,
donde hay huertas sin peligro,
y entre melones y habas
se venden nabos gallegos
y berengenas zocatas.
No quiero huerta con norias,
á donde las bestias sacan
agua, tapados los ojos.

Carlos.

Ay Mayo, al amor retratan.

Mayo.

Ay abril, que viene agosto
y cuanto siembras abrasa.

ESCENA XXI.

Dichos, Jacinta, Teresa, Lisarda é Isabel.

Lisarda.

No seas, Jacinta, esquiva,
allí mi hermano te aguarda.

Jacinta.

Por tí le hablaré, señora.

Lisarda.

Entretanto que le hablas
me quiero yo entretener
entre estas yerbas y plantas
hablando con su hortelano.

Jacinta.

Aquí me ha dicho Lisarda (*á Luis*)
los favores que me haceis.

Luis.

Si favorece quien ama
bien decís, porque os adoro.

Lisarda.

A buen hombre, el que trabaja
entreten una muger.
¿Qué siembras, dime, qué cabas?

Carlos.

Escardando estoy, señora,
por sacar las yerbas malas
que causan daño á las buenas.

Lisarda.

¿La cabeza no levantas?

deme una lechuga de esas.

Carlos.

¿Estais acáso preñada?
Tomad.

Lisarda.

¿Carlos, qué es esto?

Carlos.

Señora, tu amor lo causa.

Lisarda.

Mayo me dijo, mi bien,
que agora en Madrid quedaba;

Carlos.

Por cogerte de repente
le dije que te casabas
¿á qué habeis venido aquí?

Lisarda.

Venimos por esta dama.

Carlos.

¿Dama aquella labradora?

Lisarda.

Es de un Conde hija bastarda,
grande amigo de Don Luis
cuando pasaron á Italia.
Por esto quiere por ella
que ha de tenerla en su casa
hasta que llegue ocasion
mas yo pienso que en llegando
porque desde que la vió
de tal manera se abrasa
que casándose con ella
se ha de olvidar de enviarla.

Carlos.

Estraña historia por Dios.

Isabel.

¿Y tú Maya no me hablas?

Teresa.

¡Ah señor Mayo! ¿así olvida
á las amigas?

Mayo.

Son tantas,
que no sabe un hombre á quien
vuelva aquesta hermosa cara.

Isabel.

¿Conoces á Mayo tú?

Teresa.

¿Pues no?

Mayo.

Teresa, repara
en que me echas á perder.

Teresa.

Cuando llevo de Barajas
pan á Madrid muchas veces
voy á venderle á su casa.

Isabel.

Fabló bien su señoría.

Jacinta.

Señor Don Luis, con la salva
debida á vuestro valor
digo que fue mas temprana
esa vuestra voluntad
de lo que pide la causa.
ahora vamos á Madrid,
y yo voy á vuestra casa
el tiempo y lugar es vuestro.

Luis.

Con esa dulce esperanza
vivirán mis pensamientos.

Jacinta.

No digo que os doy palabra,
sino que el tiempo dispone.

cualquier cosa que se trata.

Luis.

Servicios, Jacinta, obligan;
tarde ó luego premio alcanzan.

ESCENA XXI.

Dichos, y Benito con la espada desnuda y un gavan revuelto al braso.

Benito.

Caballero de la Corte,
que vestido de arrogancia,
venis á quitarme el bien
que solicitan mis ansias;
y puesta para un desnudo
mano á la cobarde espada,
decís que me matareis;
haced la huerta campaña,
que no soy desigual vuestro,
aunque el sayal me disfraza,
que soy caballero noble,
y sangre de los Zapatas.

Luis.

¿Hay desvergüenza, hay infamia
como la de este villano?
Afuera (1).

Lisarda.

A mi hermano matan,
Cárlos, al remedio voy.

Cárlos.

Señora no tengo armas,
y ese villano es mi dueño.

---

(1) *Entranse acuchillando.*

ESCENA XXIII.

Don Cárlos, Jacinta, Teresa, Isabel y Mayo.

Cárlos.

Ah Jacinta.

Jacinta.

Ah mi esperanza.

Cárlos.

Mira cual estoy por tí.

Jacinta.

Ya sé, mi bien lo que pasas.

Cárlos.

¿En fin, á la Corte vas?

Jacinta.

Del tiempo han sido mudanzas.

Cárlos.

En fin, señora te han hecho.

Jacinta.

Ya ves lo que me importaba
igualar tu calidad.

Cárlos.

Con tu hermosura la igualas.
¿Cuándo partis á Madrid?

Jacinta.

Partirémonos mañana.

Cárlos.

¿Teresa, no has de ir allá?

Teresa.

¿Pues podré quedar sin ama?

Cárlos.

En tí mi remedio fio.

Jacinta.

El alboroto me ataja,
no puedo aquí detenerme.

Cárlos.

Acuérdate que me matas,
y de que estuviste muerta
en mis brazos desmayada.

Jacinta.

¿Dónde?

Cárlos.

Al pasar...

Jacinta.

No lo digas,
que me pasas las entrañas.

ESCENA XXIV.

Mayo é Isabel.

Mayo

¿Y ella, cuándo va á Madrid?

Isabel.

Cuando quisiere mi ama.

Mayo.

¿Acordarase de Mayo?

Isabel.

Como fuere la labranza.

Mayo.

Junto á Brañigal espero,
porque al pasar de sus aguas...

Isabel.

No digas mas.

Mayo.

¿Qué la aflige?

Isabel

Temo que algun toro salga.

Mayo.

¿Es muy medrosa?

Pues oye, con esta espada
yo le desjarretaré
por la mitad de la panza

ACTO TERCERO.

ESCENA PRIMERA.

Sala en casa de Don Luis.

Don Luis y Guzman.

Luis.

Bellísima está Lucrecia
con el cortesano trage.

Guzman.

¿Pues no lo puede ser luego?

Luis.

Es una cifra sucinta.
Parece que el cielo pinta
todas las luces en ella,
si cortesana, tan bella,
tan bella, si labradora,
que de una suerte enamora,
y estoy muriendo por ella.

Guzman.

Con razon la quereis bien,
aunque estando ya en tu casa,
no sé cómo sufre y pasa
tu amor, su injusto desden.

Luis.

Téngala yo donde esten
mis cuidados obligados
á que amando y sirviendo, creo
que vencerá mi deseo,
ya le tengo presentados
su desden, sirviendo, amando,
que amando y sirviendo, creo
que vencerá mi deseo.

Guzman.

¿Cuándo?

Luis.

El amor sabe cuando.

Guzman.

No la he visto hablar en ti
con el gusto que quien ama.

Luis.

No pienso que me desama,
sino se muere por mí.

Guzman.

Mi señora viene aquí.

ESCENA II.

Dichos y Lisarda.

Lisarda.

A pediros un favor
vengo con algun temor.

Luis.

¿Pues qué se os puede ofrecer
donde vos podais temer
un agravio de mi amor?

Lisarda.

Mendo, hermano, un viejo honrado,
padre de aquel atrevido
que en Barajas

Luis.

Ya he sabido,
Lisarda, que os han rogado;
ya le tengo perdonado,
¿qué quereis?

Lisarda.

Que deis licencia
que venga á vuestra presencia

Luis.

¿Está en Madrid?

Lisarda.

Aquí está.

Luis.

Pues entre, que ya tendrá
pesar, como yo paciencia.

ESCENA III.

Dichos y Benito.

Benito.

Para pedir perdon...

Luis.

Alzaos del suelo.

Benito.

Vengo, señor, tan triste y vergonzoso,
que al valor vuestro del castigo apelo.

Luis.

Vos sois, Benito, un mozo valeroso.

Benito.

De ofenderos me dió tal desconsuelo,
al punto que dejé de ser celoso,
que á mi padre pedí que negociase,
que humildemente á vuestros pies me echase.
Habló con mi señora, que advertida
de mi arrepentimiento, se ha forzado.

Luis.

No me desagradaron en mi vida
los hombres del valor que habeis mostrado,
valiente mozo sois.

Benito.

No se me olvida
algo de lo que tuve ejercitado.

Luis.

No me pesará de tener conmigo
un hombre como vos.

Benito.

Agora digo
que castigais con esa mi locura;
pensé que era Jacinta labradora,
y como al labrador es cosa dura
si el hidalgo sus cosas enamora;
hice tan desigual descompostura:
mas cuando conocí que era señora,
caí de su valor á mi baxeza,
que no hay distancia de mayor grandeza.

Luis.

Allí os cobré aficion, y si mi casa
os puede ser en algo de provecho,
quedaos en ella.

Benito.

Tanta merced pasa
del corto espacio de mi humilde pecho.

Lisarda.

Ya os quiero concertar.

Benito.

Mi amor sin tasa,
merece la merced que me habeis hecho.

Lisarda.

Benito ha de servirnos de hortelano,
que os importa el jardin este verano.

Luis.

Si él quiere, desde agui le doy partido.

Benito.

¿Jardin teneis?

Luis

Entrad, y le veremos,
aunque por mi descuido está perdido.

Benito.

Presto vereis qué alegre le ponemos.

Isabel

Valor de tu piedad, señora, ha sido
pacificar aquestos dos estremos.

Lisarda.

Es, Isabel, el labrador honrado.

Isabel

Y en talle y brio para ser mirado.

ESCENA IV.

Lisarda, Isabel y Jacinta vestida de dama.

Jacinta.

Dijéronme que querias
hablarme á solas un rato.

Lisarda.

Ya sabes tú lo que trato,
Jacinta, por tantos dias.
Mi hermano te quiere bien,
y esto de Italia le enfada;
no estaria mal empleada
en su persona tambien.
Que me respondas queria
si ha de tener esperanza.

Jacinta.

El tener desconfianza,
ya sobra de cortesía;
y porque sepas de mí
lo que mi desden causó,
escucha, y sabrás que yo
no tengo la culpa.

Lisarda.

Di.

Jocosa.

Sal de Barajas
un lunes tirano,
por la vecindad
del martes aciago.
De ver codiciosa
la entrada y los arcos
que á la Princesa
de España trazaron,
de Madrid deseos;
de su amor cuidados;
cifra del que tienen
todos sus vasallos.
Teresa, mi amiga,
me iba acompañando,
no en coches ilustres,
ni en villanos carros,
porque dos pollinos
eran, entoldados
de alfombras, literas
en que caminamos.
Sombreros con plumas,
sayuelos bizarros,
sartas y corales,
cintas y rosarios:
basquiñas de seda,
ricos pasamanos,
mantos con oro,
todo fue prestado.
Casi legua y media
del amor tratamos;
riendo yo entonces
lo que estoy llorando:
que todas sus flechas
no le aprovecharon;

*

para que rompiese
mi pecho de marmol.
Labradores manos
á perder llegaron
por mi amor el seso,
pero todo en vano.
Noches de San Juan,
me colgaban ramos
de juncia y berzuas,
trebol y mastrantos.
No era amanecido,
cuando todo el Mayo
en el hornillo ardia
de su amor buscando.
Si lloraba alguna
por su amor ingrato,
no era mas mi amiga,
riendo su engaño.
Al pasar del arroyo,
no sé como hablado,
á nombrar á Lisarda,
quien causó mis daños,
linde de una viña,
estaba un hidalgo,
caballero, digo,
caballero honrado.
Dióle para el pecho
su espada Santiago,
y para los ojos
el alma sus rayos.
Su coche aguardaban
él y su criado,
vuelto en unas piedras,
que es terrible el paso.
El arroyo arriba,

por lo mas cercado
de viñas y huertas
y de álamos altos
venia un torillo
bravo y enojado
si con los valientes
con mugeres bravo
Cerró con nosotras
mas nuestros caballos
fueron como pollos
en viendo al milano
Caí sobre el agua
cubrióme un desmayo
bajó el caballero
y metiendo mano
cortóle las piernas
y sacóme en brazos
púsome en su coche
con muchos regalos
desperté en Madrid
en su casa entramos
sacáronme en ello
sus hermanos, dando
aliento á mi yida
y á mi mal reparo
En aquellos dias
me obligó Don Cárlos
que este nombre tiene
el que adoro y amo
Por mí fue á Barajas
por mí fue hortelano
por mí se olvidó
de antiguos cuidados
que solo me adora
me jura llorando

sino se lo creo,
que me pase un rayo,
y mas como agora
en sangre le iguale,
con que es imposible
dejar de casarnos.
Esto que te fio,
no sepa tu hermano,
que en el mismo dia
me iré con Don Cárlos.

Lisarda.

¿Puede haber otra mayor
desventura que la mia?
¡ay, que no en valde temia
esta jornada mi amor!
Desde que á Don Cárlos vi,
mis males adiviné,
y aquello que despues fue,
entonces pasó por mí.
Para adivinar mejor
el alma de amor se vale,
que no hay cifra que iguale
á una alma llena de amor.
¿Qué haré? ¿qué medio hallaré
donde no ha de hallarse medio?
mas si el morir es remedio,
remedio en morir tendré.

Jacinta.

Bien pienso que habreis sentido
el haberme declarado.

Lisarda.

Notable pena me has dado.

Jacinta.

Lo ménos habeis oido,
porque me dijo Teresa,

que estando yo desmayada...

Lisarda.

Basta, no me digais nada,
que aun de lo dicho me pesa.

ESCENA V.

Dichas, Don Cárlos, Don Luis, Mayo y Guzman.

Cárlos.

Si antes supiera yo que vuestra casa,
señor Don Luis, tal huéspeda tenia,
antes para serviria me ofreciera.

Lisarda.

Este es el fuego que mi pecho abrasa, *ap.*

Cárlos.

Esta es la nieve que mi pecho enfria. *ap.*

Jacinta.

Este es el sol de mi dichosa esfera. *ap.*

Luis.

Avisaros quisiera,
y soy tan encogido,
que hasta que os ví no pude.

Cárlos.

Estoy corrido;
vuestra merced me tenga por su esclavo.

Lisarda.

Aqui la vida y la paciencia acabo. *ap.*

Jacinta.

Yo, soy, señor, muy vuestra servidóra.

Lisarda.

Como el no conocerle disimula.

Cárlos.

Mayor me parecistes que la fama.

Jacinta.

Es porque estoy en esta casa agora.

Luis.

No pienso que Don Cárlos os adula.

Lisarda.

Que mal ¡ay cielos! encubrís la llama.

Cárlos.

Es muy gallarda dama
mi señora Lisarda:
la señora Jacinta...

Lisarda.

Es muy gallarda;
y mas, cuando al pasar del arroyuelo,
vino al torillo y derribóla al suelo.

Cárlos.

¿Pues cómo, ha sucedido alguna cosa?

Lisarda.

Sábenlo hasta las mulas de algun coche,
y haceiseos vos de nuevas?

Cárlos.

No lo entiendo.

Lisarda.

¿Y cuándo desmayada aquella rosa
os prestaba su nieve, y esa noche,
al rayo de ese sol iba volviendo;
y estándole diciendo
amores al oido,
cobró con las palabras el sentido?
¿era barro tambien?

Cárlos.

Cuento bizarro.

Lisarda.

Mas al pasar arroyos siempre han barros;
pensaba verla agora confiado,
hallose la invencion, pues engañóse,
que agora me la llevo á mi aposento.

Cárlos.

Lisarda mia, ¿quién os ha engañado?

Lisarda.

Ah perro, ¿yo soy tuya?

Cárlos.

Derribóse
de mi edificio el fuerte fundamento.

Lisarda.

No le dará contento
esta vez la señora.
Mire cómo la habla quien la adora,
y ella le quiere bien; ¿entiende, entiende?

Cárlos.

Ya lo entiendo, ya sé que la pretende.

Lisarda.

Vamos, Jacinta.

Cárlos.

¿Tú este bien me quitas?

Lisarda.

Impórtame que vengas.

Jacinta.

Vamos luego:
á Dios, señor Don Cárlos.

Lisarda.

¿Es aqueste?

Jacinta.

El mismo.

Lisarda.

Buena garza solicitas.

Jacinta.

¿Conocesle?

Lisarda.

¿Pues no? tu amor es ciego
paciencia, zelos, el amor os preste:
¿qué Don Cárlos es este?

Jacinta.

¿Tal hombre no te agrada?

Lisarda.

El talle sí, con esa roja espada;
mas será desdichada, si le quiere,
que me dicen que burla mil mugeres.

ESCENA VI.

Don Cárlos, Don Luis, Mayo é Isabel.

Mayo.

¿Qué tenemos, Isabel?

Isabel.

Vaya el picaño lacayo.

Mayo.

¿Pues dí, no era yo tu Mayo
y tú mi fresco vergel?

Isabel.

Allá con la Barajeña,
que enemistrivo llevó;
hable el pícaro, que yo
soy cortés, y madrileña.

Mayo.

¿Ballestata me dirá?

Isabel.

Con mucha honra belitre.

Mayo.

Mala pipa de salitre
te vuele.

Isabel.

Soy nieve ya.

ESCENA VII.

Don Cárlos y Don Luis.

Luis.

¿Qué os pareció de Jacinta?

Cárlos.

Que es prenda digna de vos.

Luis.

Adoro en ella, por Dios,

Cárlos

Es tan agena y distinta
del trage de labradora,
en que me dicen que estaba
cuando no se imaginaba
tan bien nacida y señora:
que á los que nunca la vimos
parece que siempre fue
esto que agora se ve

Luis.

Por ella á Barajas fuimos
Lisarda y yo, y ese dia
la ví con tantas ventajas,
que presumí que en Barajas
las selvas de Arcadia veia.
Y en Jacinta labradora
la diosa, que en blanco velo,
es luna hermosa en el cielo,
y en la tierra cazadora.
Y pues ya con vos profeso
Don Cárlos, tanta amistad,
y no ignorais la verdad
de este notable suceso,
sabed que quiero casarme,
y al Conde Fábio escribir,
que se digne de venir,

si fuere su gusto, ó honrarme;
pues me dijo que tenia
pretensiones en la Corte.

Carlos.

Siempre lleva errado el norte
quien tiene al amor por guia.
Conozco la calidad
de Jacinta, ¿mas que hacienda,
para hacella vuestra prenda,
teneis con seguridad?

Luis.

La hacienda de su hermosura
me tiene mas obligado;
pero como natural
Jacinta, y que fué su madre
mas principal que su padre,
aunque él es muy principal;
porque, en efecto, murió
en posesion de doncella,
y aun me dicen que con ella
Fábio, al morirse, casó;
muerta la Condesa ya,
forzosa heredera es.

Carlos.

Mayor el peligro está
que si os casais sin su gusto,
por ventura de enojado,
tomará de nuevo estado.

Luis.

Es ya viejo, y no es robusto.
Demas, que me quiere bien,
y yo le pienso escribir.

Cárlos.

Esto no es mas de advertir.

Luis.

Y hacerme merced tambien.

ESCENA VIII.

Dichos y Benito.

Benito

Tres ó cuatro caballeros
te aguardan en el jardin.

Luis.

No os vais, porque tengo, en fin,
con que pueda entreteneros,
y gusto de hablar con vos.

Carlos.

Yo me estaré por aquí.

ESCENA IX.

Don Carlos y Benito.

Benito

¿Ya no os acordais de mí?

Carlos

Nunca me olvido, por Dios,
porque sé la obligacion
en que pone á un hombre honrado
quien le ayuda en el cuidado
de un peligro en ocasion.

Benito.

Para ser hombre de bien
y merecer este nombre,
cinco cosas en un hombre
han de concurrir tambien.
Primero tratar verdad
y vestir honestamente,
sustentar su casa y gente

en honra y autoridad.
En los públicos lugares
estar grave, cuerdo, honesto:
nunca en hombre descompuesto,
si es hombre ó bestia repares;
porque la descompostura
en el público lugar,
á pícaros se ha de dar,
que no á quien honra procura.
La quinta, Carlos, tambien
es el ser agradecido,
que si es ingrato, ha perdido
el nombre de hombre de bien.
Pienso que no lo será
vuestra nobleza conmigo.

Carlos.

Yo seré tan vuestro amigo
como el efeto dirá:
que quien su casa me dió
cuando fugitivo fuí,
tendrá en la mía y en mí
lo que entonces mereció;
y que hayais aquí venido,
y no á mi casa, me pesa.

Benito.

Esa mi amorosa empresa,
Don Carlos, me trae perdido.

Carlos.

¿Pues quereis bien todavía
á tan principal señora?

Benito.

El alma no es labradora,
y amar lo que amé porfía:
que si de un barro ó un cristal
pasasen algun licor,

no muda especie en rigor,
sino el lugar desigual.

Carlos.

Teneis tal entendimiento
para en el campo criado,
que me habeis siempre admirado.

Benito.

Nace de mi nacimiento;
y hablando con vos, es bien
que en lengua discreta sea:
cuando en el campo me vea
hablaré en nécio tambien.
¿No habeis visto que pretende
el vulgo en las cosas altas
ponen muchas veces faltas,
porque es lengua que no entiende;
y que en hablándole en nécio
celebra lo que entendió?
pues de aquesta suerte yo
de entrambas lenguas me precio.
Hablo discreto con vos,
y nécio con mis iguales,
que aunque lenguas desiguales
me importa saber las dos.
Finalmente, yo querria
que agora vos me ayudeis.

Carlos

¿Pues qué es lo que pretendeis
con tan honrada porfia?

Benito.

Casarme.

Carlos.

¿Qué me decia?
¿con muger tan principal,
y competidor igual

al ilustre Don Luis?

Benito.

Si vos me ayudais y dais
palabra con un secreto,
vereis posible el efeto
de lo que dudando estais.

Carlos

Yo os la doy por esta cruz,
como caballero honrado.

Benito.

Este hombre que me ha criado
comenzaba á darme luz
de mi noble nacimiento;
echélo entonces al aire,
pareciéndome donaire
y cosa sin fundamento:
mas dándome estos papeles,
toda la verdad leí,
y vos podeis verla aquí
con mis desdichas crueles.
Yo soy hijo natural
de Don Esteban Zapata,
caballero de Madrid,
sangre ilustre, noble y clara.
El modo con que en secreto
me criaron en Barajas,
no es para aqueste lugar;
solo os diré que me espantan
tantas peregrinaciones
desde la primera barca,
que así se llama la cuna
del mar de la vida humana.
Segun esto bien podré,
con madre calificada,
como yo sé que es la mia

de lo noble de los Vargas,
pretender una muger
que en las fortunas me iguala,
en el modo de nacer
y en la rústica crianza.

Carlos.

Apenas puede, Benito,
hallar el alma ocupada
lengua dispuesta, la lengua
palabras, ni las palabras
estilo que signifique
mi admiracion, que no bastan
alma, palabras y lengua
á poder significarla;
pero mira lo que dices
que Don Esteban Zapata
fué mi padre, y siendo así
lo que estos papeles tratan,
tú vienes á ser mi hermano.

Benito.

¿Tu hermano?

Carlos.

Es cosa tan clara
como los rayos del sol;
y en duda, Benito, abraza
este pecho, que si tienes
su sangre, yo sé que el alma
me lo dirá con las señas,
y el corazon con las ansias.

Benito.

Siempre me avisaba el mio
pues sabes lo que te amé
desde el punto que te ví.

Carlos

No hay duda, con señas tantas,

por mi hermano te confirmo.

Benito.

Yo sé que en estas probanzas
hallarás que fué mi padre,
Carlos, el que tuyo llamas.

Carlos

Hermano, de aquestas nuevas,
solo las albricias faltan:
ríome yo de los hombres
que un caballo, que una espada,
una pintura, una joya,
para su regalo guardan:
lo bueno, hermano, ha de ser
para el amigo que os ama,
para lo que bien queréis,
como aquella historia larga
de Apeles y de Alejandro,
que hasta los niños la cantan;
pues así será la nuestra:
la cosa mas estimada
que yo he tenido, es Jacinta,
y desde hoy con manos francas
te la doy; pero advirtiendo,
que si con ella te casas,
yo he llegado hasta sus lábios
cuando estuvo desmayada
al pasar aquel arroyo;
pero esto no es de importancia
entre hermanos, pues lo somos.

Benito

Yo te agradezco que hagas
conmigo tan grande esfuerzo.

Carlos

Haz cuenta que es darte el alma.

*

Benito.

Pues no, hermano, no la quiero,
que es historia muy cansada
ver que al pasar el arroyo
te llegue á la boca el agua.
La muger que ha de ser propia
ha de estar en una caja,
como el gusano de seda,
hasta ser paloma blanca.
Si fuiste abeja en su rosa,
que buen provecho te haga,
que lo que no fué posible
olvidar con la mudanza
de su trage, ni acabaron
sus desdenes y desgracias,
con lo que me has dicho solo
hoy para siempre se acaba.

Carlos.

Muy delgado, hermano, eres
á tales hombres despachan
por mugeres á Alconcon,
que de barro se las hagan,
á Estremoz, ó á Talavera,
cuando han de ser vidriadas.
No se casan con melindres
los que tan ciegos se casan,
que es como beber en bota,
que lo que viene, eso tragan.

Benito.

Pues señor, yo he de beber,
si Dios el seso me guarda
en un cristal de Venecia.

Cárlos.

Muchos he visto que andan
á buscar cristalerías

en que haber honra y fama,
y pasado el primer año
los lleva un moxo á dar agua
con un cabestro á un pilon,
donde las dejan tan claras,
como suele el unicornio
con la virtud de sus armas;
pero mira que te digo
que entrambos en esta casa
nos habemos de casar.

Benito.

¿Entrambos?

Carlos.

Sí.

Benito.

Cosa estraña,
Lisarda viene.

Carlos.

Pues vete.

ESCENA X.

Dichos y Lisarda é Isabel al pilon.

Isabel.

Aquí esta.

Lisarda.

Espera y calla.

Benito.

Yo haré el ramillete luego,
mas de violetas moradas,
que agora no hay otra flor. *Vase.*

Carlos.

Por ser flor de amor me agrada.

Lisarda.

Quisiera mal caballero
y indigno de esta señal,

no ser muger principal,
para en estilo grosero
reñir con vos muy deveras;
que despues de ser ingrato
quien usa grosero trato
merece injurias groseras.
¿Todavía estais aquí,
con desvergüenza tan clara,
enamorando en mi cara?

Carlos.

¿Pues vos me tratais así?

Lisarda.

¿Cómo tengo de tratar
un hombre que me ha engañado,
habiéndole yo adorado?

Carlos

Dadme, señora, lugar
para dar satisfacion,
que el mas airado juez
oye al preso alguna vez.

Lisarda.

¿Es ésta la devocion
y promesa de San Diego?
Bien servido quedaria.

Carlos.

Oidme, Lisarda mia.

Lisarda.

¿Que os oiga?

Carlos.

Escuchadme, os ruego.

Lisarda.

¿Qué tengo ya que escuchar?
La novena me agradó,
que hasta el arroyo llegó;
pero no pudo pasar.

Buélcanse en tales caminos
los coches por la intencion;
y acuden á la oracion
dos ninfas en dos pollinos.
Alfombrita de color,
jaquimas rojas á listas;
con borlas como legistas,
si hay algun asno y doctor.
Sombreros, plumas, manteos,
y rebociño con oro,
y luego salir un toro
á despartir el torneo.
Cortarle la media cola,
sacar la tal del arroyo,
y ponerla sobre un pollo
de ballizo y amapola.
Darle coche, y como en jaula,
gorgear bachillerías,
parecen caballerías
del mismo Amadis de Gaula.
Mas esto que yo temí,
y que en efecto pasó,
pase, que no digo yo
que no es bien que pase asi.
Pero que vuesa merced
venga á requebrarla acá,
eso no lo mandará
si no ha de hacer merced.
Que basta que ya pasemos
porque á doña labradora,
quiera, y solicite agora,
sin que aposento le demos;
que ya vé que no es razon.

Carlos.

¿Burlas, Lisarda? ¿Eso es justo?

y que te parezca injusto
cumplir con mi obligacion?
El librar un caballero
de peligro una muger,
y una jornada temer
hecha con tan mal agüero;
y dar la vuelta á Madrid,
¿ha sido tan gran delito?
¿quién te ha dicho, quién te ha escrito
tal disparate?

Lisarda.

¿Es el Cid
vuesa merced por ventura,
Amadis, ó Esplandian,
los que obligados estan
á emprender toda aventura?
¿Pasó Urganda por allí?
¿qué le dijo la doncella
de Dinamarca?

Carlos.

Por ella
no lo intenté, fué por mí,
que esto debo al ser quien soy.

Lisarda.

¿Y el haberla regalado,
como queda disculpado?

Carlos.

La misma disculpa doy;
pero si quieres quedar
satisfecha que te adoro,
dá lugar con tu decoro
que pueda esta noche entrar
en tu aposento, y ordena
como lo entienda tu hermano,
verás si te doy la mano.

Lisarda.

Buena industria, Isabel. *ap.*

Isabel.

Buena, *ap.*
y justa satisfacion.

Lisarda.

Pues yo digo que así sea,
como mi hermano lo vea.

Cárlos.

Pues esa es mi pretension.

Lisarda.

Con eso te doy los brazos.

Carlos.

Y yo, señora, me voy.

ESCENA XI.

Dichos y Jacinta.

Jacinta.

No importa, no, que yo soy.

Cárlos.

No hay en aquestos abrazos
cosa que cause sospecha.

Lisarda.

Si la hay ó no, discrecion
tiene Jacinta.

Jacinta.

En razon,
de sospecha está desecha
con haberte declarado
mi secreto.

Cárlos.

A Dios señoras,
que pasan ya ciertas horas

Á que me llama un cuidado.

Lisarda.

Oid, Cárlos.

Cárlos.

¿Qué mandais?

Lisarda.

Entraos en el aposento
del jardinero.

Cárlos.

¿A qué intento?

Lisarda.

A que espereis y no os vais.

Cárlos.

Yo voy á esperar allí.

ESCENA XII.

Dichas y Mayo.

Mayo.

¿Qué le dice este concierto?

Isabel.

Que yo lo mismo le advierto.

Mayo.

¿Pues voy á esperarla?

Isabel.

Sí.

Mayo.

Y en fin, ¿nos determinamos
á casarnos?

Isabel.

¿No es razon?

Mayo.

Brava determinacion,
fuerte pleito comenzamos.

ESCENA XIII.

Dichas mehos Mayo.

Jacinta.

¿No me dirás lo que ha sido
darte Don Cárlos los brazos?

Lisarda.

Jacinta, aquellos abrazos
no se hubieran admitido:
cuando no fuera por tí,
porque á Don Cárlos hablé,
y me dió palabra y fé
de no hablarte mas por mí;
que le dije que mi hermano
ya te llamaba mugér,
y que no era justo hacer
por un amor loco y vano
burla á tan gran caballero.

Jacinta

Pues no sé yo qué razon
te puso en obligacion
de no respetar primero
la justa fidelidad
á mi secreto debida.

Lisarda.

No ves tú que es preferida
la sangre á toda amistad.

Jacinta.

Ha sido cosa muy necia,
que ha de ser Don Cárlos mio,
si sé hacer un desvario.

Lisarda

Sois de condicion muy recia,
como ha poco que dejásteis

lo que Barajas os dió.

Jacinta.

Antes de vos diré yo
que mi valor barajásteis;
pero qué se me da á mí
si haré lo que yo quisiere.

Lisarda.

Hará lo que le dijere
mi hermano.

Jacinta.

¿Su hermano?

Lisarda.

Sí.

Jacinta.

¿Pues qué le debo á su hermano?

Lisarda

Lo que su padre mandó.

Jacinta.

¿Qué padre?

Lisarda.

El que Dios la dió.

Jacinta.

Mi padre es aquel villano.

Lisarda.

A lo menos le parece
en la fuerte condicion.

Jacinta

Este engaño, esta traicion
justamente la merece
el tener yo confianza
de quien no tiene valor.

Lisarda.

El vuestro será mayor
por vuestra noble crianza;
y componed vuestra lengua

que estais ya muy atrevida.

Jacinta.

Siendo yo tan bien nacida,
¿ para qué me dais por mengua
no ser noble mi crianza?
pero me quiero volver
donde nadie pueda hacer
traiciones á mi esperanza.
Usase allá mas verdad:
¡O bien haya un verde prado,
á donde sirve de estrado
llaneza y seguridad!
¡O bien haya un aposento,
en quien es tapicería
la limpieza y la alegría,
que es donde vive el contento!
No sé quién me trajo á mí,
aunque la vida me importe,
á esta noria de la Corte.

Lisarda.

¿Ya es noria la Corte?

Jacinta.

Sí,
donde por calles y fuentes,
son arcaduces los coches,
que los dias y las noches
reciben, y vacian gentes.
¿Hacen aquí todo el año
mas que andar alrededor
unos tras otros?

Lisarda.

Mejor
estávades con el paño,
donde bailaba Anton Gil,
con las mozas de Barajas;

la chacona á las sonajas
y el villano al tamboril.
¡Válate Dios por discreta!
perdida estaba la corte,
á no venir este norte
por la ordinaria estafeta.

Jacinta.

¿Hay aquí mas que engañar,
y cada uno atender
á lo que puede coger
para aumentarse y medrar?
¿Hay aquí mas de vivir
apriesa, y sacar de noche
un gran difunto en un coche
sin acabar de morir,
y apenas por la mañana
preguntar nadie por él? *Vase.*

Lisarda.

O filósofa cruel,
y académica villana.
El mundo viene á enmendar,
cuando ya el mundo se acaba.

ESCENA XIV.

Dichas y Don Luis.

Luis.

¿Qué es esto, hermana?

Lisarda.

Que estaba
de puro enojo y pesar,
á no tenerte respeto,
por hacer un disparate.

Luis.

¿Qué hay, en fin?

Lisarda.

Que no la trate
de tu amor: tú eres discreto,
aborrece á quien te olvida.

Luis.

Mal conoces un desprecio.

Lisarda.

De decir verdad me precio.

Luis.

Alargue el cielo tu vida.

Lisarda.

Esta muger quiere bien.

Luis.

¿A quién?

Lisarda.

No sé.

Luis.

Muerto soy.

Lisarda.

A Don Cárlos.

Luis.

Cierto estoy.

Lisarda.

¿Por qué?

Luis.

Por un desden.
¿Y él, quiérela?

Lisarda.

Va de juego;
Don Cárlos me quiere á mí.

Luis.

¿A tí, hermana?

Lisarda.

A mí.

Luis

Si á tí
te quiere, por Dios te ruego
que te cases muy aprisa,
pues desconfiando así,
Jacinta me querrá á mí.

Lisarda.

¿Aprisa?

Luis.

Mi amor te avisa.

Lisarda.

¿Será mucho de aquí á un año?

Luis.

¿Burlas?

Lisarda.

¿Y medio?

Luis.

Tampoco.

Lisarda.

¿Cuatro meses?

Luis.

¿Estoy loco?

Lisarda.

¿Un mes?

Luis.

¿Qué mayor engaño?

Lisarda.

¿Una semana?

Luis.

¿Ni un dia?

Lisarda.

¿Esta noche?

Luis.

Sí, por Dios.

Lisarda.

Pues bóscanos á los dos,
si tanto tu amor porfía,
que hallarás en mi aposento
á Cárlos honestamente.

Luis.

Dame esa mano.

Lisarda.

Detente,
que gente de fuera siento.

ESCENA XV.

Dichos, Jacinta, Teresa, Pascual, Laurencio y Guzman.

Teresa.

Los instrumentos tocad
para alegrar á Jacinta.

Lisarda.

¿No conoces por la pinta
la gente de tu ciudad?

Jacinta.

¡Padre mio!

Laurencio

Ya no sé
que aquese nombre me cuadre.

Jacinta.

Vos habeis de ser mi padre.

Laurencio.

Con el alma lo seré.

Jacinta.

¿Qué hay, Teresa, qué hay, Pascual?

Teresa.

Estás, Jacinta, de modo
que parece perlas todo

cuanto era antiayer sayal.

Pascual.

Dice la verdad, Teresa,
en perlas estás transformada
y así te hacemos entrada
como al fin nuestra princesa.
A la fé, de talle estás,
que has hecho la corte aldea,
porque aunque mas corte sea
eres tú cielo, y mas.
Un presente te traemos.

Jacinta.

Si es mi padre, bueno es.

Laurencio.

Como ese nombre me des,
bien pagados volveremos.
Sírvete de una ternera
y seis pares de capones,
tres cabritos, dos lechones.

Luis.

Eso parece que espera
alguna boda Laurencio.

Laurencio.

Dios lo sabe, mas cantad,
y á mi Jacinta alegrad
mientras yo lloro en silencio (1).

Música.

Al pasar del arroyo
del alamillo
las memorias del alma
se me han perdido.
Al pasar del arroyo
de Brañigales

(1) *Cantan y bailan un labrador y una labradora.*

me dijeron amores
para engañarme,
Pero ya con perderme
gano yo tanto,
que al amor le perdono
tan dulce engaño
Al pasar del arroyo
de Canillejas,
viome el caballero,
antojos lleva.

Lisarda.

Qué cansada impertinencia,
tanto arroyo no canteis,
que una tempestad hareis
que se anegue la paciencia.

Jacinta.

¿Pues qué te va en eso á tí?

Lisarda.

Mira, y yo te lo diré. *Vase.*

Jacinta.

Contigo á saberlo iré. *Vase.*

ESCENA XVI.

Dichos menos Lisarda y Jacinta.

Luis

Quedaos vosotros aquí,
que pues es anochecido,
no quiero que allá volvais,
que lo que nos presentaba
para todos se ha traido.

ESCENA XVII.

Dichos menos Don Luis.

Laurencio.

Mi amor obligado os queda,
para que esta noche pueda
despacio á Jacinta á hablar.
¿Pascual, no está muy hermosa?

Pascual.

Ay de quien perderla siente.

Teresa.

No vé el sol por el oriente
tal jazmin revuelto en rosa.

Laurencio.

Traigo en la imaginacion
que Don Luis la quiere bien.

Teresa.

Como casados estén,
Dios les dé su bendicion.

ESCENA XVIII.

Dichos y Benito en hábito de Caballero.

Benito.

A no ser Cárlos mi hermano,
tuviera alguna sospecha
de haberme vestido asi.
¡Ay cielos! ¿qué gente es esta?
parecen de mi lugar.

Pascual.

Si han de aderezar la cena,
vamos á dar el presente.

Laurencio.

Anton, quedo con las cestas.

Pascual.

Deseo hablar á Benito,
que llevando mal la ausencia
de Jacinta, vive en casa.

Lorencico.

Pues vamos, para que tengan
nuestros pollinos recado
y el carro que trajo Esteban.

ESCENA XIX.

Benito.

Ya sé han quitado de aquí;
no sé para qué concierta
Don Cárlos aquesta noche
esta amorosa quimera;
pues estando como está
la casa de gente llena,
cosa en que estriba el secreto
temerariamente intenta.
¿Qué es aquesto, oscura noche?
mas gente... ¡amor, en qué piensas,
cuando por tales peligros
llevas voluntades ciegas?

ESCENA XX.

Benito, Don Cárlos y Mayo rebozados.

Cárlos.

De todo estás prevenido.

Mayo.

No haya miedo que me duerma,
que aquí me convierto en lince.

Cárlos.

Aquí hay gente.

Mayo.

Pues tú llega,
que ya no aprendí á esgrimir,
porque me dijo mi abuela,
que escusar las pesadumbres
era de cosa mas diestra.

Cárlos.

¿Quién va?

Benito.

¿Quién en esta casa
se toma tanta licencia,
que lo pregunta embozado?

Cárlos.

¿Es Benito?

Benito.

¿Es Cárlos?

Cárlos.

Muestra
agora el valor, hermano,
que de nuestra sangre heredas,
este es aquel aposento,
abierta hallarás la puerta;
haz lo que te dije.

Benito.

Voy,
si erráre, tú culpa sea.

ESCENA XXI.

Don Cárlos y Mayo.

Mayo.

¿Quién era el hombre?

Cárlos.

Mi hermano.

Mayo.

Temo que Guzman nos ves,
que mira bien á Isabel.

Carlos

Pues ya no es tiempo que temas,
que la determinacion
es quien da ventura y fuerza
en los peligrosos casos.

ESCENA XXII.

Dichos, Don Luis y Guzman embozados.

Luis.

Haz que todos se prevengan,
porque sirvan de testigos.

Guzman.

Y de que ayudarnos puedan;
que quien entra como dices
de esta suerte en casa agena,
mas fiado viene en plomo
que en acero.

Luis.

¿Qué sospechas?

Guzman

Que trae algun ardid.

Carlos

En aquella puerta suena,
Mayo, el aire de algun sayo.

Mayo.

Si fuera puerta trasera,
pudiera ser sospechoso:
entra.

Carlos.

Voy, que amor me enseña

ESCENA XXIII.

Dichos, y Isabel en lo alto.

Isabel.

El que está en el corredor
pienso que es Mayo.

Mayo.

Quién queda
solo, y en tan gran peligro,
¿á qué escapatoria apela?
¿Que diese un gato en los pies
el cielo tal ligereza,
y que un hombre como yo
un costal de arena sea!

Isabel.

¡Ah hidalgo!

Mayo.

¿Quién es quien llama?

Isabel.

Oye, llégnese mas cerca.
¿Es Mayo?

Mayo.

Y aun majadero.

Isabel.

Mayo de mis ojos, entra.

Mayo.

¿Es Isabel?

Isabel.

¿No me ves?

Mayo.

¿Y dices que entre?

Isabel.

No temas.

Mayo.

Sosiega aquesa perrilla,
que gruñe como una suegra.

Isabel.

Entra necio.

Mayo.

Claro está;
porque si discreto fuera,
nunca yo entrára á casarme;
hoy seré perro entre puertas.

ESCENA XXIV.

Dichos menos Mayo.

Guzman.

Ya estan dentro del toril.

Luis.

A nosotros nos viniera
mejor el nombre; da voces.

Guzman.

¿No quieres el hacha?

Luis.

Muestra.

Guzman.

Ladrones, ladrones.

Luis.

Dame,
Guzman, aquella rodela.

Guzman.

¿No es mejor la partesana,
pues hay tanta parte enferma?

ESCENA XXV.

Dichos, Teresa, Pascual, Laurencia y los labradores.

Laurencio

¿Ladrones á tales horas?

Pascual.

Mueran los ladrones, mueran.

Teresa

¿Esto es dormir en la corte?

Laurencio

Como estas cosas sustenta.

Luis.

Aquí, amigos y criados,
aquí todos á esta puerta.

Guzman.

Entra, que luego desmayan.

ESCENA XXVI.

Dichos y Benito con Lisarda.

Lisarda.

Paso: ¿qué furia es aquesta?
no es ladron el que está aquí,
que es mi marido.

Luis.

Quien sea
por muchos años, y buenos;
pero qué miremos deja
el aposento en que duerme
Jacinta.

Guzman.

La puerta cierra.

Luis.

No hay que cerrar, que pondré
fuego á las puertas.

ESCENA XXVII.

Dichos y Don Carlos con Jacinta.

Jacinta.

Espera,
que yo estoy con mi marido.

Luis.

¿Marido?

Jacinta.

Y pienso que quedan
mas adentro otros casados.

Pascual.

Mirad lo que el tiempo ordena,
pues se ha vuelto palomar
esta casa de tanta nobleza.

ESCENA XXVIII.

Dichos y Don Luis dando afuera á Mujo é Isabel.

Luis.

Vive Dios, que he de vengar
de aquesta sagrte mi afrenta.

Mujo.

Aquí de Dios, que me matan
por marido de la vera.

Luis.

Lisarda, dos hombres veo
con espadas y broqueles,
y entrambos arrebozados;
uno, de quien tú confiesas
que es tu marido, y que estando
en mi casa, es fuerza:
al lado de Jacinta,
cosa en el concierto nueva.
Caballeros, esas sillas

nunca se manchó de afrenta:
digan quien son.

Lisarda.

Mi marido (*Desembozale.*)
es Don Carlos, que no fuera
con menos honra en tu casa
la afrenta de que te quejas.

Benito.

Haste engañado, Lisarda:
Benito soy.

Luis.

¡Que se atreva
un villano á tal maldad!

Benito.

Ya és tiempo, Don Luis, que sepas
que soy caballero noble:
hijo soy de Don Estéban,
y de Don Carlos hermano.

Luis.

Quien oye cosas como estas,
mejor es que pierda el seso.

Lisarda.

¿No es Don Carlos? Yo soy muerta.

Luis.

¿Con quién probarás, traidor,
esa fingida nobleza?

Benito.

No soy traidor, que soy noble:
Don Carlos será la prueba.

Luis.

¿Dónde está Carlos?

Jacinta.

Aquí. (*Descúbrele.*)

Luis.

¿Pues cómo de esta manera

se pagan las amistades?
Criados, mueran.

Lisarda.

No mueran,
que si yo no tuve dicha
que tanto amor agradezcas,
Carlos, basta que de hermano
si ser tu hermano confesas...

Carlos.

Eso os mostraré probado.

Laurencio.

Y aquí hay testigos que sepan
esa historia.

Luis.

En fin, Jacinta,
te pierdo.

Jacinta.

No te parezca
ingratitud, sino amor.

Luis.

Lo que los cielos conciertan,
¿porqué lo impiden los hombres?
Jacinta, hoy quiero que veas,
que fué mi amor verdadero;
y tú, Lisarda, que sepas,
que quien quiere hacer traicion
siempre alcanza parte de ella.
Los casamientos se hagan,
que yo, pues ha de ser fuerza,
quiero con mas discrecion
casarme con la paciencia.

Benito.

Aquí la comedia acaba,
cuya historia verdadera
pasé al pasar del arroyo;
los que quisieren la crean.

Al pasar del Arroyo.

Aunque esta comedia no tiene por su argumento ni por su accion el mérito que otras de Lope, se advierte sin embargo en toda ella un interés progresivo, y tan bien graduado, que se lee con gusto hasta el desenlace. La amabilidad de los personages, señaladamente el de Jacinta, el amor constante de Benito, el de Lisarda á Don Carlos, el de este y de Don Luis á Jacinta, forman un contraste que agrada y cautiva la atencion. Hay situaciones buenas y escenas interesantes; y una variedad de tonos en la versificacion, que es á nuestro parecer el mayor mérito de la pieza. La escena del bayle es muy pastoril, y los versos fáciles y alegres

¡O qué bien que bayla Gil
con las mozas de Barajas,
la chacona á las sonajas
y el villano al tamboril.

La alegoría con que se esplican Carlos y Mayo en la huerta de Benito, es un trozo de buena versificacion.

Carlos.

¿Qué hay, compañero; tenemos
de lo dicho alguna traza?
¿Concertarase la fruta?
¿Irán á Madrid las cargas?
que hay otro merchante acá
que diz que viene á comprarla.

Mayo

Hortelano era Velardo

de las huertas de Barajas;
que los trabajos obligan
á lo que el hombre no basta:
pasado el hebrero loco,
siembra para Mayo trazas;
mas ningoña lleva flores,
ayres de Madrid lo causan.
Todos soplan hácia acá,
no hay sino bajar la cara
mientras soplan estos cierzos
que vienen de las montañas.

Carlos

Ya lo entiendo, compañero,
y que engaño la esperanza;
porque quien la pone en huertas
ó le falta el sol, ó el agua.
No sé que hacemos de hacer,
si tantos merchantes andan
para tan poca hortaliza, &c.

El desafío de Benito está expresado con nobleza y energía.

Caballero de la Corte,
que vestido de arrogancia,
venís á quitarme el bien
que solicitan mis ansias;
y puesta para un desnudo
mano á la cobarde espada, &c.

La declaracion que hace Jacinta á Lisarda de sus amores con Don Carlos, desde que la libró de un toro en el arroyo abrunigal, produce los versos de esta, y las escenas sucesivas. Los versos cortos de esta relacion tienen suma gracia y facilidad.

Salí de Barajas
un lúnes tirano

por la vecindad
del mártes aciago, &c.

Las reconvenciones y quejas de Lisarda á Don Carlos, tienen, ademas del interés de la situacion, una ironía satírica, fina y delicada.

La novena me agradó,
que hasta el arroyo llegó;
pero no pudo pasar.
Vuélcanse en tales caminos
los coches por la intencion,
y acuden á la oracion
dos ninfas en dos pollinos.
Alfombrita de color,
jaquimas rojas á listas
con borlas como legistas,
si hay algun asno y doctor; &c.

Tambien tiene mucho interés la escena en que Jacinta encuentra á Lisarda y Don Cárlos dándose los brazos, y hay en ella muy buenos versos.

Jacinta.

¡O bien haya un verde prado
á dondé sirve de estrado
llaneza y seguridad!
¡O bien haya un aposento
en quien es tapiceria
la limpieza y la alegria,
que es donde vive el contento.

Finalmente, el desenlace es consiguiente á la situacion en que se halla Don Carlos con Lisarda, á quien engaña, no con mucha decencia, para lograr á Jacinta. Es igual al del Maestro Tirso de Molina en la comedia del *Vergonzoso en Palacio*; aunque no tiene tanta falta de decoro, ni tanta malignidad.

EL PERRO
DEL HORTELANO.

PERSONAS.

Diana, Condesa de Belflor.
Teodoro, su Secretario.
El Conde Federico.
Leonido, criado.
Marcela.
Dorotea.
Anarda.
Octavio.
Fabio, criado.
El Conde Ludovico.
Furio, *Lirano y Antonelo*, lacayos.
Tristan.
El Marqués Ricardo.
Celio, criado.
Camilo.

La Escena es en Nápoles.

ACTO PRIMERO.

ESCENA PRIMERA.

Teodoro con una capa guarnecida de noche, y Tristan criado, y huyendo.

Teodoro.

Huye, Tristan, por aquí.

Tristan.

Notable desdicha ha sido.

Teodoro.

¿Si nos habrá conocido?

Tristan.

No sé: presumo que sí.

ESCENA II.

Diana.

Ah gentil hombre, esperad,
teneos, oid: ¿qué digo?
¿esto se ha de usar conmigo?
volved, mirad, escuchad.
¿Ola, no hay aquí un criado?
¿Ola, no hay un hombre aquí?
¿pues no hombre lo que vía,
ó sueño que me ha burlado?
¿Ola? ¿todos duermen ya?

ESCENA III.

Diana y Fabio.

Fabio.

¿Llama vuestra señoría?

Diana.

Para la cólera mia
gusto esa flema me da.
Corred, necio, en horamala,
pues mereceis este nombre,
y mirad quién es un hombre
que salió de aquesta sala.

Fabio.

¿Desta sala?

Diana.

Caminad,
y responded con los pies.

Fabio.

Voy tras él.

Diana.

Sabed quién es.

Fabio.

¡Hay tal traicion! ¡tal maldad!

ESCENA IV.

Diana y Octavio.

Octavio.

Aunque su voz escuchaba,
á tal hora no creia
que era vuestra señoría,
quien tan apriesa llamaba.

Diana.

¡Muy lindo Santelmo haceis,
bien temprano os acostais,

qué despacio que os moveis!
Andan hombres en mi casa
á tal hora, y aun los siento
casi en mi propio aposento,
que no sé yo dónde pasa
tan grande insolencia, Octavio,
¿y vos muy á lo escudero
cuando yo me desespero,
asi remediais mi agravio?

Octavio.

Aunque su voz escuchaba
á tal hora, no creia
que era vuestra señoría
quien tan apriesa llamaba.

Diana.

Volveos que no soy yo,
acostaos que os hará mal.

ESCENA V.

Dichos y Fabio.

Octavio.

¿Señora?

Fabio.

No he visto tal;
como un gavilan partió.

Diana.

¿Vistes las señas?

Fabio.

¿Qué señas?

Diana.

¿Una capa no llevaba
con oro?

Fabio.

Cuando bajaba

la escalera...

Diana.

Hermosas dueñas
sois los hombres de mi casa...

Fabio.

A la lámpara tiró
el sombrero y la mató,
con esto los pescapasa
y en lo oscuro del portal
saca la espada y camina.

Diana.

Vos sois muy linda gallina...

Fabio.

¿Qué quería?

Diana.

Eso tal:
cerrar con él y un balde...

Octavio.

¿Si era hombre de valor,
fuera bien echar tu honor
desde el portal á la calle?

Diana.

¿De valor aquí, por Dios?

Octavio.

Nadie en Nápoles te quiere,
que mientras casarse espero,
por donde puedes te ve.
¿No hay mil señores que están,
para casarse contigo
ciegos de amor? pues bien digo,
si tú le viste galán,
y Fabio tirar bajando
á la lámpara el sombrero...

Diana.

Sin duda fue caballero,

que amando y solicitando
vencerá con interés
mis criados: ¡qué criados
tengo, Octavio, tan honrados!
pero yo sabré quién es.
Plumas llevaba el sombrero,
y en la escalera ha de estar:
ve por él.

Fabio.

¿Si le he de hallar?

Diana.

Pues claro está, majadero,
que no habia de bajarse
por él, cuando huyendo fue.

Fabio.

Luz, señora, llevaré.

ESCENA VI.

Diana y Octavio.

Diana.

Si ello viene á averiguarse,
no me ha de quedar criado
en casa.

Octavio.

Muy bien harás;
pues cuando segura estas,
te han puesto en ese cuidado.
Pero aunque es bachillería,
y más estando enojada,
hablarte en lo que te enfada,
esta tu justa porfia
de no te querer casar,
causa tantos desatinos,
solicitando caminos

que te obligasen á amar.

Diana

¿Sabes vos alguna cosa?

Octavio.

Yo, señora, no sé mas
de que en opinion estás
de incasable, cuanto hermosa.
El Condado de Belflor
pone á muchos en cuidado.

ESCENA VII.

Dichos y Fabio.

Fabio.

Con el sombrero he topado,
mas no puede ser peor.

Diana.

¿Este?

Octavio.

No le he visto yo
mas sucio.

Fabio.

Pues este fue.

Diana.

¿Este hallaste?

Fabio.

¿Pues yo habia
de engañarte?

Octavio.

Buenas son
las plumas.

Fabio.

El es ladron.

Octavio.

Sin duda á robar venia.

Diana.

Hareisme perder el seso.

Fabio.

Este sombrero tiró.

Diana.

¿Pues las plumas que ví yo,
y tantas, que aun era esceso,
en esto se resolvieron?

Fabio.

Cómo en la lámpara dió,
sin duda se las quemó,
y como estopas ardieron.
Icaro al sol no subia,
que abrasándose las plumas
cayó en las blancas espumas
del mar: pues esto seria.
El sol la lámpara fué,
Icaro el sombrero, y luego
las plumas deshizo el fuego,
y en la escalera le hallé.

Diana.

No estoy para burlas, Fabio:
hay aqui mucho que hacer.

Octavio

Tiempo habrá para saber
la verdad.

Diana.

¿Qué tiempo, Octavio?

Octavio.

Duerme ahora, que mañana
lo puedes averiguar.

Diana.

No me tengo de acostar,
no por vida de Diana,
hasta saber lo que ha sido:

llama esas mugeres todas. *Vase Fábio.*

ESCENA VIII.

Diana y Octavio.

Octavio.

Muy bien la noche acomodas.

Diana.

Del sueño, Octavio, me olvido
con el cuidado de ver
un hombre dentro en mi casa.

Octavio.

Saber despues lo que pasa
fuera discrecion, y hacer
secreta averiguacion.

Diana.

Sois, Octavio, muy discreto,
que dormir sobre un secreto
es notable discrecion.

ESCENA IX.

Dichos, Fábio, Dorotea, Marcela y Anarda.

Fabio.

Las que importan he traido,
que las demas no subirán
lo que deseais, y estan
rindiendo al sueño el sentido.
Las de tu cámara solas
estaban por acostar.

Anarda.

De noche se altera el mar
y se enfurecen las olas;
¿quieres quedar sola?

Diana.

Sí:

salios los dos allá.

Fabio.

Bravo exámen.

Octavio.

Loca está.

Fabio.

Y sospechosa de mí.

ESCENA X.

Diana, Dorotea, Marcela y Anarda.

Diana.

Llegate aqui, Dorotea.

Dorotea.

¿Qué manda su señoría?

Diana.

Que me dijeses quegria
quien esta calle pasea.

Dorotea.

Señora, el Marques Ricardo,
y algunas veces el Conde
Paris.

Diana.

La verdad responde
de lo que decirte aguardo
si quieres tener remedio.

Dorotea.

¿Qué te puedo yo negar?

Diana.

¿Con quién los has visto hablar?

Dorotea.

Si me pusieses en medio
de mil llamas no podré
decir que fuera de tí
hablar con nadie los ví
que en aquesta casa esté.

Diana.

¿No te han dado algun papel?
¿ningun page ha entrado aquí?

Dorotea.

Jamas.

Diana.

Apartate allí.

Marcela.

Brava inquisicion.

Anarda.

Cruel.

Diana.

Oye, Anarda.

Anarda.

¿Qué me mandas?

Diana.

¿Qué hombre es ese que salió,

Anarda.

¿Hombre?

Diana.

Desta sala, y yo
sé los pasos en qué andas.
¿Quién le trajo á que me viese?
¿Con quién habla de vosotras?

Anarda.

No creas tú que en nosotras
tal atrevimiento hubiese.
¿Hombre para verte á tí
habia de osar traer
criada tuya, ni haber
esa traicion contra tí?
No señora, no lo entiendes.

Diana.

Espera, apártate mas,
porque á sospechar me das.

si engañarme no pretendes.
¿Que por alguna criada
este hombre ha entrado aquí?

Anarda.

El verte, señora, así,
y justamente enojada,
dejada toda cautela,
me obliga á decir verdad,
aunque contra el amistad
que profeso con Marcela:
ella tiene á un hombre amor,
y él se lo tiene tambien;
mas nunca he sabido quien.

Diana.

Negarlo, Anarda, es error:
¿ya que confiesas lo mas,
para qué niegas lo menos?

Anarda.

Para secretos agenos
mucho tormento me das,
sabiendo que soy muger:
mas basta que hayas sabido
que por Marcela ha venido;
bien te puedes recoger,
que es sola conversacion,
y ha poco que se comienza.

Diana.

¡Hay tal cruel desvergüenza!
buena andará la opinion
de una muger por casar:
por el siglo infame gente,
del Conde mi señor....

Anarda.

Tente,
y déjame disculpar;

que no es de fuera de casa
el hombre que habla con ella,
ni para venir á verla
por esos peligros pasa.

Diana.

¿En efecto, es mi criado?

Anarda.

Si señora.

Diana.

¿Quién?

Anarda.

Teodoro.

Diana.

¿El secretario?

Anarda.

Yo ignoro
lo demas, sé que han hablado.

Diana.

Retírate Anarda, allí.

Anarda.

Muestra aquí tu entendimiento.

Diana.

Con mas templanza me siento,
sabiendo que no es por mí.
¿Marcela?

Marcela.

¿Señora?

Diana.

Escucha.

Marcela.

¿Qué mandas? Temblando llego.

Diana.

¿Eres tú de quien fiaba
mi honor y mis pensamientos?

Marcela.

¿Pues qué te han dicho de mí,
sabiendo tú que profeso
la lealtad que mereces?

Diana.

¿Tú lealtad?

Marcela.

¿En qué te ofendo?

Diana.

¿No es ofensa que en mi casa,
y dentro de mi aposento,
entre un hombre á hablar contigo?

Marcela.

Está Teodoro tan nécio,
que donde quiera me dice
dos docenas de requiebros.

Diana.

Dos docenas, bueno á fé:
bendiga el buen año el Cielo,
pues se venden por docenas.

Marcela.

Quiero decir que en saliendo
ó entrando, luego á la boca
traslada sus pensamientos.

Diana.

¿Traslada? ¡término estraño!
¿y qué te dice?

Marcela.

No creo
que se me acuerde.

Diana.

Si hará.

Marcela.

Una vez dice, yo pierdo
el alma por esos ojos.

otra, yo vivo por ellos:
esta noche no he dormido
desvelando mis deseos
en tu hermosura; otra vez
me pide solo un cabello
para atarlos, porque estén
en su pensamiento quedos;
¿mas para qué me preguntas
niñerías?

Diana.

Tú, á lo menos,
bien te huelgas.

Marcela.

No me pesa,
porque de Teodoro entiendo
que estos amores dirige
á fin tan justo y honesto
como el casarse conmigo.

Diana.

Es el fin del casamiento
honesto blanco de amor.
¿Quieres que yo trate de esto?

Marcela.

¡Qué mayor bien para mí!
pues ya, señora, que veo
tanta blandura en tu enojo,
y tal nobleza en tu pecho,
te aseguro que le adoro,
porque es el mozo mas cuerdo,
mas prudente y entendido,
mas amoroso y discreto
que tiene aquesta ciudad.

Diana.

Ya sé yo su entendimiento
del oficio que me sirve.

Marcela.

Es diferente el sugeto
de una casta en que le pruebas,
á dos títulos tus deudos,
ó el verle hablar mas de cerca
en estilo dulce y tierno
razones enamorados.

Diana.

Marcela, aunque me resuelvo
á que os caseis cuando sea
para ejecutarlo tiempo,
no puedo dejar de ser
quien soy, como ves que debo
á mi generoso nombre;
porque no fuera bien hecho
daros lugar en mi casa,
sustentar mi enojo quiero,
pues que ya todos lo saben,
tú podrás con mas secreto
proseguir ese tu amor:
que en la ocasion yo me ofrezco
á ayudaros á los dos,
que Teodoro es hombre cuerdo,
y se ha criado en mi casa.
Y á tí, Marcela, te tengo
la obligacion que tú sabes,
y no poco parentesco.

Marcela.

A tus pies tienes tu hechura.

Diana.

Vete.

Marcela.

Mil veces los beso.

Diana.

Dejadme sola.

Anarda.

¿Qué ha sido?

Marcela.

Enojos en mi provecho.

Doroteo.

¿Sabe tus secretos ya?

Marcela.

Si sabe, y que son honestos. (1)

Diana.

Mil veces he advertido en la belleza,
gracia y entendimiento de Teodoro,
que á no ser desigual á mi decoro,
estimara su ingénio y gentileza.
Es el amor comun naturaleza:
mas yo tengo mi honor por mas tesoro,
que los respetos de quien soy adoro,
y aun el pensarlo tengo por bajeza.
La envidia bien sé yo que ha de quedarme,
que si la suelen dar bienes agenos,
bien tengo de que pueda lamentarme.
Porque quisiera yo qué por lo menos,
Teodoro fuera mas para igualarme,
ó yo para igualarle fuera menos.

ESCENA XII.

Teodoro y Tristan.

Teodoro.

No he podido sosegar.

Tristan.

Y aun es con mucha razon,
que ha de ser su perdicion,
si lo llega á averiguar.

(1) *Hacenla tres reverencias y vanse.*

Díjete que la dejáras
acostar, y no quisiste.

Teodoro.

Nunca el amar se resiste.

Tristan

Tiras, pero no reparas.

Teodoro.

Los diestros lo hacen asi.

Tristan

Bien sé yo que si lo fueras,
el peligro conocieras.

Teodoro.

¿Si me conoció?

Tristan.

No, y si;
que no conoció quien eras,
y sospecha le quedó.

Teodoro

Cuando Fabio me siguió
bajando las escaleras,
fue milagro no matalle.

Tristan.

¡Qué lindamente tiré
mi sombrero á la luz!

Teodoro.

Fue
detenelle y deslumbralle;
porque si adelante pasa,
no le dejára pasar.

Tristan.

Dije á la luz al bajar:
dí, que no somos de casa.
Y respondiome, mentis,
alzo, y tírele el sombrero:
¿quedé agraviado?

*

Teodoro.

Hoy espero
mi muerte.

Tristan.

Siempre decís
esas cosas los amantes,
cuando ménos pena os dan.

Teodoro.

¿Pues qué puedo hacer Tristan,
en pel igro semejante?

Tristan.

Dejar de amar á Marcela,
pues la Condesa es muger
que si lo llega á saber,
no te ha de valer cautela
para no perder su casa.

Teodoro.

¿Qué no hay mas, sino olvidar?

Tristan.

Lecciones te quiero dar
de cómo el amor se pasa.

Teodoro.

Ya comienzas desatinos.

Tristan

Con arte se vence todo,
oye por tu vida el modo,
por tan fáciles caminos.
Primeramente has de hacer
resolucion de olvidar,
sin pensar que has de tornar
eternamente á querer.
Que si te queda esperanza
de volver no habrá remedio
de olvidar, que si está en medio
la esperanza, no hay mudanza;

¿Por qué piensas que no olvida
luego un hombre á una muger?
porque pensando en volver
va entreteniendo la vida.
Ha de haber resolucion
dentro del entendimiento,
con que cesa el movimiento
de aquella imaginacion.
¿No has visto faltar la cuerda
de un relox, y estarse quedas
sin movimiento las ruedas?
pues de esa suerte se acuerda
el que tiene las potencias,
cuando la esperanza falta.

Teodoro.

¿Y la memoria no falta
luego á hacer mil diligencias
despertando el sentimiento
á que del bien no se prive?

Tristan.

Es enemigo que vive
asido al entendimiento,
como dijo la cancion
de aquel español poeta,
mas por eso es linda treta
vencer la imaginacion.

Teodoro.

Cómo.

Tristan.

Pensando defectos
y no gracias, que olvidando
defectos están pensando,
que no gracias, los discretos.
No la imagines vestida
con tan linda proporcion,

de cintura, en el balcon,
toda es una arquitectura
porque dijo un sábio un dia,
que á los sastres se debia
la mitad de la hermosura.
Como se ha de imaginar
una muger semejante,
es como un disciplinante
que le llevan á curar.
Esto sí, que no adornada
del costoso faldellin,
pensar defectos en fin
es medicina probada.
Si de acordarte que vias
alguna vez una cosa
que te pareció asquerosa,
no comes en treinta dias,
acordándote, señor,
de los defectos que tiene,
si á la memoria te viene,
se te quitará el amor.

Teodoro.

¡Que grosero cirujano!
¡qué rústica curacion!
los remedios al fin son
como de tu tosca mano.
Médico impírico eres,
no has estudiado, Tristan,
y no imagino que estan
desa suerte las mugeres,
sino todas cristalinas,
como un vidrio trasparentes.

Tristan.

Vidrio sí, muy bien lo sientes,
si á verlas quebrar caminas;

mas sino piensas pensar
defectos, pensarte puedo:
porque va perdido el miedo
de que podrás olvidar:
par diez, yo quise una vez,
con esta cara que miras,
á una alforja de mentiras,
años cinco veces diez.
Y entre otros dos mil defectos,
cierta barriga tenia
que encerrar dentro podia,
sin otros mil parapetos,
cuantos legajos de pliegos
algun escritorio apoya:
pues cómo el caballo en Troya,
pudiera meter los griegos.
¿Nohas oido que tenia
cierto lugar un nogal,
que en el tronco un oficial
con muger y hijas cabia,
y aun no era la casa escasa?
pues desa misma manera
en esa panza cupiera
un tejedor, y su casa.
Y queriéndola olvidar,
que debió de convenirme,
dió la memoria en decirme,
que pensase en blanco azar,
en azucena y jazmin,
en marfil, en plata, en nieve,
y en la cortina que debe
de llamarse el faldellin.
Con que yo me deshacia,
mas tomé mal cuerdo acuerdo,
y dí en pensar como cuerdo,

lo que mal les parecia:
cestos de calabazones,
baules viejos, maletas
de cartas para estafetas,
almofrejes y jergones:
con que se trocó en desden
el amor y la esperanza,
y olvidé la dicha panza,
por siempre jamás amen:
que era tal que en los dobleces,
y no es mucho encarecer,
se pudieran esconder
cuatro manos de almireces.

Teodoro.

En las gracias de Marcela
no hay defectos que pensar,
yo no la pienso olvidar.

Tristan.

Pues á tu desgracia apela,
y sigue tan loca empresa.

Teodoro.

Todo es gracias: ¿qué he de hacer?

Tristan.

Pensarlas, hasta perder
la gracia de la Condesa.

ESCENA XIII.

Dichos y Diana.

Diana.

¿Teodoro?

Teodoro.

La misma es.

Diana.

Escucha.

Teodoro.

A tu hechura manda.

Tristan.

Si en averiguarlo anda,
de casa volamos tres.

Diana.

Hame dicho cierta amiga
que desconfia de sí,
que el papel que traigo aqui
le escriba; á hacerlo me obliga
la amistad, aunque yo ignoro,
Teodoro, cosas de amor,
y que le escribas mejor
vengo á decirte, Teodoro.
Tómale, y lee.

Teodoro.

Si aqui,
señora, has puesto la mano,
igualarle fuera en vano,
y fuera soberbia en mí.
Sin verle, pedirte quiero,
que á esa señora le envies.

Diana.

Lee, lee.

Teodoro.

Que desconfies
me espanto: aprender espero
estilo que yo no sé,
que jamás traté de amor.

Diana.

¿Jamás, jamás?

Teodoro.

Con temor
de mis defectos no amé,
que fuí muy desconfiado.

Diana.

Y se puede conocer
de que no te dejas ver,
pues que te vas rebozado.

Teodoro

¿Yo, señora? ¿cuándo ó cómo?

Diana.

Dijéronme que salió
anoche acaso, y te vió
rebozado el mayordomo.

Teodoro

Andaríamos burlando
Fabio y yo, como solemos;
que mil burlas nos hacemos.

Diana.

Lee, lee.

Teodoro.

Estoy pensando,
que tengo algun envidioso.

Diana.

Zelosa podria ser:
lee, lee.

Teodoro.

Quiero ver
ese ingenio milagroso.

Lee. *Amar por ver amar, envidia ha sido,*
y primero que amar estar zelosa,
es invencion de amor maravillosa,
y que por imposible se ha tenido.
De los zelos mi amor ha procedido
por pesarme, que siendo mas hermosa
no fuese en ser amada tan dichosa,
que hubiese lo que envidio merecido.
Estar sin ocasion desconfiada,
zelosa sin amor, aunque sintiendo,

debo de amar, pues quiero ser amada.
Ni me dejo forzar, ni me defiendo,
darme quiero á entender sin decir nada:
entiéndame quien puede, yo me entiendo.

Diana.

¿Qué dices?

Teodoro.

Que si esto es
á propósito del dueño,
no he visto cosa mejor;
mas confieso que no entiendo
cómo puede ser que amor
venga á nacer de los zelos,
pues muere regularmente.

Diana.

Porque esta dama sospecho
que se agradaba de ver
ese galan sin deseo,
y viéndole ya empleado
en otro amor, con los zelos,
vino á amar y á desear:
¿puede ser?

Teodoro.

Yo lo concedo:
mas ya esos zelos, señora,
de algun principio nacieron.
Y ese fue amor, que la causa
no nace de los efectos,
sino los efectos della.

Diana.

No sé, Teodoro; esto siento
desa dama, pues me dijo
que nunca á tal caballero
tuvo mas que inclinacion,
y en viéndole amor, salieron

al camino de su honor
mil salteadores deseos,
que le han desnudado el alma
del honesto pensamiento
con que pensaba vivir.

Teodoro.

Muy lindo papel has hecho:
yo no me atrevo á igualarle.

Diana.

Entra y prueba.

Teodoro.

No me atrevo;

Diana.

Haz esto por vida mia.

Teodoro.

Vueseñoría con esto
quiere probar mi ignorancia.

Diana.

Aquí aguardo, vuelvo luego.

Teodoro.

Yo soy....

Diana.

Escucha, Tristan.

ESCENA XIV.

La Condesa y Tristan.

Tristan.

A ver lo que mandas vuelvo,
con vergüenza destas calzas,
que el secretario mi dueño
anda salido estos dias;
y hace mal un caballero,
sabiendo que su lacayo
le va sirviendo de espejo,

de lucero y de cortina,
en no traerle bien puesto:
escalera del señor,
si va á caballo, un discreto
nos llamó, pues á su cara
se sube por nuestros cuerpos
no debe de poder mas

Diana.

¿Juega?

Tristan.

Pluguiera á los cielos,
que á quien juega nunca falta
desto, ó de aquello dineros:
antiguamente los reyes
algun oficio aprendieron,
por sí en la guerra ó la mar
perdian su patria y reino
saber con que sustentarse;
dichosos los que pequeños
aprendieron á jugar;
pues en faltando es el juego
un arte noble que gana
con poca pena el sustento.
Verás un grande pintor
acrisolado el ingenio
hacer una imágen viva,
y decir el otro necio,
que no vale diez escudos;
y que el que juega en diciendo
páro, con salir la suerte
le sale al ciento por ciento.

Diana.

¿En fin no juega?

Tristan.

Es cuitado;

Diana.

A la cuenta será cierto
tener amores.

Tristan.

¿Amores?
¡oh qué donaire! es un hielo.

Diana.

¿Pues un hombre de su talle,
galan, discreto y mancebo,
no tiene algunos amores,
de honesto entretenimiento?

Tristan

Yo trato en paja y cebada,
no en papeles, ni en requiebros;
de dia te sirve aqui,
que está ocupado sospecho.

Diana.

¿Pues nunca sale de noche?

Tristan

No le acompaño, que tengo
una cadera quebrada.

Diana.

¿De qué, Tristan?

Tristan.

Bien te puedo
responder lo que responden
las mal casadas, en viendo
cardenales en su cara
del mojicon de los zelos;
rodé por las escaleras.

Diana.

¿Rodaste?

Tristan.

Por largo trecho,
con las costillas conté

los pasos.

Diana.

Forzoso es eso,
si á la lámpara, Tristan,
le tirabas el sombrero.

Tristan.

O de puto, vive Dios, *ap.*
que se sabe todo el cuento.

Diana.

¿No respondes?

Tristan.

Por pensar
cuando.... pero ya me acuerdo;
anoche andaban en casa
unos murciégalos negros;
el sombrero los tiraba,
fuese á la luz uno dellos,
y acerté por dar en él
en la lámpara, y tan presto
por la escalera rodé,
que los dos pies se me fueron.

Diana.

Todo está muy bien pensado,
pero un libro de secretos
dice que es buena la sangre
para quitar el cabello,
de esos murciégalos digo,
y haré yo sacarla luego,
si es cabello la ocasion,
para quitarla con ellos.

Tristan.

Vive Dios que hay chamusquina,
y que por murciegalero
me pone en una galera. *Vase.*

Diana.

¡Qué traigo de pensamientos! *ap.*

ESCENA XV.

Diana y Teodoro.

Teodoro.

Ya lo que mandaste hice.

Diana.

¿Escribiste?

Teodoro.

Ya lo he hecho,
aunque bien desconfiado.

Diana.

Muestra.

Teodoro

Lee.

Diana.

Dice esto.

Lee. *Querer por ver querer, envidia fuera,*
si quien la vió sin ver amar, no amára,
porque si antes de amor, no amar pensára
despues no amára, puesto que amar viera.
Amor que lo que agrada considera
en agena poder, su amor declara,
que como la color sale á la cara;
sale á la lengua lo que el alma altera.
No digo mas, porque lo mas ofendo
desde lo menos, si es que desmerezco,
porque del ser dichoso me defiendo.
Esto que entiendo solamente ofrezco,
que lo que no merezco, no lo entiendo,
por no dar á entender lo que merezco.

Diana.

Muy bien guardaste el decoro.

Teodoro.

¿Bdrlaste?

Diana.

Pluguiera á Dios.

Teodoro.

¿Qué dices?

Diana.

Que de los dos
el tuyo vence, Teodoro.

Teodoro.

Pésame, pues no es pequeño
principio de aborrecer
un criado, el entender
que sabe mas que su dueño.
De cierto Rey se contó
que le dijo á un gran privado,
un papel me dá cuidado,
y si bien le he escrito yo,
quiero ver otro de vos,
y el mejor escoger quiero:
como vió que el Rey decia
que era su papel mejor,
fuese, y díjole al mayor
hijo de tres que tenia;
vámonos del reino luego,
que en gran peligro estoy yo:
el mozo le preguntó
la causa, turbado y ciego:
y respondióle: ha sabido
el Rey que yo sé mas que él:
que es lo que en este papel
me puede haber sucedido.

Diana.

No, Teodoro, que aunque digo
que es el tuyo mas discreto,

es porque sigue el concepto
de la materia que sigo;
y no para que presuma
su pluma que si me agrada,
pierdo el estar confiada
de los puntos de mi pluma.
Fuera de que soy muger
á cualquiera error sujeta,
y no sé si muy discreta,
como se echará de ver.
Desde lo menos aquí
dices que ofendes lo mas,
y amando, engañado estas,
porque en amor no es así.
Que no ofende un desigual
amando, pues solo entiendo,
que le ofende aborreciendo.

Teodoro.

Esa es razon natural.
Mas pintaron á Faetonte
y á Icaro despeñados,
uno en caballos dorados
precipitado en un monte,
y otro con alas de cera
derretido en el crisol
del sol.

Diana.

No lo hiciera el sol,
si como es sol muger fuera.
Si alguna cosa sirviera
alta, árbola, y confia,
que amor no es mas que porfia,
no son piedras las mugeres.
Yo me llevo este papel,
que despacio me conviene

verle.

Teodoro.

Mil errores tiene.

Diana

No hay error ninguno en él.

Teodoro.

Honras mi deseo, aquí
traigo el tuyo.

Diana.

Pues allá
le guarda, aunque bien será
rasgarle.

Teodoro.

¿Rasgarlo?

Diana.

Sí,
que importa que se pierda
si se puede perder mas.

ESCENA XVI.

Teodoro.

Fuese. ¿Quién pensó jamás
de muger tan noble y cuerda
esto? ¿arrojarse tan presto
á dar su amor á entender?
pero tambien puede ser
que yo me engañase en esto.
Mas no me ha dicho jamas,
ni á lo menos se me acuerda,
pues que importa que se pierda,
si se puede perder mas.
Perder mas, bien puede ser,
por la muger que decia,
mas todo es bachillería,
y ella la misma muger.

Aunque no, que la Condesa
es tan discreta y tan varia,
que es la cosa mas contraria
de la ambicion que profesa.
Sirbenla Príncipes hoy
en Nápoles, que no puedo
ser su esclavo, tengo miedo,
que en grande peligro estoy.
Ella sabe que á Marcela
sirvo, pues aquí ha fundado
el engaño, y me ha burlado;
pero en vano se recela
mi temor, porque jamas
burlando salen colores,
y al decir con mil temores
que se puede perder mas....
¿qué rosa al llorar la Aurora
hizo de las hojas ojos,
abriendo los labios rojos
con risa á ver como llora,
como ella los puso en mí,
bañada en púrpura y grana?
¡ó qué pálida manzana
se esmaltó de carmesí!
Lo que veo y lo que escucho
yo lo juzgo, ó estoy loco,
para de verdades poco,
y para de burlas mucho:
mas teneos pensamiento,
que os vais ya tras la grandeza;
aunque si digo belleza,
bien sabe Dios que no miento:
que es bellísima Diana,
y es discreta sin igual.

ESCENA XVII.

Teodoro y Marcela.

Marcela.

¿Puedo hablarte?

Teodoro.

Ocasion tal
mil imposibles allana;
que por tí, Marcela mia,
la muerte me es agradable.

Marcela

Como yo te vea y hable,
dos mil vidas perderia:
estuve esperando el dia
como el pajarillo solo,
y cuando ví que en el Polo,
que Apolo mas presto dora,
le dispertaba la Aurora,
díje yo veré mi Apolo:
grandes cosas han pasado,
que no se quiso acostar
la Condesa, hasta dejar
satisfecho su cuidado:
amigas que han envidiado
mi dicha con deslealtad,
le han contado la verdad;
que entre quien sirve, aunque veas
que hay amistad, no lo creas,
porque es fingida amistad.
Todo lo saba en secreto,
que si es Diana la Luna,
siempre quien ama importuna;
salió y vió nuestro secreto.
Pero será, te prometo,

para mayor bien, Teodoro,
que del honesto decoro
con que tratás de casarte,
le dí parte, y dije, aparte
cuan tiernamente te adoro,
tus prendas le encarecí,
tu estilo, tu gentileza;
y ella entonces su grandeza
mostró tan piadosa en mí,
que se alegra de que en tí
hubiese los ojos puesto,
y de casarnos muy presto
palabra tambien me dió,
luego que de mí entendió
que era tu amor tan honesto.
Yo pensé que se enojara
y la cosa revolviera,
que á los dos nos despidiera
y á los demas castigara;
mas su sangre ilustre y clara,
y aquel ingénio, en efecto,
tan prudente y tan perfecto,
conoció lo que mereces.
¡O bien haya, amen mil veces,
quien sirve á señor discreto!

Teodora.

¿Qué casarme prometió
contigo?

Marcela.

¿Pues pones duda
que á su ilustre sangre acuda?

Teodora

Mi ignorancia me engañó,
¡qué nécio pensaba yo
que hablaba en mí la Condesa!

de haber pensado me pesa
que pudo tenerme amor,
que nunca tan alto azor
se humilla á tan baja presa.

Marcela

¿Qué murmuras entre tí?

Teodoro

Marcela, conmigo habló;
pero no se declaró.
en darme á entender que fuí
el que embozado salí
anoche de su aposento.

Marcela.

Fue discreto pensamiento,
por no obligarse al cástigo
de saber que hablé contigo,
sino lo es el casamiento;
que el castigo mas piadoso
de dos que se quieren bien,
es casarlos.

Teodoro.

Dices bien;
y el remedio mas honroso.

Marcela

¿Querrás tú?

Teodoro.

Seré dichoso.

Marcela.

Confirmalo.

Teodoro.

Con los brazos,
que son los rasgos y lazos
de la pluma del amor,
pues no hay rúbrica mejor,
que la que firman los brazos.

ESCENA XVIII.

Dichos y Diana.

Diana.

Esto se ha enmendado bien;
agora estoy muy contenta,
que siempre á quien reprehende
dá gran gusto ver la enmienda.
No os turbeis, ni os altereis.

Teodoro.

Dije, señora, á Marcela
que anoche salí de aquí
con tanto disgusto y pena
de que vuestra señoría
imaginase en su ofensa
este pensamiento honesto,
para casarme con ella,
que me he pensado morir;
y dándome por respuesta
que mostrabas en casarnos
tu piedad y tu grandeza,
díle mis brazos, y advierte
que si mentirte quisiera,
no me faltara un engaño:
pero no hay cosa que venza
como decir la verdad
á una persona discreta.

Diana.

Teodoro, justo castigo
la deslealtad mereciera,
de haber perdido el respeto
á mi casa; y la nobleza
que usé anoche con los dos,
no es justo que parte sea

á que os atrevais así;
que en llegando á desvergüenza
el amor, no hay privilegio
que el castigo le defienda.
Mientras no os casais los dos,
mejor estará Marcela
cerrada en un aposento,
que no quiero yo que os vean
juntos las demas criadas,
y que por ejemplo os tengan
para casarseme todas.
Dorotea, ah Dorotea.

ESCENA XIX.

Dichos y Dorotea.

Dorotea.

¿Señora?

Diana.

Toma esta llave,
y en mi propia cuadra encierra
á Marcela, que estos dias
podrá hacer labor en ella.
No digais que esto es enojo.

Dorotea.

¿Qué es esto, Marcela?

Marcela.

Fuerza
de un poderoso tirano,
y una rigurosa estrella:
encierrame por Teodoro.

Dorotea.

Carcel aquí, no la temas,
y para puertas de zelos
tiene amor llave maestra.

ESCENA XX.

Diana y Teodoro.

Diana.

¿En fin, Teodoro, tú quieres
casarte?

Teodoro.

Yo no quisiera
hacer cosa sin tu gusto;
y creeme, que mi ofensa
no es tanta como te han dicho,
que bien sabes que con lengua
de escorpion pintan la envidia;
y que si Ovidio supiera
que era servir, en los campos,
no en las montañas desiertas,
pintára su escura casa,
que aquí habita y aquí reina.

Diana.

Luego no es verdad que quieres
á Marcela?

Teodoro.

Bien pudiera
vivir sin Marcela yo.

Diana.

Pues me dicen que por ella
pierdes el seso.

Teodoro.

Es tan poco,
que no es mucho que le pierda;
mas crea vueseñoría,
que aunque Marcela mereciera
esas finezas, en mí
no ha habido tales finezas.

Diana.

¿Pues no le has dicho requiebros
tales, que engañar pudieran
á muger de más valor.

Teodoro.

Las palabras poco cuestan.

Diana.

¿Qué le has dicho por mi vida?
¿cómo, Teodoro, requiebran
los hombres á las mugeres?

Teodoro.

Como quien ama y quien ruega,
vistiendo de mil mentiras
una verdad, y esa apenas.

Diana.

¿Sí, pero con las palabras?

Teodoro.

Estrañamente me aprieta
vueseñoría. Esos ojos,
le dije, esas niñas bellas,
son luz con que ven los mios,
y los corales y perlas
de esa boca celestial.

Diana.

¿Celestial?

Teodoro.

Cosas como estas
son la cartilla, señora,
de quien ama y quien desea.

Diana.

¡Mal gusto tienes, Teodoro,
no te espantes de que pierdas
hoy el crédito conmigo,
porque sé yo que en Marcela
hay mas defectos que gracias,

como la miro mas cerca,
sin esto, porque no es limpia;
no tengo pocas pendencias
con ella, pero no quiero
desenamorarte de ella,
que bien pudiera decirte
cosa, pero aquí se quedan
sus gracias y sus desgracias,
que yo quiero que la quieras,
y que os caseis en buena hora;
mas pues de amador te precias,
dame consejo, Teodoro,
así á Marcela poseas,
para aquella amiga mia,
que ha dias que no sosiega
de amores un hombre humilde;
porque si en quererle piensa
ofende su autoridad,
y si de quererle deja,
pierde el juicio de zelos,
que el hombre que no sospecha
tanto amor, anda cobarde,
aunque es discreto con ella.

Teodoro

¿Yo, señora, sé de amor?
no sé por Dios como pueda
aconsejarte.

Diana.

No quieres,
como dices, á Marcela?
¿no le has dicho esos requiebros?
Tuvieran lengua las piedras,
que ellas dijeran.

Teodoro.

No hay cosa

que decir las piedras puedan.

Diana.

Ea, que ya te sonrojas,
y lo que niega la lengua,
confiesas con los colores.

Teodoro.

Si ella te lo ha dicho, es nécia;
una mano la tomé,
y no me quedé con ella,
que luego se la volví,
no sé yo de qué se queja.

Diana.

Sí; pero hay manos que son
como la paz de la Iglesia,
que siempre vuelven besadas.

Teodoro.

Es necísima Marcela;
es verdad que me atreví,
pero con mucha vergüenza,
á que templase la boca
con nieve y con azucenas.

Diana.

¿Con azucenas y nieve?
huelgo de saber que templa
ese emplasto el corazon:
ahora bien, ¿qué me aconsejas?

Teodoro.

Que si esta dama que dices
hombre tan bajo desea,
y de quererle resulta
á un honor tanta bajeza,
haga que con un engaño,
sin que la conozca, pueda
gozarle.

Diana.

Queda el peligro
de presumir que lo entienda;
¿No será mejor matarle?

Teodoro.

De Marco Aurelio se cuenta
que dió á su muger Faustina
para quitarle la pena
sangre de un esgrimidor,
pero esas romanas pruebas
son buenas entre gentiles.

Diana.

Bien dices que no hay Lucrecias,
ni Torcatos, ni Virgilios
en esta edad, y en aquella
hubo Faustinas, Teodoro,
Mesalinas y Popeas;
escríbeme algun papel
que á este propósito sea
y queda con Dios: ¡ay Dios!
cai: ¿qué me miras? llega,
dame la mano.

Teodoro.

El respeto
me detuvo de ofrecerla.

Diana.

¡Qué graciosa grosería!
¡qué con la capa la ofrezcas!

Teodoro.

Así cuando vas á Misa
te la da Octavio.

Diana.

Es aquella
mano que yo no la pido,
y debe de haber setenta

[illegible] que fue mano, y viene
amortajada por muerta:
guardar quien ha caido
á que se vista de seda,
es como ponerse un jaco
quien ve al amigo en pendencia,
quien mientras baja le han muerto;
demás y que no es bien que tenga
nadie por mas cortesía,
aunque melindres lo aprueban,
que una mano si es honrada,
trayga la cara cubierta.

Teodoro.

Quiero estimar la merced
que me has hecho.

Diana.

Cuando seas
escudero la darás
en el ferreruelo envuelta,
que agora eres secretario;
con que te he dicho que tengas
secreta aquesta caida;
si levantarte deseas. *Vase.*

Teodoro.

¿Puedo creer que es aquesto verdad? Puedo,
si miro que es muger Diana hermosa;
pidió mi mano, y la color de rosa
al dársela robó del rostro el miedo.
Temblé, yo lo sentí, dudoso quedo,
¿qué haré? seguir mi suerte venturosa,

si bien por ser la empresa tan dudosa,
niego al temor lo que al valor concedo.

Mas dejar á Marcela es caso injusto,
que las mugeres no es razon que esperen
de nuestra obligacion tanto disgusto.

Pero si ellas nos dejan cuando quieren
por cualquiera interés ó nuevo gusto,
mueran tambien como los hombres mueren.

ACTO SEGUNDO.

ESCENA PRIMERA.

Teodoro.

Nuevo pensamiento mío,
desvanecido en el viento,
que con ser mi pensamiento
de verós volar me río,
parad, deteneď el brio,
que os detengo y os provoco,
porque si el intento es loco,
de los dos lo mismo escucho,
aunque donde el premio es mucho,
el atrevimiento es poco;
y si por disculpa dais
que es infinito el que espero,
averiguemos primero,
pensamiento, ¿en qué os fundais?
¿vos á quien servís amais?
Direis que ocasion teneis,
si á vuestros ojos creeis,
pues, pensamiento, decildes
que sobre paja humildes
torre de diamante haceis:
si no me sucede bien
quiero culparos á vos,
mas temiéndola los dos,
no es justo que culpa os den,
que podreis decir tambien
cuando del alma os levanto

y de la altura me espanto
donde el amor os subió,
que el estar tan bajo yo
os hace á vos subir tanto.
Cuando algun hombre ofendido
al que le ofende defiende,
que dió la ocasion, se entiende,
del daño que os ha venido:
sed en buen hora atrevido,
que aunque los dos nos perdamos,
esta disculpa llevamos,
que vos os perdeis por mí,
y que yo tras vos me fuí
sin saber adonde vamos.
Id en buen hora, aunque os den
mil muertes por atrevido,
que no os llamara perdido
el que se pierde tan bien:
como otros dan parabien
de lo que hallan, estoy tal,
que de perdicion igual
os le doy, porque es perderse
tan bien que puede tenerse
envidia del mismo mal.

ESCENA II.

Teodoro y Tristan.

Tristan.

Si en tantas lamentaciones
cabe un papel de Marcela,
que contigo se consuela
de tus pasadas pasiones,
bien te le daré sin porte,
porque quien no ha menester

nadie le procure ver
á la usanza de la Corte,
cuando está en alto lugar
un hombre, ¡Y qué bien lo imitas!
que le vienen de visitas
á molestar y enfadar;
pero si muda de estado,
como es la fortuna incierta,
todos huyen de su puerta
como si fuese apestado.
¿Parécete que lavemos
en vinagre este papel?

Teodoro.

Contigo, necio, y con él
entrambas cosas tenemos,
muestra que vendrá lavado,
si en tus manos ha venido

Lee. *A Teodoro mi marido:*
¿marido? ¡qué necio enfado!
¡qué necia cosa!

Tristan.

Es muy necia.

Teodoro.

Pregúntale á mi ventura
si subida á tanta altura
esas mariposas precia.

Tristan.

Leele, por vida mia,
aunque ya estés tan divino,
que no se desprecia el vino
de los mosqueles que cria
que sé yo cuando Marcela
que fuimos ya mariposa,
era águila andaluza.

*

Teodoro.

El pensamiento que vuela
á los mismos cerros de oro
del sol tan baja la mira
que aun de que la ve se admira.

Tristan.

Hablas con justo decoro:
¿mas qué haremos del papel?

Teodoro.

Esto.

Tristan.

¿Rasgástele?

Teodoro.

Sí.

Tristan.

¿Por qué señor?

Teodoro.

Porque así
respondí mas presto á él.

Tristan.

Ese es injusto rigor.

Teodoro.

Ya soy otro, no te espantes.

Tristan.

Basta que sois los amantes
boticarios del amor
que como ellos las recetas
vais ensartando papeles
récipe zelos crueles
agua de azules violetas.
Récipe un desden estraño
sirupi del bordajorum
con que la sangre templorum
para asegurarse el daño
Recipe ausencia, tomad

un emplasto para el pecho,
que os hiciera más provecho
estaros en la ciudad.
Recipe de matrimonio,
allí es menester jarabes,
y otros diez días suaves
purgarle con antimonio.
Recipe sigue celeste,
que capricornius dicetur,
ese enfermo morietur,
sino es que paciencia preste.
Recipe de alguna tienda
joya, ó vestido sacabis,
con tus tretas confortabis
la bolsa que tú emprenda.
A esta traza finalmente
van todo el año ensartando;
llega la paga, en pagando,
ó viva ó muera el doliente.
Se rasga todo papel,
tú la cuenta has acabado,
y el de Marcela has rasgado
sin saber lo que hay en él.

Teodoro.

Ya tú debes de venir
con el vino que otras veces.

Tristan.

Pienso que te desvaneces
con lo que intentas subir.

Teodoro.

Tristan, cuantos han nacido
su ventura han de tener,
no saberla conocer
es el no haberla tenido,
ó morir en la porfía,

ó ser conde de Bellor.

Tristan.

César llamáron, señor,
á aquel Duque que traia
escrito por gran blason:
César ó nada; y en fin
tuvo tan contrario el fin,
que al fin de su pretension,
escribió una pluma airada:
César ó nada dijiste,
y todo César lo fuiste,
pues fuiste César y nada.

Teodoro.

Pues tomo Tristan la empresa,
y haga despues la fortuna
lo que quisiere. *Vase Tristan.*

ESCENA III.

Teodoro, Marcela y Dorotea.

Dorotea.

Si á alguna
de tus desdichas le pesa,
de todas las que servímos
á la Condesa, soy yo.

Marcela.

En la prision que me dió
tan justa amistad hicimos,
y yo me siento obligada
de suerte, mi Dorotea,
que no habrá amiga que sea
mas de Marcela estimada:
Anarda piensa que yo
no sé como quiere á Fabio,
pues della nació mi agravio,

que á la Condesa contó
los amores de Teodoro.

Dorotea.

Teodoro está aquí.

Marcela.

Mi bien.

Teodoro.

Marcela, el paso detén.

Marcela.

Cómo mi bien, si te adoro,
cuando á mis ojos te ofreces?

Teodoro

Mira lo que haces y dices,
que en palacio los tapices
han hablado algunas veces.
¿De qué piensas que nació
hacer figuras en ellos?
de avisar de que tras dellos
siempre algun vivo escuchó.
Si un mudo viendo matar
á un Rey, su padre, dió voces,
figuras que no conoces
pintadas sabrán hablar.

Marcela.

Has leido mi papel.

Teodoro.

Sin leerle le he rasgado,
que estoy tan escarmentado,
que rasgué mi amor con él.

Marcela.

¿Son los pedazos aquestos?

Teodoro.

Sí, Marcela.

Marcela.

¿Y mi amor

ó ser conde de Bellor.

Tristan.

César llamáron, señor,
á aquel Duque que traia
escrito por gran blason:
César ó nada; y en fin
tuvo tan contrario el fin,
que al fin de su pretension,
escribió una pluma airada:
César ó nada dijiste,
y todo César lo fuiste,
pues fuiste César y nada.

Teodoro.

Pues tomo Tristan la empresa,
y haga despues la fortuna
lo que quisiere. *Vase Tristan.*

ESCENA III.

Teodoro, Marcela y Dorotea.

Dorotea.

Si á alguna
de tus desdichas le pesa,
de todas las que servimos
á la Condesa, soy yo.

Marcela.

En la prision que me dió
tan justa amistad hicimos,
y yo me siento obligada
de suerte, mi Dorotea,
que no habrá amiga que sea
mas de Marcela estimada:
Anarda piensa que yo
no sé como quiere á Fabio,
pues della nació mi agravio,

que á la Condesa contó
los amores de Teodoro.

Dorotea.

Teodoro está aquí.

Marcela.

Mi bien.

Teodoro.

Marcela, el paso detén.

Marcela.

Cómo mi bien, si te adoro,
cuando á mis ojos te ofreces?

Teodoro

Mira lo que hacen y dicen,
que en palacio los tapices
han hablado algunas veces.
¿De qué piensas que nació
hacer figuras en ellos?
de avisar de que tras dellos
siempre algun vivo escuchó.
Si un mudo viendo matar
á un Rey, su padre, dió voces;
figuras que no conoces
pintadas sabrán hablar.

Marcela.

Has leido mi papel.

Teodoro.

Sin leerle le he rasgado,
que estoy tan escarmentado,
que rasgué mi amor con él.

Marcela.

¿Son los pedazos aquestos?

Teodoro.

Sí, Marcela.

Marcela.

¿Y mi amor

ó ser conde de Bellor.

Tristan.

César llamaron, señor,
á aquel Duque que traia
escrito por gran blason:
César ó nada; y en fin
tuvo tan contrario el fin,
que al fin de su pretension,
escribió una pluma airada:
César ó nada dijiste,
y todo César lo fuiste,
pues fuiste César y nada.

Teodoro.

Pues tomo Tristan la empresa,
y haga despues la fortuna
lo que quisiere. *Vase Tristan.*

ESCENA III.

Teodoro, Marcela y Dorotea.

Dorotea.

Si á alguna
de tus desdichas le pesa,
de todas las que servímos
á la Condesa, soy yo.

Marcela.

En la prision que me dió
tan justa amistad hicimos,
y yo me siento obligada
de suerte, mi Dorotea,
que no habrá amiga que sea
mas de Marcela estimada:
Anarda piensa que yo
no sé como quiere á Fabio,
pues della nació mi agravio,

que á la Condesa contó
los amores de Teodoro.

Dorotea.

Teodoro está aquí.

Marcela.

Mi bien.

Teodoro.

Marcela, el paso detén.

Marcela.

Cómo mi bien, si te adoro,
cuando á mis ojos te ofreces?

Teodoro.

Mira lo que haces y dices,
que en palacio los tapices
han hablado algunas veces.
¿De qué piensas que nació
hacer figuras en ellos?
de avisar de que tras dellos
siempre algun vivo escuchó.
Si un mudo viendo matar
á un Rey, su padre, dió voces,
figuras que no conoces
pintadas sabrán hablar.

Marcela.

Has leido mi papel.

Teodoro.

Sin leerle le he rasgado,
que estoy tan escarmentado,
que rasgué mi amor con él.

Marcela.

¿Son los pedazos aquestos?

Teodoro.

Sí, Marcela.

Marcela.

¿Y mi amor

has rasgado?

Teodoro.

No es mejor
que vernos por puntos puestos
en peligro tan estraños:
si tú de mi intento estás,
no tratemos desto mas,
para escusar tantos daños.

Marcela.

¿Qué dices?

Teodoro.

Que estoy dispuesto
á no darle mas enojos
á la Condesa.

Amarda.

En los ojos
tuve muchas veces puesto
el temor desta verdad.

Teodoro.

Marcela, queda con Dios;
aquí acaba de los dos
el amor, no la amistad.

Dorotea.

¿Tú dices eso, Teodoro,
á Marcela?

Teodoro.

Yo lo digo,
que soy de quietud amigo,
y de guardar el decoro
á la casa que me ha dado
el ser que tengo.

Marcela.

Oye, advierte.

Teodoro.

Déjame.

Marcela.

¿De aquesta suerte
me tratas?

Teodoro.

¡Qué necio enfado!

ESCENA IV.

Dorotea, Marcela, Diana y Anarda.

Diana.

Esta ha sido la ocasion,
no me reprendas mas.

Anarda.

La disculpa que me das
me ha puesto en mas confusion.
Marcela está aquí, señora,
hablando con Dorotea.

Diana.

Pues no hay disgusto que sea
para mí mayor agora;
salte allá fuera, Marcela.

Marcela.

Vamos, Dorotea, de aquí.

Dorotea.

Bien digo yo que de tí
ó se enfada ó se recela.

ESCENA V.

Diana y Anarda.

Anarda.

¿Puedo hablarte?

Diana.

Ya bien puedes

Anarda.

Los dos que de aqui se van
ciegos de tu amor están,
tú en desdeñarlos escedes
la condicion de Anaxarte,
la castidad de Lucrecia,
y quien á tanto desprecia...

Diana

Ya me canso de escucharte.

Anarda.

¿Con quién te piensas casar?
¿no puede el Marqués Ricardo
por generoso y gallardo
sino esceder, igualar
al mas poderoso y rico?
¿y la mas noble muger,
tambien no lo puede ser
de tu primo Federico?
¿por qué los has despedido
con tan estraño desprecio?

Diana.

Porque uno es loco, otro necio,
y tú en no haberme entendido,
mas, Anarda, que los dos;
no los quiero, porque quiero,
y quiero, porque no espero
remedio.

Anarda.

¡Válgame Dios!
¿tú quieres?

Diana.

¿No soy muger?

Anarda.

Sí, pero imágen de hielo,
donde el mismo sol del cielo

podrá tocar y no arder.

Diana.

Pues esos hielos, Anarda,
dieron todos á los pies
de un hombre humilde.

Anarda.

¿Quién es?

Diana.

La vergüenza me acobarda,
que de mi propio valor
tengo: no diré su nombre,
basta que sepas que es hombre
que puede infamar mi honor.

Anarda.

Si Pasife quiso un toro,
Semíramis un caballo,
y otras los monstruos que callo,
por no infamar su decoro:
¿qué ofensa te puede hacer
querer hombre, sea quien fuere?

Diana.

Quien quiere, puede si quiere,
como quiso, aborrecer.
Esto es lo mejor, yo quiero
no querer.

Anarda.

¿Podrás?

Diana.

Podré,
que si cuando quise amé,
no amar en queriendo espero (1):
¿quién canta?

(1) *Toquen dentro.*

Anarda.

Fabio con Clara;

Diana.

Ojalá que me diviertan.

Anarda.

Música y amor conciertan
bien en la cancion repara (1).
¡O quien pudiera hacer ó quien hiciese,
que en no queriendo amar aborreciese!
¡ó quien pudiera hacer, ó quien hiciera
que en no queriendo amor aborreciera!

Anarda.

¿Qué te dice la cancion?
¿no ves que te contradice?

Diana.

Bien entiendo lo que dice,
mas yo sé mi condicion;
y sé que estará en mi mano,
como amar á aborrecer.

Anarda.

Quien tiene tanto poder,
pasa de límite humano.

ESCENA VI.

Dichas y Teodoro.

Teodoro.

Fabio me ha dicho, señora,
que le mandaste buscarme.

Diana.

Horas ha que te deseo.

Teodoro.

Pues ya vengo á que me mandes,

(1) *Cantan dentro.*

y perdona si he faltado.

Diana.

Ya has visto estos dos amantes
esos dos mas pretendientes

Teodoro.

Sí señora.

Diana.

Buenos talles
tienen los dos.

Teodoro.

Y muy buenos.

Diana.

No quiero determinarme
sin tu consejo: ¿con cuál
te parece que me case?

Teodoro.

¿Pues qué consejo, señora
puedo yo en las cosas darte,
que consisten en tu gusto?
cualquiera que quieras darme
por dueño será mejor.

Diana.

Mal pagas el estimarte
por consejero, Teodoro,
en caso tan importante.

Teodoro.

¿Señora, en casa no hay viejos
que entienden de casos tales?
Octavio, tu mayordomo,
con esperiencia lo sabe,
fuera de su larga edad.

Diana.

Quiero yo que á tí te agrade
el dueño que has de tener.
¿Y tiene el Marqués mejor talle

que mi primo?

Teodoro.

Sí señora.

Diana.

Pues elijo al Marqués: parte,
y pídele las albricias.

ESCENA VII.

Teodoro.

¿Ay desdicha semejante?
¿hay resolucion tan breve?
¿hay mudanza tan notable?
¿estos eran los intentos
que tuve? ¡O sol! abrasadme
las alas con que subí,
pues vuestro rayo deshace
las mas atrevídas plumas
á la belleza de un angel.
Cayó Diana en su error,
¡ó qué mal hice en fiarme
de una palabra amorosa!
¡ay, como entre desiguales
mal se concierta el amor!
¿pero es mucho que me engañen
aquellos ojos á mí,
si pudieran ser bastantes
á hacer engaños á Ulises?
De nadie puedo quejarme,
sino de mí; pero en fin,
¿qué pierdo cuando me falte?
Haré cuenta que he tenido
algun accidente grave,
y que mientras me duró
imaginé disparates.

ESCENA VIII.

Teodoro y Tristan.

Tristan

Turbado á buscarte vengo,
¿es verdad lo que me han dicho?

Teodoro.

¡Ay Tristan, verdad será,
si son desengaños mios!

Tristan.

Ya, Teodoro, en las dos sillas
los dos batanes he visto
que molieron á Diana;
pero que hubiese elegido,
hasta ahora no lo sé.

Teodoro.

Pues, Tristan, agora vino
ese tornasol mudable,
esa veleta, ese vidrio,
ese rio junto al mar,
que vuelve atras, aunque es rio,
esa Diana, esa Luna,
esa muger, ese hechizo,
ese monstruo de mudanzas,
que solo perderme quiso
por afrentar sus victorias,
y que dijese me dijo
cual de los dos me agradaba,
porque sin consejo mio
no se pensaba casar:
quedé muerto, y tan perdido,
que no responder locuras
fué de mi locura indicio:
dijome, en fin, que el Marqués

le agradaba, y que yo mismo
fuese á pedir las albricias.

Tristan.

¿Ella en sí tiene marido?

Teodoro.

El Marqués Ricardo.

Tristan.

Pienso
que ha no verte sin juicio,
es porque dar afliccion,
no es justó á los afligidos,
que agora te diera vaya
de aquel pensamiento altivo
con que á ser Conde aspirabas.

Teodoro.

Si aspiré, Tristan, y aspiro.

Tristan.

La culpa tienes de todo.

Teodoro.

No lo niego, que yo he sido
facil en creer los ojos
de una muger.

Tristan.

Yo te digo,
que no hay vasos de veneno
á los mortales sentidos,
Teodoro, como los ojos
de una muger.

Teodoro.

De corrido
te juro, Tristan, que apenas
puedo levantar los mios.
Eso pasó, y el remedio
es sepultura en olvido
del suceso, y el amor

Tristan.

¡Qué arrepentido y contrito
bas de volver á Marcela!

Teodoro.

Presto seremos amigos.

ESCENA IX.

Dichos y Marcela.

Teodoro.

Marcela.

Marcela.

¿Quién es?

Teodoro.

Yo soy.

¿así te olvidas de mí?

Marcela.

Y tan olvidada estoy,
que á no imaginar en tí,
fuera de mí misma voy,
porque si en mí misma fuera,
te imaginaria y te viera,
que para no imaginarte
tengo el alma en otra parte,
aunque olvidarte no quiera.
¿Cómo me osaste nombrar?
¿cómo cupo en esa boca
mi nombre?

Teodoro.

Quise probar
tu firmeza, y es tan poca,
que no me ha dado lugar.
Ya dicen que se empleó
tu cuidado en un sugeto
que mi amor sostituyó.

Marcela.

Nunca, Teodoro, el discreto
muger ni vidrio probó,
mas no me dés á entender
que prueba quisiste hacer.
yo te conozco, Teodoro,
unos pensamientos de ello
te hicieron enloquecer.
¿Cómo te vá? ¿no te salen
como tú te lo imaginas?
¿no te cuestan lo que valen?
¿no hay dichas que las divinas
partes de tu duelo igualen?
¿qué ha sucedido? ¿qué tienes?
turbado, Teodoro, vienes:
¿mudóse aquel venerable
¿vuelves á buscar tu igual,
ó te burlas y entretienes?
Confieso que me holgaria
que dieses á mi esperanza
Teodoro, un alegre dia.

Teodoro.

¿Si le quieres con venganza
qué mayor, Marcela mia?
pero mira que el amor
es hijo de la nobleza,
no muestres tanto rigor,
que es la venganza bajeza
indigna del vencedor;
vencido, yo vuelvo á tí,
Marcela, que no salí
con aquel mi pensamiento,
perdona el atrevimiento,
si ha quedado amor en olvido
no porque no puede ser

proseguir las esperanzas
con que te puedo ofender;
mas porque en estas mudanzas
memorias me hacen volver:
sean, pues, estas memorias
parte á despertar la tuya,
pues confieso tus victorias.

Marcela.

No quiera Dios que destruya
los principios de tus glorias.
Sirve, bien haces, porfia,
no te rindas, que dirá
tu dueño que es cobardía,
sigue tu dicha, que ya
voy prosiguiendo la mia.
No es agravio amar á Favio,
pues me dejaste, Teodoro,
sino el remedio mas sabio,
que aunque el dueño no mejoró,
basta vengar el agravio;
y quédate á Dios, que ya
me cansa el hablar contigo,
no venga Favio, que está
medio, casado conmigo.

Teodoro.

Tenla, Tristan, que se va.

Tristan.

Señora, señora, advierte
que no es volver á quererte
dejar de haberte querido,
disculpa el buscarte ha sido,
si ha sido culpa ofenderte.
Oyeme, Marcela á mí.

Marcela.

¿Qué quieres, Tristan?

Tristan.

Espera.

ESCENA X.

Dichos, Diana y Anarda.

Diana.

Teodoro y Marcela aquí.
Parece que el ver te altera
que estos se hablen así.

Diana.

Toma, Anarda, esta antepuerta,
y cubrámonos las dos;
amor con zelos despierta.

Marcela.

Déjame, Tristan, por Dios.

Anarda.

Tristan á los dos concierta
que deben estar reñidos.

Diana.

El alcahuete lacayo
me ha quitado los sentidos.

Tristan.

No pasó mas presto el rayo,
que por sus ojos y oidos
pasó la necia belleza
de esta muger que le adora:
ya desprecia su riqueza,
que mas riqueza atesora
tu gallarda gentileza.
Haz cuenta que fué cometa,
aquel amor, ven acá,
Teodoro.

Diana.

Brava estafeta,

ès el lacayo.

Teodoro.

Si ya,
Marcela á Fabio sujeta,
dice que le tiene amor,
¿porqué me llamas Tristan?

Tristan.

Otro enojado

Teodoro.

Mejor
los dos casarse podrán.

Tristan.

¿Tá tambien? ¡Bravo rigor!
ea, acaba, llega, pues,
dame esa mano, y despues
que se hagan las amistades...

Teodoro.

¿Nicio, tá me persuades?

Tristan.

Por mí quiere que le dés
la mano otra vez, señora.

Teodoro.

¿Cuándo he dicho yo á Marcela
que he tenido á nadie amor?
y ella me ha dicho....

Tristan.

Es cautela
para vengar tu rigor.

Marcela

No es cautela, que es verdad.

Tristan.

Calla, boba; ea, llegad.
¡Qué nécios estais los dos!

Teodoro.

Yo rogaba, mas por Dios,

que no he de hacer [illegible]

Marcela.

Pues á mí me pase un rayo.

Tristan.

No jures.

Marcela.

Aunque le muestre
enojo, ya me desmayo.

Tristan.

Pues tente firme.

Diana.

¡Qué diestro
está el bellaco hacerlo!

Marcela.

Déjame, Tristan, que tenga
que hacer.

Teodoro.

Déjala, Tristan.

Tristan.

Por mí vaya.

Teodoro.

Tenla.

Marcela.

Venga
mi amor.

Tristan.

¿Cómo no se van,
ya que á ninguno detengo?

Marcela.

¡Ay mi bien! no puedo firme.

Teodoro.

Ni yo, porque no es tan firme
ninguna roca en la mar.

Marcela.

Los brazos te quiero dar.

Teodoro.

Si yo no era menester.

Tristan.

Y yo á los tuyos asimismo,
¿por qué me hiciste causar?

Acarda.

¿Deste gustas?

Duque.

Vengo á ver
lo poco que hay que fiar
de un hombre y una muger.

Teodoro.

¿Ay qué me has dicho de afrentas?

Tristan.

Yo he caido ya en veros
juntar dos almas contentas,
que es desgracia de terceros,
no se concertar las ventas.

Marcela.

Si te dexáre, mi bien,
por Fabio ni por el mundo,
que tus agrávios me den
muerte.

Teodoro.

Hoy de nuevo fundo,
Marcela, mi amor tambien,
y si te olvidáre digo,
que me dé el cielo en castigo
el verte en brazos de Fabio.

Marcela.

¿Quieres deshacer mi agravio?

Teodoro.

¿Qué no haré por tí y contigo?

Marcela.

Dí que todas las mugeres

son feas.

Teodoro.

Contigo es claro;
¿mira, qué otra cosa quieres?

Marcela.

En ciertos zelos reparo,
ya que tan mi amigo eres,
que no importa que esté aquí
Tristan.

Tristan.

Bien podeis por mí,
aunque de mí mismo sea.

Marcela.

Dí que la Condesa es fea.

Teodoro.

Y un demonio para mí.

Marcela.

¿No es necia?

Teodoro.

Por todo estremo.

Marcela.

¿No es bachillera?

Teodoro.

Es cuitada.

Diana.

Quiero estorbarlos, que temo
que no reparen en nada,
y aunque me bielo me quemo.

Anarda.

¡Ay señora! no hagas tal.

Tristan.

Cuando querais decir mal
de la Condesa y tu talle,
á mí me oid.

Diana.

¿Escuchalle
¿podré desvergüenza igual?

Tristan.

Lo primero.

Diana.

Yo no aguardo
á lo segundo, que fuera
necedad.

Marcela.

Voyme, Teodoro (1).

Tristan.

La Condesa...

Teodora.

¿La Condesa?

Diana.

¿Teodoro?

Teodoro.

Señora, advierte...

Tristan.

El cielo á tronar comienza,
no pienso aguardar los rayos (2).

ESCENA XI.

Diana, Teodoro y Anarda.

Diana.

Anarda, un bufete llega,
escribiráme Teodoro
una carta de su letra,
pero notándola yo.

---

(1) *Vase con reverencia Marcela.*
(2) *Vase Tristan.*

Teodoro.

Todo el corazon me tiembla, *ap.*
¿si oyó lo que hablado habemos?

Diana.

Bravamente amor despierta *ap.*
con los zelos á los ojos;
que aquese amase á Marcela,
y que yo no tenga partes
para que tambien me quiera
que se burlasen de mí.

Teodoro.

Ella murmura y se queja,
bien digo yo, que en palacio
para que á callar aprenda,
tapices tienen oidos,
y paredes tienen lenguas (1).

Anarda.

Este pequeño he traido,
y su escribania.

Diana.

Llega
Teodoro, y toma la pluma.

Teodoro.

Hoy me mata ó me destierra.

Diana.

Escribe.

Teodoro.

Di.

Diana.

No estás bien
con la rodilla en la tierra,
ponle, Anarda, una almohada.

---

(1) *Sale Anarda con un bufetillo pequeño y recado de escribir.*

Teodoro.

Yo estoy bien.

Diana.

Pónsela á Necia.

Teodoro.

No me agrada este favor *ap.*
sobre enojes y sospechas,
que quiera hincar las rodillas
cortar quiera la cabeza.
Yo aguardo!

Diana.

Yo digo así.

Teodoro.

Mil cruces hacer quisiera (1). *ap.*

Cuando una muger principal se ha declarado con un hombre humilde es mucho el término de querer hablarla otra, mas quien no estima su fortuna quédese para necio.

Teodoro

¿No dices mas?

Diana.

¿Pues qué mas?
El papel, Teodoro, cierra.

Anarda.

Qué es esto que hacen, señora?

Diana

Necedades de amor llanas.

Anarda.

¿Pues á quién tienes amor?

Diana.

Aun no lo conoces bestia.

(1) *Siéntase la Condesa en una silla alta, ella dice, y el va escribiendo.*

pues yo sé que le murmuran
de mi casa hasta las piedras.

Teodoro

Ya el papel está cerrado;
solo el sobrescrito resta.

Diana

Pon, Teodoro, para tí,
y no lo entienda Marcela,
que quizá le entenderá
cuando despacio le lea.

ESCENA XII.

Teodoro, y despues Marcela.

Teodoro.

¡Hay confusion tan estraña!
¿qué aquesta muger me quiera
con paso como sangría,
y que tenga intercadencias
el pulso de amor tan grandes!

Marcela.

¿Qué te ha dicho la Condesa,
mi bien? que he estado temblando
detrás de aquella antepuerta.

Teodoro.

Díjome que te queria
casar con Fabio, Marcela,
y este papel que escribí
es que despacha á su tierra
por los dineros del dote.

Marcela.

¿Qué dices?

Teodoro.

Solo que sea
para bien, y pues te casas,
que de burlas ni de veras

tomes mi nombre en la boca.

Marcela.

Oye,

Teodoro.

Es tarde para quejas.

ESCENA XIII.

Marcela

No, no puedo yo creer
que aquesta la ocasion sea,
favores de aquesta loca
le han hecho dar esta vuelta,
que él está como arcaduz,
que cuando le baja llena
del agua de su favor,
y cuando le sube mengua.
¡Ay de mí, Teodoro, ingrato!
que luego que su grandeza
le toca al alma me olvidas,
cuando le quiere me dejas,
cuando le deja, me quiere,
¿Quién ha de tener paciencia?

ESCENA XIV.

Marcela, el Marques y Fabio.

Ricardo.

No puedo, Fabio, detenerme una hora,
por tal merced le besaré las manos.

Fabio.

Dile, presto, Marcela, á mi señora,
que está el Marques aqui,

Marcela.

¿Zelos tiranos,

zelos crueles y qué quereis agora
tras tantos locos pensamientos vanos?

Fabio.

¿No vas?

Marcela.

Ya voy.

Fabio.

Pues dile que ha venido
nuestro nuevo señor, y su marido (1).

ESCENA XVI.

El Marqués, Fabio y Diana.

Diana.

¿Vueseñoría aquí?

Ricardo.

Pues no era gusto
si me envias con Fabio tal recado,
y si despues de aquel mortal disgusto
me elegís por marido y por criado;
dadme esos piés que de manera el gusto
de ver mi amor en tan dichoso estado
me vuelve loco, que le tengo en poco,
si me contento con volverme loco.
¿Cuándo pensé, señora, mereceros,
ni llegar á mas bien que desearos?

Diana.

No acierto, aunque lo intento, á responderos:
¿yo he enviado á llamaros los burlaros?

Ricardo.

¿Fabio, qué es esto?

Fabio.

¿Pudo yo traeros?

(1) *Vase Marcela.*

sin ocasion agora, ni llamaros
menos que de Teodoro prevenido?

Diana.

Señor Marqués, Teodoro culpa ha sido:
oyome anteponer á Federico,
vuestra persona, con ser primo hermano,
y caballero, generoso y rico,
y presumió que os daba ya la mano;
á vuestra señoría la suplico
perdone aquestos necios.

Ricardo.

Fuera en vano
dar á Fabio perdon, sino estuviera
adonde vuestra imágen le valiera.
Besoos los piés por el favor, y espero
qué ha de vencer amor esta porfia.

ESCENA XVI.

Diana y Fabio.

Diana.

¿Parécese bien aquesto, enojadero?

Fabio.

¿Por qué me culpa á mí vuestra señoría?

Diana.

Llamad luego á Teodoro. ¡Qué ligero
este cansado pretensor viene,
cuando me matan celos del que adoro!

Fabio.

Ya, señora, está aquí nuestro Teodoro. *Vase.*

ESCENA XVII.

Diana y Teodoro.

Teodoro.

Vacilando entre mi mismo
una hora he estado leyendo
tu papel, y bien mirado,
señora, tu pensamiento,
hallo que mi cobardía
procede de tu respeto;
pues ya que soy culpado
en temerle como necio
á tus muchas diligencias,
y así á decirme resuelvo
que te quiero, y que es disculpa,
que con respeto te quiero:
temblando estoy, no te espantes.

Diana.

Teodoro, yo te lo creo,
¿porqué no me has de querer,
si hoy tu señora, y tengo
tu voluntad obligada,
pues te estimo y favorezco
mas que á los otros criados?

Teodoro.

Ese lenguage no entiendo.

Diana.

No hay mas que entender, Teodoro,
copiar en el pensamiento
un átomo de esta raya:
enfrena cualquier deseo,
que de una muger, Teodoro,
tan principal, y mas siendo
tus méritos tan humildes,

basta un favor muy pequeño
para que toda la vida
vivas honrado y contento.

Teodoro.

Cierto que vueseñoría,
(perdóneme si me atrevo)
tiene en el juicio á veces,
que no en el entendimiento,
mil lúcidos intervalos.
¿Para qué puede ser bueno
haberme dado esperanzas,
que en tal estado me han puesto,
pues del peso de mis dichas
caí, como sabe, enfermo
casi un mes en una cama,
luego que tratamos desto?
Si cuando vé que me enfrio
se abrasa en un vivo fuego,
y cuando vé que me abraso
se hiela de puro hielo;
dejárame con Marcela
mas viénela bien el cuento
del Perro del Hortelano,
no quiere abrasada en zelos
que me case con Marcela;
y en viendo que no la quiero,
vuelvé á quitarme el juicio,
y despertarme si duermo;
pues coma ó deje comer,
porque yo no me sustento
de esperanzas tan cansadas,
que sino desde aquí vuelvo
á querer donde me quieren.

Diana.

Eso, no, Teodoro, advierto

que Marcela no ha de ser:
en otro cualquier sugeto
por los ojos, que en Marcela
no hay remedio.

Teodoro.

¿No hay remedio?
¿pues quiere vueseñoría,
que si me quiere y la quiero,
ande á probar voluntades?
¿tengo yo de tener puesto
á donde no tengo gusto
mi gusto por el ageno?
yo adoro á Marcela, y ella
me adora, y es muy honesto
este amor.

Diana.

Pícaro, infame,
haré que te maten luego.

Teodoro.

¿Qué hace vueseñoría?
Daros por sucio y grosero
estos bofetones

Fábio.

Tente.

ESCENA XVIII.

Dichos, Fábio y el Conde Federico.

Federico.

Bien dices, Fábio, no entremos;
pero mejor es llegar:
¿señora mia, qué es esto?

Diana.

No es nada, enojos que pasan
entre criados y dueños.

Federico.

¿Quiere vuesenoría
alguna cosa?

Diana.

No quiero
mas de hablaros en las mias.

Federico

Quisiera venir á tiempo
que os hallase con mas gusto.

Diana

Gusto, Federico, tengo,
que aquestas son niñerías,
entrad, y sabreis mi intento
en lo que toca al Marqués. *Vase Diana.*

Federico

Fábio, Fábio, yo sospecho *ap.*
que en estos disgustos hay
algunos ciertos secretos.

Fabio.

No sé: por Dios admirado
de ver, señor Conde, quedo
tratar tan mal á Teodoro,
cosa que jamás ha hecho
la Condesa, mi señora.

Federico.

Bañole de sangre el lienzo.

ESCENA XIX.

Teodoro y Tristan.

Tristan.

Siempre tengo de venir
acabados los sucesos,
parezco espada cobarde.

Teodoro.

¡Ay Tristan!

Tristan.

¿Señor, qué es esto?
¿sangre en el lienzo?

Teodoro

Con sangre
quiere amor que de los zelos
entre la letra

Tristan.

Por Dios
que han sido zelos muy nécios.

Teodoro.

No le espantes, que está loca
de un amoroso deseo;
y como el ejecutarle
tiene su hourra por desprecio,
quiere deshacer mi rostro,
porque es mi rostro el espejo
á donde mira su honor,
y vengase en verle feo.

Tristan.

Señor, que Juana ó Lucía
cierren conmigo por zelos,
y me rompan por las viñas
el cuello que ellas me dieron:
que me repelen y arañen,
sobre averiguar por cierto
que le dice un peso falso,
vaya, es gente de pandero,
de media de cordellate
y de zapato frailesco;
pero que tan gran señora
se pierda tanto respeto
á sí misma, es vil accion.

Teodoro.

No sé, Tristan, pierdo el seso
de ver que me está adorando,
y que me aborrece luego:
no quiere que sea suyo
ni de Marcela, y si dejo
de mirarla, luego busca
para hablarme algun enredo.
No dudes, naturalmente
es del Hórtelano el Perro,
ni come, ni comer deja,
ni está fuera, ni está dentro.

Tristan.

Contáronme que un doctor
catedratico y maestro,
tenia una ama y un moso,
que siempre andaban riñendo.
Reñian á la comida,
á la cena, y hasta el sueño
le quitaban con sus voces
que estudiar no habia remedio.
Estando en lición un dia,
fué forzoso corriendo
volver á casa, y entrando
de improviso en su aposento,
vió el ama y moza acostados
con amorosos requiebros,
y dijo: gracias á Dios,
que una vez en paz os veo;
y esto imagino de entrambos,
aunque siempre andais riñendo.

ESCENA XX.

Dichos y Diana.

Diana.

¿Teodoro?

Teodoro.

¿Señora? ¿Es duende esta muger? *ap.*

Diana.

Solo vengo á saber como te hallas.

Teodoro.

Ya no lo ves.

Diana.

¿Estás bueno?

Teodoro.

Bueno estoy.

Diana.

Y no dirás á tu servicio.

Teodoro.

No puedo estar mucho en tu servicio siendo tal el tratamiento.

Diana.

¡Qué poco sabes!

Teodoro.

Tan poco, que te siento y no te entiendo, pues no entiendo tus palabras, y tus bofetones siento: si no te quiero te enfadas, y enójaste si te quiero: escríbesme si te olvido,

y si me acuerdo te ofendo;
pretendes que yo te entienda,
y si te entiendo soy nécio;
mátame, ó dame la vida,
dá un medio á tantos estremos.

Diana.

¿Hícete sangre?

Teodoro

Pues no.

Diana

¿A dónde tienes el lienzo?

Teodoro.

Aquí.

Diana.

Muestra.

Teodoro.

¿Para qué?

Diana.

¿Para qué? la sangre quiero:
habla á Octávio, á quien agora
mandé que te diese luego
dos mil escudos, Teodoro.

Teodoro.

¿Para qué?

Diana.

Para hacer lienzos.

ESCENA XXI.

Teodoro y Tristan.

Teodoro.

¿Hay disparates iguales?

Tristan.

¿Qué encantamientos son estos?

Teodoro.

Dos mil escudos me ha dado.

Tristan.

Bien puedes tomar al precio
otros tantos bofetones.

Teodoro.

Dice que son para lienzos,
y llevó el mio con sangre.

Tristan.

Pagó la sangre, y te ha hecho
doncella por las narices.

Teodoro.

No anda mal agora el perro,
pues despues que muerde alhaga.

Tristan.

Todos aquestos estremos
han de parar en el alma
del Doctor.

Teodoro.

Quiéralo el Cielo.

ACTO TERCERO.

DECORACION DE CALLE.

ESCENA PRIMERA.

Federico, Ricardo y Celio.

Ricardo.

¿Esto vistes?

Federico.

Esto vi.

Ricardo.

Y qué, ¿le dió bofetones?

Federico

El servir tiene ocasiones,
mas no lo son para mí,
que el poner una muger
de aquellas prendas la mano
al rostro de un hombre, es llano,
que otra ocasion puede haber,
y bien veis que lo acredita
el andar tan mejorado.

Ricardo.

Ella es muger, y él criado.

Federico.

Su perdicion solicita.

Ricardo.

La altivez y bizarría
de Diana me admiró,
y bien puede ser que yo
viese y no viese aquel dia.

¿Mas ver caballos y pages
en Teodoro, y tantas galas,
qué son si no nuevas alas?
pues criados, oro y trages
no los tuviera Teodoro
sin ocasion tan notable.

Federico.

Antes que desto se hable
en Nápoles, y el decoro
de vuestra sangre se ofenda,
sea ó no sea verdad,
ha de morir.

Ricardo.

Y es piedad
matarle, aunque ella lo entienda.

Federico.

¿Podrá ser?

Ricardo

Bien puede ser
que hay en Nápoles quien vive
de eso, y en oro recibe
lo que en sangre ha de volver;
no hay mas que buscar un bravo,
y que le despache luego.

Federico.

Por la brevedad os ruego.

Ricardo.

Hoy tendrá su justo pago
semejante atrevimiento.

Federico.

¿Son bravos estos?

Ricardo.

Sin duda.

Federico.

El cielo ofendido ayuda
vuestro justo pensamiento.

ESCENA II.

Dichos, Furio, Antonelo y Lirano, lacayos, y Tristan vestido de nuevo.

Tristan.

Suelta, Antonelo.

Antonelo.

Lirano,
Furio, que se nos defiende.

Furio.

Denos aqui para vino,
ó será....

Tristan.

Si yo quisiere.

Lirano.

Ha de querer, ó si no
le darán al alcabuete.

Tristan.

¿Qué me han de dar, voto á Cristo,
que han de llevar desta suerte (1),
canalla vil, voto á Dios.

ESCENA III.

Federico, Ricardo y Tristan.

Ricardo.

Aqueste hombre es valiente.
Celio, llámame ese hidalgo.

(1) *Métilos á cuchilladas.*

Celio.

Oye usted.

Tristan.

Soy obediente.

Ricardo.

Aquí nos mueve.

Tristan.

¿Qué mandan?

Ricardo.

Solo vuestra valentía
á que si acaso quisiéseis
matar á un hombre, que yo
daré lo que justo fuere.

Tristan.

Aquí me importa fingir;
á mi amo aquesta gente
quiere que mate.

Federico.

Si acaso
el precio no es competente,
dé Ricardo este bolsillo.

Tristan.

Pues con los muertos le cuente;
¿quién es este desdichado?

Federico.

Con Teodoro solamente
tenemos cierto rencor,
y queremos si se puede
que vmd. le mate, el secreto
importa, y en esta tiene
para señal, que despues
será lo que vmd. quisiere.

Tristan

Vayan con Dios, y descuiden,
y así á su Dios le encomienden. (1)

ESCENA IV.

Tristan y Teodoro.

Tristan.

Señor, ¿á dónde has estado,
que ando rabiando por verte?

Teodoro.

Tristan, no sé de mí mismo,
porque venga de tal suerte,
que por no morir, me voy
donde no me halle la muerte.

Tristan.

¿Pues si de la muerte huyes,
por qué, dime, señor, quieres
que á tí la muerte le halle?

Teodoro.

Porque Diana lo quiere:
¿ves todo cuanto ayer dijo?
pues hoy, Tristan, me parece,
porque Marcela se goce
de mi mal, juzgo que quiere,
que con Marcela me case.

Tristan.

Pues dime, señor, que quieres,
quéjate de tu fortuna
y no vengas con vaibenes,
si me ausento ó no me ausento,
si voy á buscar la muerte,
por no morir á sus ojos,
porque Marcela me quiere;
deja á Marcela, señor,
que con la Condesa puedes
apretar de rempujon,
y venga lo que viniere.

Teodoro.

¿Cómo si no soy su igual?

Tristan.

¿Cómo? muy bien, de esta suerte:
diz que el Conde Ludovico
envió un hijo, habrá años veinte,
á Málta, y lo cautivaron,
de tu mismo nombre, y puedes
en fe de que eres su hijo casarte.

Teodoro.

Si tú pudieres
hacer que fuese su hijo,
y que él mi padre fuese,
fácil seria el casarme;
pero temo no nos cueste
á los dos, ó que nos maten,
ó que á galeras nos echen:

Tristan.

Déjalo todo á mi cargo,
porque yo lo haré de suerte,
que seas Conde, aunque yo
venga á ser tu confidente;
pero dejando esto á un lado,
sabe que matarte quieren.

Teodoro.

Matarme á mí, ¿quién Tristan?

Tristan.

En este bolsillo vienen
testigos de asesinato,
Ricardo y Federi...

Teodoro.

Tente,
porque sale la Condesa.

Tristan.

Ya te diré de qué suerte

fue el concierto: yo me voy.

Teodoro.

Dios te guarde.

Tristan.

Con él quedes.

ESCENA V.

Teodoro y Diana.

Diana.

¿Estás ya mas mejorado,
de tus tristezas, Teodoro?

Teodoro.

Si en mis tristezas adoro
sabré estimar mi cuidado.
No quiero yo mejorar
de la enfermedad que tengo,
pues solo á estar triste vengo,
cuando imagino sanar
¡Bien hayan males que son
tan dulces para sufrir!
que se vé un hombre morir,
y estima su perdicion.
Solo me pesa, que ya
esté mi mal en estado,
que he de alejar mi cuidado,
de donde su dueño está.

Diana.

Ausentarte, ¿pues por qué?

Teodoro.

Quiérenme matar.

Diana.

Sí harán.

Teodoro.

Envidia á mi mal tendrán,

que bien al principio fue;
con esta ocasion te pido
licencia para irme á España.

Diana.

Será género de hazaña,
de un hombre tan entendido,
que con eso quitarás
la ocasion de tus enojos;
y aunque des agua á mis ojos,
honra á mi casa darás;
que desde aquel bofeton,
Federico me ha tratado
como zeloso, y me ha dado
para dejarte ocasion.
Vete á España, que yo haré
que te den seis mil escudos.

Teodoro.

Haré tus contrarios mudos
con mi ausencia: dame el pie.

Diana.

Anda, Teodoro, no mas,
déjame que soy muger.

Teodoro.

Lloras, ¿mas qué puedo hacer?

Diana.

En fin, ¿Teodoro te vas?

Teodoro.

Sí señora.

Diana.

Espera... vete... oye.

Teodoro.

¿Qué me mandas?

Diana.

Nada;

vete.

Teodoro.

Voyme.

Diana.

Estoy turbada:
¿ hay tormento que inquiete
como una pasion de amor?
¿ No eres ido?

Teodoro.

Ya, señora,
me voy.

Diana.

Buena quedo agora (1),
Maldígate Dios, honor;
temeraria invencion fuiste;
tan opuesta al propio gusto,
¿ quién te inventó? mas fue justo,
pues que tu freno resiste
tantas cosas tan mal hechas.

Sale Teodoro.

Vuelvo á saber si hoy podré
partirme.

Diana.

Ni yo lo sé
ni tú Teodoro sospechas,
que me pesa de mirarte,
pues que te vuelves aqui.

Teodoro

Señora, vuelvo por mí
que no estoy en otra parte,
y como me he de llevar,
vengo para que me des
á mí mismo.

(1) *Vase Teodoro.*

Diana.

Si despues
te has de volver á buscar,
no me pidas que te dé;
pero vete, que el amor
lucha con mi noble honor,
y vienes tú á ser tropié.
Vete, Teodoro, de aquí,
no te pidas, aunque puedas,
que yo sé que si te quedas
allá me lleves á mí.

Teodoro.

Quede vuestra señoría
con Dios.

Diana.

Maldita ella sea,
pues me quita que yo sea
de quien el alma quería. (*Vase Teodoro*).

ESCENA VI.

Diana.

Buena quedo ya sin quien
era luz de aquestos ojos;
pero sientan sus enojos,
quien mira mal, llore bien.
Ojos, pues os habeis puesto
en cosa tan desigual,
pagad el mirar tan mal,
que no soy la culpa desto;
mas no lloren, que tambien
templa el mal llorar los ojos;
pero sientan sus enojos,
quien mira mal, llore bien.
Aunque tendrán ya pensada

la disculpa para todo,
el sol los pone en el lodo
y no se le pega nada;
luego bien es que no den
en llorar: cesad mis ojos;
pero sientan sus enojos,
quien mira mal, llore bien.

ESCENA VII.

Diana y Marcela.

Marcela.

Si puede la confianza
de los años de servirte,
humildemente pedirte
lo que justamente alcanza;
á la mano te ha venido
la ocasion de mi remedio,
y poniendo tierra enmedio,
no verme si te he ofendido.

Diana

¿De tu remedio, Marcela?
¿cuál ocasion? que aquí estoy.

Marcela.

Dicen que se parte hoy
por peligros que recela,
Teodoro á España, y con él
puedes casada enviarme,
pues no verme, es remediarme.

Diana.

¿Sabes tú que querrá él?

Marcela.

¿Pues pidiérate yo á tí
sin tener satisfaccion,
remedio en esta ocasion?

Diana.

¿Hasle hablado?

Marcela.

Y él á mí,
pidiéndome lo que digo.

Diana.

¡Qué á propósito me viene *ap.*
esta desdicha!

Marcela.

Ya tiene
tratado aquesto conmigo
y el modo con que podemos
ir con mas comodidad.

Diana.

¡Ay necio honor! perdonad, *ap.*
que amor quiere hacer estremos;
pero no será razon;
pues que podeis remediar
fácilmente este pesar.

Marcela.

¿No tomas resolucion?

Diana.

No podré vivir sin tí,
Marcela, y haces agravio
á mi amor y aun al de Fabio;
que sé yo adorar en tí:
Yo te casaré con él,
deja partir á Teodoro.

Marcela.

A Fabio aborrezco, adoro
á Teodoro.

Diana.

¡Qué cruel *ap.*
ocasion de declararme!
mas tengos loco amor;

Fabio te estará mejor.

Marcela.

Señora.

Diana.

No hay replicarme. *Vase.*

Marcela.

Vuelve vano pensamiento
atrás tus pasos airados,
que con zelos declarados
será suspiros mi aliento.

ESCENA VIII.

El Conde Ludovico y Camilo.

Camilo

Para tener sucesion,
no te queda otro remedio.

Ludovico.

Hay muchos años en medio,
que mis enemigos son,
y aunque tiene esa disculpa
el casarse en la vejez,
quiere el temor ser juez,
y ha de averiguar la culpa;
y podria suceder,
que sucesion no alcanzase,
y casado me quedase,
y en un viejo una muger
es en un olmo una yedra,
que aunque con tan varios lazos
la cubre de sus abrazos,
él se seca y ella medra,
y tratarme casamientos,
es traerme á la memoria,
Camilo, mi antigua historia,

y renovar mis tormentos,
esperando cada dia
con engaños á Teodoro:
veinte años ha que le lloro.
Sale un page.
Aqui á vuestra señoría
busca un griego mercader.

ESCENA IX.

Dichos, Tristan vestido de Armenio, con un turbante graciosamente, y Furio con otro.

Ludovico.
Di que entre.
Tristan.
Dáme esas manos,
y los cielos soberanos
con su divino poder
os dén el mayor consuelo
que esperais.
Ludovico.
Seais bien venido,
¿mas qué causa os ha traido
por éste remoto suelo?
Tristan.
De Constantinopla vine
á Chipre, y della á Venecia
con una nave cargada
con ricas telas de Persia.
Acordeme de una historia,
que algunos pasos me cuesta,
y con deseo de ver
á Nápoles, ciudad bella,
mientras allá mis criados
van despachando las telas,

vine como veis aqui,
donde mis ojos confiesan
su grandeza y hermosura.

Ludovico

¿Tiene hermosura y grandeza
Nápoles?

Tristan.

Asi es verdad:
mi padre, señor, en Grecia
fue mercader, y en su trato
el de mas ganancia era
comprar y vender esclavos;
y asi en la feria de Azteclias
compró un niño, el mas hermoso
que vió la naturaleza,
por testigo de poder
que le dió el cielo en la tierra.
Vendianle algunos turcos
entre otra gente bien puesta,
á unas galeras de Malta,
que las de un Bajá turquescas
prendieron en Cefalonia.

Ludovico

Camilo el alma me altera.

Tristan.

Aficionado al rapaz,
comprele, y llevole á Armenia,
donde se crió conmigo
y una hermana.

Ludovico,

Amigo, espera,
espera, que me traspasas
las entrañas

Tristan.

¡Qué bien entra! *ap.*

Ludovico.

¿Dijo cómo se llamaba?

Tristan.

Teodoro.

Ludovico.

Ay cielos, que fuerza
tiene la verdad de oirte,
lágrimas mis canas riegan.

Tristan.

Serpalitonia, mi hermana,
y este mozo, nunca fuera
tan bello, con la ocasion
de la crianza que engendra
el amor que todos saben,
se amaron desde la tierna
edad, y á diez y seis años
de mi padre en cierta ausencia,
ejecutaron su amor;
y creeia de muerte en ella,
que se le echaba de ver,
con cuyo temor se ausenta
Teodoro, y para partir,
á Serpalitonia deja.
Catiborrato, mi padre,
no sintió tanto la ofensa,
como el dejarle Teodoro.
Murió en efecto de pena,
y bautizamos su hijo,
que aquella parte de Armenia
tiene vuestra misma ley,
aunque es diferente iglesia:
llamamos al bello niño,
Termaconio que queda,
un bello rapaz agora,
en la ciudad de Tepecas!

andando en Nápoles yo
mirando cosas diversas,
saqué un papel, en que traje
deste Teodoro las señas,
y preguntando por él,
me dijo una esclava griega
que en mi posada servia:
¿cosa que ese mozo sea
el del Conde Ludovico?
dióme el alma una luz nueva,
y doy en que os he de hablar,
y por entrar en la vuestra,
entré, segun me dijeron,
en casa de la Condesa
de Belflor, y al primer hombre
que pregunto....

Ludovico.

Ya me tiembla
el alma.

Tristan.

Veo á Teodoro.

Ludovico.

¡A Teodoro!

Tristan.

El bien quisiera
huirse; pero no pudo,
dudé un poco, y era fuerza,
porque el estar ya barbado
tiene alguna diferencia.
Fuí tras él, asíle en fin,
hablóme: aunque con vergüenza,
y dijo: que no dijese
á nadie en casa quien era,
porque el haber sido esclavo
no diese alguna sospecha:

díjele, ¿si yo he sabido
que eres hijo en esta tierra
de un título, porqué tienes
la esclavitud por bajeza?
Hizo gran burla de mí,
y yo por ver si concuerda
tu história con la que digo,
vine á verte, y que tengas,
si es verdad que éste es tu hijo,
con tu nieto alguna cuenta;
ó permitas que mi hermana
con él á Nápoles venga,
no para tratar casarse,
aunque le sobra nobleza,
mas porque Termaconio
tan ilustre abuelo tenga.

Ludovico.

Dame mil veces tus brazos,
que el alma con sus potencias
que es verdadera tu historia
en su regocijo muestran:
al hijo del alma mia,
tras tantos años de ausencia
hallado para mi bien.
¿Camilo, qué me aconsejas,
iré á verlo y conocerle?

Camilo.

¿Eso dudas? parte, vuela,
y añade vida á sus brazos
á los años de tus penas.

Ludovico.

Amigo, si quieres ir
conmigo, será mas cierta
mi dicha: si descansar,
aquí aguardando te queda

y dénte por tanto bien
toda mi casa y hacienda,
que no puedo detenerme.

Tristan.

Yo dejo, puesto que cerca,
ciertos diamantes que traigo,
y volveré cuando vuelvas.
Vamos de aquí Mercaponies.

Furio.

Andemis.

Camilo

¡Estraña lengua!

Ludovico

Vente, Camilo, tras mí.

Camilo

Vamos, señor

Tristan.

Bien se empieza
el engañifo.

Furio.

Muy bonis.

ESCENA X.

Tristan y Furio.

Tristan.

¿Trasponen?

Furio

El viejo vuela
sin aguardar coche ó gente.

Tristan

¿Cosa que esto verdad sea,
y que éste fuese Teodoro?

Furio.

¿Mas si en mentira como esta,

hubiese alguna verdad?

Tristan.

Estas almalafas lleva,
que me importa desnudarme;
porque ninguno me vea
de los que aquí me conocen.

Furio.

Desnuda presto.

Tristan.

¡Qué pueda
esto el amor de los hijos!

Furio.

¿A dónde te aguardo?

Tristan.

Espera;
Furio, en la haza del olmo.

Furio

A Dios. *Vase Furio.*

Tristan.

¿Qué tesoro llega
al ingénio? aquí debajo
traigo la capa revuelta,
que como medio sotana
me la puse, porque hubiera
mas lugar en el peligro
de dejar en una puerta
con el armenio turbante
las sopalandas greguescas.

ESCENA XI.

Tristan, Ricardo y Federico.

Federico

Digo que es este el matador valiente
que á Teodoro ha de dar muerte segura.

Ricardo.

Ah hidalgo ¿ asi se cumple entre la gente
que honor profesa y que opinion procura,
lo que se prometió tan facilmente ?

Tristan.

Señor.

Federico.

¿ Somos nosotros por ventura
de los iguales vuestros ?

Tristan.

Sin oirme
no es justo que mi culpa se confirme.
Yo estoy sirviendo al mísero Teodoro,
que ha de morir por esta mano airada,
pero puede ofender vuestro decoro
públicamente ensangrentar mi espada
por única virtud, estén muy ciertos
que le pueden contar ya con los muertos,
y no se precipiten de esa suerte,
que yo sé cuando le he de dar la muerte.

Federico.

Parécemé, Marqués, que el hombre acierta;
ya que le sirve, ha comenzado el caso.
No dudeis, matarale.

Ricardo.

Cosa es cierta,
por muerto le contad.

Federico.

Hablemos paso.

Tristan

En tanto que esta muerte se concierta,
vueseñorías no tendrán acaso
cincuenta escudos, que comprár quería
un rocin que volase el mismo dia.

Ricardo.

Aquí los tengo yo, tomád seguro
de que en saliendo con aquesta empresa
lo menos es pagaros.

Tristan

Yo aventuro
la vida, que servir buenos profesa;
con esto á Dios, que no me vean procuro
hablar desde el balcon de la Condesa
con vuestras señorías.

Federico

Sois discreto.

Tristan

Ya lo verán al tiempo del efeto.

Federico.

Bravo es el hombre

Ricardo.

Astuto é ingenioso.

Federico

¿Qué bien le ha de matar?

Ricardo.

Notablemente.

ESCENA XII.

Ricardo, Federico y Célio.

Célio.

¡Hay caso mas estraño y fabuloso!

Federico.

¿Qué es esto, Célio? ¿dónde vas? detente.

Célio

Un suceso notable y riguroso
para los dos ¿no veis aquella gente
que entra en casa del Conde Ludovico.

Ricardo.

¿Es muerto?

Célio.

Que me escuches te suplico.
A darle van el parabien contentos
de haber hallado un hijo que ha perdido.

Federico.

¿Pues qué puede ofender nuestros intentos
que le haya esa ventura sucedido?

Célio

No importa á los secretos pensamientos
que con Diana habeis los dos tenido,
¿qué sea aquel Teodoro su criado
hijo del Conde?

Ricardo.

El alma me has turbado:
¿hijo del Conde? ¿pues de qué manera
lo ha venido á saber?

Célio

Es larga historia,
y cuéntala tan varia, que no hubiera
para tomarla tiempo ni memoria.

Federico.

¿A quién mayor desdicha ha sucedido?

Ricardo.

Trocose en pena mi esperada gloria.

Federico.

Yo quiero ver lo que es.

Ricardo

Yo, Conde, os sigo.

Célio.

Presto vereis que la verdad os digo.

ESCENA XIII.

Teodoro de camino y Marcela.

Marcela.

¿En fin, Teodoro, te vas?

Teodoro

Tu eres causa de esta ausencia,
que en desigual competencia
no resulta bien jamás.

Marcela.

Disculpas tan falsas das
como tu engaño lo ha sido,
porque haberme aborrecido
y haber amado á Diana,
lleva tu esperanza vana
solo á procurar su olvido.

Teodoro.

¿Yo á Diana?

Marcela.

Niegas tarde, Teodoro, el loco deseo
con que perdido te veo
de atrevido y de cobarde:
cobarde en que ella se guarde
el respeto que se debe,
y atrevido pues se atreve
tu bajeza á su valor,
que entre el honor y el amor
hay muchos montes de nieve.
Vengada quedo de tí,
aunque quedo enamorada,
porque olvidaré vengada,
que el amor olvida así:
si te acordares de mí,
imagina que te olvido

porque me quieras, que ha sido
siempre, porque suele hacer
que vuelva un hombre á querer
pensar que es aborrecido.

Teodoro

¡Qué de quimeras tan locas
para casarte con Fábio!

Marcela

Tú me casas, que el agravio
de tu desden me provoca.

ESCENA XIII.

Dichos y Fábio.

Fábio.

Siendo las horas tan pocas
que aquí Teodoro ha de estar,
bien haces Marcela en dar
ese descanso á tus ojos.

Teodoro.

No te den zelos enojos
que han de pasar tanto mar.

Fabio.

¿En fin, te vás?

Teodoro.

¿No lo vés?

Fabio.

Mi señora viene á verte.

ESCENA XIV.

Dichos, Diana, Dorotea y Anarda.

Diana.

¿Ya Teodoro, de esta suerte?

Teodoro.

Alas quisiera en los pies,
cuanto mas, señora, espuelas.

Diana.

¿Ola, está esa ropa á punto?

Anarda.

Todo está apretado y junto.

Fabio.

¿En fin, se vá?

Marcela.

¿Y tú me zelas?

Diana.

Oye aquí aparte.

Teodoro.

Aquí estoy (*ap. los dos.*)
á tu servicio.

Diana.

Teodoro,
tú te partes, yo te adoro.

Teodoro.

Por tus crueldades me voy.

Diana.

Soy quien sabes ¿qué he de hacer?

Teodoro.

¿Lloras?

Diana.

No, que me ha caido
algo en los ojos.

Teodoro.

¿Si ha sido
amor?

Diana.

Si debe de ser,
pero mucho antes cayó,
y agora salir quería.

Teodoro.

Yo me voy, señora mia,
yo me voy, el alma no:
sin ella tengo de ir,
no hago al serviros falta,
porque hermosura tan alta
con almas se ha de servir.
¿Qué me mandais? porque yo
soy vuestro.

Diana.

¡Qué triste dia!

Teodoro.

Yo me voy, señora mia,
yo me voy, el alma no.

Diana.

¿Lloras?

Teodoro.

No, que me ha caido
algo, como á tí, en los ojos.

Diana.

Deben de ser mis enojos

Teodoro.

Eso debe de haber sido.

Diana.

Mil niñerías te he dado
que en el baul hallarás:
perdona, no puedo mas;
si le abrieres, ten cuidado
de decir, como á despojos
de vitoria tan tirana,
apuestas puso Diana
con lágrimas de sus ojos.

Anarda.

Perdidos los dos estan.

Dorotea.

¡Qué mal se encubre el amor!

Anarda.

Quedarse fuera mejor:
manos y prendas se dan.

Teodoro.

Diana ha venido á ser
el Perro del Hortelano.

Anarda.

Tarde le toma la mano.

Dorotea.

O coma, ó deje comer.

ESCENA XV.

Dichos y el Conde Ludovico.

Ludovico.

Bien puede el regocijo dar licencia,
Diana ilustre, á un hombre de mis años,
para entrar de esta suerte á visitaros.

Diana.

¿Señor Conde, qué es esto?

Ludovico.

¿Pues vos sola
no sabeis lo qué sabe toda Nápoles,
que en un instante que llegó la nueva,
apenas me han dejado por las calles,
ni he podido llegar á ver mi hijo?

Diana.

¡Qué hijo, que no entiendo el regocijo!

Ludovico

¿Nunca vueseñoría de mi historia
ha tenido noticia, ó que ha veinte años
que enviaba un niño á Malta con su tio,

y que le cautivaron las galeras
de Alí Bajá ?

Diana.

Sospecho que me han dicho
este suceso vuestro.

Ludovico

Pues el Cielo
me ha dado á conocer el hijo mio
despues de mil fortunas que ha pasado.

Diana

Con justa causa, Conde, me habeis dado
tan buena nueva.

Ludovico.

Vos, señora mia,
me habeis de dar en cambio de la nueva
el hijo mio, que sirviendoos vive
bien descuidado de que soy su padre:
¡ay si le viera su difunta madre!

Diana.

¿Vuestro hijo me sirve? ¿es Fábio acáso?

Ludovico

No señora, no es Fábio, que es Teodoro.

Diana.

¿Teodoro?

Ludovico.

Si señora.

Teodoro.

¿Cómo es esto?

Diana.

Habla, Teodoro, si es tu padre el Conde.

Ludovico.

¿Luego es aqueste?

Teodoro.

Señor Conde, advierta
vueseñoría....

Ludovico.

No hay que advertir,
hijo de mis entrañas, sino solo
el morir en tus brazos.

Diana.

¡Caso estraño!

Anarda

¿Ay, Señora, Teodoro es caballéro
tan principal y de tan alto estado?

Teodoro.

Señor, yo estoy sin alma de turbado:
¿hijo soy vuestro?

Ludovico.

Cuando no tuviera
tanta seguridad; el verte fuera
de todas la mayor, que parecido
á cuando mozo fuí.

Teodoro.

Los pies te pido,
y te suplico..

Ludovico.

No me digas nada,
que estoy fuera de mí: ¡qué gallardía
¡Dios te bendiga, qué real presencia!
qué bien que te escribió naturaleza
en la cara, Teodoro, la nobleza:
vamos de aquí: ven luego, luego toma
posesion de mi casa y de mi hacienda,
ven á ver esas puertas coronadas
de las armas mas nobles de este reino

Teodoro.

Yo estaba de partida para España,
y así me importa.

Ludovico.

¿Cómo España?

bueno: España son mis brazos.

Diana

Yo os suplico,
señor Conde, dejeis aquí á Teodoro
hasta que se reporte, y en buen hábito
vaya á reconoceros como hijo;
que no quiero que salga de mi casa
con aqueste alboroto de la gente.

Ludovico

Hablais como quien sois tan cuerdamente,
dejarle quiero por un breve instante
mas porque mas rumor no se levante,
me iré, rogando á vuestra señoría
que sin mi bien no me anochezca el dia.

Diana.

Palabra os doy.

Ludovico.

A Dios, Teodoro mio.

Teodoro.

Mil veces beso vuestros pies.

Ludovico.

Camilo,
venga la muerte agora.

Camilo

¡Qué gallardo
mancebo que es Teodoro!

Ludovico

Pensar poco
quiero este bien, por no volmerme loco.

ESCENA XVI.

Dichos menos el Conde, y llegan todos los criados á Teodoro.

Fabio.

Danos á todos las manos.

Anarda.

Bien puedes por gran señor.

Dorotea.

Hacernos debes favor.

Marcela.

Los señores que son llanos
conquistan las voluntades,
los brazos nos puede dar,

Diana.

Apartaos, dadme lugar,
no le digais necedades;
deme vuestra señoría
las manos, señor Teodoro.

Teodoro.

Agora esos pies adoro,
y sois mas señora mia.

Diana.

Salíos todos allá,
dejadme con él un poco.

Marcela.

¿Qué dices, Fábio?

Fabio.

Estoy loco.

Dorotea.

¿Qué te parece?

Anarda.

Que ya
mi amo no querrá ser

el Perro del Hortelano.

Dorotea.

¿Comerá ya?

Anarda.

Pues no es llano;

Dorotea.

Pues reviento de cómer.

ESCENA XVII.

Diana y Teodoro.

Diana.

¿No te vas á España?

Teodoro.

¿Yo?

Diana.

¿No dice vueseñoría
yo me voy señora mia,
yo me voy, el alma no?

Teodoro

¿Burlas de ver los favores
de la fortuna?

Diana.

Haz estremos.

Teodoro.

Con igualdad nos tratemos
como suelen los señores,
pues todos los somos ya.

Diana.

Otro me pareces.

Teodoro.

Creo
que estás con menos deseo,
pena el ser tu igual te da,
quisiérasme tu criado,

porque es costumbre de amor
querer que sea inferior
lo amado.

Diana.

Estás engañado,
porque agora serás mio,
y esta noche he de casarme
contigo.

Teodoro.

No hay mas que darme,
fortuna tente.

Diana.

Confio,
que no ha de haber en el mundo
tan venturosa muger,
vete á vestir.

Teodoro.

Iré á ver
el mayorazgo que hoy fundo,
y este padre que me hallé,
sin saber cómo ó por dónde.

Diana.

Pues á Dios, mi señor Conde.

Teodoro.

A Dios Condesa.

Diana.

Oye.

Teodoro.

¡Qué!

Diana.

¿Qué? ¿pues cómo á su señora
asi responde un criado?

Teodoro.

Está ya el juego trocado,
y soy yo el señor agora.

Diana.

Sepa que no me ha de dar
mas zelitos con Marcela,
aunque este golpe le duela.

Teodoro.

No nos solemos bajar
los señores á querer
las criadas

Diana

Tenga cuenta
con lo que dice.

Teodoro.

¿Es afrenta?

Diana.

¿Pues quién soy yo?

Teodoro.

Mi muger. *Vase.*

Diana.

No hay mas que desear, tente, fortuna,
como dijo Teodoro, tente, tente.

ESCENA XVIII.

Diana, Federico y Ricardo.

Ricardo.

¿En tantos regocijos y alborotos
no se da parte á los amigos?

Diana.

Tanta
cuanta vuesenorías me pidieren.

Federico.

De ser tan gran señor vuestro criado
os la pedimos

Diana.

Yo pensé señores

que las pedis', con que licencia os pido,
de ser Teodoro, Conde, y mi marido.

ESCENA XIX.

Ricardo, Federico, y luego Tristan.

Ricardo

¿Qué os parece aquesto?

Federico.

Estoy sin seso.

Ricardo.

¡O si le hubiera muerto este picaño!

Teodoro.

Veisle, aqui viene.

Tristan.

Todo está en su punto;
baja cosa, que pueda un lacaifero
ingenio, alborotar toda Nápoles.

Ricardo

Tente, Tristan, ó como te apellidas;

Federico.

Bien se ha echado de ver.

Tristan.

Hecho estuviera,
á no ser Conde, de hoy acá este muerto.

Ricardo.

Pues eso importa.

Tristan.

Al tiempo que el concierto
hice por los trescientos solamente
era para matar, como fue llano,
un Teodoro, cridro, mas no Conde;
Teodoro Conde, es cosa diferente
y es menester que el galardon se aumente
que mas costá tendrá matar un Conde,

que cuatro ó seis criados que estan muertos,
unos de hambre, y otros de esperanzas,
y no pocos de envidia.

Federico.

¿Cuanto quieres,
y mátale esta noche?

Tristan.

Mil escudos.

Ricardo.

Yo los prometo.

Tristan.

Alguna señal quiero.

Ricardo.

Esta cadena.

Tristan.

Cuenten el dinero,

Federico.

Yo voy á prevenillo.

Tristan.

Yo á matalle: oyen.

Ricardo.

¡Qué quieres mas!

Tristan.

Todo hombre calle.

ESCENA XX.

Teodoro y Tristan.

Teodoro.

Desde aquí te he visto hablar
con aquellos matadores.

Tristan.

Los dos necios son mayores,
que tiene tan gran lugar:

esta cadena me ha dado,
mil escudos prometido
porque hoy te mate.

Teodoro.

¿Qué ha sido
esto que tienes trazado,
que estoy temblando Tristan?

Tristan.

Si me vieras hablar griego
me dieras, Teodoro, luego
mas que estos locos me dan:
por vida mia que es cosa
fácil el gregorizar;
ello en fin es mas de hablar?
mas era cosa donosa,
los nombres que le decia:
Azteclias, Catiborratos,
Serpalitonia, Jipato,
Atecas, Filiamoclia,
que esto debe de ser griego;
como ninguno lo entiende,
y en fin, por griego se vende.

Teodoro

A mil pensamientos llego,
que me causan gran tristeza,
pues si se sabe este engaño,
no hay que esperar menos daño
que cortarme la cabeza.

Tristan.

¿Agora sales con esto?

Teodoro.

Demonio debes de ser.

Tristan.

Deja la suerte correr,
y espera el fin del sucesò.

Teodoro.

La Condesa viene aqui.

Tristan.

Yo me escondo no me vea.

ESCENA XXI.

Teodoro, Diana, y Tristan al paño.

Diana.

¿No eres ido á ver tu padre,
Teodoro?

Teodoro

Una grave pena
me tiene, y finalmente
vuelvo á pedirte licencia
para proseguir mi intento
de ir á España.

Diana.

Si Marcela
te ha vuelto á tocar al arma,
muy justa disculpa es esa.

Teodoro.

¿Yo Marcela?

Diana.

¿Pues qué tienes?

Teodoro

No es cosa para ponerla
desde mi boca á tu oido.

Diana.

Habla, Teodoro, aunque sea
mil veces contra mi honor.

Teodoro.

Tristan, á quien hoy pudiera
hacer el engaño estatuas,
la industria versos, y Creta

rendir laberintos, viendo
mi amor, mi interna tristeza,
sabiendo que Ludovico
perdió un hijo, esta quimera
ha levantado conmigo,
que soy hijo de la tierra
y no he conocido padre,
mas que mi ingenio, mis letras
y mi pluma; el Conde cree
que lo soy, y aunque pudiera
ser tu marido y tener
tanta dicha y tal grandeza,
mi nobleza natural
que te engañe no me deja;
porque soy naturalmente
hombre que verdad profesa:
con esto para ir á España
vuelvo á pedirte licencia,
que no quiero yo engañar
tu amor, tu sangre y tus prendas.

Diana.

Discreto y necio has andado,
discreto en que tu nobleza
me has mostrado en declararte,
necio en pensar que lo sea,
en dejarme de casar,
pues he hallado á tu bajeza
el color que yo queria,
que el gusto no está en grandezas,
sino en ajustarse al alma
aquello que se desea.
Yo me he de casar contigo,
y porque Tristan no pueda
decir aqueste secreto,
hoy haré que cuando duerma

en ese pozo de casa. (*detrás del paño*).
le sepulten.

Tristan.

Guarda fuera.

Diana.

Quien habla aqui.

Tristan.

¿Quién? Tristan,
que justamente se queja
de la ingratitud mayor
que de mugeres se cuenta,
pues siendo yo vuestro gozo,
aunque nunca yo lo fuera,
en el pozo me arrojais.

Diana.

¿Qué lo has oido?

Tristan.

No creas
que me pescarás el cuerpo.

Diana.

Vuelva.

Tristan.

¿Qué vuelva?

Diana.

Que vuelvas,
por el donaire te doy
palabra de que no tengas
mayor amiga en el mundo;
pero has de tener secreta
esta invencion, pues es taya.

Tristan.

Si me importa que lo sea,
¿no quieres que calle?

Teodoro.

¿Escucha,

¡qué gente, y qué grita en esta!

ESCENA XXI.

Dichos, el Conde Ludovico, Federico, Ricardo, Camilo, Fabio, Anarda, Dorotea y Marcela.

Ricardo.

Queremos acompañar,
á vuestro hijo.

Federico.

La bella
Nápoles está esperando
que salga junto á la puerta.

Ludovico.

Con licencia de Diana
una carroza te espera
Teodoro, y junta á caballo
de Nápoles la nobleza.
Ven, hijo, á tu propia casa,
tras tantos años de ausencia,
verás adonde naciste.

Diana.

Antes que salga y la vea,
quiero Conde que sepais
que soy su muger.

Ludovico.

Detenga
la fortuna en tanto bien,
con clavo de oro la rueda,
dos hijos nacen de un parto,
si vine por uno

Federico.

Llega

Ricardo, y da el parabien.

Ricardo.

Darles señores pudiera
de la vida de Teodoro,
que zelos de la Condesa
me hicieron que á este cobarde
diera, sin esta cadena,
por matarle mil escudos:
haced que luego le prendan
que es encubierto ladron.

Teodoro.

Eso no, que no profesa
ser ladron quien á su amo
defiende.

Ricardo.

¿No? ¿pues quién era
ese valiente fingido?

Teodoro.

Mi criado, y porque tenga
premio el defender mi vida
sin otras secretas deudas,
con licencia de Diana
se case con Dorotea;
pues que ya su señoría
casó con Fabio á Marcela.

Ricardo.

Yo doto á Marcela.

Federico.

Y yo
á Dorotea.

Ludovico.

Bien: queda
para mí con hijo y casa
y el dote de la Condesa.

*

Diana.

Con esto, senado noble,
que á nadie digais os ruego
el secreto de Teodoro,
dando con vuestra licencia
del Perro del Hortelano
fin la famosa comedia.

El título de esta comedia está bien desempeñado en el personage de Diana, que enamorada de Teodoro, su secretario, no quiere dejarle lograr la mano de Marcela, á quien ama, ni darle la suya, por la desigualdad de su clase. Teodoro pinta este carácter en los siguientes versos de la Escena XIX, del Acto II.

> No sé, Tristan; pierdo el seso
> de ver que me está adorando
> y que me aborrece luego:
> no quiere que sea suyo
> ni de Marcela; y si dejo
> de mirarla, luego busca
> para hablarme algun enredo.
> No dudes, naturalmente
> es del hortelano el perro;
> ni come, ni comer deja,
> ni está fuera ni está dentro.

De la lucha interior que padece entre el amor y la vanidad resulta la inconstancia que manifiesta en toda la comedia, la aspereza para con sus criados y la contrariedad de sus pensamientos. Los zelos que la abrasan por Marcela la ponen furiosa, y llega hasta el estremo de dar una bofetada á Teodoro, y querer asesinar á Tristan para evitar que revele algun dia la ficcion que él mismo ha imaginado, para facilitar la union de los dos amantes.

Es preciso confesar que este carácter de la heroina, aunque bastante teatral, no es agradable ni decoroso. Pocas pinturas de esta clase presentó en la escena el poeta que se complacia en adornar el bello

sexo con los colores mas puros y halagüeños. Mas bien pertenecia al pincel de Tirso de Molina, y aun tiene algunos rasgos de este poeta. Cuando Diana finje que se ha caido y pide á Teodoro la mano para levantarse, es la Magdalena *del Vergonzoso en Palacio*.

Tiene sin embargo varias escenas de mérito en donde sobresale la gracia, como las primeras de la comedia; y otras llenas de ternura y sentimiento.

Diana.
Oye aqui á parte.
Teodoro.
Aqui estoy
á tu servicio.
Diana.
Teodoro
tú te vas y yo te adoro.
Teodoro.
Por tus crueldades me voy.
Diana.
Soy quien sabes; ¿qué he de hacer?
Teodoro.
¿Lloras?
Diana.
No, que me ha caido
algo en los ojos.
Teodoro.
¿Si ha sido
amor?
Diana.
Si debe de ser;
pero mucho antes cayó,
y agora salir queria.

Teodoro.

Yo me voy, señora mia,
yo me voy, el alma no.

. . . . . .

¿qué me mandais, porque yo
soy vuestro?

Diana.

¡Qué triste dia!

Teodoro.

Yo me voy, señora mia,
yo me voy, el alma no.

Diana.

¿Lloras?

Teodoro

No, que me ha caido
algo, como á tí, en los ojos.

Diana.

Deben de ser mis enojos.

Teodoro.

Eso debe de haber sido.

Diana.

Mil niñerías te he dado,
que en el baul hallarás;
perdona, no puedo mas:
si le abrieres ten cuidado
de decir: como á despojos
de victoria tan tirana,
aquestos puso Diana
con lágrimas de sus ojos.

Teodoro es tambien un personage interesante y teatral; pero inconstante y ambicioso. Amaba de veras á Marcela, y la abandona cuando concibe la esperanza de lograr la mano de la Condesa. Paga sin embargo su perfidia en los tormentos que le ha-

ce padecer la bolubilidad de Diana, hasta mandarle pedir albricias al Marqués, por haberle elegido para esposo.

Diana.

Quiero yo que á tí te agrade
el dueño que has de tener.
¿Tiene el Marqués mejor talle
que mi primo?

Teodoro.

Sí señora.

Diana.

Pues elijo al Marqués: parte,
y pídele las albricias.

Este rasgo es muy parecido á otro de la comedia de Moreto *el Desden con el Desden*

Marcela interesa por la constancia de su cariño: sufre los desprecios de Teodoro, y le admite, cuando Diana le maltrata y desprecia. Véase con qué gracia responde á las disculpas de su amante, atribuyendo sus desvíos al deseo de probar su firmeza.

Nunca, Teodoro, el discreto
muger, ni vidrio probó;
mas no me des á entender,
qué prueba quisiste hacer.
Yo te conozco, Teodoro;
unos pensamientos de oro
te hicieron enloquecer.
¿Cómo te va? ¿no te salen
como tú te lo imaginas?
¿no te cuestan lo que valen?
¿no hay dichas que las divinas
partes de tu dueño igualen?

¿Qué ha sucedido? ¿qué tienes?
turbado, Teodoro, vienes:
¿mudose aquel vendabal?
¿vuelves á buscar tu igual,
ó te burlas y entretienes?

Los demas caractéres no merecen atencion; Federico y Ricardo son inútiles; el proyecto de asesinar á Teodoro es cruel, y está mal concebido, y la idea de Tristan para proporcionar su casamiento no es muy noble, ni está bien preparada.

INDICE

de las comedias contenidas en este tomo.

	Páginas.
La Hermosa Fea	3.
Exámen	105.
Por *la Puente Juana* . . .	111.
Exámen	214.
Al Pasar del Arroyo	217.
Exámen	350.
El Perro del Hortelano . .	353.
Examen	485.

Continúa la lista de los señores suscritores.

Don José Gurman.
Don Francisco Mena, Presbítero.
Don Juan de Iraclan.
Don Guillermo Neumann, *por cuatro ejemplares.*
Don Gonzalo Carbajal.
Don Juan García Quirós.
Don Jervasio de Salcedo.
Don Agustin Alcaide.
Don F. A, *por fino.*
Don Luis de Ussoz.
Don Juan Muro.
Don Vicente Angulo.
Don José Salvador de Quirica, *por fino.*
Don Leonardo Allende Salazar.
El Coronel Don José Ferrer, *por fino.*
Don Nicolás Tomelen.
Don Rafael Belen.
Doña María Fernandez de Binns, *por fino.*
Don Mateo de Norzagaria.
Don Baltasar Tornes.
Don Salustiano de Trevilla.
Doña María Teresa Pontigo de Redondo.
Don Pedro Antonio Magan.
Doña María Luisa Sandoval.
Don C. E y T.
Doña María Calbo.
Don Antonio Posadas.
El Conde de Torre-Pilares.
Don Benito Ribed.
Don Juan Escribano Carmona.
Don Juan Antonio Carmona.
Don Francisco Gallina.
Don Lorenzo Diez y Anton.
Don Rafael Aedo.

Don José Fernandez Guerra, *por fino.*
Doña Josefa Ortiz de Reinosa, *por fino.*
Don Rafael Cota, *por fino*
Don Antonio Fuente Taja, *por fino.*
Don Agustin de Ferriti, *por fino.*
Don Vicente Leyba.
Don Juan Gonzalez.
Don Francisco Razola.
Don Matías Escamilla, *por ocho ejemplares.*
Doña María Martinez
Don José Joaquin de Troconis.
Don Marcos Tostado Carbajal.
Don Diego Freyle.
Don Blas Solarino.
Don José Casanoba.
Don José María Rey.
Doña Rudalfo Hbaseneleven.
Don Juan de Otarsi.
Don Agustin Perez.
Don Alberto de Baldirz.
Don José Saavedra.
Don Francisco Razola.
El Doctor Don Salvador Gonsalbez.
Don Julian Diaz
Don José María Busengol, *por fino.*
El Señor Conde de Solano.
El Excmo Sr. Conde de Cerbellon, *por fino.*
Don Vicente Quindos.
Don Francisco Lila.
El Excmo Sr. Duque de Montellano.
Don José Otero.
Don Luis Lopez de Orchea.
Don Bartolomé Gonzalez, *por tres ejemplares.*
Don Juan Peñuelas.
Don Lorenzo Gomez Pardo.

Don Joaquin Robira y Pubil.
Don Antonio Urrutia.
Don Julian de Huelbez.
Don Francisco Alvarez.
Don Tadeo Aguilera.
Don José Pando.
El Excmo Sr. Don José Alvarez de Toledo.
Don José Galo Amor.
Don Pedro Sanz.
Don Manuel Carrias, *por ocinte ejemplares.*
Don Gonzalo Lopez.
Don Francisco Razola.
Don Antonio Melendez.
El Sr. Marqués de Peñaflorida, *por fino.*
Don Antonio Francisco Sanchez.
Don Jabier de Búrgos.
Don Pedro Tarrones.
El Licenciado Don Domingo Antonio Vega, *por fino.*
Don Pedro María Ligüeno, *por fino.*
Don Bernardino de Arias.
El Señor Baron del Solar de Espinosa, *por fino.*
Don Ignacio Hermenegildo de Rocavado, *por fino.*
Don Diego Zaragoza, *por fino.*
Don Felipe Martinez.
Don José Yori.
Don Adam Weidam.
Don Joaquin Suarez.
Don Alfonso Lige, *por fino.*
Don Francisco Jove Balbuena, *por fino.*
Don Manuel García Rivero Menor, *por fino.*
Don Eduardo Kelli, del Comercio, *por fino.*
Don Cosme Ramos.
Don Fernando Martinez Monge.
Don Manuel Garcés Bosuet, Oficial de la Secretaría y de la Cámara de Gracia y Justicia y Estado de Castilla.

Don Antonio Millan.
Don Jorge Flaquer.
Don Francisco Diaz Razola.
Don Juan Francisco Muñoz, *por fino.*
Don Nicolás Goyena y Palomeque.
Don Isidro de Sousa.
Señor Marqués de Villafuerte, *por fino.*
Don Narciso Rincon.
Don Antonio Villaroel.
Don Gerónimo Morales.
Don Lorenzo Cordon
Don Nicolás Oseñalde.
Don Genaro Rivas, *por fino.*
Don Gabriel Sanchez.
Don José María Monreal.
El Señor Conde de San Priestet, *por fino.*
Don Dionisio Alcalá Galiano.
Don José Elías Barroso.
Señores Mallen, del Comercio de Libros.
Don Francisco Dameto.
Don José Catalan.
Don Antonio García.
Señor de Petit Pierrer, Consejero de Legacion de Prusia.
El Excmo. Sr. Don Justo María Ibar-Navarro.
Don Nicolás de la Lama y Noriega.
Don Andres Romero Valdés.
Don Gregorio Romero.
Don Santiago de Arauchas.
Don Antonio Muñoz de Sotomayor.
El Presbítero Don Ramon Otero, Caballero de la Real Orden de Isabel la Católica.
Don Joaquin Villanueva.
Don Pedro Salva.
Don Tomás Ortiz.

Don Gregorio Espada.
Don José María Morales.
Don Vicente Orses.
Doña Josefa Otero.
Don Valentin Recio.
Don Francisco Cachafeiro, Oficial de la Inspeccion de Milicias.
Don Juan García Becerra.
Don José Blanco.
Don José Domingo Diez.
Don Cárlos Villapadierna.
Don Vicente Orihuel.
Don Juan del Gallo, Teniente de Ejército.
Don Antonio Lloria.
Don Federico Yermui.
Don Gurmesindo Garrido.
Don Valdomero Espater.
Don Higinio Roldan.
D Jagemberg.
Don Manuel Ortiz de Vallejuelo.
El Señor Marqués de la Motilla.
Don Juan Falces.
Don Manuel Carrillo Poveda.
Don Narciso de Heredia.
Don Antonio María Blanco.
Doña María del Pilar Escobar.
Don Juan Antonio García.
Don Adriano Fernandez.
Don Manuel Sanchez Calvajo.
Don Joaquin Diaz Inclan.
Don Matias Mesa.
Don José Fernandez de Córdova.
Fr. Antonio María Crespo.
Don Blas de Batanero Abogado del Colegio.
Don Salustiano Gomez.